

NASKA

EL GUARDIÁN

QUINO

(JOAQUÍN PÉREZ RUIZ-ADAME)

De la colección: **Ética para Samuel**
Un Proyecto cultural y solidario.

NASKA



EL GUARDIÁN

QUINO

(JOAQUÍN PÉREZ RUIZ-ADAME)

De la colección: **Ética para Samuel**
Un Proyecto cultural y solidario.

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Naska. El Guardián*

© Joaquín Pérez Ruiz-Adame, "Quino"

<http://www.quinoruiz-adame.com>

Edición publicada en diciembre del 2019.

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

El ignorante afirma, el sabio duda y reflexiona.

Aristóteles

384 AC-322 AC. Filósofo griego.

***Escrito por un adulto
con muchos pájaros en la cabeza***
*Temas profundos y oscuros pero expuestos
en un lenguaje sencillo y entendible por todos,
para hablar en tabernas, parques, colegios...*

El total de los royalties de los libros de Quino
en Amazon, de los talleres y otras actividades
van destinado al proyecto
Inventos y Adaptaciones Caseras
<http://inventosyadaptacionescaseras.blogspot.com.es/>
Para personas con movilidad y destreza reducida
¡Gracias, lectores!

Por un mundo más justo y sabio.

Agradezco de todo corazón que hayáis adquirido este libro. Para mí es todo un honor.

Colaboración

- *En una primera lectura (lectora cero) **Nuria Morán-Ramallo Salvador** (una amiga). Dándole cordura a todo el texto.*
- *Y en una última corrección: **Samuel Pérez Cepeda** (mi hijo de 14 años). El que me inspiró para escribir esta historia; en parte ficticia y en parte real.*

*Nadie más ha intervenido. **Ningún corrector profesional**. Ya que no tengo dinero para pagar ese servicio tan caro. De todos modos, he querido (he necesitado) subir el libro, compartirlo tal como está. Espero que te guste. Esta puro y sin filtros, tal como paso de mi cabeza a mis manos.*

Esta obra está dedicada a mi perrita Nora. Que desde el primer día que llegó a casa (haya por septiembre del año 2017) cambio todo nuestro universo. Dándole a cada uno de los que vivimos en la cueva... lo que necesitaba.

Para ti que tienes más de 100 razas por tus venas. Que eres pura e inocente como la mirada de un recién nacido.

Tampoco me puedo olvidar de **Javier Santos** (de ASENSE-A). Sin él hoy día no existiría ninguno de mis libros. Gracias Javi por tu apoyo desde el principio.

*"La vida es una serie de colisiones con el futuro; no es una suma de lo que hemos sido,
sino de lo que aspiramos ser"*

José Ortega y Gasset (1883-1955)
Profesor, periodista y filósofo español.

*Solo me queda decirte que al final del libro he escrito una carta: **Carta del autor al lector**.*

Me gustaría mucho que la leyeras, incluso podría ser interesante que la examinaras antes de empezar a leer el primer capítulo. No lo sé. Cómo tú veas. La he puesto al final para que tú decidas esa opción.

*"El hombre es mortal por sus temores
e inmortal por sus deseos"*

Pitágoras de Samos.

(Samos 585 a. C. - Metaponte 495 a. C.)
Filósofo, matemático, político y místico griego.

*Búscame en YOU YUBE: **Mi Camino como Escritor**
O en Amazon: **Joaquín Pérez Ruiz-Adame. Quino.***

Índice



PRIMERA PARTE

1. La última pesadilla.
2. Preámbulo.
3. Una tarde en el teatro.
4. La hermandad.
5. La nada
6. La última morada del emperador.
7. La despedida.
8. La última morada del emperador.
9. Crotona.
10. Año 2016.
11. Visitando a naska.
12. Conociendo a marta.
13. Calisto.
14. La primera asamblea.
15. Las fiestas en memoria a milón de crotona.
16. ¿quién eres?
17. Por fin sarasvati.
18. La promesa.
19. Amo como ama el amor.
20. Año 2018.
21. El castigo de naska.

SEGUNDA PARTE

22. Necesito un cambio.
23. El trading.
24. Conil. 1988.
25. Roma.
26. Sevilla 1992.
27. Restaurante marcello.
28. La arqueóloga.
29. El anfiteatro.

30. La fascinación.
31. Desmoronándose lo construido.
32. Los planes de raúl.
33. Sevilla.
34. Cádiz.
35. El psiquiatra.

TERCERA PARTE

36. El alquimista.
37. Campin los eucaliptos.
38. Mi cuerpo no responde.
39. Atenas.
40. La transformación.
41. La boda.
42. El camino sin retorno.
43. ¿dónde estoy?
44. Esperando.
45. Año 428 a. C.
46. El encuentro.
47. Año 422 a. C.
48. El ave.
49. Madrid.
50. El cerebro.
51. Juntos para siempre.
52. Año 2227.

Carta del autor al lector

Biografía de quino

Despedida

¿Cómo reaccionarías si descubrieras que en otra vida... hace muchos siglos... fuisteis un rey/reina, o un general, un político, o un chamán/una bruja o un sabio/sabía o incluso un dios o una diosa? Por qué no, ¿quién dice que no es posible?

Álex no ha tenido una vida fácil, pero a pesar de todo se ha hecho rico, en tiempo y dinero. Domina una de las profesiones (actividades) más complicadas que existen en el mundo, el trading intradía en los mercados financieros. Pero algo no va bien. Aun habiendo conseguido su sueño se sigue sintiendo un niño raro e inadaptado. Todo ese malestar le llevará a hacer un viaje, a su pasado más remoto; la antigua Grecia.

Una historia de amor. Que te hará reír y reflexionar sobre los mismos temas de siempre. Los que eternamente han existido en cualquier época de la humanidad.

¿Qué porcentaje de nuestra personalidad, de nuestro carácter, de nuestro éxito y nuestra felicidad están relacionados directamente con nuestro ADN, con nuestra herencia genética? ¿y qué proporción depende de nuestras circunstancias sociales, de nuestra educación con nuestros padres, hermanos, profesores, amigos, paisanos? ¿o hay algo que no sepamos que condiciona con más fuerza todavía nuestro destino? Mucho más que la genética y el ambiente en el que nos hemos desarrollado. ¿Hubiese existido Albert Einstein como el científico que revolucionó el estudio del universo si hubiera nacido en Cádiz, en una familia de pescadores?

PRIMERA PARTE



1. La última pesadilla.



26 de octubre del año 2018.
En algún lugar entre Atenas y Sevilla.

Álex se despertó de sopetón; la pesadilla lo había vuelto a mandar a la realidad, o cualquiera sabe si a la inversa, y ahora es cuando de verdad estuviera soñando. Se puso las gafas y busco la hora en su móvil; las 03:16 de la madrugada marcaba la pantalla de su smartphone deslumbrando sus ojos en medio de la oscuridad. Se tocó las piernas para comprobar si seguía llevando aquellas extrañas e incómodas piezas de maderas, pero no encontró nada. Soplo en una mueca de alivio. Todo había sido una pesadilla, la que se repetía todas las noches desde hace más de dos meses. Se sentó en el borde de la cama y recordó como la bestia, el demonio o lo que fuera ese Ser gigantesco mitad hombre mitad toro tenía agarrada a aquella chica por un pie. Empapado de sudor observaba como pasaban a gran velocidad las imágenes por su cabeza, como una película de alta definición. Había visto una vez más... con pleno detalle... como aquella chica bocabajo pataleaba con desesperación. Pero lo peor de todo cuando de repente sin hacer ninguna gesticulación, el Minotauro, con toda su potencia y una infinita crueldad sacudió contra el suelo el vigoroso cuerpo de aquella joven. Una y otra vez. Como si su vida no tuviera ningún valor.

«*Lo que más me conmueve y me hace estremecer cada vez que lo recuerdo...*» —Álex se frotaba la cara con una toalla para quitarse el sudor—, «*cuando aquella muchacha gira su carita llena de moratones, y como en todas las noches... en cada sueño... me mantiene la mirada con los ojos colmados de lágrimas... y luego, me dice que yo he sido lo mejor que le ha pasado en su vida. Allí mismo delante de mí sucumbe, sin yo poder hacer nada, una y otra vez. Y en ese justo momento siempre me despierto. ¿Por qué tendré esta pesadilla tan extraña?*». —Reflexionaba Álex—. «*¿Me estaré volviendo loco? Más de dos meses con la misma pesadilla ya es demasiado para mí y para cualquiera*».

Se levantó de la cama, se puso las babuchas y se llenó un vaso de agua con la botella que había en la mesita de noche. Se asomó por la ventana del hotel; observo a un gato que había sobre el techo de un coche, maullaba descorazonadamente, «*seguramente estará hambriento*» pensó él. «*Este sueño... ¿Me querrá advertir de algo? ¡Es tan real y perverso!*». —Tragó despacio el agua del vaso. La saboreo como si fuera vino de la mejor cosecha. Desde allí, junto a la ventana Álex se volvió, y contemplo pausadamente a su recién esposa, que dormía placida. Le pareció el ser más bello de la tierra. Ella se había acostado con su negro y largo pelo recogido con una pinza en una especie de moño japonés. Su piel estaba más blanca que en otras ocasiones; aunque seguía siendo morena, del sur, casi gitana, con las facciones perfectas, y sus pechos voluptuosos. Su hermosura podía excitar cualquier deseo de lo más primario que se hallan ocultos en el interior de cualquier ser humano, tanto hombre como mujer. De repente ella abrió los ojos, se despertó y lo miró con ojos felinos. Seguidamente se incorporó en la cama, encendió la luz de la mesita y con suma sensualidad se quitó despacio el pijama quedándose completamente desnuda. Con la mano daba golpecitos en el colchón, indicándole que viniera a su lado. Como si todavía estuviera en aquel extraño sueño. Se sentía flotar en el aire. Hicieron el amor durante un buen rato. Ya

quedaban pocas horas para llegar a Sevilla.

Pero muchos años antes, la historia seguía su curso...

2. Preámbulo.



Febrero del año 429 a. C.

Tal y como se venía anunciando desde hace algunas décadas, la Guerra del Peloponeso definitivamente se hizo realidad. Una guerra civil entre griegos. Las dos superpotencias del universo heleno (Esparta y Atenas) desde el año 431 se enfrentaban oficialmente en una brutal y violenta ofensiva. La causa primera (aunque ya habían tenido algunos enfrentamientos anteriores) fue el duelo entre atenienses y corintios (y los corintios son aliados de Esparta) por la isla de Córquira. Como los corintios se opusieron, se entabló una batalla naval frente al promontorio de Leucimna, en Córquira, en la que vencieron los córcireos. Casi todas las colonias estaban descontentas con la ciudad estado. Incluso algunas se lamentaban de haberse asociado a la liga de Delos para luchar contra los persas. Opinaban insatisfechos que estaban pagando un precio muy alto por no haber sido gobernados por Jerjes; el rey aqueménida de Persia; hace ya cincuenta y un años, cuando los griegos se unieron liderados por Atenas y Esparta para luchar en Salamina, Maratón, Platea o en Termopilas... en las Guerras Médicas.

Pero los atenienses tuvieron un tremendo golpe de mala suerte. En este mismo año, una epidemia devastadora afectó principalmente a la metrópoli que tutelaba Pericles. El centro cultural del Egeo, en el segundo año de la Guerra del Peloponeso llegó a Atenas una nueva desgracia a través del Pireo; una epidemia de fiebre tifoidea que según el último censo ha matado a más de 30.000 atenienses. Y a muchos más que ha dejado enfermos crónicos. La gente se muere literalmente en las calles. Con las consecuencias que traía esos muertos abandonados en medio de las travesías. Las ratas circulaban a manadas por todas partes. La situación era catastrófica... miles de refugiados vivían dentro de los muros de la ciudad; sin hogar, sin dignidad y sin nada que llevarse a la boca; donde el olor a humanidad era insoportable.

A pesar de las duras circunstancias que estaban sucediendo en Atenas la vida para el ciudadano medio seguía su curso normal. Intentaban a toda costa que no se notara excesivamente la miseria en la que estaban viviendo. Filolao y Faina (los padres de Samuel) seguían con sus trabajos y su rutina diaria. Él como el matemático del alcalde de Atenas y ella como matrona; aunque cada vez había menos nacimientos y menos trabajos de cálculo. La guerra lo simplificaba todo a lo esencial.

Hacía ya varios años que Samuel consumó su viaje al Templo de Delfos. Donde apareció acompañado por Indira, su hermana, una muchacha extravagante dos años mayor que él, que se había criado de una manera insólita.

Indira desde que se instaló en Atenas, en casa de su hermano Samuel y de su cuñada Sofía se adaptó perfectamente entre los griegos. La apadrinaron entre todos como ya habían acordado el día que se quedó desamparada en el desierto de Beocia. Entre todos la civilizaron; tarea que fue sumamente fácil, ya que la chica era extremadamente inteligente. Ahora Indira era toda una mujer de veintitrés años, refinada e instruida en las costumbres helenas. Parecía una griega más. Aunque demasiado natural, sobre todo en los actos públicos donde siempre hacía lo que quería, sin pensar

en sus consecuencias. Alardeaba de que sabía leer en varios idiomas, que dominaba perfectamente las matemáticas superiores y que conocía personalmente a casi todas las civilizaciones importantes de Mesopotamia, Egipto y la India. Eso irritaba a muchos hombres conservadores, especialmente a los aristócratas, que no toleraban que una mujer leyera y que ni mucho menos que reflexionara libremente. Era una mujer que levantaba pasiones e irritaciones de todo tipo. Sus ojos color ámbar y su pelo espeso y denso como la selva le daban un aspecto de criatura sobre natura. Al andar parecía que no tocará el suelo. Poseía un cuerpo ágil y flexible como un leopardo; aunque con la fuerza en los brazos de un oso. Había pasado toda su vida viviendo como una salvaje, como un animal, comiendo serpientes en el desierto, trepando en los árboles de la selva y durmiendo en profundas cuevas. Las manos por muy cuidada que las tuviera ahora seguían descoyuntadas, como las de una bestia inmunda.

De lo que paso en el templo de Delfos hace seis años no se enteró nadie. Se quedó para los dos hermanos, sería inútil explicar lo inexplicable, ya que ninguna persona podría comprender algo así.

Samuel con veintiún años cada vez estaba más impedido. Seguía usando férulas (unas piezas de madera que le hacía su padre para que no se le doblará los pies). Pero ahora su enfermedad también le obligaba a usar muletas, por lo menos para salir a la calle.

Samuel seguía practicando zazen, perfeccionando el método; y cuando meditaba podía acceder a la otra dimensión. Despertar y ver la realidad suprema. Cuando iba al Nous en sus reflexiones profundas... tenía acceso a un vasto conocimiento. En aquella dimensión era feliz, y todo era posible. Aunque seguía sin comprender muchas de esas visiones. Ya que, al salir de aquel lugar, los recuerdos se difuminaban en gran medida como una vieja evocación de la niñez donde se mezclan lo que pasó en realidad con nuestras fantasías.

3. Una tarde en el teatro.



—¡Qué guapa estas Sofia! —dijo Samuel agarrado a sus muletas en la puerta de la casa justo antes de salir— y como está creciendo esa barriga. —Ella sonrió—. Ya queda menos para que nazca nuestro bebé.

—Tú también estás muy guapo —dijo ella con un gesto de intranquilidad acariciándose el vientre ya de cinco meses; aunque aparentaba ser de siete meses por lo menos.

Ella estaba vestida con un *peplo* de lino blanco ceñido al cuerpo que le llegaba hasta los tobillos. Los cambios físicos por el embarazo eran más que evidentes: más peso y volumen, hinchazón, manchas..., pero no todo era negativo. Sofia estaba más bella y resplandecientes que nunca. Con la piel tersa y brillante y su pelo rubio fuerte y voluminoso.

—Las preñadas suelen ser todas muy guapas —dijo Samuel— y tú antes de quedarte embarazada ya eras muy hermosa. —A duras penas Samuel mantenía el equilibrio apoyando la espalda en el marco de la puerta.

—¿Y tú hermana? ¿Va a venir de una vez? Siempre nos hace igual —dijo ella despectivamente—. Continuamente nos tiene que hacer esperar. Se cree la reina de Persia. Cuando nos sentamos a comer hay que esperarla, cuando vamos a salir hay que esperarla. Siempre la estamos esperando.

—Me dijo que ya venía. No sé qué estará haciendo.

—Tienes que hablar con ella.

—¿De qué?

—Ya lo hemos discutido en varias ocasiones, —dijo Sofia—. Fuera de casa es muy elegante, culta y refinada, y todo lo que tú quieras. Aunque tienes que reconocer que muchas veces, por no decir siempre, tu hermana desentona con sus extravagancias. Pero lo que no sabe la gente es que luego, en la intimidad sigue manteniendo unas costumbres muy primitivas, y mira que a mí siempre me han gustado ese mundillo místico. ¡Pero ya estoy harta de tantas extravagancias!

—Tranquilízate. Que no es para ponerse así —dijo Samuel.

—Tú siempre la defiende ¡caray! Además, que anda por casa casi desnuda. Se tiene que vestir para vivir con nosotros. Cualquiera día viene alguien de imprevisto y le dará un soponcio al verla así de descarada.

—¡O una alegría! —dijo Samuel riéndose.

—No te pases de listo. Que no tiene gracia.

—Cariño, tienes que entenderlo. Ella se ha criado de ese modo tan... —dudó en encontrar una palabra adecuada para describir la infancia y adolescencia de su hermana—. ¡Natural! ¡cruel! Sí, ha tenido una vida cruel. Y muy dura. Tienes que reconocerlo.

—Siempre dices lo mimo. Repites una y otra vez la misma historia. Ya lleva viviendo en Atenas mucho tiempo; seis años. Y yo no quisiera que cuando nazca nuestro bebé vea a su tía haciendo esos rituales tan extraños que hace en medio del *gineceo* (salón) de la casa. Por eso no paso. Ya tenemos suficientes rarezas con las de tu padre Filolao. Que, por cierto, hemos quedado para ir a su casa a cenar después del teatro.

—Venga ya. ¡Deja de criticarla! —dijo Samuel con el rostro ceñudo—. No es para tanto.

—Respeto que os llevéis tan bien. Eso me da mucha alegría, los hermanos se tienen que querer, y más ustedes que os habéis criado separados; ¡pero esas ridiculeces no me gustan! ¿Vale? —hubo un silencio de varios segundos.

—Vale. No te preocupes, que yo hablo con ella. Vera como lo comprende. Pero tranquilízate, últimamente no le pasas ni una. ¿Qué te ocurre con mi hermana? Antes te llevabas muy bien con Indira. —Sofía se dio la vuelta para mirar para otro lado—, ella te aprecia mucho, y tú lo sabes.

—No creo que me aprecie tanto como dices, —dijo ella.

—Venga, vámonos ya, —dijo Samuel impaciente para cambiar de tema—. La esperamos en el teatro. Que ya vamos tarde. —Vocifero Samuel a su hermana para avisarla de que ya se iban. Se escuchó ruidos de muebles arrastrándose. No le echaron mayor importancia, ella cada dos por tres cambiaba sus muebles de sitio. Pero Indira no respondió. Él se agarró al brazo de su mujer y tiro las muletas de madera en lo alto de la mesa formando un estruendo—. Hoy no las necesito. Que me tienen harto. Tú serás mi apoyo. —Ella lo miró y esta vez marcó una amplia y sincera sonrisa.

—No tires las muletas así, vas a estropear la mesa; y abrígate, Samuel. Que luego va a hacer fresco. Que todavía estamos en febrero, el mes de las flores.

—¿Pero porque no salimos por el patio? La Mula estará allí —preguntó él.

—Por qué tengo a Minos esperando en la Puerta, —dijo Sofía acomodándose sobre los hombros una *clámida* de lana para no pasar frío.

La vieja y achacosa mula se agachó con dificultad como hacen los camellos para que los dos se pudieran subir en ella sin muchos aprietos. Luego, se dirigieron por la Vía Panatenaica, la calle principal de Atenas. La que va desde la puerta Dípilon (una de las puertas de entrada a la ciudad) hasta la Acrópolis. El Teatro de Dionisio estaba situado en la ladera sur de la Acrópolis. El lugar más alto de la Polis.



Una vez que llegaron a la puerta del teatro, se encontraron con Aspasia, la mujer del alcalde de Atenas, el General Pericles. Ella le esperaba desde hace tiempo. E insólitamente Aspasia se encontraba sola, sin su marido. Únicamente le acompañaba sus esclavas de compañía; y un negro muy corpulento que saludó efusivamente a Samuel.

—¿Indira, no viene? —Pregunto Aspasia sin disimular su preocupación por no poder verla hoy en el teatro.

—Sí, estará a punto de llegar —dijo Sofía sin esconder su malestar—. ¡Nos hemos hartado de tanto esperar a la faraona de Egipto! —Aspasia hizo como si no hubiera escuchado el comentario. Conocía las disputas entre ellas.

—Y Pericles ¿No va a presentarse? —Pregunto Samuel—. Es su obligación como alcalde. Hoy empieza la temporada de teatro. Y él tiene que entregar los premios. Además, es una obra extraordinaria, muy buena, es de Sófocles. Edipo Rey. Hace varios años yo la pude leer cuando tan solo era un borrador. —A Samuel se le curvaron los labios, y sonrió por dentro al recordar aquel disparatado día en casa del escritor. «¡Qué tipo tan extraño!» —pensó.

—No se encuentra bien. Se ha tenido que acostar en el *tálamo*. Él me ha obligado a venir —dijo Aspasia en un hilo de voz casi inaudible mirando con la mirada perdida al suelo—. Me ha explicado que por lo visto tiene que haber alguien que lo represente. Para la entrega de premios. Yo no quería venir, pero él ha insistido mucho. —Sofía la miraba con repudio. Sabía perfectamente que estaba mintiendo.

—Bueno, pasemos dentro. Que ya habrá entrado Heródoto. Porque aquí por lo menos no lo

veo. Y quiero cuanto antes hablar con él. —Dijo Samuel. Pero nadie le hecho cuenta. Se levantó un aire frío que a todos hizo taparse la cara.

—¡Ya están llegando las *Canéforas*! —Dijo Sofía muy entusiasmada—. Caray, que muchachas más bellas. Este año traen unas ofrendas florares bellísima. ¡Están ideales! Y eso que estamos en guerra.

—Y los chicos con las antorchas vienen detrás. —Dijo ahora Aspasia—. ¡Vamos a entrar que ya mismo va a empezar! Qué sofoco. Va a comenzar y todavía estamos aquí fuera.

—Eso comente antes, —dijo Samuel— pero nadie me ha echado ni pizca de cuenta. Tenemos que darnos prisa.

Pasaron todos rápidamente por una puerta donde solo pasan las celebridades de Atenas. A Samuel lo cogió en brazos el fornido negro que acompañaba a Aspasia para aligerar el paso. Por lo visto eran buenos amigos del pasado. Y sin sus muletas Samuel andaba muy despacio y trabajosamente.

Al fondo del pasillo, en las gradas estaba el historiador, Heródoto. Haciendo señas escandalosamente con su mano repleta de redondeces; para que se sentaran junto a él en la zona de *proedría*. El lugar donde se sienta el jurado.

—¡Hola!, Heródoto —dijo Samuel cuando el negro lo instaló junto al historiador.

—Que pasa gurrumino. Es muy importante que sigamos viniendo al teatro. A celebrar nuestras fiestas religiosas. Esta guerra y ahora esta epidemia de peste no puede acabar con nosotros. Con nuestras costumbres.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo Samuel buscando con la mirada a su hermana que no había llegado todavía y la obra de teatro estaba a punto de comenzar.

—Hay que distanciarse de la desgracia que tenemos en nuestra ciudad. —Heródoto escupió a lo lejos un trozo de pan que tenía en la boca por algo que le sobresaltó. Los coros empezaron a sonar, anunciando el comienzo del espectáculo.

—¿Qué te pasa? —Pregunto Samuel preocupado viendo semejante falta de respeto en alguien de la talla intelectual del erudito historiador.

—Hay viene tu hermanita, Indira. ¿Has visto cómo aparece?

—Se va a liar, —dijo Samuel preocupado.

Sofía se volvió y vio atónita a su cuñada con uno de sus mejores *peplos* que lo había modificado, cortado y mutilado sin su permiso. Ahora el vestido no llegaba ni hasta las rodillas. Excesivamente provocador e impropio para un teatro en una fiesta religiosa a Dionisio.

Casi todo el mundo se giró en el *graderío* para observar a Indira. El teatro estaba a tope. La gente empezó a cuchichear por el *peplo* tan corto que llevaba la muchacha. A muchas mujeres se les corto el aliento. Como si hubieran visto al mismo dios Pan, el que tenía piernas de carnero y cuerpo de hombre.

—Hola a todos. Perdonarme por llegar tarde. Pero es que me estaba arreglando este trapo. — Sofía la miró con frialdad. Pero no dijo nada. La observaba sin comprender su manera de actuar —. Espero que no te moleste que le haya hecho unos arreglitos a tu vestido. Así es mucho más bonito y cómodo —le dijo Indira a Sofía. Pero ella tensa como la cuerda de un arco miró para otro lado murmurando algo incomprensible.

—Quiero hablar contigo Heródoto, —dijo Samuel mientras Indira se sentaba junto a Aspasia. A la *concupina* del alcalde se le iluminó el rostro cuando la chica se colocó a su lado.

—Pues aquí estoy. ¿Qué necesitas de mí gurrumino? —Decía el historiador sin parar de analizar descaradamente las hermosas piernas de Indira.

—¿Tú has estado en Egipto alguna vez? —Dijo Samuel volviéndole la cara con su mano

flácida a Heródoto para que le mirara de frente.

—Perdón. Es que... ¿Qué decías?

—¿Qué si has estado alguna vez en Egipto?

—Sí. Varias veces. Y en Persépolis, y en Babilonia. Son lugares increíbles. ¡A más de un ateniense lo mandaba a que vieran esas extraordinarias civilizaciones!, para que se le bajara un poco su egocentrismo griego.

—Pero... ¿Has entrado en la Pirámide de Keops? —Dijo Samuel en el oído de su amigo.

—Sí. Pero no se dice Keops. Es de Khufu. Fue el segundo faraón de la cuarta dinastía, perteneciente al Imperio Antiguo de Egipto. —Se metió otro trozo de pan en la boca, masticándolo con ansia—. Pero Ramsès II saco casi todo lo que había en la gran pirámide para meter sus cosas. El historiador volvió a mirar las morenas y fibrosas piernas de la muchacha, que estaban sin cubrir como marcaba la tradición. De fondo se escuchaba el bullicio de la gente.

—Concéntrate en mí, y deja de mirar a mi hermana. ¡Con los años te estás volviendo un viejo verde!

—Te pido disculpa. Pero es que tu hermana... esta... —un fuerte olor a romero le llegó a la nariz del historiador que lo dejó distraído por un momento.

—¡Ya está bien! Tienes mujer e hijos. ¡Por Zeus! Podrías ser su padre. Incluso su abuelo. Y, además, un respeto, es de mi familia. —En medio del escenario hacían fuego, quemando ramas de romero.

—¡¡¡Le ha dado un beso, un piquito en la boca a Aspasia!!! ¡Qué excitante! —dijo el historiador nervioso que no atinaba a meterse el siguiente trozo de pan en la boca.

—No digas tonterías. Indira no hace esas cosas. —Heródoto ahora se giró en su asiento en dirección a Samuel. Para no ser distraído por la tentación de la descarada chica. —Tú hermana se va a quemar con Aspasia, que tenga cuidado, amigo, deberías de hablar con ella.

—Últimamente me lo dicen mucho —dijo Samuel.

Aparecieron unos esclavos, eran niños de doce o catorce años ofreciendo aceitunas, frutos secos, y otros aperitivos por las gradas de la zona de *proedria*. El ruido de la gente se hizo más fuerte.

—¿Pero se puede o no se puede entrar en la gran pirámide de Guiza? —dijo Samuel desesperado por tantas interrupciones.

—Sí. Hace ya mucho tiempo que ya se puede visitar. ¿Pero qué es lo que quieres saber? Ve al grano. Que te conozco como si te hubiera parido. Estoy seguro de que algo estarás planeando. Gurrumino. Habla de una vez...

Empezó la obra de teatro, y la gente se fue callando paulatinamente hasta que dejaron escuchar a los actores. Indira se puso de pie y empezó a aplaudir ruidosamente. Todo el mundo la miraba alucinados. Las palmadas resonaban en todo el recinto como truenos. Sofía se puso las manos en la cara avergonzada por la escena.

—Nunca lo he entendido —dijo Indira con su torrente de voz— ¿Por qué llevan esas mascararas tan grande tapándose la cara los actores?

—Cada actor representa a varias personas. —Dijo Sofía resoplando—. Es la tradición. Por favor, estate calladita un rato.

—¿Y mis padres no van a venir? —Pregunto otra vez Indira.

—Filolao nunca viene al teatro... —respondió Sofía— ni a ningún lugar público. Y tú madre por no ir sola se queda en casa. Son así de raros en tu familia. Luego nos pasaremos por su casa, hemos quedado para cenar todos juntos. —Pero Indira no la escucho. Estaba embobada viendo el espectáculo.

La gente pedía silencio. La zona del *proedria*, donde estaban sentados era como un corral de gallinas. Aspasia le pidió a Indira que, por favor, hablara más flojo. Que la gente estaba protestando.

—¿Se puede visitar la cámara del faraón? —Mientras tanto Samuel seguía interrogando al historiador.

Heródoto se quedó callado. Reflexiono durante un tiempo que a Samuel le pareció una eternidad. El historiador tragó saliva y mirando fijamente para la *orchestra*, donde estaban representando los actores la obra.

—Acompáñame por favor, fuera a la calle. Que lo que te voy a contar tiene que ser a solas. Será mucho mejor. Es peligroso hablar de estos asuntos entre tanta gente. Hay oídos en todas partes.

Samuel y el historiador salieron del teatro molestando a todo el mundo que se encontraron a su paso. El muchacho iba sin muletas apoyándose en las cabezas de los espectadores, y agarrado al brazo de su amigo, que era como un mastodonte en una tienda de figuritas de barro.

Mientras tanto Indira le cogió un saquito de nueces a uno de los esclavos que ofrecían frutos secos por las gradas y se las empezó a comer. La chica estaba embelesada viendo la obra de teatro. Reventaba las nueces con la presión de tan solo dos dedos, el índice y el pulgar; y sin ningún esfuerzo las hacía estallar. Aspasia se reía saltarina viendo semejante fortaleza en las manos de una mujer tan hermosa. No podía entender como una muchacha con un cuerpo tan femenino tuviera semejante potencia.

—¿Puedes hacer menos ruido comiendo? Por favor, cariño... Estás dando un espectáculo lamentable —dijo Sofía irritada dirigiéndose a su cuñada.

La gente que estaba cerca miraba asombrada a Indira, que era toda una fiesta de naturalidad.

—La verdad que no entiendo porque hemos tenido que salir, con el ruido que hacía en el teatro nadie se hubiera enterado de lo que hablábamos —dijo Samuel confuso una vez que estuvieron fuera; junto a un monumento a Deméter. La diosa griega de la agricultura y del ciclo vivificador de la vida y la muerte.

—No seas pesado, ya te lo he explicado. Con estos temas hay que ser muy cauto. —Heródoto miró alrededor suyo—. Me has preguntado por la cámara del faraón. Y yo te pregunto ahora. ¿Para qué quieres saber eso? Según lo que me respondas te diré una respuesta u otra, —dijo el historiador— hay asuntos que son peligrosos solo con pensarlos.

—Creo saber que intenciones tenían los antiguos egipcios de las primeras dinastías construyendo las pirámides. Pero hay algunas lagunas que espero que me ayudes a resolver.

—Las pirámides son creadoras de misterio. —Dijo Heródoto de sopetón—. Su forma piramidal. Sus dimensiones, sus medidas son por un motivo. Absorben la fuerza y el poder del universo y la concentran en una zona en particular en el interior de la estructura piramidal. Y la pirámide de Keops, como tú le dices, es la mayor de todas, ¡la más perfecta! La que más poder produce. Y todo ese poder va dirigido a un lugar en el interior.

—¡A la cámara del faraón! —Dijo Samuel rápidamente.

—Efectivamente. ¿Y cómo sabes eso? Muy poca gente en el mundo conoce ese dato. —Samuel iba apuntando extractos en un pergamino que desplegó delante de su colega, apoyándolo sobre una columna que había tirada en el suelo.

—Es una historia demasiado larga para narrar ahora. Otro día con más tiempo te la cuento si quieres. Lo que me gustaría saber en este momento es para qué hacían eso. ¿Para qué querían acumular tanta energía o poder en el interior del poliedro? —Siguió apuntando cosas en su

pergamino. El muchacho se mecía de un lado hacía otro le costaba mucho trabajo mantenerse de pie. Parecía que se estuviera orinando con tanta danza.

—Creo que sabes mucho más de lo que aparentas, gurrumino. —Dijo el Historiador—. Y ya te he dicho que no me gusta que apuntes nada de lo que estamos hablando. Es muy peligroso que alguien cogiera tu pergamino —El historiador volvió a mirar para todos lados—. ¿Qué es lo que sabes Samuel? ¡¡¡Y dejas de apuntar todo lo que digo, me estás poniendo nervioso!!!

—Estoy planeando hacer un viaje a la pirámide de Keops. Quiero comprobar una cosa. ¿Tú sabes para que querían ese poder los egipcios de esas primeras dinastías?

—Dicen los Jeroglíficos en algunos pasillos donde yo y muy poca gente ha podido entrar; que son puertas.

—¿Puertas? —Dijo Samuel masajeándose la barba.

—Sí. Que comunican a otros mundos. A otras dimensiones. Incluso a otras pirámides fuera de Egipto —se escuchó los aplausos de la gente en el teatro a lo lejos.

—Pero... ¿Hay más pirámides fuera de Egipto? —Dijo Samuel asombrado al escuchar al historiador. Y apuntando ese dato en el papiro.

—En Babilonia están los Zigurats. Que por lo visto tienen la misma función. —Dijo Heródoto—. Estudiar el cosmos, las estrellas y aprovechar el poder del universo. También dicen que hay una pirámide gigantesca en Xi'an. ¿Dónde termina el mundo? Al Noroeste del río Indo. Más allá de donde vivió tu hermana en Kuru. —Heródoto acercó la boca muy cerca al oído de Samuel—. Se dice que la energía piramidal produce el *Ikor*.

—¿Qué es eso? —dijo Samuel fascinado.

—El mineral presente en la sangre de los dioses, o la propia sangre, el néctar que los dioses comen en sus banquetes, es lo que los hace inmortales. Si un humano lo toma se hace inmortal. Pero nunca se sabe que parte hay de verdad. Ya sabes lo exagerado que somos los griegos con las historias mitológicas. —Samuel permaneció en silencio mientras apuntaba todo lo que le decía el erudito historiador.

—¿Se puede entrar en la cámara del faraón? No me has contestado todavía. —Pregunto otra vez Samuel cuando terminó de escribir en el pergamino.

—Por eso nos hemos salido del teatro. Lo que te voy a contar ahora poca gente lo sabe, yo diría que solo lo sé yo, y un hombre que me acompañó aquel extraño día. Ahora no me acuerdo de su nombre, hace tantos años, y ya no soy un muchacho joven fuerte y ágil; se me olvidan las fechas, los nombres, los lugares con la edad; pero este hombre no era griego, eso te lo puedo asegurar, posiblemente de oriente. Iba con una niña pequeña, por cierto, muy guapa, con unos ojos color ámbar precioso, parecían de cristal. Sí... era un chamán muy sabio. —El historiador miró hacia los lados, como si le estuvieran espiando—. Esto que te voy a decir es muy importante que lo mantengas en secreto. Y si no lo apuntes en esa hoja mejor. —Samuel dejó el papiro en el suelo, aunque sabía perfectamente que cuando se despistara Heródoto lo dejaría anotado en su pergamino—. Vamos a ver cómo te lo digo. A la cámara del faraón, la que todo el mundo cree que es su cámara, a ese lugar puedes entrar. Dejan pasar por la mañana sin muchos problemas. Se puede visitar la tumba como un viajero curioso. Solo le tienes que pedir permiso a uno de los sacerdotes de Guiza. Ellos te darán un pase. Eso sí, pagando un dracma por lo menos. Sé que es un abuso, pero bueno, por lo menos ya se puede entrar, antes era imposible. Y si dices que vienes de mi parte mejor, no te pondrán inconvenientes. Ellos me conocen. Estuve allí ayudando a traducir textos. El faraón de Egipto es Artajerjes. Es un rey persa. No es tan severo como su padre. Incluso diría que es medio tonto.

—¡¿Pero esa no es la verdadera cámara?! ¿Me estás queriendo decir eso? —Dijo Samuel

impaciente sentándose en el suelo. Ya que le dolían las piernas de estar de pie.

—¡Eres muy listo gurrumino! La auténtica cámara todavía no se ha descubierto. Ten en cuenta que los egipcios que existen hoy no tienen nada que ver con aquella civilización tan avanzada que estuvo sobre aquella zona hace 2000 años. Los antiguos egipcios de las primeras dinastías eran mucho más sabios y misteriosos que los que hoy habitan cerca del Nilo. Aquellos fueron el final de una civilización, no el comienzo como todos creen. Hay muchas cosas que no conocemos, pero que existen. Y que son otra cosa muy diferente a lo que nos muestran los sentidos. —Samuel recapituló sobre su doble vida. Y pensó en quien era, todavía no lo tenía claro. Pero revivió en su cabeza los nombres de Manute, Diotima, Ananda, Naska... Y viajó durante unos instantes al templo de Delfos, recordando cuando él estuvo allí hace algunos años.

—¿Te pasa algo? —dijo el historiador cuando vio a Samuel ensimismado.

—No, no, estoy bien. ¿Por dónde crees que se puede entrar a esa cámara secreta? —Le pregunto Samuel.

—Como ya te he dicho, una vez tuve en mis manos un texto sagrado, que me lo ofreció un sacerdote de Guiza. El Chamán y yo lo traducimos. Ya que el texto tenía palabras en Sánscrito; indio, y dialectos egipcios muy antiguos. Allí decía que la Esfinge está colocada estratégicamente, ocultando una entrada secreta. La Esfinge es como un guardián de los secretos de la gran pirámide. —Hubo un silencio entre los dos. Samuel apuntó ese dato en el pergamino. Y Heródoto se sentó con Samuel en el suelo. Allí se quedaron hablando de Egipto y Mesopotamia. Hasta que todo el mundo empezó a salir del teatro. El festival ya había acabado. Sin darse cuenta el tiempo había pasado muy deprisa.

Sofía salió del espectáculo enfadada. Riñó a Samuel ridiculizándolo delante de todos por haber desaparecido durante tanto tiempo. Habían quedado en estar todos juntos para ver la obra y sin avisar desapareció nada más comenzar.

Después del chaparrón de Sofía se fueron en la mula a cenar a casa de Filolao y Faina. Indira al final decidió no ir a ver a sus padres, se quedó con Aspasia. Iban a ir al balneario de Hera.

4. La Hermandad.



*25 de octubre de 1555.
Monasterio de Yuste.*

—¿Se ha enterado de la noticia, maestro?

—¿A qué te refieres Jeromín?

—Carlos, el emperador, hoy abdica de su título de duque de Borgoña en favor de su hijo Felipe, —decía el joven novicio mirando para arriba para poder hablar de frente... cara a cara con el abad del monasterio que era enorme.

—Sí, lo sé, muchacho. Ya me lo han comentado.

—Tal como usted lo había predicho hace dos años. Por lo visto hoy llega a Madrid Felipe, desde la ciudad de Londres. —Se escuchaba de fondo unos cantos gregorianos de los monjes de la orden de San Jerónimo. Todavía había poca luz en los pasillos de la abadía—. El gobierno efectivo de los Países Bajos queda en manos del duque Manuel Filiberto de Saboya.

—Efectivamente. —Dijo el abad—. Pero lo mejor todavía está por llegar.

—¿Qué tiene que venir ahora maestro? No entiendo.

—Muy pronto, no creo que falte más de tres o cuatro meses; el emperador Carlos V renunciará a todos sus títulos en favor de su hijo Felipe; el cual se convertirá en el rey Felipe II de España. Aunque este nunca será César, eso da igual; tendrá un reino mucho mayor que el de su padre; El imperio más extenso que ha existido en la historia de la humanidad. Siempre será de día en alguna de sus tierras.

—Seguro que se cumple su pronóstico mi querido abad. Usted no se suele equivocar.

—Es algo irremediable. Carlos está agotado. Rendido. Al borde de un colapso. Estoy completamente seguro de que dentro de muy poco lo tendremos en nuestro monasterio. Desde aquí, con él viviendo entre nosotros podremos manipularlo a nuestro antojo, y seguir con nuestros planes para que nuestra hermandad se haga cada día más poderosa.

—Sí querido abad. —Las dos figuras seguían caminando despacio entre la penumbra de los pasillos del monasterio. Todavía quedaban un par de horas para que saliera el sol, y la única luz que alumbraba aquel lugar era la de los velones de las paredes de los pasillos.

5. La Nada



Año 429 a. C.

¿Qué había antes de la creación del Universo?

A la mañana siguiente, nada más abrir los ojos Samuel se dio cuenta de que se había quedado dormido. La luz ya inundaba con violencia cada rincón de la habitación. Era mucho más tarde de lo que tenía pensado levantarse. Se escuchaba a lo lejos los comerciantes en el puerto en sus enredos e incesantes trapicheos; y Sofía ya se había ido a trabajar. Todavía, a pesar de sus fatigas y molestos mareos seguía atendiendo la panadería, la que había heredado de sus padres. Él acarició el lugar donde ella había estado acostada, que ahora estaba vacío y frío. Agarro sus ropas arrugadas y se las acercó a la nariz aspirando fuertemente su aroma. Su perfume la trajo otra vez consigo. Su cara de niña cándida con su pelo rubio le daba un aspecto más angelical del que verdaderamente era. Su fuerza y su carácter, y a la vez su ternura e ingenuidad. Todo en ella eran extremos. Y eso a Samuel le maravillaba. En ese mismo momento él decidió que hoy no iría a su academia. ¿Para qué? Últimamente ya no tenía ningún alumno. La guerra y la epidemia que asolaban Atenas estaban haciendo estragos por todos lados. Y más en los oficios que no eran de primera necesidad. Y por desgracia, maestro, no es un trabajo importante en estos momentos, y más si es de ética.

Se levantó de la cama dificultosamente ya que estaba descalzo. Se sentó en el *difros*, una pequeña silla sin respaldo donde tenía el *himatión* preparado, se vistió y se puso las nuevas férulas que le había fabricado su padre. Unas piezas de madera de ciprés, más duras y ligeras que en otras ocasiones. Para que no se les doblaran los pies al caminar. Agarró las muletas y se dirigió al cuarto de su hermana. Pensó que sería un buen momento para hablar con ella. Pero cuando separó la cortina vio que su cama estaba vacía e impoluta. Indira había pasado la noche fuera. A Samuel se le dibujo una sonrisa al reflexionar sobre su libertad y naturalidad en todo lo que hacía su hermana.

De repente de la calle llegaba una melodía. Un silbido alegre y familiar. Agarro las muletas con fuerza y salió de prisa a la puerta. Era Indira que llegaba con la misma provocativa ropa que tenía puesta en el teatro, pero bastante más desaliñada. Con sus sandalias de esparto colgando de la mano y algunas ojeras; daba a entender que había tenido una noche movidita. A Samuel se le iluminó la cara al verla con los pelos alborotados y con esas pintas.

—¿Un poco tarde para venir? —dijo él al tenerla a su lado.

—O temprano. Según como lo mires. —Ella le dio un beso en la mejilla. Y le acarició la cara. —¿Has desayunado?

—No. Ahora lo iba a hacer. Me he levantado tarde. Ya sabes..., me he quedado dormido. — Ella soltó una carcajada.

—Pareces un viejo hablando —Samuel gruñó.

—¿Cogemos tu dichosa fruta y nos vamos a desayunar algo paseando por el muelle? —Dijo ella entrando en la casa muy animada—. ¡Hace un día maravilloso!

—Vale —dijo Samuel.

Indira agarró algunas piezas de fruta y unas pocas de nueces. Lo metió todo en una talega de cuero y sin mediar palabras introdujo rápidamente su cabeza por debajo de las piernas de Samuel que estaba distraído mirando por la claraboya. De sopetón levantó sobre sus hombros a su hermano. Del impulso tan potente e inesperado que dio casi se cae el muchacho para atrás. Pero ella rapidísima le sujetó de los pies con nervio, para que no se despeñara. Como una figura destartalada alta y sin proporciones humanas salió de la casa y empezó la chica a correr en una veloz galopada con Samuel sentado sobre sus hombros. Ella llevaba la talega cogida por los dientes en un mordisco; y los dos reían sin parar. Llegaron en un momento al puerto del Pireo, que estaba cerca, a casi 1 km de la casa. Una vez allí ella se agachó para que él se pudiera bajar sin problemas. Los dos hermanos se descuajaringaban sin fuerzas y sin aliento. La alegría rebosaba por todos lados.

—¡Estás loca de remate! ¿Por qué has hecho eso? Casi me matas.

—No sé, tenía ganas —dijo ella—. Hoy estoy muy feliz.

—Ya te veo. —Hubo un silencio—. ¿Dónde has pasado la noche? —Samuel se agarró del brazo de su hermana.

—Con Aspasia. En el Balneario de Hera. ¿Lo conoces?

—Sí, claro que lo conozco. Un lugar muy bonito. —Indira cogió la talega de frutas y le ofreció a Samuel una manzana. Él con sus manos sin fuerza agarró la pieza con su peculiar manera de coger las cosas con las muñecas; y se la empezó a comer a bocados. —Te quiero decir una cosa, hermana. Espero que no te molestes conmigo, por lo que te voy a decir—, ella al ver que le costaba trabajo agarrar la fruta sé la arrebató y la partió con las manos en cuatro trozos. —Te veo muy contenta, y eso me da alegría. Sabes que te aprecio mucho. Cambiaste mi vida desde que supe de ti. —Indira a continuación comenzó a estallar las nueces como solo ella podía hacer. Miraba a lo lejos, al horizonte, con la cabeza en otro lugar.

Cerca de allí unos marineros estaban arreglando la quilla de un barco. La nave la tenían fuera del agua; de lado y apuntalada en la orilla. Algunos lijaban y otros cubrían con una negra y espesa grasa la superficie. Mientras tanto en una gran piedra, un *noray*, donde amarran las embarcaciones se sentaron los dos hermanos.

—Debes tener cuidado con Aspasia. —Soltó de golpe Samuel sabiendo que ese comentario no le iba a hacer ninguna gracia.

Indira giró la cabeza en un movimiento enérgico para mirarle a la cara, —¿Por qué?—. Hubo un silencio incómodo.

—Creo que ella se está encaprichando de ti. Aspasia no es mala persona, —dijo Samuel—. A mí me ha ayudado en más de una ocasión. Pero es muy caprichosa e inestable emocionalmente. Cuando ya no quiera nada de ti, se canse, te dará una patada. Y te tirará como un paño usado. Solo te quiero advertir. Si no me importaras tanto no te diría nada, espero que lo entiendas—. Samuel le dio un mordisco a un trozo de manzana y espero una contestación que duró en llegar. Los marineros empezaron a cantar una vieja canción mientras trabajaban; el olor a mar con la suave brisa se hizo intenso.

—Parece mentira que me digas eso. Y más tú. Yo creía que me conocías. —Dijo Indira chascando la lengua—. Ya sé que ella esta encaprichada de mí. Incluso enamorada. Besa el suelo por el que yo piso. ¿Y qué? Déjala que disfrute. Pobrecita.

—¡Es la mujer del alcalde! La gente se está dando cuenta de lo vuestro. Todos hablan.

—¿Y qué? A mí me da igual lo que piense la gente. Además, Pericles no le hecha nada de cuenta.

—Llevamos dos años de guerra. Los atenienses se están muriendo literalmente en las calles. El alcalde está muy ocupado.

—Sí, pero su matrimonio está roto desde antes de la guerra. Sabías que él lleva cuatro años sin hacerle el amor.

—Pero... tú no tienes nada que ver con su matrimonio. Y mucho menos opinar.

—Sí que puedo, es mi amiga. —dijo Indira.

—Te confundes. Ella no es amiga de nadie. —Samuel levantó la voz— ¿tú sientes algo por ella? —Pregunto mirando fijamente a los marineros.

—Ternura, pero también pena y lastima. —Indira se puso de pie agitando los brazos, como si estuviera calentando antes de hacer ejercicio.

—Otra cosa que te quería decir. —Dijo Samuel mirando hacía el suelo—. Tienes que dejar de hacer los ritos de Kuru en casa. Y te tienes que vestir más tradicional, al estilo del ática, por lo menos mientras que este Sofía delante. Yo sé que para ti no es fácil. Pero Sofía desde que está embarazada está muy susceptible. Tienes que entenderlo; hace dieciocho meses que murieron sus padres. En estos dos últimos años ha tenido que afrontar demasiados cambios.

—¿Y yo no? —Dijo iracunda—. Yo he vivido en una mentira durante diecisiete años. Y ahora no sé ni quien soy. —Se puso a dar vueltas alrededor de Samuel rotando los brazos cada vez más rápido; parecía que iba a volar como un pájaro—. Y si tú mujer se siente mal porque yo me crie con un chamán y tengo costumbres extrañas lo siento. ¡Pero es lo que hay! —Los marineros dejaron de cantar, y miraron para ellos al escuchar las voces de la chica.

—No te pongas así. Por favor, cálmate. —Samuel se puso de pie manteniendo el equilibrio agarrándose al *noray*.

—Y volviendo al tema de antes, una mujer me muestra su amistad sincera, y a ti te molesta. — A Indira se le estaba hinchando la vena de la frente.

—No me molesta. Todo lo contrario. Para mí es muy importante que seas feliz. Pero creo que esto está llegando demasiado lejos. Aspasia es muy insegura e inconsciente. Solo busca el placer. Ella quiere disfrutar a toda costa; y hay veces que hay que contenerse. No quisiera que te hiciera daño. Solo es eso. —Se puso delante de su hermana para que parara de dar vueltas alrededor suya—. Te quiero mucho, hermana, no quisiera volver a perderte. Nos hemos perdido la infancia juntos, ya nada nos puede separar. —Se miraron los dos durante un buen rato, donde los marineros empezaron otra vez a cantar, esta vez era una melodía lenta, melancólica... los hombres cogieron los aparejos para despuntar el barco.

—No te preocupes... —Ella le agarró sus manos frías e inertes. Samuel notó lo áspera que era su piel—. Perdóname si en algo estoy complicando tu vida. Pero tampoco es fácil para mí —dijo ella cambiando radicalmente su estado emocional con total autocontrol.

—Tú no has complicado nada. Todo lo contrario. La has perfeccionado. Agradezco al universo todos los días el que vivas conmigo. Que exista. Que nos hayamos encontrados. Solo es eso... No quiero que sufras por Aspasia. Resentida es muy peligrosa.

—La tengo controlada —dijo Indira segura de sus palabras—. No pasa nada. Es mi juguete. Ella necesita engancharse a alguien. Es su naturaleza. Sí no soy yo, va a ser otro, u otra el que se aproveche de ella. Y yo por lo menos no le voy a hacer daño.

Los marineros estaban procurando rodar el barco hacía el agua; ya le habían hecho el mantenimiento. Todos gritaban una dos y tres... una dos y tres... una dos y tres... pero no podían enderezarlo sobre unos railes de madera para que bajara hasta el agua. Las palancas y las cuerdas apenas movían el navío, que, aunque era pequeño se veía muy pesado. Algo extraño ocurría. En ese momento Indira exploto en una carrera hacía los marineros que se veían exhausto por el

esfuerzo, con el peligro de tener un grave accidente. Ella les explicó que así no conseguirían nada. Que el barco estaba succionado por el barro. Que en cualquier momento patinaría y podrían ser aplastados. Los fornidos marinos se rieron al recibir consejos de una chica. Samuel de mientras se sentó en el *noray* viendo la escena que prometía ser entretenida.

Indira agarró uno de los tablones que hacía de cuña y lo colocó en uno de los extremos del barco, lo apuntaló con una piedra en la punta, y empezó a dar golpes cortos pero muy potentes. La musculatura de sus brazos se le marcó, brillaban sus extremidades como si estuvieran engrasadas. Los marineros miraban asombrados a la chica que en un principio aparentaba ser una delicada flor. Ella con los esfuerzos se había transformado en un tosco animal; fuerte y poderoso. Daba empujones cada vez más rápido, hasta que el barco empezó a balancearse. Sus brazos en cada esfuerzo se iban hinchando más. Los marineros se quedaron con la boca abierta. Ella gritando pidió ayuda, para que tiraran de las cuerdas, y entre todos pudieron enderezarlo. El navío comenzó a deslizarse por los raíles de troncos de madera, hasta que al final entro en el agua con suavidad produciendo un sonido amortiguado.

Los marineros no comprendían nada. Agradecidos se disculparon por sus burlas. Le preguntaron que como sabía lo que había que hacer. Ella les contó una mentira piadosa referente a que su padre era marinero. Y que se había criado en el mar.

—Ya has vuelto a hacer de las tuyas —dijo Samuel orgulloso cuando la tuvo otra vez a su lado. Indira ahora tenía su cuerpo relajado, las venas de los brazos desaparecieron—. No sabía que tenías un padre marinero. —Dijo Samuel con la boca torcida aguantando la risa.

—¿No querrá que le cuente la verdad? ¿Qué le diga a estos bravos y fornidos hombres quién soy?

—No, lo que tú digas —reía Samuel divertido—. Eres increíble.

—No ha sido nada. Y tú lo sabes —Dijo ella sacudiéndose el polvo del peplo confeccionado tan originalmente.

Los marinos seguían mirándola disimuladamente fascinados y murmurando desde lejos por lo que acababan de ver.

—He pensado que cuándo Sofía ya no pueda atender la panadería por su avanzado embarazo puedo encargarme yo. ¡Alguien tendrá que mantener a la familia! —Dijo ella imitando la voz de su cuñada en el tono y los gestos.

—Déjate de burlarte de ella. Que Sofía te aprecia más de lo que te imaginas. Además, yo no te veo en una panadería.

—Ni yo tampoco, la verdad. Pero alguien lo tendrá que hacer. O nos moriremos de hambre. Si estuviéramos en el desierto las cosas serían más fáciles. Pero aquí, en Atenas todo es más complicado. Además, yo sé que a tu mujer le viene bien verme trabajar; la verdad que ayudo muy poco. Últimamente no me soporta, y no me digas que no, no hay que ser muy lista para darse cuenta, —Samuel miró para otro lado— y en parte la entiendo. Casi no copero en la casa. Lo reconozco. Pero es que Aspasia me tiene absorbida. Creo que tienes razón. Voy a tener que parar esta dichosa obsesión, estamos llegando muy lejos. Antes yo y Sofía hacíamos cosas juntas. Y ya todo son reproches —dijo ella cogiéndole la mano a su hermano para tranquilizarlo.

En ese momento se escuchó una tropa de hoplitas que se acercaba a paso ligero. Las potentes pisadas resonaban en todo el puerto. Serían unos treinta o cuarenta soldados bien armados y con el rostro serio y demacrado. Era la escolta privada de Pericles. Pasaron por su lado y siguieron por el camino hacia el centro de la ciudad. En dirección hacia el Ágora.

—Qué raro. La escolta de Pericles y sin Pericles. Nunca se separan —dijo Samuel

preocupado—. «*Espero que no haya pasado nada grave. Sin él estaremos perdidos*». —pensó.

—¿Qué ha sido de todo eso que íbamos a hacer? —Dijo Indira sacando a Samuel de sus cavilaciones—. ¿Te acuerdas? Íbamos a cambiar el mundo. Te iba a enseñar Kuru, donde me crie, y los dos íbamos a ir al Nous. Y ahora me estoy ofreciendo como panadera. Y tú eres maestro de una academia sin alumnos. Se supone que teníamos una misión. ¿No te acuerdas? —Dijo Indira—. Para algo yo me habré criado con un Chamán —puso una pose teatral.

—¡Claro que me acuerdo! Todos los días. Pero las cosas hay que hacerlas bien. ¡Voy a tener un bebé! Soy una persona con discapacidad física; cada año tengo menos fuerzas, y para colmo en mi ciudad se están muriendo todos los que conozco; o por una absurda guerra o ahora también por una epidemia de peste. —El silencio se instaló entre ellos.

—¿Qué hablabas con Heródoto ayer por la tarde? Os vi salir del teatro muy animados.

—Le preguntaba por la gran pirámide de Guiza.

—¿Y para qué? —dijo Indira sentándose junto a Samuel en el *noray*.

—Llevo un año planeando ir a Egipto. A terminar lo que no pudo acabar Ananda. Ya que dentro de poco no creo ni que pueda andar ni con muletas. Pero no es fácil. He estado consultando unos planos con el historiador y Egipto está infinitamente lejos para mi estado de salud.

—Cuando yo era pequeña estuve en la pirámide. Pero no me acuerdo de casi nada. Era una cría.

—No me extrañaría —él se echó su largo flequillo hacia atrás con la mano—. Manute te llevó por todo el mundo. Conoces tantos países, tantos lugares que te envidio.

—No hay mucho que envidiar. Mi vida fue una mierda.

—Perdóname por el comentario. —Ella se dio la vuelta mirando para la Acrópolis— no he pensado mis palabras. Perdóname.

—Pero no entiendo que tiene que ver Kuru con la gran pirámide de Guiza. ¿No íbamos a ir a Kuru?

—Creo que la pirámide es un portal. Un atajo para llegar al Nous. Podría ser una solución para que tú lo consigas de una vez. No sé, pero hay otras cosas que estoy descubriendo.

—¿El qué? —preguntó Indira.

—Ahora no te lo podría explicar es muy complejo. Ni yo mismo lo tengo claro.

—Para que venga Sofía con nosotros se lo tendrías que explicar todo —dijo Indira—. Ya que, si no, no entenderá el motivo de hacer un viaje a Egipto, y más en su estado de embarazo

—Aunque ella no viniera, y se quedara en Atenas se lo tendría que contar todo. Pero no sé. Me da miedo que ella empiece a tratarme de otra manera si le cuento lo que descubrí en Delfos. A lo mejor tú no lo entiendes, pero la quiero mucho. —Samuel bebió agua de una pequeña calabaza—. Algunas veces me gustaría no haber nacido con este destino. ¡Soy un Brahma en el cuerpo de un inútil que casi no recuerda nada!

—Me imagino —dijo Indira—. Pero creo que ya va siendo hora de que ella sepa la verdad. ¿No crees? Ella será la madre de tus hijos. Creo que se merece que se lo cuentes algún día. Y te lo estoy diciendo yo; que no me llevó nada bien con tu linda mujer. «*A ver si de ese modo me tiene más respeto*» —pensó ella sin compartirlo con su hermano.

—Por cierto... ¿Le has dicho a Heródoto algo de Ananda, de nosotros, de lo que paso en Delfos?

—NO. Nadie lo sabe. También me da vergüenza confesárselo. Él es mi mejor amigo, me ayuda en todo lo que le pido. Pero también me da encogimiento de que no lo comprenda. Y me empiece a tratar de otra manera, con distancia. Como el que le habla a un *wánax* (rey supremo en la época micénica).

—¿Entonces como lo vamos a hacer? —Pregunto Indira.

—¿Tú vendrías conmigo? pregunto Samuel sabiendo la respuesta

—Yo iría contigo al fin del mundo. Me tragaría tu orina si fuera necesario.

—¡No digas guarradas por favor!

—Recuerda que nos separaron de pequeños el mismo día que tú naciste, eso fue por un motivo, prepararme para tener ciertas cualidades, habilidades que tú desconoces todavía, todo eso para protegerte y ayudarte en tu glorioso destino. Ese es mi cometido en la vida, —dijo Indira de carrerilla como si se lo hubieran grabado en la mente a fuego—. Por qué crees que estoy aquí. Para mí el infierno es esto. Atenas. Yo prefiero la selva. La India con sus elefantes y sus serpientes venenosas. Estoy aquí por ti. Siempre estaré donde tú vivas. —Hizo una pausa— Los sabios griegos de la razón tienen mucho que aprender de la India. —Dijo ella bajando el tono de la voz.

—Ya lo sé, eso mismo hablaba con Heródoto el otro día.

—¿El qué?

—Que tenemos mucho que aprender de otras civilizaciones. Especialmente de Egipto, Mesopotamia y la India.

—Por cierto... ¿sigues yendo al Nous cuando meditas?

—Sí, claro —dijo Samuel—. ¿De dónde te crees que aprendo todo lo que te cuento? Si ya casi ni salgo de casa. Aunque la mayoría de las cosas que veo allí se me olvidan, pero van dejando una huella, un hilo que me hace comprender poco a poco el mundo; es algo que no llegó a alcanzar, pero es así. —Ella se puso a bromear como si estuviera meditando, diciendo oooooommm—. Déjate de tonterías... ¿Tú ya no meditas?

—No. He perdido la costumbre a incontables cosas desde que estoy aquí. —Dijo Indira—. Muchas veces pienso que todo aquello que viví de niña fue solo un sueño. Se suponía que tú me ibas a enseñar a despertar. ¡Qué cosas!

—Al principio lo intentamos. ¿No te acuerdas? No hables así. Ambicione con todas mis fuerzas que llegaras al Nous. Que despertaras. Pero no pudo ser. Luego te fuiste desanimando, hasta que Aspasia empezó a coquetear contigo. Motivo por el que Alcibíades dejó de hablarte.

—Alcibíades dejó de hablarme porque yo no quería nada con él. Me confundí con ese engreído. Es un egocéntrico avaricioso. Es un rico aristócrata corrupto. Un niño mimado. Además, tarde o temprano engañara a tu pueblo. —Indira miraba con la mente vacía a los marineros que estaban atareados preparando las velas del barco.

—Eso va a cambiar y pronto. —Dijo Samuel Rotundamente.

—¿El qué? —dijo Indira que se había despistado en sus recuerdos.

—Lo de tu *despertar*... Esta vez lo vas a conseguir. Muchas veces las cosas solo pasan cuando tienen que ser, como el pan en el horno. Por mucho que aumentes la temperatura echando más leña en el horno no adelantarás el tiempo de cocción, en todo caso estropearas el pan.

—No sabía que ahora eras panadero —se rieron los dos.

—Vera como todo saldrá bien —dijo Samuel— las pirámides son otra manera de acceder al Nous.

—A ver si es verdad. Pero sinceramente no lo entiendo.

—¿Tú confías en mí?

—Sí —dijo ella.

—Pues entonces deja de protestar por todo.

Ella rodeó con sus fuertes brazos a su delgado hermano que tiritaba de frío; y lo levantó un palmo del suelo. Samuel, con la cabeza apoyada en Indira no olvidaba a los hoplitas que habían

pasado tan deprisa hace tan solo un momento. Recordaba sus rostros cansados. Marchitos, anunciando una desgracia. «¿Qué harían por el puerto y sin Pericles?».

—Samuel... —dijo la muchacha interrumpió los pensamientos de su hermano separándose de él—. Te voy a hacer una pregunta, un poco extraña. Absurda, si quieres. Pero es que me ronda una idea desde hace tiempo por la cabeza. Y esta noche lo estuve hablando con Aspasia, ella sabe mucho de estos temas; incluso discutimos por ello.

—Dime y sorpréndeme, —dijo Samuel curioso.

—El cosmos, el universo, todo lo que existe... ¿ha estado siempre ahí? ¿Desde el infinito de los tiempos ha existido? ¿o apareció un día en concreto? Yo sé que hay varias escuelas que piensan de diferentes maneras. Pero yo quiero escuchar lo que tú sabes sobre este tema.

—Efectivamente. En Grecia hay varias escuelas. Cada una con su filosofía. Y no solo en Grecia, en la India, en Babilonia, Persia, y en cada pueblo del mundo; y siempre será así. Eso tú lo sabes mejor que yo. Tú que has vivido en esos lugares y has visto casi de todo. Cada lugar y cada época tienen su forma de explicar los orígenes del universo. Pero ninguna tiene la verdad absoluta. Una cosa es la *doxa* (opinión) y otra muy distinta *episteme* (ciencia), pero casi todas dicen algo importante e interesante; pero también dicen bobadas, y así con todas. Hay que saber quitar el grano de la paja. Esto que te voy a contar ahora mismo no quiero que se lo comentas a nadie. Ya que quedaras como una loca. Nadie te creerá y te tomaran como una perturbada.

—Ya me miran como si estuviera loca. A eso ya estoy acostumbrada, —Samuel sonrió al verla tan descarada y libre.

—Me lo tienes que prometer. No hablaras de este tema con nadie. —Insistió Samuel.

—¡Que sí, no te preocupes! No se lo contaré a nadie.

Samuel cerró los ojos durante algunos segundos como queriendo buscar algo muy oculto en el interior de su mente.

—Arjé, también arqué, arkhé o arjé; del griego ἀρχή, «principio» u «origen» es un concepto fundamental en la filosofía de Grecia que significa el comienzo del universo o el primer elemento de todas las cosas (εξ' ἀρχής; del principio, o εξ' ἀρχής λόγος: la razón primordial, originaria). Tales de Mileto argumentaba que el agua es origen de todas las cosas que existen. Esta, quizás, fue la primera explicación significativa del mundo físico. Tales fundó la llamada escuela de Mileto, a la cual también pertenecieron los filósofos Anaximandro y Anaxímenes. Anaximandro fue el primero en usar el término «arjé», afirmando que era lo ápeiron (lo indeterminado, aquello que carece de límites). Más tarde Anaxímenes consideró que el arjé era el aire o la niebla; fluidos por excelencia. Posteriormente surgió de manos de Pitágoras la escuela pitagórica, caracterizada por la identificación del arjé con los números. Hay que considerar que la escuela pitagórica no consideraba al número como algo abstracto (concepción actual), sino que lo veían como algo real. Lo consideraban la más real de las cosas y precisamente por esto lo concebían como el principio constitutivo de las cosas. Y así hubo muchos sabios griegos que hablaron del arjé. Los hindúes tienen sus historias y sus mitologías en sus libros sagrados que son los más antiguos de la tierra; los egipcios otras, y los persas; pero yo puedo decir que lo he contemplado en el Nous, con mis propios ojos, en ese lugar donde yo voy cuando medito. —Samuel abrió los ojos—. El universo con su materia, el tiempo y su energía surgió de una gran explosión. Antes de esa explosión no existía nada.

—¿Pero de donde surgió esa materia? —Pregunto Indira.

—De la Nada, —dijo Samuel sin tener claro que ella lo pudiera entender.

—¿Pero que es la nada?

—La nada No es un espacio, es un concepto. No podemos decir que la nada estaba vacía,

porque si no estaremos definiendo un lugar en el que cabe algo. Y no es así, es mucho más complejo.

—No lo entiendo. ¿Me lo puedes explicar de otra manera?

—¿Qué éramos antes de haber nacido? —Hubo un silencio— yo te lo digo, nada. ¿Dónde estábamos? En la Nada. En todo caso en el Nous. El universo es un todo. Si desapareciera toda la materia del universo desaparecería todo lo demás; el tiempo y el espacio también desaparecerían. —Indira se estaba arrepintiendo de haber hecho la pregunta de la nada a su hermano.

—Entonces... si lo he entendido bien, me quieres decir que antes de esa gran explosión no existía el tiempo porque no había materia. ¿Pero de donde salió esa materia?

—Es arduo de explicar esto, especialmente a los griegos. Ya que no manejan y no entienden un número que represente a la nada. Pero ese número se llama cero. Existe. En la India se conoce, y tú lo sabes mejor que yo, por lo que te será fácil esto que te voy a explicar.

—¡Claro, qué existe! —dijo Indira—. Se conoce desde hace miles de años. —Luego, Samuel cogió una rama de un árbol que había tirada en el suelo y empezó a pintar dificultosamente en la arena del suelo, ya que le costaba agarrar con su escasa habilidad manual:

$$2= 1+1$$

$$1= 1+0$$

$$0= 1-1$$

—¿Lo entiendes ahora? —Dijo Samuel muy excitado por el conocimiento que le iba a rebelar.

—NO. Algo se me escapa —dijo ella.

—Yo sé que no es fácil.

—¡¡¡Vale!!! Lo entiendo. ¡Ya lo he visto! Lo comprendo. De la NADA, de cero sale lo positivo y lo negativo. Pero... ¿Dónde está el universo que es el contrario a todo lo que hay? Lo negativo...

—Ese universo está oculto para nuestros sentidos. Pero tienes que entender que todo lo que existe tiene su lado negativo. Lo contrario. Esta piedra, esta ramita, yo, tú...

—Por lo que veo dejas poco lugar a un dios creador. —Dijo Indira risueña—. Esto se lo deberías de contar a papá. Él es un gran matemático. Se quedaría muy deslumbrado.

—Ya se me ha pasado por la cabeza. —Dijo Samuel—. Además, papá no solo es matemático. Estudió en la escuela Pitagórica, allí hay grandes astrónomos y místicos. Aunque él nunca habla de aquella época.

—¡Y adivinos! —No me extrañaría que papá fuera algo de eso y lo mantuviera en secreto, —dijo Indira.

—No lo creo. ¿Te imaginas a papá con un capirote adivinando el futuro de la gente? Con el mal carácter que tiene. —Se rieron los dos formando un escándalo.

—El Tiempo y el Espacio se crearon a la vez que el universo; con la materia. Es como decir que el agua crea el vaso para contenerlo. —Samuel hizo una pausa para morder el trozo de manzana que le quedaba—. No parece muy lógico la existencia de un dios esperando un tiempo infinito y luego decidiéndose a crear el universo. ¿Con qué fin? ¿Para qué? ¿Qué motivo tiene una creación cuyos acontecimientos ya están previstos? ¿Qué hace un dios esperando una eternidad? Además, el acto de la creación solo tiene sentido en el tiempo. Pero si el tiempo no existía. ¿Dónde estaba un dios sin tiempo?

—¿Entonces los dioses no existen? —Dijo Indira confusa.

—Eso yo no lo he dicho. De hecho, según Naska tú y yo y todos los seres lo somos. Solo que no lo recordamos todavía. Simplemente que no existe un dios creador de todo el universo. En la gran explosión se crearon los dioses con el universo y el tiempo y la materia. Pero recuerda querida hermana. Dioses somos todos. Lo único que no hemos despertado del eterno sueño. El universo nos necesita, ya que si no hay alguien con conciencia que lo observe no existe, pero a la vez el universo somos nosotros, nos observamos a nosotros mismo. Todo lo que hay en él está conectado. —Indira le miró con lágrimas en los ojos.

—Hermano. Casi se me olvida quienes somos. Nuestro pasado. —Samuel le pasó el dorso de su mano por la cara para secarle las lágrimas—. Tenemos que hacer ese viaje. Hay que planear como hacerlo realidad como sea. Estoy olvidando todo lo que fui. Mi destino. Y ya te lo dije antes, tengo que despertar. Me tienes que ayudar. —Suplicaba Indira desconsolada.

—Ya te lo dije antes. La pirámide no solo es un atajo es...

En ese momento, a lo lejos venía Sofía gritando. Samuel se puso de pie asustado. Ella venía corriendo como mejor podía; agarrando con sus manos la barriga, para que no se moviera tanto.

—¿Qué pasa cariño? —dijo Samuel cuando llegó a donde estaban.

—Espera... Espera... Que coja aire... Que me asfixio... —Sofía respiraba con dificultad. Tenía la cara colorada.

—¿Has dejado la panadería sola? —pregunto Samuel.

Una vez que se recuperó le dijo muy seria... —¡Pericles ha muerto!

—¡Cómo! ¿Cuándo ha sido? Dijo Samuel muy nervioso.

—Pericles murió a noche. —Dijo Sofía triste—. Solo. Sin nadie para agarrarle la mano. Mientras su esposa se bañaba en el balneario de Hera; la vieron salir esta mañana, con su nuevo amante, o juguete. Tú. Mi cuñada la loca. —Ella le señalaba con el dedo en el pecho llorando con grandes lagrimones—. Aspasia sabía perfectamente que ayer posiblemente sería la última noche de su marido, y aun así lo dejo agonizar solo, como un perro—. Indira miraba aterrada a Sofía. No se podía creer las palabras que le reprochaba su cuñada. —Ha estado toda la noche escupiendo sangre por la boca. Estaba infectado de peste desde hace mucho tiempo, se lo tenía muy callado. Por eso se maquillaba tanto. Y usaba tanto perfume. Para que no se le notara. —Sofía se acercó a su cuñada— ¡Y ayer en el teatro estaba tan tranquila haciendo manitas contigo! Me dais asco y repugnancia. ¡Maldita sea el día que llegaste a nuestras vidas!

Samuel se arrodilló en el suelo, con las manos en la cabeza

—¡Sin Pericles el Ática está indefensa! Es el mejor político y estratega de la historia, —dijo Samuel. Sofía se arrodilló junto a él para consolarlo. A lo lejos se escuchaba tambores marcando un ritmo fúnebre— es verdad que como general, como militar deja mucho que desear. Pero nadie a echo tanto por la ciudad como él.

Indira empezó a correr con todas sus fuerzas. Casi no tocaba el suelo. Los puños los tenía tan fuertemente cerrados que se le clavaron las uñas en las palmas de las manos, produciéndole heridas de sangre. Pero ella no se enteró. Seguía corriendo como una poseída en busca de la concubina.

6. La última morada del emperador.



22 de febrero de 1557

Los treinta y ocho monjes de la orden de San Jerónimo estaban en la puerta de entrada del monasterio de Yuste. Esperaban rezando a que llegara la comitiva de Carlos V de Alemania y I de España. Por consejos del abad el emperador decidió pasar sus últimos años de vida en la abadía, para descansar y reponerse. Su mala salud lo tenía extremadamente débil.

—¿Cuántas personas vienen con el emperador? —preguntó Jeromín; el joven monje al abad.

—Cincuenta personas. Pero la mayoría dormirán en el pueblo. No te preocupes. No serán ninguna molestia para la hermandad. Nuestras labores diarias seguirán sus rutinas como siempre. Lo importante que desde hoy por fin tendremos a Carlos en nuestra propia casa para influir sobre su hijo Felipe. Todo está saliendo como estaba previsto. Tantos años manteniendo correspondencia con el emperador están dando sus frutos. —Tosió dos o tres veces con la mano en la boca— no fue fácil que confiará en mí.

—Me alegro —dijo el muchacho— ¿Se encuentra bien?

—Por este convento pasaran considerables celebridades importantes —ignoró la pregunta—. Todos querrán hablar con Carlos. Aunque haya abdicado para muchos sigue siendo el emperador. Toda esa gente hará que nuestra abadía sea el centro del mundo —hizo una parada en su discurso— yo diría que seremos el centro del universo.

—Sí, mi querido abad.

A lo lejos se veía llegar la comitiva de carruajes. Era Carlos el emperador con su corte personal. Los monjes permanecieron firmes, quietos como estatuas. Todos rezaban a descompás, parecía el murmullo del enjambre de un panal de avispa enojadas.

Después de aproximadamente veinticinco minutos esperando la comitiva llegó a pocos metros de donde estaban los monjes. Se detuvo los carruajes delante de ellos, y durante algunos minutos nadie se movió. Los monjes siguieron rezando como si nada. Hasta que, del carruaje central, el que era el más lujoso de todos se bajó un hombre delgado, menudo. Tenía una barba rojiza. Era el emperador. Aparentaba tener más de setenta años, incluso yo diría que ochenta por lo menos, aunque en realidad no llegaba ni a los sesenta. Estaba visiblemente encorvado. Y por la otra puerta del mismo carruaje salió una mujer bellísima, elegante y luminosa. Aparentaba ser bastante más joven que Carlos. Aunque tan solo tenía tres años menos que él. Era Isabel de Portugal, su esposa. La pareja se miró unos instantes, el amor era palpable entre ellos. El abad se acercó al rey, despacio, sin ninguna prisa. Parándose en cada pasito que daba contemplando el paisaje que él tan visto ya tenía de tantos años viviendo allí. Era una imagen extraña. El abad era gigantesco, y el emperador era pequeño como un niño.

—Por fin le tenemos aquí, en nuestra humilde morada —dijo el abad mirando hacia abajo.

—Necesito descanso —dijo Carlos observando los enormes pies del abad. El rey mostraba una cara apagada. —Le cogió la mano a su mujer que estaba a su lado—. Desentonaba el rey al lado de Isabel que brillaba como una estrella—. Espero que no me arrepienta de haber elegido

este destino para mis últimos días. De usted ha sido la idea para recuperarme aquí. Pero creo que este mal que yo tengo tiene poca cura. —El emperador con su esposa entró con sobriedad en el carruaje, los dos por la misma puerta. A los pocos segundos comenzó a moverse el carronato para entrar en el monasterio.

—Le cuidaremos como se merece —dijo el abad esbozando una escueta sonrisa— todo depende de usted el recobrar la salud —pero Carlos no se enteró, estaba ya entrando por el portón de la abadía montado en el carruaje dorado.

7. La Despedida.



Indira tenía agarrada con una sola mano a Aspasia. La sostenía en el aire firmemente aguantándola del cuello sin que ella tocará el suelo. La cortesana pataleaba y suplicaba echando espumarajos por la boca. Pero Indira controlaba con sumo cuidado su gran fuerza, sabía que si apretaba un poquito más moriría en el acto, con la tráquea hundida. Y esa no era su intención.

—¿Tú sabías perfectamente lo grave que se encontraba Pericles? Que fallecería esta noche. —Preguntó Indira rabiosa—. ¿No vas a decir nada rastrera? —En ese momento la dejó caer en el suelo como un muñeco de trapo. Aspasia era menuda, pero fibrosa. Con 44 años todavía mantenía un cuerpo joven y ágil. Incluso de espalda parecía una adolescente. La cara, aunque muy bella era lo único que delataba que ya no era una muchacha.

—Sí. Sí, sí, sí. Es verdad. Yo lo sabía. —Tosía asfixiándose por el apriete al que había sido sometida—. ¡Solo quería estar contigo! —Se arrastraba por el suelo, sumisa besando y empapando de lágrimas los pies de Indira que los llevaba descalzos, sucios y manchados de sangre por la carrera que se había dado desde el puerto; que por lo menos estaba a siete u ocho km —No me dejes, ahora no, por favor. Te quiero y te necesito más que nunca. Te lo suplico. — Berreaba la concubina.

—Eso que has hecho ha estado muy mal. Desde hoy ya no me veras jamás. —La empujó con una patada lanzándola lejos de donde se encontraba. Patinó por todo el suelo de mármol girando varias vueltas hasta chocar con una columna.

Indira se dio la vuelta y empezó a caminar. Tenía que alejarse de allí lo antes posible, antes que hiciera algo que se arrepentiría el resto de su vida. En la puerta de entrada apareció delante de ella su esclavo protector, un negro enorme, con la cabeza rasurada y repletas de cicatrices. Llevaba una espada en forma de medialuna. Indira lo miró a los ojos y con desprecio le dijo despacio casi deletreando letra por letra:

—No-me-toques. Sí-lo-haces-te-mato. —Luego ella se acercó a su oído y le susurro— ¡antes de que vuelvas a pestañear caerás sin vida al suelo! No te puedes ni imaginar lo que te puedo llegar a hacer si no te quitas de mi camino.

El esclavo visiblemente nervioso se retiró enseguida. Sabía que esa mujer no era un ser normal, y que no exageraba con sus palabras.

—Por favor, señora. No deje así a mi ama —dijo el negro con la mirada perturbada— soy amigo de su hermano Samuel desde hace muchos años.

Aspasia suplicaba que no se fuera. Que se quedará con ella. Pero Indira seguía caminando hacia la calle, despacio y pesada como un elefante africano. Como si el tiempo se hubiera detenido; sin mirar hacia atrás en ningún momento. El gigantesco negro se puso de rodillas, y como un niño pequeño, con las manos en la cara se sumó a los sollozos de su ama. El viento hizo abrir una ventana dando un fuerte golpe contra la pared. En un momento dado, cuando Indira pasó por el arco de la puerta que daba a la calle, la mujer del alcalde se levantó rápidamente y desesperada aferró un puñal con adornos de marfil que había cerca, encima de un escritorio. Se lo puso en el pecho y amenazaba histérica que se mataría si la dejaba sola en ese estado. Indira se dio la vuelta, y la miró desde lejos con aversión; decidió volver a entrar y terminar lo que había

venido a hacer. Ahora caminaba rápido, decidida, como un artilugio perfecto; sin expresión, sin decir nada se fue acercando a ella cada vez más veloz. Aspasia tenía la punta del cuchillo ya clavándose en uno de sus pechos. Le salía un hilillo de sangre que corría veloz por el vientre. La mano le temblaba. Estaba muy asustada. Suplicaba que no se fuera. Que le diera una oportunidad. Que la perdonara.

—Dame ese puñal —dijo Indira con un tono templado estirando la mano ya junto a ella.

—¡Dame ese puñal! —Repitió Indira, pero ahora subiendo el volumen. Aspasia tenía la cara llena de churretes.

—¡DAME EL PUÑAL! —gritó. A continuación, le dio un bofetón que la tiró al suelo un metro más atrás.

La concubina sin apenas fuerza y dócil como un cordero se puso a cuatro patas. Temblando, mirando el suelo mostrando su nuca. Allí en esa postura extendió el brazo ofreciéndole el cuchillo.

—Mátame por favor. Sí me vas a dejar quítame la vida. No quiero vivir, —gimoteo un rato —, por favor, que sea rápido.

—No digas eso. Claro que mereces vivir. —Indira hablaba ahora con un tono afectuoso—. No sabías lo que estabas haciendo. Te sientes sola. Y tienes que madurar. Solo es eso. Todavía eres una niña malcriada. —Indira la cogió por las asilas y la ayudó a levantarse—. Dentro de poco no volverás a verme. Pronto voy a hacer un gran viaje. No regresaré a esta horrible ciudad. Será como la Odisea de Homero, esa historia que tanto os gusta a los griegos; pero sin volver.

Aspasia enfrente de su amante sollozaba. Indira que le sacaba más de una cabeza de estatura, la miro desde más alto, le aparto con mimo los pelos lánguidos que le tapaban el rostro detrás de sus pequeñas orejas... y la aupó sujetándola con sus manazas en forma de tenazas. La sostenía por la cintura como si elevara una muñeca sin apenas peso. Arrimo despacio sus labios a los suyos y la beso entre llantos. Aspasia de puntillas se derretía; la concubina la abrazaba desesperadamente creyendo que así de ese modo no la perdería nunca. Indira por detrás alzó la mano que aferraba el puñal marcando por la presión sus nudillos blancos. El fornido negro se dio la vuelta para no ver la escena. Pero de todos modos Indira no pudo seguir con lo que en un principio tenía pensado. Tiró el cuchillo lejos. Levanto en brazos a la pequeña mujer como si llevara a un chiquillo que se había quedado dormido y había que llevar a la cama después de la cena. Con ella acurrucada en su regazo subió las escaleras para entrar en su habitación.

Dos horas después la muchacha bajó y se dirigió al esclavo que seguía llorando por su ama.

—No te preocupes por ella. Se pondrá bien. La he bañado con hierbas valerianas, para que se relaje. Y le he dado algo para que pueda dormir todo el día. No creo que despierte hasta mañana. Luego más tarde me pasaré para ver como esta.

—Gracia señora. Mi ama la quiere mucho —dijo el negro besándole sus manazas.

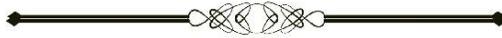
—Yo también la quiero. Por eso hago esto. —Indira cerró los ojos en un gesto de contención—. Tiene que evolucionar. Ella tiene que ser un ejemplo para otras mujeres. Liberal, culta e inteligente. Pero esto que ha hecho... no ha estado nada bien.



Pronto se corrió la voz. Todos los ciudadanos de Atenas fueron a la puerta de la residencia de Pericles, a confirmar la noticia. El general Lusicles salió a la puerta del palacio a dar explicaciones.

A la tarde hubo una gran asamblea en el Ágora. Tenían que elegir otro estratega. El principal

rival político de Pericles y de los demócratas, Cleón, un hombre violento. Empezó su oratoria, su lucha por el poder del estado ateniense, por controlar el Ática y la liga de Delos. Su principal objetivo era acordar una paz con Esparta tan pronto como esta pudiera obtenerse bajo condiciones favorables para Atenas. Fue elegido provisionalmente, ya que, aunque Pericles había perdido mucho poder en los últimos tiempos seguía siendo la principal figura en el gobierno. Pero votaron unánimemente que lo primero que tenían que arreglar y preparar era el funeral del general. Todo lo demás podía esperar.



Samuel entró en el patio de su casa montado en la vieja mula Minos. Se bajó de un impulso y le puso un poco de alfalfa con agua, luego se dirigió a buscar a Sofia. Ella estaba preparando un guiso.

—Hola, cariño, —dijo Samuel dándole un beso en la coronilla.

—¡Qué! ¿Cómo ha sido todo? —Dijo ella sentada en un *klismos* de madera.

—Mejor de lo que me esperaba. Aunque la gente está muy asustada.

—¿Han ido muchos hombres? —Pregunto Sofía.

—Prácticamente toda Atenas. Ha sido impresionante. Muy emotivo.

—¿Y tu hermana? No la he visto en todo el día. Desde que salió corriendo esta mañana. ¿Dónde iría?

—Me imagino qué a ver a Aspasia.

—Espero que no haya hecho ninguna locura.

—Déjala. Hoy no le digas nada más. Ya he hablado con ella. Y lo ha comprendido. Pero por favor, no la pinches más. Ya hemos tenido suficiente por hoy.

—Me parece bien. Tú sabes que yo la quiero, pero es que... no sé. Últimamente está muy rara.

—Hablemos de otra cosa —dijo Samuel sentándose junto a ella—. Quiero decirte una cosa importante, a ver qué te parece. Lo he estado hablando con mi padre. —Samuel le quitó de su mano el cuchillo de pelar verdura a su mujer para que le prestara toda su atención.

—Entonces no es nada bueno. Si es idea de tu padre.

—No. Es idea mía. Solo que me pase por su casa y lo hable con él. Nada más. Y por favor, deja de ser tan quisquillosa. Desde hace semanas estás imposible.

—Venga, dime, que no puedo estar aquí parada todo el día. Tengo muchas cosas que hacer.

Samuel se levantó muy nervioso y dijo de sopetón:

—Nos tenemos que ir —hizo un silencio— es peligroso seguir viviendo en Atenas. Hay que irse urgentemente una temporada fuera de esta ciudad.

—¡Cómo! ¿Para qué? ¿Y dónde? No digas tonterías. ¿Y la panadería? ¿Y tu academia?

—Vamos a ver Sofia. Primero que a mi academia ya no viene nadie. Segundo estas embarazada; y vamos a tener un bebé en una ciudad en guerra y con una plaga de peste. Cualquiera día el que se muere soy yo, o tú. Además, me gustaría sacar a mi hermana de la influencia de Aspasia. Para que esa mujer se empiece a encaprichar de otra persona ¿no crees que son suficientes motivos?

—¿Y la panadería? ¿qué hacemos con ella?

—La cerramos. Será solo una temporada. Un año. A que nazca nuestro bebé. Luego ya veremos lo que hacemos. Pero hay que irse y cuanto antes mejor. Mis padres tienen bastante dinero ahorrado.

—¿Y dónde vamos a ir? —Dijo Sofía nerviosa—. La guerra está en todo el Peloponeso, y en la mayoría de sus colonias. Y aquí por lo menos estamos protegidos con los muros largos de la ciudad.

—Podemos ir a Crotona. —Soltó Samuel.

—¿Crotona? ¿A la Magna Grecia? Es una locura. Crotona está muy cerca de Locri, una ciudad importante aliada a Esparta.

—Crotona es neutra. Una rica metrópoli; Es célebre por su lujo y el refinamiento en sus habitantes influenciados por la desaparecida ciudad de Síbaris. Hoy día la Magna Grecia es una tierra de oportunidades. Allí está empezando otra Atenas; están experimentando con nuevas formas de gobierno y política. Fíjate que es importante Crotona que el gran Pitágoras fundó su escuela en Crotona, donde estudio mi padre los estudios de matemáticas y astronomía. Te aseguro que es un buen lugar para empezar de nuevo.

—Sí, pero... no sé —decía Sofía aturdida.

—Bueno, te tengo que aclarar una cosa... En verdad donde vamos a vivir no es exactamente Crotona, es una de las muchas aldeas que le pertenecen. Ya que Crotona tiene una comarca muy extensa.

—¿Y cómo se llama la aldea? —pregunto Sofía curiosa.

—τόρα. Por lo visto es un lugar mágico por su belleza. Que pasa inadvertido de todo el mundo. Podríamos fabricar en la aldea tu delicioso pan; y llevarlo a Crotona todas las mañanas para vender en un carro. En plena calle. Más adelante conseguiremos un local.

—No sé. Eso es muchísimo trabajo. Y la mula está muy vieja.

—No te creas, por lo visto τόρα está muy cerca de la ciudad. Dice mi padre que solo la separa de la metrópolis un pequeño bosque. El lugar es como un paraíso oculto de todas las miradas. Nadie sabrá de donde hemos venido. Creerán que somos de allí de toda la vida.

—Pensándolo bien no es tan mala idea. —Decía Sofía ahora dudando.

—Casi toda la Magna Grecia es neutral. —Dijo Samuel muy entusiasmado con la idea—. Allí no hay peligro. Y podremos tener nuestro bebé sin peligros. Entre griegos. En Crotona estaremos seguros. Allí podemos empezar una nueva vida. No hay guerra, ni la peste, ni Aspasia; y además tenemos parientes lejanos. Yo no los conozco, me gustaría saber de ellos. El pasado es importante.

—Pero... ¿Tú padre nació en Crotona? —Pregunto Sofía sin recordar con exactitud el secreto de la familia.

—Sí. Mi padre nació en Crotona. Ya te lo he contado. Pero como nunca me hecha cuenta. A los pocos días de él nacer su madre, mi abuela, una antigua compañera de Fidias, ¿recuerdas que Fidias el escultor y arquitecto es mi abuelo?

—Sí claro —dijo Sofía no muy convencida.

—Pues sí. Mi verdadero abuelo fue el arquitecto, Fidias. El que diseño y dirigió la obra del Partenón. Le trajeron a su hijo a Atenas. Un hijo que nunca reconoció. Mi padre.

—¿Y Fidias que hizo con tu padre?

—Se lo puso en la puerta al sabio Anaxágoras. Con una nota anónima. Él fue el que crio a mi padre. Por eso yo le decía abuelo. Por eso mi padre no es un *meteco* aun habiendo nacido en Crotona. Es adoptado por Anaxágoras como si fuera su hijo, así está inscrito. De ese modo tiene todos los derechos atenienses. Aunque en realidad él nació en Crotona. Aunque todo eso no lo sabe nadie —dijo Samuel susurrándole al oído.

—¡Qué barbaridad que lio! —Dijo Sofía recordando ahora la peregrina historia—. Es verdad, todo esto me lo contaste hace seis años cuando llegaste de Delfos. La verdad que sois muy raros. Mira que tus padres ocultar durante tantos años esta historia. El secreto familiar. —Dijo

Sofía soltando una risotada— ¿Y allí en la aldea existe una vivienda acondicionada para vivir?

—Mi padre, cuando cumplió los quince años se fue a la Magna Grecia, a estudiar matemáticas en lo que quedo de la escuela Pitagórica. Vivió una temporada en Crotona. Conoció sus orígenes. Y cuando cumplió los veinte años se hizo una casa en *tópa*. Mi padre prefirió vivir fuera de la ciudad, ya sabes que él no aguanta el ruido. «*Ni el ruido ni nada*» —Pensó ella—. Luego, cuando se hizo novio de mi madre ya no volvió a ir más a Crotona. Se instaló para siempre en Atenas. Y mantuvieron esta historia oculta. A él nunca le gusto hablar de su pasado. La verdad que tienes razón, son un poco raros. Prácticamente no sé nada de su vida de antes de nacer yo. — Sofía le dio un casto beso en la frente. Para aliviar su corazón que ella lo notó alterado.

—Me parece buena idea. No lo discutamos más ¿Quiénes iríamos? —Dijo Sofía agarrando otra vez el cuchillo de cocina para disponerse a terminar de pelar las verduras.

—Tú, el bebé —le acaricio la barriga— yo, mi hermana, y mis padres. Veras como te alegras de tomar esta decisión.

—Me hubiese gustado muchísimo que mis padres, —a Sofía le temblaba la mandíbula— vinieran con nosotros. ¿Por qué se han muerto? —dijo ella perdiendo toda su fuerza.

—Eso no lo elegimos nosotros. —Dijo Samuel—. El cosmos es el que ordena sus designios.

—Y esta maldita epidemia que está matando a tanta gente.

Sofía puso en la perola de barro las verduras y el último trozo de carne de cerdo que les quedaba en la despensa familiar. Lo mezcló todo y le hecho agua, sal y encendió el fuego. En ese momento entro Indira con los brazos estirados buscando a Sofía para darle un sentido achuchón. Las dos se fundieron en un cariñoso abrazo como hace mucho tiempo que no se daban. Indira con los ojos acuosos le pidió perdón.

—No te tengo que perdonar nada. —Dijo Sofía abrazándola como lo haría una madre—. Me imagino que no tiene que ser fácil descubrir que tu vida es una mentira. Lo siento por no haberte comprendido. Por no haber estado a la altura de las circunstancias.

—Las cosas van a cambiar, —dijo Indira.

—Ya lo sé. Ahora Samuel te tiene que explicar una idea que ha tenido, a ver qué te parece. — Indira miró sorprendida a su hermano—. Yo de mientras me voy a lavar un poco. —Dijo Sofía observando el vestido que tenía puesto Indira, se arrepintió del odio tan intenso que había sentido; y sonrió al verlo tan destrozado—. Y tú deberías de hacer lo mismo. Además, tienes muy mala cara. —Le acaricio el rostro— ¿No has dormido todavía?

—No. La verdad que estoy agotada. Me aseó cuando tú termines y me acuesto enseguida. Te he estropeado tu vestido, el *peplo* está para tirarlo desde el monte Taigeto. —Dijo Indira mirando al suelo.

—Da igual. Ya no me lo ponía. Me estoy poniendo muy gorda. —Dijo Sofía con la cara seca.

—Eres una rubia muy atractiva. La mujer más bella de Atenas, más que Elena de Troya, y lo sabes... incluso con esa enorme olla que tienes por barriga. —Se rieron todos aliviando tensiones.

—Venga. Me baño y luego te ayudo a lavarte; si quieres te rasuro las axilas, que las tienes muy peludas. —Le volvió a dar un beso en la mejilla—. Pronto vas a ser tita. —Indira sonrió con sinceridad alegrándose de tener una familia como esta.

Sofía subió a su cuarto a preparar su ropa para bañarse. Mientras tanto Samuel le explicaba a su hermana lo de irse a Crotona.

—¿Y cuándo vamos a hacer el viaje a Egipto? —Pregunto Indira.

—Muy pronto. Pero ahora hay otras prioridades. Tengo que dejar a mi familia a salvo, en un lugar seguro, para que nazca el bebé sin peligros. Y a ti alejarte de Atenas. Desde allí podremos

planear como hacer realidad nuestra vuelta al Nous.

—Me parece bien. —Dijo Indira abatida.

—¿Dónde has estado todo el día?

—Corriendo. Tenía que descargar el demonio que llevaba dentro.



Las ceremonias de despedida del gran estratega Pericles duraron tres días. Solo para los héroes y grandes celebridades se hacía así. Tres intensos días donde hubo de todo. Las disputas al poder por un nuevo alcalde se hicieron notar enseguida. Pero se mantuvieron las formas durante ese periodo. Luego, en el Ágora, los demagogos a través de oratorias magistrales delante de la *Búle* se disputarían el ser el nuevo alcalde de la ciudad. Nicias y Cleón fueron los más preparados, aunque nunca estuvieron a la altura de Pericles. Alcibíades era muy joven todavía y no tenía experiencia suficiente. Pero ya planeaba obsesionado recuperar el poder que tuvo su tío Pericles.

Todos y cada uno de los ritos debían realizarse correctamente. En caso de no hacerlo, el alma del difunto perseguiría a los familiares más cercanos por no haber “cruzado” al *Hades* correctamente.

La *prothesis* sería el primero de los ritos; En él se exponía al difunto para que todos sus familiares, amigos y personas cercanas lo lloraran. Pericles el Olímpico, a sus sesenta y cinco años, fue lavado por las mujeres más cercanas con agua salada. Después, se le aplicó aceite a todo su cuerpo. A continuación, se le vistió con unos ropajes especiales denominados *kosmos*. Se le metió una moneda en la boca, un *óbolo*, con la que pagar al barquero Caronte el viaje a través de la laguna Estigia, que separaba el mundo de los vivos de los muertos. Se le cerró la boca con un artilugio especial para ello, ya que, en caso de no utilizarlo, el difunto presentaría la boca abierta, algo poco estético según la tradición. El cadáver fue expuesto en la vivienda de este, con los pies apuntando en dirección a la entrada, hacia la puerta principal. Aspasia estuvo todo el tiempo a su lado. A su vez, en el exterior de la vivienda se pusieron unas cerámicas funerarias conocidas como *pinax*. Tras esta serie de ritos llegaría el traslado de Pericles al cementerio. La *ekphora*. A hombros de los denominados *necróphoros* (estos eran los portadores). El traslado se hizo acompañado con música, realizada con una flauta doble. En cuanto a la hora, fue por la noche. A altas horas de la madrugada. Todo muy sobrio y emotivo.

El glorioso alcalde fue depositado en una pira funeraria de cinco pisos. El tamaño de la hoguera era directamente proporcional con el rango social del difunto. Tras depositarlo en la pira, se le prendió fuego al cuerpo que estaba vendado y untado en grasas. Cuando el fuego se fue reduciendo, las últimas llamas se apagaron con vino. Se recogieron las cenizas y se depositaron en una urna funeraria, acompañado de su ajuar, que consistía en objetos personales del difunto.

—Aquí tienes los restos de tu marido. —Le entregaron una urna a Aspasia con las cenizas todavía calientes de Pericles. Todos los ciudadanos de Atenas estaban allí, en un silencio absoluto.

—¿Y ahora que va a ser de mí? —le decía Aspasia a Indira que estaba a su lado.

—De momento cuidar a tu hijo. Tiene tan solo once años. Y te necesita. Míralo. —El Niño, Pericles el Joven como le decían lloriqueaba desconsoladamente con la cabeza inclinada hacia abajo.

Aspasia estaba sin maquillar. Con un *peplo* sencillo, liso y sin ningún adorno. Agarró con

fuerza la mano de su hijo; giró su cabeza para mirar a su amada, y dijo —gracias por todo. ¿Cuándo te vas de Atenas?

—Mañana nos vamos —dijo Indira. Y la viuda dio un suspiro que la vació por completo. Durante un buen rato solo se escuchaba sus lamentos. Samuel se tuvo que sentar en el suelo, llevaba demasiado tiempo de pie.

—Espero volverte a ver —dijo Aspasia—. Te quiero y te querré siempre.

—Te expliqué que ya no nos veríamos más —dijo Indira con la mirada perdida.

El silencio era sobrecogedor. Más de 30.000 personas habría allí reunidas. Todos callados, inmóviles. Solo se escuchaba alguna tos de muy de vez en cuando.

—Eres muy guapa todavía, no creo que te falten pretendientes. Además, eres lista, muy inteligente. Incluso yo diría que hasta sabía. Puedes ayudar mucho a Atenas en sus futuras decisiones. Ahora viene una época crucial, cada decisión será determinante —dijo Indira secándole las lágrimas de la cara con un paño a Aspasia de Mileto—. Verá como todo sale bien, te queda mucha vida todavía. Eres joven, aprovecha el tiempo, que pasa muy rápido. Y olvida lo que ha pasado con Pericles, todos nos equivocamos alguna vez, lo importante es darnos cuenta y rectificar.

—No sé existir sola. Sin amor. Sin nadie a mi lado... —En ese momento el general Lusicles puso su áspera mano en el hombro de la viuda. Y a continuación, mirándola con sus intensos ojos verdes, y un rostro anguloso, yo diría que cuadrado, con dientes perfectos... sonrió; Se cruzaron las miradas y ella se volvió a enamorar, supo desde ese momento que pasaría el resto de su vida con ese hombre sencillo, el que siempre había estado tan cerca de ella. Él le cogió al niño en brazos que no paraba de hipar. La criatura se tranquilizó, cuando noto el calor del cuerpo del poderoso general. El chiquillo puso su cabeza apoyada en el hombro de Lusicles y cerró los ojos, se quedó dormido en pocos segundos. Era muy tarde y la temperatura era gélida.

—No estás sola. Me tienes a mí. —Dijo el militar que la adoraba desde el primer día que la vio llegar a Atenas.



Se respetó una tregua de paz entre Esparta y Atenas durante diez días. Pericles era respetado, odiado y temido también por los espartanos, y en los dos bandos entendieron que se merecía un respetuoso homenaje.

8. La última morada del emperador.



22 marzo de 1943.

En plena Segunda Guerra Mundial, una unidad de las temibles SS nazis (las tropas más ideologizadas de Adolf Hitler) llegan al pequeño pueblo bielorruso de Khatyn, (hoy día Polonia). Su sed de venganza era insaciable, pues acaban de perder a uno de sus oficiales por el ataque de un grupo de soldados enemigos. Sin mediar palabra sacan a un pueblo entero de sus casas. Mujeres con bebés en sus brazos, niños, enfermos y hombres de todas las edades. Cegados por la ira, obligan a una buena parte de ellos a meterse en un enorme cobertizo, que cierran a cal y canto y al que posteriormente prenden fuego. Es su cruel forma de reparar el agravio que acaban de sufrir y llevar, de paso, a centenares de inocentes a la tumba.

Pero lo peor estaba por llegar. Y es que, ante la fuerza y la desesperación de la gente, la nave terminó cediendo y los presos consiguieron escapar envuelto en llamas. En ese momento los nazis, impertérritos, prepararon sus armas y asesinaron a la gran mayoría. Había 75 menores de edad. Acto seguido, y tras acabar con todo aquel que se topó en su camino, redujeron el pueblo a cenizas en el sentido más literal de la frase. Por suerte, algunos pequeños sobrevivieron para poder contar esta tragedia que, en los años posteriores, sobrecogió al mundo entero.

Concretamente, solo lograron escapar de aquella matanza en el cobertizo dos niños. Fueron Viktor Zhelobkovich (de siete años) y Anton Baranovski (de doce). Ambos habían entrado en el edificio, pero lograron salir cogidos de la mano de su madre. Sin embargo, su progenitora terminó falleciendo por un disparo de un militar alemán. En su último acto de bondad, esta cayó sobre el cuerpo de su pequeño, protegiéndole de aquellos asesinos. El menor, por su parte, tuvo que esperar durante horas con el cadáver de su madre encima hasta que los germanos abandonaron la posición.

A pesar de que nunca se conoció la identidad de todos los alemanes presentes en aquel horrible suceso, siempre hubo un nombre que sobresalió por encima del resto: “El Maestro”, como le decían. Un comandante y un guía espiritual que se encontraba el primero en la lista de los criminales de guerra nazis más buscados. Después de aquel horrible día, en mitad de la noche el Maestro, o el alquimista como también le decían desapareció sin dejar rastro. Nunca más se le volvió a ver. A él se le atribuye el ser el fundador de la sociedad de Thule.

9. Crotona.



Año 429 a. C.

A lo largo de los tres días que duraron los ritos funerarios, la familia al completo estuvo muy ocupada organizando todo el equipaje que se iban a llevar. No fue una tarea fácil, eran muchas cosas las que tenían que transportar. Indira y su padre Filolao iban dando portes con la vieja mula, que la tenían enganchada a un ruinoso carro que le presto Demócrito, un viejo amigo de la familia. Iban una y otra vez del *oikos* de Samuel y Sofía al puerto; y del Pireo al *oikos* de Filolao y Faina. No eran distancias largas, como ya dije antes, un kilómetro aproximadamente era lo que tenían que recorrer en cada viaje; Pero era incommensurable el equipaje que había que transportar. Cargaban una embarcación de mediano tamaño, de doble vela, que a pesar de los años que ya tenía estaba en muy buen estado. La habían comprado el mismo día que decidieron marcharse, con los ahorros familiares. Los padres de Samuel tenían un buen sueldo. No es que fueran ricos ni mucho menos, pero, como vivían modestamente; por lo que pudieron ahorrar a lo largo de los años una prodigiosa cantidad de monedas de plata.

A Filolao le apenó tener que abandonar tantas obras, pergaminos, mapas, libros... en Atenas; tenía una considerable biblioteca que le costó mucho tiempo reunir. Pero era consciente que era imposible llevárselo todo. Tuvieron que avisar a Heródoto para que se pasara por allí y recogiera el resto de su gran colección. El historiador se encargaría de proteger esos valiosos tratados que tenía el científico. Mientras tanto Sofía, Faina y Samuel iban seleccionando todo lo estrictamente importante que tenían que llevar. Lo embalaban con mantas y con sumo cuidado todo iba saliendo por los patios traseros. En la ciudad casi todo el mundo estaba absorto en los ritos fúnebres o en el Ágora discutiendo en la asamblea cual sería los nuevos movimientos para dar solución a los graves problemas que estaba teniendo la poli. Todo el mundo tenía claro que la muerte de Pericles había dejado un vacío de poder y una falta de liderazgo que no serían fáciles de remplazar. Por lo que nadie presto atención a lo que hacía el clan.

Faina y Sofía hablaron con algunos vecinos de sus intenciones de marcharse una temporada fuera de Atenas, a la Magna Grecia. Solo se le comento a los más allegados. Para que cuidaran de las viviendas mientras estaban fuera; que intentaran dentro de lo posible que no se colara ningún mendigo a vivir en los *oikos*. Últimamente cada vez había más vagabundos y sin techos circulando de aquí para ya. Había miles de refugiados dentro de la ciudad, dispuesto a hacer cualquier cosa, aunque fuera saltándose las sagradas leyes de Solón.

La familia estaba muy entusiasmada. Ya que era una gran aventura. Empezar una nueva vida en otro lugar que aparentaba ser maravilloso. Se dieron un tiempo para no volver, como mínimo en un año. A ver si la guerra ya había terminado para entonces. También para que la peste desapareciera por completo. Lo que nadie sospechaba, ni siquiera Samuel pudo ver o calcular en sus meditaciones viajando al Nous, que la guerra del Peloponeso duraría casi treinta años más.

Según los cálculos del matemático tardarían en llegar a Crotona por lo menos seis días, y si había mal tiempo ocho o diez, pero no más. El barco que habían comprado por lo visto era muy rápido.



Ya de madrugada el clan entró en el puerto. Hacía bastante frío. De las bocas salía un denso y blanco vaho que a todos cogió de sorpresa. Ya que en las fechas en la que estaban, final de febrero no era común esa temperatura tan baja en el Ática. Marchaban en silencio sin decir ni una sola palabra. La noche estaba clara, sin nubes, pero muy oscura ya que no había Luna, por lo que se veían todas las estrellas del firmamento nítidamente. Samuel miraba maravillado el cielo nocturno mientras iba subido en su mula junto a Sofía, pegado a su espalda ya que ella llevaba las riendas. Samuel se conocía a la perfección todas y cada una de las constelaciones del firmamento. Se podía distinguir con todo detalle (Leo, Orión, Unicornio, Hydra, Géminis, Cáncer, y en el horizonte a punto de desaparecer Tauro, con las Pléyades...) Su padre que era un excelente astrónomo, le había dado miles de lecciones explicándole sus nombres y sus mitologías. A Samuel le atraía el estudio de las estrellas y el cosmos, pero las matemáticas le fastidiaban en lo más profundo de su ser. Por lo que decidió no estudiar astronomía, ya que entendía que las dos ciencias iban ligadas íntimamente una a la otra. Y sobre todo a la geometría.

El Pireo estaba despejado, no se veía a nadie en las cercanías. En un silencio tétrico donde solo se escuchaba las pisadas de los pies... y de vez en cuando el alboroto de las gaviotas rebuscando comida entre la basura del puerto. Cuando llegaron al navío Samuel y Sofía se bajaron del animal. El clan entró de uno en uno en el barco pasando por un largo tablón de madera que acondicionaron para que todos pudieran pasar sin muchos problemas. Minos fue el último en subir, le temblaban las rodillas al pasar por la pasarela. La bestia estaba muy rara; y a Samuel se le cayó una muleta al agua, pero decidieron dejarla allí flotando. Tenían que salir lo antes posible. Antes de que empezaran a llegar los pescadores al puerto; que, aunque ya apenas salían barcos a faenar los marineros seguían yendo temprano al fondeadero a hacer labores de mantenimiento. En la embarcación estaba todo dispuesto desde el día anterior, por lo que se colocó cada uno donde ya habían acordado. Sofía se acostó enseguida en la única cama que había con patas. Estaba muy cansada. Ayer entre la despedida de Pericles y los últimos preparativos del viaje estaba extenuada. Habían sido tres días de mucho trabajo. Y su embarazo la tenía muy fatigada.

Samuel en el interior del barco no paraba de acariciar a Minos para tranquilizarlo, que estaba muy excitado con el balanceo que hacía el navío con el oleaje. Había algo en su mirada que lo hacía un animal incomparable. Aunque ya no era el mismo de antes. Se estaba extinguiendo como la llama de una pequeña vela.

El científico puso un plano que él mismo hizo sobre una pequeña mesa que había improvisado junto al timón. Y sobre él colocó una piedra en cada esquina para que no se lo llevara el viento. Y a continuación, con un carboncillo trazó una línea; el mejor trayecto que había que coger desde Atenas a Crotona. El sur de Italia; La Magna Grecia.

Indira observaba a su padre con admiración. Había escuchado que de pequeño Filolao había sido tartamudo. Y que por lo visto le costó muchísimo trabajo aprender a leer. Incluso tuvo que soportar en el colegio que se burlaran de él con crueldad de su incapacidad para hablar con claridad. Nadie apostaba un óbolo por él. Y ahora lo contemplaba viendo que era uno de los grandes sabios de Grecia. *«La existencia estaba llena de sorpresas para quien quiere seguir aprendiendo de cada día»*. Pensó ella en silencio.

Indira y su padre Filolao se dispusieron a quitar los cabos del *noray* donde estaba amarrado

la embarcación. Soltaron las velas y pusieron el rumbo conveniente, tomando arrancada y marchando avante.

—Qué clara esta la noche —le dijo Filolao a su hija Indira mientras dirigía el timón alejándose despacio del muelle.

—Sí. Se ven muchas estrellas —dijo ella acostándose sobre el suelo de la popa del barco. Se escuchaban las olas del mar estrellarse contra el costado de la nave. El agua estaba agitada, pero se podía navegar sin dificultad.

—A ver si tenemos suerte y no, nos ve nadie salir del Pireo. Cuanta menos gente nos vea mejor —dijo él. Ella seguía acostada en la cubierta observando el cielo estrellado, con las manos debajo de la nuca.

—El entierro de Pericles ha sido muy hermoso —dijo ella.

En ese momento salían por un pasillo estrecho y largo de la dársena sur del Puerto. A medida que se iban alejando de la poli, la oscuridad era cada vez más espesa. Aunque ya tenían los ojos habituados a la penumbra, pero ya casi ni ellos se veían las caras, y eso que estaban a menos de un metro de distancia padre e hija.

—Sí. Ha sido muy hermoso. —Hubo un silencio—. Pericles fue un gran hombre, y un excelente general y político.

—Yo por lo menos de lo que conocí de él me pareció un hombre sabio y bueno, —dijo Indira. Filolao pensó decir algo sobre Aspasia, pero al final decidió callarse. No quiso estropear el agradable momento de intimidad.

Se levantó algo de viento y las velas se hincharon con pujanza. La velocidad de la nave aumentó considerablemente. Faina salió a cubierta para dar ropa de abrigo. Y rápidamente se volvió a meter por la puertezuela por donde había venido con los brazos cruzados tiritando de frío. Tampoco se encontraba bien. Se acostó enseguida. Había sido demasiado esfuerzo para todos en los últimos días.

—Aunque los ritos funerarios han sido demasiado largos. ¿No crees padre? —Retomo Indira la conversación. En ese momento ella vio pasar una estrella fugaz y se acordó de Kuru, donde ella vivió tantos años. Donde dormían a la intemperie; y todas las noches veía estrellas fugaces.

—Pues sí —dijo Filolao—. La verdad que los griegos nos pasamos con tantos ritos y tradiciones ridículas. La ignorancia, el miedo a lo desconocido, es lo que crea dioses, que se justifican mediante las religiones. Y estas a su vez se apoyan en la ignorancia y el miedo a lo desconocido. —Una bandada de gansos volaba escandalosamente cruzando el cielo—. De este círculo vicioso es difícil salir; algunos lo logran, pero la mayoría, por pura pereza, no son capaces. Yo siempre he querido que Samuel tuviera claro que los dioses no existen.

Indira se sobrecogió al escuchar esas palabras. Aunque sabía que su padre era ateo, no se imaginaba que fuera a decir semejante discurso tan maduro.

Ya estaban saliendo por el canal de entrada al puerto. Nadie los vio partir. Filolao giró con mucha destreza el timón alejándose de la costa para que nadie pudiera advertir de su presencia. Y puso rumbo a *τόρα*, una de las aldeas de la opulenta ciudad de Crotona. En la magna Grecia.

—Padre... Usted... ¿Por qué no cree en ninguna religión?

—El hombre en su orgullo creó a Dios a su imagen y semejanza.

—Te doy toda la razón, pero no me ha contestado.

—El científico busca incansablemente la verdad y hasta que no puede buscar una hipótesis está dispuesto a rectificar, las veces que sea necesario. Por lo contrario, el creyente parte de la base de que ya conoce la verdad —Indira se sentó en el suelo para poder escuchar mejor a su padre—. Todo se lo atribuye a su dios; el que sea, por lo que no le es posible conseguir ningún

avance, ya que, si avanzara, supondría que su verdad es relativa, o que no es tal verdad. El religioso vive feliz, pero en una mentira placida. Yo solo quiero saber la verdad. Por eso no creo en ninguna religión. En todo caso en las matemáticas.

Indira no supo qué decir. Ella que había sido criada entre tantos ritos, mitologías y religiones. Y ahora escuchaba esas sinceras palabras que le parecían tan acertadas. Estaba confusa y perdida. Su padre la hipnotizaba con su voz grave y segura. Era como una melódica, que entraba hasta el último rincón de su cerebro.

—Padre... si quiere sigo yo un rato llevando el barco. Acuéstese. Que tiene que estar muy cansado. Usted ya no es un muchacho, y con la paliza que nos hemos pegado estará muerto de cansancio, deberías de descansar, —dijo Indira—. Yo le aviso mañana temprano para que me sustituya.

—No. De noche es muy fácil salirse del rumbo. Y más sin Luna. Mejor mañana a primera hora me sustituyes. No te preocupes. Hija. —Filolao era muy alto, un poco más que Indira, y eso que la chica era bastante alta. El científico con los cabellos hasta los hombros, y con una barba blanca muy abandonada; tenía un aire de persona desequilibrada. Tan delgado y con tanto nervio. La verdad que imponía. Todo en él era desmedido. Pero esa noche por primera vez en su vida parecía un anciano, derrotado y consumido.

—Bueno, pues entonces yo me voy a acostar. Que estoy muy cansada. Y mañana estaré todo el día con el timón. —La chica le dio un beso a su padre en la mejilla y se giró para hacer el amago de marcharse.

—Indira... —Dijo él con la voz quebrada— ¿Tú eres consciente que cada día que pasa tu hermano Samuel tiene menos fuerzas en las manos y en los pies? Pronto no podrá ni andar ni con sus muletas —Indira tragó saliva— Yo ya no sé qué inventarle. Le adapto todo lo que se me ocurre. Pero estoy desbordado. Tú tienes la fuerza de cinco hoplitas; y él tiene la fuerza de un bebé. El mundo está muy mal repartido.

—Ya lo sé, padre... Cuando lo conocí hace seis años él iba sin muletas, y ahora casi no puede andar. Pero a pesar de eso te digo que Samuel tiene grandes capacidades y un destino glorioso. Es difícil de explicar ahora. Pronto lo entenderemos.

—Sí tú lo dices. Será así, —dijo el científico con la cara cadavérica—. Me arrepiento cada vez más de haberte entregado a Manute. Eso fue lo más absurdo que hemos hecho tú madre y yo en toda nuestra vida. Cada vez que lo pienso no lo comprendo. Como pudo pasar. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Me entran ganas de quitarme la vida.

—Muchas veces hacemos cosas que una vez concebidas no entendemos como las pudimos haber realizado. —Ella lo abrazó con fuerza, conmovida al ver a alguien de la fuerza de su padre llorando de aquella manera. Recordó en ese momento cuando casi mata a Aspasia con sus manos, entendió lo frágil que es el ser humano antes sus emociones—. Olvídate de una vez de aquello. Es pasado, y allí se tiene que quedar. Gracias a todo eso yo soy como soy.

—Sí, una loca, como yo. Los dos estamos para que nos encierren —dijo Filolao riéndose.

—También tengo cualidades que nunca hubiera tenido de otro modo.

—¿A qué cualidad te refieres? —dijo Filolao sin comprender.

—Olvida lo que he dicho —Hubo un silencio.

—Yo ya no hablo con tu madre del futuro de Samuel. Es demasiado doloroso. Pero sé que ella lo está pasando muy mal, sé que está sufriendo. A mí me esquivo. Cada vez que le doy un achuchón ella me rehúye, y si hablamos de tu hermano cambia de tema. No sé. A ver si tú puedes hablar con ella. No es bueno tragarse tanta pena sin compartir y desahogarse con alguien.

Indira ya no dijo nada más. Simplemente asintió con la cabeza, lo miró y puso su cara sobre

su pecho huesudo. Allí estuvieron en silencio un rato observando las estrellas.

Filolao se quedó toda la noche llevando la embarcación que iba veloz por una ruta segura. Alejados de la costa lo suficiente para que nadie los viera.



21 de septiembre de 1558

—Carlos está muy débil —dijo Jeromín, y luego miró por la ventana—. Se está muriendo ¿Qué podemos hacer abad?

—Nada. De todos modos, España no es lo que yo creía. Estaba confundido con este propósito.

—España es el imperio más grande que existe en el mundo —dijo el muchacho.

—Sí pero su pobre mentalidad hará que lo pierda todo. Este Carlos no accede a seguir mis consejos para interferir en su hijo. —El enorme abad sacó una cajita negra de su túnica—. ¿Sabes qué es esto?

—No mi abad, ¿el qué?

—En esta caja tengo un mosquito. Con una enfermedad mortal. La peste. Con fiebre palúdica. La misma que azotó a Atenas hace muchos siglos. —El joven monje abrió los ojos como queriendo ver lo que contenía el interior de la cajita—. Y en esta otra —sacó otra caja pequeña de color marrón— es la cura de Carlos. Bueno, más que la cura sería su inmortalidad.

—¿Y qué vas a hacer maestro? ¿lo vas a curar?

—No lo sé todavía. Tengo que hablar un buen rato con él. A ver que ha decidido respecto a la propuesta que le he hecho. Se está resistiendo. —El abad suspiró—. La verdad que con esto no contaba. Es un imprevisto considerable.

El abad se agachó para pasar por debajo del marco de la puerta. El olor ha corrompido era horrible. Carlos estaba tumbado sobre la cama. Tenía el rostro blanco como la leche. El abad indicó con la mirada a la mujer que le estaba cortando las uñas al rey que saliera de la habitación.

—¿Quieres agua emperador? —dijo el abad.

—Sí, por favor —la voz sonó débil, casi no se le entendía.

El abad se acercó a la cama con un cuenco de barro. Se lo acercó a la boca para que bebiera. El rey tenía los labios morados, casi azules.

—¿Qué has decidido? ¿has pensado la propuesta que te he hecho? —Carlos lo miraba con los ojos medio abierto. Estaba haciendo un gran esfuerzo por seguir consciente.

—Sí. Ya lo tengo decidido —espero antes de seguir para coger fuerza— de hecho, lo decidí el mismo día que me lo propusiste.

El tiempo se paró. Se escuchaba el aire silbar por los pasillos de la abadía. Y la puerta de la habitación vibraba por un leve temblor de tierra que no se sabía de dónde venía.

—¿Sí? Estoy esperando su respuesta.

—¡¡¡Qué NO!!! —dijo el rey levantando la voz todo lo que pudo. Tenía la frente brillante por el sudor que salía por sus poros a borbotones.

—¿Y por qué? No lo entiendo. Vas a morir. Insisto.

—No quiero hacer ningún pacto con usted.

—¿Y por qué? Vas a morir. —Hizo un ruido con la lengua—. Felipe podría ser un iniciado de la hermandad.

—Yo no hago pactos con el diablo. Y menos para que mi hijo Felipe haga cosas tan poco éticas. Me parece mentira que usted sea el abad de este monasterio. Yo nunca influiré en él. Cosa que usted si ha hecho conmigo. Me has engañado trayéndome aquí. Sé que me queda poco, pero por lo menos he podido informar a Felipe de tus intenciones. Esta mañana ha salido un mensajero con una carta explicándole todo. Yo tú saldría huyendo lo antes posible. Él se encargará de ti en pocos días. —Descanso un momento—. Te dará tu merecido. Viene con la armada invencible.

El abad abrió la cajita marrón. En ella había un insecto bastante más grande de lo que suelen ser los mosquitos. El abad le dio golpecitos con el dedo como empujándolo fuera de la caja. El bicho estuvo volando un rato por la habitación. Hacía un zumbido como el que producía los abejorros al volar, a lo mejor un poco más suaves. El abad se acercó al oído de Carlos y le dijo en latín.

—Ego sum ille qui non sunt daemonium interficere.

El emperador intentó gritar, pero no le salió ningún sonido de su garganta. El mosquito ya le había picado suministrándole su veneno. Se quedó inmóvil, paralizado por la ponzoña y el miedo. Carlos se aferró a su fe, lo único que le quedaba era rezar en su cabeza.

Sin decir nada más el abad salió de prisa de la recámara del rey. Cerró con llave la puerta. Y aviso a todo el mundo que nadie podía entrar en la habitación sin su permiso, que nadie molestara al rey hasta mañana. De orden del emperador.



Año 429 a. C.

Al final de nueve dilatados y monótonos días donde Indira y Filolao se turnaban para llevar el timón del barco. Por la noche él y de día ella. Llegaron por fin una mañana, al amanecer, a las costas de Crotona. Desde lejos se advertía el gran bullicio de las gentes aglomeradas en el puerto. Se entreveía que era una gran ciudad. Que, aunque no era tan grande como Atenas era bastante mayor de lo que ellos se habían imaginado. El viaje se hizo muy pesado para todos, pero especialmente para Sofia, que estuvo casi todo el trayecto vomitando. Samuel no se separó de ella en todo el tiempo que duro el trayecto.

Nada más llegar al puerto atracaron el barco donde le indicaron desde los muelles. Indira se dispuso rápidamente a amarrar los cabos y a recoger las velas. Filolao de mientras hablaba con un hombre que llevaba unas ropas muy extrañas. Él se presentó como el contramaestre del puerto de Crotona; que llevaba el riguroso control de todos los barcos que atracaban allí. Eso le sorprendió mucho al matemático, ya que en el Pireo nunca llevaban ese control de entrada. Indudablemente era una ciudad muy moderna. Filolao relleno un formulario con los datos de lo que iban con él en el barco.

—Venga, bajemos de una vez, que todavía queda mucho por hacer. —Le dijo Samuel alegremente a Sofia para motivarla. Pero ella no pudo aguantar y vomito un caño amarillo por la borda, la cara la tenía pálida.

Indira y su padre estuvieron toda la mañana llevando cosas del puerto al nuevo *oikos*. Con la mula y un carro que consiguieron a muy buen precio en el muelle. La aldea, *τόρα*, no estaba muy lejos de allí. Aunque sí que se encontraba misteriosamente escondida. La mayoría de los ciudadanos de Crotona ni siquiera habían escuchado hablar de su existencia. «¿Cómo una aldea de esta gran ciudad podría estar desaparecida para la mayoría de ciudadanos de Crotona? ¿Tan concentrado en sus cosas estaban esos habitantes para ignorar un lugar así?» Pensó

Samuel en más de una ocasión.

Dejaron muchos utensilios en la nave; llevaron a lo largo de la mañana lo estrictamente necesario al *Oikos*, para pasar la noche. Acordaron que durante la semana seguirían dando portes. Estaban muy cansados del viaje, y no era necesario darse semejante paliza en un solo día.

A simple vista se veía que Crotona era una ciudad rica, deliciosa y exquisita. Donde el pensamiento liberal florecía por todas partes. Había mucha gente caminando de un lado para otro con prisas. Vestían lujosamente. Había también numerosos gimnasios para hacer deporte. El deporte tenía que ser casi como una religión; porque anunciaban concursos y eventos de gimnasia por todas partes. Eso le gustó a Indira. Y en uno de los viajes del puerto al *oikos* Filolao pudo ver un gran edificio de tres plantas, en principio, no lo reconoció, donde tenían en la puerta un cartel donde anunciaban que buscaban profesor de matemáticas y astronomía. Era los restos de la academia que fundó Pitágoras. Filolao se puso muy contento. Era la escuela donde él pudo especializarse. Solo que ahora tenía tres plantas, parecía muy distinta... el edificio estaba reformado en su totalidad ¡Necesitaban a alguien con sus conocimientos! «*La suerte le perseguía*» —pensó feliz el matemático.

La aldea consistía en una sola calle adoquinada, inclinada exageradamente hacia el lado derecho. El desnivel era impresionante. Una de las veces al pasar con el carro cargado de enseres casi se vuelca la carga. Serían seis familias las que vivirían allí en la aldea. Filolao estuvo contando que hace muchos años, cuando él era un muchacho la aldea era mucho mayor que ahora. Incluso llegando a estar censado en *Tópa* más de cincuenta familias. Pero con el tiempo todo el mundo se fue a la gran ciudad. La aldea hace varios años estaba más lejos del casco antiguo de Crotona de lo que está ahora. Pero como la ciudad había crecido tanto, casi se había tragado a la aldea. *Tópa* se encontraba detrás de una espesa arboleda de Pinos y cipreses. Y en una zona muy rocosa. Por algún motivo seguía oculta de casi todos.

Los *oikos* de *tópa* eran muy grandes. Allí no tenían problemas de espacio como en Atenas, que prohibían hacer casas de más de 80 metros cuadrados, por lo menos dentro de los muros en la zona del ágora. Por fuera se veían todas las viviendas enormes, blancas, y el techo era cubierto por unas lozas curvadas de color marrón.

La casa donde iban a vivir estaba muy deteriorada. Llevaba muchos años sin abrirse y el techo tenía en algunas habitaciones agujeros abiertos. A lo largo de la tarde Indira y su padre se pusieron con urgencia a tapar los boquetes y destrozos del tejado. El día estaba nublado y podía llover en cualquier momento. Faina estuvo todo el tiempo preparando habitaciones, organizando roperos y limpiando. Las gallinas y otros pájaros a lo largo de los años se habían colado dentro del *oikos* y todo estaba lleno de plumas y cagadas de aves por todas partes. Sofía empezó a estornuda compulsivamente.

Samuel se llevó a su mujer a dar una vuelta, a ver si se relajaba. Estaba muy alterada por todo el trabajo que había que hacer y lo poco que ella podía ayudar. Montados en la mula iban los dos subidos en Minos. Parecían dos chiquillos otra vez. Se miraban cómplices de un amor infinito. El animal, la vieja mula se la veía diferente. Desde que empezó este viaje algo había cambiado en ella. Todo el mundo agradeció que Sofía se fuera un rato de la casa. Ya que estaba insoportable. Se quejaba por todo y no paraba de criticar la forma como trabajaban los demás. El embarazo la tenía muy nerviosa

La pareja iba por un caminito estrecho, salvaje y virgen. Poco marcado, incluso en ocasiones se perdía la pista de por donde había que tirar, ya que el sendero desaparecía entre tanta vegetación. Indudablemente por allí no transitaba nadie desde hace mucho tiempo. Menos mal que había un riachuelo por el lateral acompañándolos todo el tiempo. Procuraban seguir siempre cerca

de él para no perderse. La vegetación era exuberante. Salían cañas, ramas, flores, raíces... por todos lados. Antes sus ojos veían asombrados la naturaleza, que en aquel rincón del mundo era agradecida. En Atenas no había nada parecido; la ciudad estado, se había comido la naturaleza. El camino empezaba desde la casa, por detrás, hasta no se sabe dónde. Decidieron seguirlo a ver hasta donde le llevaba. Los árboles con flores blancas se inclinaban hacia un lado, produciendo un cobijo muy agradable durante todo el trayecto. El lugar era muy hermoso. Ella iba subida delante aferrando las riendas y él detrás abrazado a su cintura. Samuel le besó la nuca y Sofía la miró contenta. El sitio había relajado a la parturienta. Que en un principio estaba irritada, pero los nudos se fueron aflojando por completo.

—¿Paramos aquí? —dijo ella.

—Mira qué bonito es esto —dijo Samuel—. Nos bajamos y metemos los pies en el agua.

—¡Venga! —Dijo ella animada, recobrando el color en sus mejillas— ¿Hace calor? O es mi sensación.

—¡Calor tendrás tú! Si acaso hace frío. —Samuel miraba extrañado a su bella mujer. Con lo friolera que ella era, y que dijera que tenía calor. «*Será el embarazo*», —pensó Samuel.

Se sentaron en el filo del riachuelo metiendo los pies en el agua. Ella se tumbó en la hierba. Con el barrigón mirando para arriba.

—Has tenido una buena idea viniendo aquí —dijo ella.

—Yo creo que sí. —Samuel apoyó la oreja en la barriga de su mujer para intentar escuchar al bebé—. El nombre de Crotona viene por el gigante Crotón. Por lo visto la ciudad antes se llamaba igual, Crotón. —Samuel seguía hablando con la cara apoyada en su estómago—. Pero los etruscos le dicen Crotona. Crotón es hijo de Éaco. Que fue condenado por los dioses a no encontrar la paz hasta que no hubiera fundado una ciudad soberbia. Por lo visto esta es la ciudad que creo desde sus inicios.

—Has pensado como llamaremos a nuestro hijo, —dijo Sofía.

—Sí es niña se podría llamar Alejandra, que significa protectora de los hombres —dijo Samuel.

—Y si es niño Calisto, que significa el más hermoso —dijo ella.

—Pues ya tenemos los nombres —rieron los dos.

Allí estuvieron mucho tiempo. Rememorando cosas de la infancia. Tirados junto al riachuelo comieron frutas silvestres. Planeando un futuro mejor.

Sofía sudaba compulsivamente, se sentía sucia. La higiene era una obsesión que la perseguía desde que estaba embarazada. Además, en todo el viaje no había tenido la oportunidad de darse un baño en condiciones, de esos que a ella le encantaba darse; con jabón, agua y sales minerales. Sofía aun arriesgándose a coger una pulmonía, ya que el agua estaba helada se metió en el riachuelo. Opulenta y resplandeciente se introdujo en el líquido cristalino hasta la cintura. Sin ningún pudor y risueña como cuando era una niña... en un momento dado se zambulló de cuerpo entero y desapareció de la vista de Samuel. Él se alarmó mirando para todos lados sin saber qué hacer. Cuando ella volvió a aparecer estaba ya desnuda. Se había quitado el vestido debajo del agua. Ella alargó la mano y puso el *peplo* húmedo en la orilla. Saco de su zurrón de cuero un cuchillo y se lo llevó a la nuca; Samuel se volvió a asustar al ver aquello. Ella cogió su larga melena dorada que parecía de oro, que tan orgullosa estaba desde que era una chiquilla; a la altura de los hombros y sé la corto de un tajo. Se escuchó un ZIP fuerte y áspero... estaba claro que el cuchillo estaba muy afilado. Ahora estaba más bella todavía. El nuevo pelado le daba un aire más moderno y juvenil. Samuel la miraba embobado y sorprendido, ya que Sofía con los años se había

vuelto cada vez más vergonzosa y casta. Pero allí estuvo plácidamente lavándose traviesa; de vez en cuando chapoteaba mojando a Samuel.

—¿Por qué no te metes en el agua? Está muy rica. Ven y báñate. —Decía ella— estoy seguro de que te alegraras. Llevas nueve días sin lavarte. No seas guarro. Yo te enjuago y te toco por delante como a ti te gusta. —Ella puso cara caprichosa.

—Yo no me meto ahí ni por todo el oro del mundo. Esa agua está a punto de congelarse. —Le salpicaba ella riéndose. Parecía una diosa a punto de parir. Sofia siempre había sido muy bella. Pero desde que estaba embarazada era una hermosura diferente, maternal y sensual. De su cuerpo emanaba luz. Sentía que su gestación estuviera al final. Que ya hubiera cumplido los días y las noches para que ya naciera el bebé.

—¿Habrán terminado de ordenar la casa? —Preguntó ella.

—Seguramente. Lo que me extraña que mi padre y mi hermana no estén ya por aquí pegando voces y desvariando con sus extravagancias.

—Pues me voy a salir del agua. A ver si van a venir y me van a ver como vine al mundo, qué vergüenza —dijo ella recobrando su honestidad.

Sofia salió del riachuelo. Se puso su *peplo arrugado*, húmedo ceñido a su cuerpo como si fuera una segunda piel, destacando sus grandes pezones de preñada. Fueron a buscar a la mula; que la habían dejado un poco más retirada comiendo hierba.

Pero el viejo Minos estaba tumbado en el suelo, ya no se movía. Samuel se puso de rodillas. Le dio golpes en la cabeza con sus manos pequeñas y sin fuerzas... acerco su cara a la suya. El animal no respiraba. Samuel se acostó junto a la bestia. Allí estuvo durante mucho tiempo. No sabría decir cuánto pero ya era de noche. Samuel no se quería despegar de su amado Minos. Su mascota, su amigo, él que le esperaba siempre sonriente en el patio para llevarlo donde él necesitara. Pero sobre todo el que le llevo un día a Delfos, cruzando el desierto de Beocia.

Sofia fue rápidamente a la casa; ya que todos estarían muy preocupados. Tenía que contar la triste noticia.

Empezó a llover... un chaparrón... pero, el cielo estaba claro y sin nubes.

Samuel y Sofia no se despegaron del animal en toda la noche. Filolao instaló una hoguera junto a ellos. Y Faina iba y venía trayendo comida y ropa seca.

Al día siguiente la enterraron. Toda la familia lloró su pérdida.

10. Año 2016.



Lunes 14 de marzo del 2016. Universidad de Cádiz.

La profesora estaba de pie, apoyada sobre el filo de su mesa. Inmóvil con los brazos cruzados. Observaba atenta a sus alumnos que la ignoraban descaradamente. Llevaba más de cinco minutos en la misma posición, sin mover ni un músculo. De repente se levantó y se acercó al encerado. Cogió con brío el viejo borrador y pegó tres golpes potentes en la pizarra. Se escuchó como tres disparos en el aire. Alrededor de ella se formó una polvareda que a todos cogió de imprevisto. Volvió a dejar el borrador en su sitio y se sacudió las manos. Toda la clase, los 166 alumnos de 1.º de la carrera de arqueología en la asignatura de *Edad Antigua de Grecia y Roma* estaban por fin en silencio, atentos a sus palabras.

—Ya sois mayorcitos para seguir formando tanto jaleo en clase. Algunos incluso sois padres, —miró su móvil un momento y lo puso en modo avión—. ¿Es que yo soy invisible? —se escuchó una tos al fondo—. Os aseguro que no he venido aquí a perder mi tiempo con ustedes.

Eran las 15:16 de la tarde y la maestra empezaba la clase con retraso. Estaba vestida con falda de cuadros hasta las rodillas, botas cortas de color negro y una chaqueta vaquera. Parecía una alumna, más que la maestra. Con un pirsin en el labio inferior iba moderna y provocativa; el pelo lo tenía recogido en un moño improvisado con un lápiz. No aparentaba los cuarenta años que ya tenía. Ana andaba con firmeza, haciendo sonar sus tacones de diez centímetros.

—Vamos a ver... ¿Alguien me puede decir en qué año empezó la guerra del Peloponeso?

Nadie decía nada. Y el tiempo pasaba despacio, casi se había parado la aguja del segundero del gran reloj que presidía la pared central de la clase.

—Repito... por si no os habéis enterado. ¿Alguien sabe cuándo empezó la guerra del Peloponeso? —esta vez habló despacio, casi deletreando cada letra.

El mismo silencio seguía instalado en la clase. No se escuchaba ni una respiración.

—Vamos a ver. Si nadie dice nada toda la clase estará suspensa este trimestre. Es algo tan básico que no me lo puedo creer. Cualquier chaval de instituto lo sabe. —Una mujer de cincuenta y cinco años aproximadamente levanta la mano. Ana la miró sorprendida, ya que ni la conocía de vista y posiblemente era la mayor con diferencia de toda la clase.

—En el año 431 antes de Cristo —dijo la alumna que parecía la madre de todos ellos.

—Por fin, alguien nos ha alumbrado. Por favor ¿cómo te llamas?

—Marta —dijo con voz segura y una sonrisa diplomática sin levantarse del asiento.

—Muy bien Marta. Gracias por participar. La Guerra del Peloponeso como ha dicho Marta empezó el... —la profesora escribía en la pizarra a gran velocidad— 25 de abril del año 431 a. C. Y terminó en el año 404 a. C. Pero lo mismo que paso con la segunda guerra mundial ocurrió con la guerra del Peloponeso. Que fueron consecuencias de una guerra anterior. La segunda guerra mundial del siglo XX fue consecuencia de la primera, en gran medida por el tratado de Versalles en 1919. La guerra del Peloponeso fue consecuencia directa de las guerras Médicas. Que por cierto en verdad se deberían de haber llamado las guerras Pérsicas no médicas, pero por tradición terminó como muchas veces suele pasar con los hechos históricos llamándose de otro modo menos adecuados. Ya que los persas conquistaron a los medos, y después fueron a por los griegos. —La

profesora se acercó a su mesa y abrió su portátil, a continuación, le dio al botón de encendido—. ¿Alguien sabe cuándo empezó las guerras Médicas?

—En el año 490 a. C. —dijo Marta otra vez desde su asiento.

—Muy bien Marta. Las guerras médicas fueron una serie de conflictos entre el Imperio aqueménida de Persia y las ciudades-estado del mundo helénico que comenzaron en 490 a. C. y se extendieron hasta el año 478 a. C. —La tutora sacó un chicle de un mini bolsillo de la chaqueta vaquera, lo abrió y se lo metió en la boca—. Las guerras Médicas fueron las guerras más importantes del mundo antiguo. Si los helenos hubieran perdido las guerras con los persas hoy día Europa, las matemáticas, la ciencia, la filosofía, la política, la ética, EE. UU. y occidente en general no existirían como tal. Pero la batalla, la guerra peor de todas, donde más sufrieron los griegos, donde más barbaridades se hicieron fueron en la guerra del Peloponeso. Su Guerra Civil en la antigüedad. De hecho, después de esa larga guerra los helenos se pensaban mucho volver a entrar en otra contienda. —La profesora se volvió a acercar al portátil y picó dos veces el icono de ninja trader, el graficador bursátil, para consultar los mercados financieros mientras daba la clase.

—Pero con Darío y Jerjes en las guerras médicas murió mucha más gente que en la guerra del Peloponeso —dijo un alumno con voz temblorosa de primera fila.

—Sí, es verdad, pero contra Darío I y su hijo Jerjes todos o casi todos los griegos fueron héroes. En las guerras médicas los griegos se enfrentaron a una civilización, a un pueblo muchísimo más poderoso que ellos. —Ella miró la pantalla de su portátil y observó el graficador que ya estaba abierto, tenía en tiempo real el índice del SP 500. Los futuros de EE. UU. A continuación, puso una orden profit desde su bróker de diez contratos apostando que el precio iba a subir—. ¿Alguien sabe por qué ganaron los griegos a un imperio tan poderoso como el persa? Que era más de cien veces mayor que el griego ¿Cómo lo pudieron hacer?

—Los griegos no sabían el verdadero tamaño del imperio persa —dijo Marta desde su asiento—, por lo que no eran conscientes de su insolencia, o locura. Y eso le dio una fuerza y una autoestima enorme, sobre todo cuando ganaron en la primera batalla, la de Maratón. Si en algún momento hubieran tenido consciencia de con quien se estaban enfrentando, se hubieran muerto de miedo. Y toda esta hazaña épica hubiera fracasado. De todos modos, hay que reconocer que también tuvieron mucha suerte, el tiempo jugó un gran papel en las batallas navales, a favor de los helenos. —Marta se puso de pie— Además, los griegos estaban unidos defendiendo su cultura, su forma de gobierno, su lengua, su libertad, su religión y su... —Marta se sentó avergonzada, se dio cuenta de que se había emocionado demasiado. Todos los alumnos la miraban boquiabiertos.

—Muy bien otra vez Marta. Me gusta tu discurso. Y más aún que lo vivas. Hoy día casi nadie se involucra en nada. Y emocionarse está bien, que no te de vergüenza de ello. —Ana se levantó de la silla donde estaba sentada y empezó a caminar mientras hablaba—. Es cierto todo eso que has dicho, pero sobre todo lo que más me ha gustado que es una respuesta, una reflexión que no suele venir en los textos de historia académicos. Efectivamente, los griegos no sabían verdaderamente contra quien se estaban enfrentando, y eso fue fundamental para su éxito. La verdad, me has sorprendido, ¿puedes quedarte un momento después de clase? Me gustaría hablar contigo, será un momento.

—Vale —dijo la mujer.

—Conocemos mejor el desarrollo de la Guerra del Peloponeso que cualquier conflicto anterior o posterior de la Grecia clásica gracias a una fuente excepcional: Tucídides. Ateniense nacido el año 460 a. C. Y desde hoy hasta final de semana —hablaba la profesora sin dejar de mirar la pantalla de su portátil—, vamos a profundizar como nunca lo habéis hecho hasta ahora en

la Guerra del Peloponeso. Quiero que os leáis esta semana, antes del viernes el libro de *Historia de la Guerra del Peloponeso, de Tucídides*. —La profesora a las 15:42 cogió el ratón de su portátil y cerró la operación que tenía abierta en bolsa con una pérdida de 280 dólares, ya que el precio no se movía. Seguidamente cerró el portátil con prisa—. La Guerra del Peloponeso resulta mucho más complicada de narrar que las Guerras Médicas. Fueron veintisiete años de lucha casi ininterrumpidas.



Empezó a escribir en la pizarra fechas en un esquema que iba formando con nombres de islas y de personajes que aparentaban ser importantes. Hizo varias llaves. Algunos nombres iban rodeados por un círculo y otros por un cuadrado. Allí siguió Ana los treinta minutos siguientes explicando las diferentes partes de la guerra del Peloponeso...

11. Visitando a Naska.



Cuatro meses después de que llegaran a la costa de Crotona, el verano hizo acto de presencia. Como solía pasar todos los años en aquella zona del mundo, el cambio de estación se producía súbitamente, de un día para otro. Casi yo diría que de un minuto a otro. Altas temperaturas atizaban el sur de Italia, las colonias de la Magna Grecia. Ahora los días se volvieron más largos y pegajosos; aunque también más alegres.

Sofía por momentos cada día que pasaba se encontraba con una barriga más grande y pesada. Pero sobre todo intranquila. Le había salido en las últimas semanas una franja oscura que le atravesaba el vientre verticalmente. Faina intentó tranquilizarla inútilmente explicándole que esa raya color ocre era algo normal, que a muchas mujeres embarazadas les salía esa sombra en la piel. Pero ella aun después de escuchar varias veces la explicación de su suegra seguía igualmente preocupada. La familia hacía todo lo posible por evitarla, a la preñada. Intentaban no cruzarse con ella, hablar lo indispensable... Ya que cada día que pasaba la gestante estaba más inaguantable. Sin saber cómo se fue convirtiendo en una mandona desconsiderada. No tenía ninguna educación ni respeto con nadie de la casa a la hora de exigir cualquier cosa. Ella siempre había tenido mucho carácter, pero una cosa era eso y otra muy distinta en lo que se había convertido. Según Faina era normal en algunas mujeres cuando faltaba poco para dar a luz; el carácter se les altera. La matrona también informó sin que Sofía se enterara; que antes de llegar la luna llena, tendría que nacer la criatura. Y para eso faltaba solo tres días. Y si eso no ocurriera habría que provocarle el parto con plantas de corina. Algo muy peligroso para la madre.

A la mula la enterraron al día siguiente y en el mismo lugar donde murió. Por aquella zona no pasaba nadie. Era un caminito por el que no transitaba ningún alma. Un sendero olvidado y sin salida que no llevaba a ninguna parte; bueno, solo a aquella parcela tan especial junto al riachuelo; el cual le pusieron de nombre el “Pequeño Edén”. Allí se podían bañar, lavar, descansar, leer... Nadie molestaba, ya que nadie conocía esa privilegiada y oculta madriguera de espesa vegetación. La naturaleza por algún motivo creó aquella burbuja en forma de gruta floral. Al mismo tiempo, allí siempre estaría Minos, como si no se hubiera marchado. Parecía mentira que la solitaria aldea estuviera a tan poca distancia de la gran metrópolis. Con sus ruidos, fiestas y tensiones; dos mundos completamente diferentes, separados por el pequeño bosque de Piaka. Vivían en un oasis. Un paraíso dentro de una minúscula burbuja. Aislados del mundo. Samuel en ocasiones, cuando le dejaban, que la verdad últimamente eran pocas, ya que con el embarazo de Sofía estaba en todo momento ocupado cubriendo las necesidades de su mujer; pero siempre que podía se abstraía en el *Pequeño Edén*, en profundas meditaciones para ir al Nous y conversar un rato con Naska.

El barco una vez que se vació por completo se vendió a muy buen precio. Con el dinero pudieron arreglar la casa. El *oikos* ya lo tenían en perfectas condiciones. Habían arreglado el tejado que estaba lleno de goteras. Filolao compró unas piezas de barro cocido que los etruscos llamaban *tekas*. También consiguió tablones de madera de pino de alta calidad; e hizo varios roperos, camas, mesas, incluso una cuna y un parquecito de barrotes para el bebé... Indira pintó toda la vivienda con cal viva. Sofía y Samuel recolectaron flores para adornar todas las

habitaciones; que pusieron plantadas en macetas de terracota. Y con muchas dificultades y discutiendo por cualquier tontería la pareja montó un pequeño y destartalado huerto de verduras en aquel lugar llamado *El Pequeño Edén*. Junto a la tumba de Minos.

Pudieron comprar un caballo enano, que le pusieron de nombre Hermes, como el mensajero de los dioses. Principalmente para Samuel y para Sofía, por lo menos mientras ella estuviera embarazada. Luego sería solo para Samuel, que había pegado un bajón físicamente. Cada vez le costaba más trabajo caminar. Ahora por culpa de su enfermedad arrastraba la pierna izquierda y la derecha tampoco es que estuviera en muy buenas condiciones que digamos. Su enfermedad era así. Lo mismo se llevaba varios años sin perder facultades, pero ella seguía siempre ahí, silenciosa, escondida y rastrera; en cualquier momento empezaba otra vez a hacer de las suyas, y lo que parecía que ya no pasaría, pasaba.

Filolao encontró trabajo como maestro de matemáticas y astronomía en la misma academia donde él estuvo estudiando de joven. La que fundó Pitágoras de Samos y luego continuó su mujer Téano, que la sustituyó más adelante su hija Myia. Ahora, el científico era una leyenda viva, el matemático de Atenas, que, por casualidades de la providencia, volvía a la escuela; a sus orígenes.

Empezaron a planear que cuando Sofía diera a luz montarían una panadería en la aldea para vender su famoso pan en Crotona. Eran muchos y un solo sueldo. El dinero estaba empezando a escasear y había que buscar otras fuentes para vivir.



De madrugada... En la intimidad de la habitación... Acostados en la cama...

—Voy a ir a darme un baño —dijo Samuel empapado de sudor—. ¡Qué hace un calor insoportable!

—Si todavía es muy temprano. Queda mucho para que amanezca, —dijo Sofía agarrándole por el brazo para que no se levantara— ¿Por qué no te quedas un ratito conmigo?

—¡No puedo seguir aquí acostado en este charco de sudor! Me doy asco a mí mismo, me asfixio; ¡Suéltame! —Samuel dio un tirón con el brazo para liberarse de ella—, me siento pegajoso. Vendré enseguida cariño. Lo mismo cuando llegué no te has levantado aún. Cuando venga, si quieres desayunamos juntos. —Sofía se dio la vuelta, mirando ahora para la pared.

—Mira que eres cabezota. Pareces un niño mimado ¿Tienes que ir ahora a bañarte? No sé qué se te ha perdido en aquel lugar, —ella resopló sin disimular su enfado—. Si todavía es de noche. A ver si te vas a caer allí solo, —refunfuñaba ella todavía colocada de espaldas—¿Quién te va a ayudar si te pasa algo? ¿y si te caes?

—Ya sé que soy un discapacitado, —se levantó de la cama con aprieto y empezó a vestirse—, no es necesario que me lo tengas que refregar..., pero te recuerdo que todavía camino. Sé arreglármelas perfectamente solo. ¡Por lo menos por ahora! Y además hace mucho tiempo que no voy solo a ningún lado. Necesito un poco de intimidad, respirar aire fresco.

En ese momento buscando las sandalias de cuero Samuel se tropezó con una pila de manuscritos y planos sobre Egipto que tenía bajo los pies de la cama. Cayó en el suelo a todo lo largo, enredado en el *himatión*. Le dolió mucho, ya que se golpeó la cabeza, pero no se quejó. Se lo trago con orgullo dando un gruñido. Irritado se puso de pie lo más rápido que pudo. Tenía la piel de la cara naranja. Ella no dijo nada. Ni tampoco se giró para ver cómo él se encontraba. Se puso sus férulas de madera, luego cogió sus muletas y salió de la habitación dando un portazo.

—¡Ahora se enfada! No hay quien la entienda; y dentro de un rato me quiere comer a besos.

Todo tiene que ser cuando ella diga. —Refunfuñaba Samuel saliendo del *oikos*—. ¡Qué ganas tengo que des a luz de una vez! ¡¡¡Por Zeus!!!

Esta vez decidió salir de casa sin Hermes, el caballo enano. Sopeso que era muy temprano, y seguro que el potrillo con su poca delicadeza despertaría a todos dándole alguna coza a una puerta o haría alguna trastada.

«*Hoy por fin, después de varias semanas voy a poder meditar un rato* —pensaba Samuel—. *Últimamente Sofía no me deja ni ir al baño a solas. ¡Qué posesiva esta! Y la verdad que hace tiempo que no visito a Naska. Necesito hablar con él, tengo tantas dudas, tantas preguntas que hacerle...*» El muchacho le pegó una patada a una vieja caja de madera que tenía justo delante, nada más salir del *Oikos*.

Mientras tanto Indira ya había salido antes incluso que Samuel. Ella todas las mañanas desde que llegaron a Crotona corría por el bosque de Piaka; el que estaba en la otra orilla del riachuelo. Para hacer ejercicios sin que nadie la molestara con preguntas incómodas. Aunque Crotona era una ciudad obsesionada con el deporte no sería conveniente que alguien viera a una muchacha haciendo semejantes proezas. Se castigaba hasta quedar exhausta por agotamiento. Necesitaba hacer esfuerzos físicos sobre humanos para intentar equilibrar su vida excesivamente sedentaria para su gusto.

«*Espero no tener problemas para entrar en Nous. ¡Sofía me tiene desquiciado!*». —Pensaba Samuel moviendo los labios como siempre hacía cuando estaba ensimismado en sus pensamientos—. «*No sé si lograré concentrarme lo suficiente. Pero pronto nacerá el bebé, y ya es hora de ir preparándolo todo. ¡A ver qué solución me aconseja el viejo Naska! Porque la verdad..., estoy hecho un lío. Qué ganas tengo de que todo esto termine*». —Se escuchaba el agua del riachuelo chocando con las rocas de la orilla.

Caminaba con dificultad echado sobre sus muletas por el exuberante sendero que todavía estaba en penumbras... El suelo como siempre estaba repleto de raíces, ramas, hojas y animalillos que corrían en todas direcciones. En cada paso que daba la densa vegetación era mayor. Todo se movía bajo sus pies, cada cosa cada ser tenía su tendencia libre y despreocupada. En más de una ocasión estuvo a punto de tropezar y caer al suelo de boca. Hasta que llegó a la tumba de Minos; le puso encima de la sepultura unas flores que cogió por el camino y se dispuso a contemplar tranquilamente el lugar. Cerró un momento los ojos y respiró con fuerza y nostalgia el intenso olor a jazmín.

—Hola, amigo. Cada día te echo más de menos. Parece mentira que ya no estés aquí conmigo. Contigo todo era mucho más fácil —dijo Samuel a la sepultura. Se apoyó en un matorral redondo y denso, para mantenerse en equilibrio—. Hemos comprado un caballo enano. Espero que no te moleste. Le hemos puesto Hermes. Pero es un desastre. Nada que ver con tu inteligencia y tu porte. A ti solo te faltaba hablar. —A Samuel se le quebró la voz.

Luego, depositó las muletas sobre el suelo y se sentó al lado de una pequeña plantación de cebollas; una chapuza que hizo con su mujer. Se arrastró hasta llegar a un montículo de arena. ¡Y ya estaba en el centro geográfico de aquel micro universo; ¡el *Pequeño Edén!* La cueva formada por una apiñada vegetación salpicadas de gardenias amarillas y blancas. No existía nada más placentero que sentarse allí en un día de sol bajo las hojas de los árboles; y notar su protección bajo sus ramas. Con largas hileras de psicomoros, palmeras datileras, higueras bajas, alrededor de un estanque rectangular llenos de peces naranjas y flores de loto y mandrágora. Aparte de ofrecer sombra, algunos árboles proporcionaban fruta, dátiles, higos, granadas. Todo ello formaba el cobijo de la familia. Desde su interior tenían acceso a una parte de la orilla del riachuelo que pasaba por el lateral.

Samuel se embelesó mirando una hoja que flotaba en el riachuelo. Pasaba junto a él movida por la corriente. Daba vueltas sobre sí misma en un pequeño remolino. Y encima viajaba un escarabajo. Samuel se preguntó por su vida. «¿Se estará mareando de dar tantas vueltas? ¿Qué pensara él de su existencia? ¿Del mundo? ¿Será este animal ateo, o creará en los dioses? ». Al final optó por alargar el brazo y sacarlo del agua. Lo depositó con mucho cuidado sobre el suelo. El bicho ante sus ojos salió a la carrera nada más apoyar sus patitas en tierra firme. Desapareciendo entre las infinitas raíces del suelo.

A continuación, se quitó el *himatión* para estar más cómodo, quedándose casi desnudo; en un *veshi* corto. Ahora parecía un joven indio, muy delgado. Sin casta, de los que mendigan por las calles. Luego se sustrajo las férulas de madera. Cruzó las piernas y puso una mano sobre otra inclinándose hacia adelante saludando (*Gassho*) que significa gracias. Todo en una ceremonia oriental que ya le era muy familiar para él. Cerró los ojos y empezó a relajarse. Fue bajando la actividad mental. No le fue fácil ya que esa mañana estaba muy alterado. Pero poco a poco... dejó de escuchar los pájaros, el riachuelo, el aire... Todo parecía alejarse de él. Tuvo que esperar más tiempo que en otras ocasiones, ya que estaba muy nervioso; pero pronto empezó a notar el zumbido, los acúfenos en los oídos, los que le avisaban de que estaba entrando en Nous. Sentía la presión en la frente, en el entrecejo. Abrió los ojos y la luz ya le empezaba a molestar. Todavía estaba con su cuerpo. Aunque notaba que se estaba evaporando. Empezó a vibrar y como en otras ocasiones emprendió un movimiento de vaivén ya que eso le ayudaba a orientarse. Se balanceaba de adelante atrás con movimientos rítmicos.

Volvió a cerrar los ojos; y como si cogiera carrerilla y se sumergiera de golpe buceando en el interior de un lago muy profundo; un silencio sin conceptos lo atrapo como el pellizco de una atenaza de hierro atrapando un clavo al rojo vivo. Su mundo entró en tiniebla, en un mutismo total; todo se paró en un infinito mar de consciencia. Se fundió con el universo en una sola cosa. Como si estuviera buceando con los ojos cerrados en el fondo del océano; no había luz ni nada. Solo existía El Ahora. Ya no había observador, ni nadie que escuchara. Él y el mundo eran la misma cosa, no había división. “ESTABA DESPIERTO”. En ese momento a través de una grieta, una fisura en el espacio-tiempo pasó vaporizado al Nous.



15 de noviembre de 1562.
Monasterio de Yuste.

—¿Está terminado el reloj? Jeremías Metzger. —La voz del abad sonó más metálica que en otras ocasiones.

—Sí. Tal como usted lo quería. He seguido cada una de sus muchas indicaciones, esquemas y esbozos. No ha sido fácil.

—¿Seguro que está listo tal como se lo pedí?

—Segurísimo. —Levantó la voz—. Y si no compruébelo usted mismo. —El viejo relojero depositó la pieza en la mesa. Se veía muy pesada.

—Buen trabajo —dijo el abad.

—Gracias. —El ingeniero le dio una calada a una especie de pipa—. Nunca me he retrasado en ningún pedido. Pero con el suyo he estado apunto. Ha sido complejo crear este reloj astronómico.

—No es solo un reloj astronómico.

—Sí, ya me he dado cuenta. Pero no quiero saber nada más que lo justo para crear lo que mis clientes quieren.

—Muy bien pensado. Eres un hombre sabio.

—A lo largo de más de cincuenta años he tenido a mucha clientela de todo tipo. Desde reyes, obispos, artistas... pero como usted nunca he tenido a nadie.

—No sé a qué se refiere Jeremías Metzger.

—Sí que lo sabes. Si no me falla la memoria usted lleva dirigiendo este monasterio desde el año 1515. Un total de 47 años. Y yo veo cosas, pero yo no pregunto, y todos contentos.

—Muy bien que haces. Ya te lo dije antes, eres sabio.

—Pero hay algo que no entiendo que ya no me puedo callar.

—Dígame Jeremías. ¿Qué le atormenta?

—¿Cómo puede ser que usted no halla envejecido nada en tantos años que lo conozco?

—Habré hecho un pacto con el diablo, eso por lo menos es lo que dicen. —Jeremías embozo una pequeña sonrisa que mostraba nerviosismo—. Hay tantas cosas que se escapan a nuestra razón, y que solo comprende los seres superiores, divinos, —echo aire por su boca como queriendo apagar una vela, el gesto fue siniestro— no sabría por dónde empezar para que usted lo entendiera.

—¿Qué le pasó a Carlos? ¿de qué murió? —El abad se levantó de la silla y estiró su espalda produciendo varios crujidos de huesos. Era un sonido espeluznante. Se quitó la capucha que siempre llevaba tapando en gran medida su rostro quemado y repleto de cicatrices.

—No quiso que lo curara. Y simplemente murió.

—Tengo prisa. Otro día me lo explica. No tiene importancia —dijo el relojero.

El enorme abad en un movimiento rápido y veloz estiró el brazo a una velocidad sobre humana; agarro al relojero del cuello y lo levanto dos palmos del suelo. Lo sostuvo en el aire durante varios segundos. Observando su fisonomía de cerca, a pocos centímetros de su cara. Analizo como se le hinchaba los ojos, como se ponía colorado y como intentaba inútilmente producir algún ruido por la garganta.

—No me gusta la gente como usted. Que miran a los demás por encima del hombro. —El abad apretó la garganta del relojero con fuerza, sintió los huesos estallar como cristales; luego, lo lanzo como si fuera un trapo viejo contra la pared, el cuerpo del relojero rebotó deformado. El ruido fue tremendo. Jeremías Metzger sucumbió al instante. Y el enorme abad sonrió—. *Me encanta hacer esto. Que placer es ver a alguien muerto de miedo.* —Pensó el monstruo.

Horas después todos los monjes de la orden de San Jerónimo, incluyendo el abad desaparecieron de allí sin dejar rastro como si se lo hubiera tragado la tierra.



Año 429 a. C.

Ya en el Nous, segundos después de evaporarse sintió una mano que empezaba a descansar con suavidad sobre su hombro derecho. Era una mano cálida, grande y poderosa. Samuel se sobrecogió. Sentado en el suelo abrió los ojos una vez más, pero ya no estaba en el *Pequeño Edén*. Ahora se encontraba en la dimensión del Nous. En aquel lugar sin tiempo y sin ubicación; donde nacen los pensamientos. Junto al guardián.

—Hola, Brahma, o Ananda, o Samuel. Cómo prefieras querido amo —dijo el Ser con una amplia sonrisa—. Hace tiempo que no venias a visitarme. Me alegro mucho de volver a verte.

—Hola, Naska —dijo Samuel—. Yo también me alegro de estar aquí. He estado muy ocupado con el embarazo de Sofía. —Se observaba Samuel asombrado su cuerpo ahora potente y ligero— ¡Nunca me acostumbro a ver este organismo tan magnífico!

—Eso te pasa porque cuando sales de aquí se te olvida casi todo. Pero ahora estás una vez más con el perfecto y sublime cuerpo de Ananda. Como haces cada vez que vienes. Aquí casi todo es posible. No obstante, no olvides que, aunque hayas despertado no tienes todavía todo tu poder.

—Será eso. No sé —dijo Samuel— lo que no entiendo por qué se me olvida la mayoría de los recuerdos del Nous cuando salgo de aquí.

—Tu cuerpo y tu mente... están normalmente vibrando a muy baja velocidad cuando estas fuera de aquí (en maya). Cuando entras en el Nous empiezas a vibrar a una velocidad mucho mayor; y es cuando los sentidos captan toda la realidad. Y esa verdad, no se entiende cuando ya no estás aquí; con la baja vibración. Es como un pez que nunca ha salido del agua e intenta comprender la vida en la tierra firme, sería algo absurdo e imposible. Por eso casi todos tus recuerdos del Nous desaparecen fuera de aquí.

—Sigo sin entenderlo —dijo Samuel— lo siento.

—Bueno, déjalo. Algún día lo comprenderás, cuando recobres todo tu potencial.

—¿Por qué todavía no tengo todo mi poder? —Pregunto Samuel—. ¿No se supone que ya he despertado? —De repente empezó a caer pequeños y suaves copos de nieve que se derretían nada más tocar la hierba. Hacía calor por lo que era una situación muy agradable e inverosímil.

—Solo has despertado. Estas a mitad de camino. —Naska intentó disimular, pero su rostro cansado por una conversación muy repetida dejó claro que estaba algo molesto—. Te lo voy a explicar una vez más: Hay dos niveles de despertar; El primero se llama despertar con residuo, que es el que tú has alcanzado, descubriendo este lugar, parando el tiempo, el espacio, el sonido, los pensamientos... Cuando alguna persona se ilumina y consigue llegar aquí; ya dejan de reincarnarse en el infinito *samsara*. Se liberan.

—¿Son muchos los que lo han conseguido?

—Muy pocos —se escuchó el viento silbar.

—¿Cuál es el otro despertar? —Interrumpió Samuel ansioso. La nieve empezó a dejar de caer paulatinamente y la temperatura bajo varios grados.

—Después hay otro despertar sin residuos; más profundo, donde vuelves a ser un dios, recuperas todo tu poder, el cual solo se produce con la muerte de una persona ya despierta en vida, como por ejemplo tú, que has despertado. Que es cuando eliminas todas las causas. Y rompes el cascarón. —Naska arrancó un manojito de hierbas, abrió la mano y dejó que el aire se las llevara vaciando su palma—. Solo tienes que morir para eso. Y ya queda poco para ese día.

—Es una pena, pero seguramente la próxima vez que venga te lo tendré que volver preguntar.

—Seguramente. —Naska sonrió con una mueca forzada—. Creo que alguien quiere jugar contigo.

Samuel se giró al notar aire caliente sobre su coronilla. Incomprensiblemente vio a Minos. La mula. La amada mascota estaba allí. La imagen casi lo tiró de espaldas. Dando brincos como solía hacer cuando se veían por las mañanas en el patio de la casa de Atenas. Pero ahora estaban en el infinito y verde prado de Nous. Parecía un sueño. Se veía incluso más joven el animal. Con su pelo gris por el lomo; y por la zona de las costillas nevado. Movía sus orejas en todas las direcciones. Samuel se levantó con extraordinaria agilidad, ya que allí donde él estaba ahora no necesitaba muletas, ni férulas, ni nada. Abrazo a Minos con ternura. La mula reía sacando sus

enormes dientes dándole lengüetazos por toda la cara a Samuel.

—¿Por qué está aquí Minos? —Pregunto Samuel sin entender nada.

—A Minos lo has traído tú. Con tus recuerdos. —dijo Naska.

—Entonces... ¿No es real? —pregunto Samuel.

—Claro que existe. Es tan real como yo, como tú y como todo lo que hay aquí.

—Pero... entonces... —Dudo Samuel.

—Sí y no. —Dijo Naska apresuradamente.

—Yo no he dicho nada. —Dijo Samuel patidifuso.

—Lo ibas a decir.

—¿El qué? —Le miro con cariño el Ser que tenía delante. Esta vez Naska opto por tener la forma de un hombre alto, de mediana edad. Con el cabello de color negro intenso y rizado. Además, llevaba un sombrero muy extraño que Samuel nunca había visto.

—¿Qué es eso que llevas en la cabeza? —preguntó Samuel.

—Un sombrero del futuro.

—No lo había visto nunca —se escuchó un trueno.

—Se llama bombín —hizo una reverencia con el gorro en la mano y volviéndoselo a poner—
¿A qué me queda bien?

—La verdad. No sé. —Se quedaron mirándose.

—El Nous está hecho de los pensamientos y recuerdos de personas que han podido despertar —dijo el Ser—. Es un lugar sagrado. Solo cuando profundizas en el ahora, llegas aquí. Cuando cambias tu vibración y tu manera de ver el mundo.

—No entiendo —dijo Samuel confuso—. ¿Y cuando todavía no había entrado nadie aquí?
¿No existía el Nous?

—Efectivamente. No existía. El Nous está hecho del recuerdo, pensamientos, ideas... de personas nobles; que se han sometido a pruebas descomunales, llegando al estado más puro de la consciencia: El Ahora; y eso solo se puede conseguir a lo largo de muchísimas vidas en el *samsara*. En los ciclos de nacimientos y muertes. —Un manzano que tenían muy cerca empezó a acelerar el proceso de maduración de sus frutos. Se escuchaba crujir el árbol en cada movimiento. En un momento las flores empezaron a producir enormes manzanas rojas y amarillas. Naska se dio cuenta de que Samuel miraba fascinado el árbol. Observo admirado al muchacho, que, aun siendo un dios, Brahma, el más grande de los dioses; se asombraba por algo tan simple—. Lo que tú conoces como vida es como un estado de sufrimiento del que hay que escapar. Algunos como los *advaitas* saben que el mundo y la participación en el *samsara* es fundamentalmente maya (ilusión). El Nous es la auténtica realidad.

—Pero yo nunca he realizado ninguna prueba colosal para llegar aquí. Me buscaron y me explicaron hace seis años en Delfos, que yo era divino; eterno, y no sé cuántas cosas más. Que anteriormente había nacido en el cuerpo de Ananda. Muchas veces siento que no merezco entrar aquí. Incluso te confieso que en ocasiones me enfado; y pienso cosas feas, que soy un farsante, un fraude. Esta responsabilidad algunas veces me supera y me agobia. Hay muchas cosas que no recuerdo todavía, que no entiendo.

—Tú creaste todo esto. Tú eres el más grande de todos los dioses. Has vuelto a nacer por segunda vez y sin memoria, en el cuerpo de un simple mortal; y encima con una discapacidad física. Tú lo elegiste. Solo para experimentar la vida humana. Quisisteis sentir lo que es la muerte, el miedo, el odio, el amor, la soledad, la felicidad... sentimientos que le están imposibilitados a una deidad. Los dioses siempre tienen envidia de los humanos. —Comenzaron a caer del árbol las manzanas que ya estaban maduras—. Los dioses, los brahmanes y todos los seres de la creación

también se enfadan. Eso no es malo. Es el *karma*. Por eso existe el *samsara*. La reencarnación. Para que todos, hasta un gusano se pueda convertir en un dios. Y esto es tu mayor reto. Tú eres puro de nacimiento y no necesitas reencarnar. Y aun así decidiste nacer en el cuerpo de Samuel. El que antes fue Ananda. Es la segunda vez que haces esto. Los demás tienen que purificarse en muchas vidas. Hasta que llegan al último ciclo. Y por fin despiertan. ¿QUÉ TE CREES QUE HACEN DURANTE MILES DE AÑOS? —Levantó la voz asustando a cientos de pájaros que echaron a volar en bandada formando una nube negra que se movía en el aire a al unísono a gran velocidad.

—Es extraordinario esto que me cuentas —dijo Samuel.

—Ya te lo he dicho. Tú, bueno, vosotros lo quisisteis así. Nacer sin recuerdos del Nous. Incluso que cuando despertaras todo fuera de esta forma. Tampoco me es cómodo tener que explicarte a ti todo esto. Tú eres superior a mí. Eres mi amo. Y te tengo que explicar cosas que vosotros creasteis.

—¡Hablas en plural! —dijo Samuel— ¿Por qué?

—¡Claro! Me refiero a ti y a tu mitad. Sarasvati.

—¿Quién es Sarasvati? Me suena ese nombre.

—Cada vez que vienes a verme, desde hace seis años te lo tengo que explicar todo desde el comienzo. Una y otra vez. Y al final siempre se te olvida. Tus preguntas se están convirtiendo en algo muy tedioso.

—Pero... ¿quién es Sarasvati? —Suplicaba Samuel.

—Tú hermana, Indira. Ella es la diosa Sarasvati. Y tú Brahma. Pero ni tú ni ella lo sabéis fuera de aquí.

—Pero... ¿Exactamente cuál es mi misión? Tampoco lo tengo claro. Recientemente con el embarazo de Sofía, la mudanza a Crotona, y varias cosas más..., estoy perdido. Lo siento. En ocasiones me gustaría no haber sido Ananda, ni Brahma, ni cualquier otro Gurú. Simplemente Samuel. Un hombre cualquiera. Un maestro de ética como mucho.

—¡No digas eso! Y dejas de buscar excusas. —Dijo Naska con voz iracunda—. ¡Tuya fue la idea de borrar ese recuerdo! Y volver a nacer en la forma de un humano sin fuerzas en las manos y en los pies. Nunca he entendido la decisión que tomasteis. Ahora eres un dios con los pensamientos de un hombre. Y eso es por tu culpa.

—Pero ¿cuál es mi misión? —Insistió Samuel.

—Tu misión es simplemente despertar. Y eso ya ha ocurrido. Ahora le toca a ella. Ya te he dicho que ella es la diosa Sarasvati. Cuando ella logre entrar aquí (despierte) todo cobrará sentido. Entonces y solo entonces lo entenderás. Una vez que los dos hayan muerto volveréis al Nous para siempre.

—Esto es un lío que no lo entiende nadie. Madre mía ¿cómo puede ser que cada vez entiendo menos sobre mi pasado... mi futuro? —Samuel o Ananda empezó a dar saltitos en el suelo— ¡Yo no quiero morir! ¡No quiero dejar de ver a Sofía! ¡a mis padres, mi...! —se cayó Samuel.

—Las primeras razas de la humanidad eran deidades, sin máscaras. —Samuel dejó de saltar y miró a Naska—. El Nous estaba repleto de seres extraordinarios. Y ahora... —Naska puso una mueca en la cara de tristeza— ya nada es igual. Esos hombres de oro se convirtieron en hombres de madera podrida.

—¿Y por qué paso eso? —dijo Samuel.

—Porque olvidaron que eran dioses. Y ahora tú tienes el cometido de hacer que todos los humanos recuerden su deidad. La humanidad tiene que evolucionar. Dar un salto más allá. Tenemos que destruir el Caos; que cada día se hace mayor. ¡Todos los seres tienen que despertar!

—Fuera de aquí casi no puedo andar. —Dijo ahora Samuel enfadado lanzando una piedra que se perdió a lo lejos desapareciendo en la inmensidad—. ¡Casi no puedo llegar al baño sin que me ayuden! ¡¡¡Mi mujer me tiene que bañar!!! Me tiene que lavar el culo. ¿Sabes lo que es vivir así? ¿De qué me estás hablando desgraciado?

—Ya te lo he dicho, vosotros lo quisisteis así. Tú tenías tus motivos y ella los suyos. Yo me limite a obedecer.

—¡Nooooo! —Grito Samuel— ¡No quiero!

—¿No lo entiendes todavía? —Dijo Naska. Samuel empezó a caminar despacio alejándose de donde estaban.

—¿Cuántos años tienes? —Pregunto Samuel cambiando de tema sin darse la vuelta.

—4. 000.000 de años. Igual que el Nous. Cuando apareció el primer brahmán nacieron Naska y el Nous. Cuando Brahma abrió los ojos por primera vez la primera consciencia apareció. El primer ser con inteligencia. Un mono manipulado genéticamente que se asombró ante todo lo que le rodeaba.

—¿Genéticamente? ¿Qué es eso?

—Olvida lo que he dicho. Sería muy complicado explicártelo ahora. Es una palabra del futuro.

—¿Cómo se llamaba ese brahmán primero?

—Brahma. —Naska serró los ojos y suspiro largamente. Su paciencia se agotaba.

—¿Y el último? —Pregunto Samuel riéndose con cara infantil.

—Tú lo sabes perfectamente. Se llama Samuel, el que antes fue Ananda. —Samuel jugaba sin prestar atención metiendo un brazo en una madriguera de conejos—. Tú representas a Brahma. ¿Me estás escuchando? ¡El tiempo se te está acabando!

—¿Y por qué yo? Soy una persona con persona discapacidad. —Samuel sacó de la madriguera un conejo rojo. Lo dejó en el suelo y desapareció evaporándose en el aire.

—No lo sé. Eso lo elegiste tú. Es la tercera vez que te lo digo hoy. —La mula empezó a perseguir a una mariposa. Que revoloteaba delante de su hocico—. Es que me noto tan débil. Cada día me encuentro que tengo menos fuerza. Y hay tantas cosas que sigo sin comprender.

—Se te termina el tiempo, —dijo el Ser con voz casi inaudible—. Tienes que ayudar a despertar a tu hermana.

—Todo me es tan lejano —dijo Samuel.

—Vosotros lo quisisteis así. —Repitió Naska.

—¡¡¡Basta ya!!! ¡Cállate! No comprendo como un Dios tan poderoso puede haces esa idiotez. Perderlo todo para sufrir como un simple discapacitado —dijo Samuel. Y Naska se sentó en el suelo con las piernas cruzadas en la posición de loto— ¿Indira Sabe algo de todo esto? —Preguntó Samuel.

—No. Ella no ha despertado todavía. No conoce nada. Por eso tú, aunque hayas despertado no comprende todo lo que ocurre. Cada uno tiene una parte de los recuerdos, lo acordasteis así. Los dos juntos seréis completos. Tu inteligencia más su fuerza: Todo será fácil. Debes de confiar en mí; Y más aún, en ella.

—Pero lo hemos intentado muchas veces. Indira no puede seguir profundizando. No sé qué es lo que hace mal. Ya no sé qué hacer para que ella despierte, y pueda llegar aquí.

—Ella despertara cuando esté preparada. No antes. Cuando empiece a meditar sin esperar nada a cambio. Tú tienes que enseñarla a comprender el desapego. Cuando meditas esperando un resultado ese resultado nunca llega. Y ella espera y ansía con demasiada fuerza despertar. Y ese

no es el camino, tiene que desligarse del resultado.

—¿Pero esto cuando termina? —Samuel miraba con lágrimas en los ojos hacía el manzano que otra vez estaba echando flores— estoy muy hartos de todo esto.

—Te recuerdo que la pirámide es un generador. Amplifica tu poder. Ya te lo dije cuando vivías en Atenas. La cualidad que tu tenga, aumentaran al máximo. Recobraras todo lo que eres, igual que ella; y esta locura cesará de una vez para siempre. Si todo sale mal te queda eso. Entrando en la cámara secreta de Keops no tendrás que esperar a despertar y luego morir. ¿Quién crees que creo las pirámides? —Samuel no dijo nada—. Fuiste tú, Brahma, cuando todavía no te habías rencarnado en el cuerpo de Ananda. En una época que los dioses empezaron a dejar de serlo, para ser solo hombres. La energía piramidal hace que lo que ya somos se potencie al máximo. Por lo que los hombres se vuelven dioses, y los que ya son dioses se vuelvan Brahma o Sarasvati. —Se escuchó un crujido como un trueno y la tierra se agrietó— la pirámide es una puerta que lleva directo al Nous. Es otro camino al despertar por si todo falla. Lo fabricaste por si no lo conseguías por la meditación. Así te puedes hacer inmortal, bebiendo el *Ikor*. Lo malo que, si alguien sin el corazón puro, alguien con maldad entrara allí, su perversidad, su malicia y su poder crecerían exponencialmente.

—Yo no me quiero separar de mi familia —lloraba Samuel desconsolado—. Mi niña, Sofía, de mis padres. ¡¡¡voy a tener un hijo!!!

—No sé por qué, pero yo sabía que esto ocurriría, y te perdería para siempre —dijo Naska—. Si los dos no vuelven al Nous vuestra realidad, vuestro ser, alma, energía... como le quieras decir transmutará. Dejaréis para siempre de ser dioses. Os perderéis en el infinito *Samsara*. Como simples mortales, y sin posibilidad a volver.

Samuel notó que todo desaparecía delante de él. Empezaba a tener náuseas. Cuando abrió los ojos estaba tumbado junto al río. En el *Pequeño Edén*. Su hermana le sostenía la cabeza en sus piernas. Ella le acariciaba los cabellos de su barba mientras recitaba unas palabras muy extrañas, posiblemente rezaba en Sánscrito mantras sagrados.

—A tu amala, a tu simnara, a tu amala, a tu simnara...

—¿Llevo mucho tiempo aquí tumbado? —pregunto Samuel aturdido.

—No sabría decirte, pero creo que no —dijo ella.

—¿Y qué haces tú aquí? —dijo Samuel.

—Desde que llegamos a Crotona todas las mañanas me levanto muy temprano para entrenarme —se escucharon unos patos nadando por el riachuelo cerca de donde estaban— y te vi en el suelo durmiendo. Sabía que estaba bien. Estabas tan lindo con los ojos cerrados.

—¿Y para que te entrenas tanto?

—No lo sé —dijo ella levantando los dos hombros a la vez.

—Estás obsesionada con tus capacidades físicas. Tienes un cuerpo perfecto. Eres la persona más fuerte y ágil que conozco. También eres culta, inteligente... sabes más de siete lenguas distintas. Y encima tienes la apariencia de una delicada chica, sexi y atractiva. No entiendo como lo haces. Pero es así. Deberías de relajarte un poco.

—¿Crees que soy atractiva? —dijo ella coqueta.

—Sí, Y lo sabes, déjate de abochornarte por tu belleza. Estoy seguro de que cualquier hombre mataría por ti. La vida es muy bella, pero si no te sometes a tanta presión. ¡Relájate caramba!

—Me entreno, ¿Pasa algo? —Dijo ella irritada— El Tiempo que estuve viviendo con Manute siempre fue de ese modo. No veo el motivo para cambiar ahora. Y por favor, no digas más “*caramba*”, que es una cursilada empalagosa, típica de tu linda mujer. —Samuel no dijo nada. Pero la miró directamente a sus grandes ojos color ámbar.

—Algunas veces te escucho salir de casa muy temprano. Yo me preguntaba ¿dónde irá mi hermanita a estas horas? Y por lo visto a prepararse para las Olimpiadas. —Dijo Samuel con ironía. A Indira no le hizo gracia y le tapó la boca para cortarle la risa. Pero fue inútil, los dos terminaron haciéndose cosquillas y burlándose el uno del otro.

—¿Has estado ahora en el Nous? —pregunto Indira.

—Sí. Algún día conocerás a Naska. Muy pronto.

—No lo creo. Te envidio. Envidia sana, pero te envidio. Yo he estado preparándome desde que tengo uso de razón; de día y de noche durante diecisiete años que se dice pronto. Me conozco todos los textos sagrados. Los RAMAYANA Y MAHABHARATA, los BHAGAVAD GITA, los PURANAS y los UPANISHADS. Te los puedo recitar de memoria uno por uno. Sé hacer cosas con mi cuerpo que ni te imaginas. Incluso conozco formulas secretas para crear magia con plantas y minerales. Manejo los cuatro elementos a la perfección. Algo que solo saben los iniciados. Me he preparado con las peores pruebas que te puedas imaginar. Y sin embargo tú en un solo día pudiste aprender a parar los pensamientos, y luego en tan solo tres días aprendiste a entrar en el Nous. A mí me costó siete años parar los pensamientos y controlarlos. El Nous siempre me ha sido vetado. ¡No he despertado y nunca despertaré! Esa es la realidad, y cuanto antes lo aceptemos mucho mejor.

—No seas tan dura contigo. Eres extraordinaria. Y lo sabes.

—Extraordinariamente imbécil —dijo ella molesta levantándose del suelo— además... —cruzo los brazos y miró el agua del riachuelo. Sin decir nada durante un rato— «*me voy a callar mejor*» —pensó.

—Tengo la manera para que tú puedas despertar. Y puedas visitar el Nous. —Samuel ahora comenzó a vestirse, se colocaba las férulas.

—Ya lo hemos intentado muchas veces. Y nunca ha podido ser —dijo ella secamente—. Yo solo estoy en el mundo para protegerte. Para que tú puedas terminar el dichoso trabajo. Por eso estoy aquí. —Escupió en el suelo con desgano—. Yo no he nacido para vivir plantando verduras y hortalizas.

—Indira, hermana. Esta vez será diferente. Se me ha revelado una gran solución para que tú puedas despertar. De ese modo podrás conocer quien fuiste, y entender quién eres.

—¿Vamos a ir a Kuru? —Dijo ella muy excitada.

—Sí. Posiblemente. Después de ir a Egipto.

—¿Cómo vamos a hacer eso?

—No lo sé. No hemos hablado de ese tema todavía. O por lo menos yo ya no me acuerdo. —Indira lo miraba extrañada—. Tienes que entender como yo partí el cascarón. Yo no hice nada, solo dejé que las cosas ocurrieran... la luz circula conforme a su propia ley si uno no abandona su propia vocación. El arte de dejar que las cosas sucedan, la acción a través de la no-acción, dejar ir el propio yo, eso fue para mí la llave que abrió la puerta al Nous. Debemos de dejar que las cosas sucedan en la mente. La conciencia siempre está interviniendo, corrigiendo y negando, nunca deja que el proceso psíquico fluya en paz. Pero eso... cuando nazca el bebé. Y lo dejemos todo arreglado. ¿A ver cómo le explico toda esta historia a Sofía? Esto será demasiado para ella. Sinceramente creo que me va a matar. Le tengo más miedo a ella que a Naska.

—Ya se nos ocurrirá algo. No te preocupe. Ya con haberme dicho que vamos a ir a Kuru me has dado una gran alegría; aunque tienes que reconocer que tienes más dudas que respuestas —se rieron los dos—. Pero bueno... ¡Voy a volver a dónde yo me crié! No te puedes ni imaginar cómo es aquel país. Lleno de aves de colores, de perros enormes con trompas que le llegan al suelo, que se comen las hormigas; los cocodrilos, las montañas... Es un lugar repleto de personas nobles, que te ofrecen lo poco que tienen, no como aquí en Crotona. Que regatean y se matan por un trozo de

pan. Este lugar es una jaula de oro. Me asfixio cada día más. —Indira cerro los ojos para recordar aquel lejano mundo que ahora le parecía un sueño, algo que en verdad nunca hubiera sucedido—. En Kuru las cascadas son cien veces más altas que el Panteón de Atenas. Estoy segura de que te gustará muchísimo conocer donde viví, donde crecí.

—Estoy deseando hermana. —Samuel se terminó de poner la férula—. Venga, ayúdame a levantarme. Y vámonos. Que Sofia se estará preguntando dónde me he metido.

—Hermano, para ser el último brahmán eres bastante temeroso.

—Pues sí —se rieron los dos— bueno, un poco sí, lo reconozco. Pero, por favor... no se lo digas a nadie, y menos a Naska el día que lo conozcas. —Volvieron a reír.

Indira sacó un punzón de metal y empezó a escribir en la pared de rocas la fecha del día de hoy. Luego escribió Guiza y Kuru

—Ahora vámonos rápido. Hay muchas cosas que preparar.

—Hermano, no sé qué le ves a esa mujer tan mandona a parte de su gran belleza. Ella no es de tu casta.

—Los brahmanes también nos enamoramos. Cosa que no pueden hacer los dioses. No lo olvides. Y para mí las imperfecciones de Sofia son perfectas para mí.

—Bueno, es tu decisión —dijo Indira—. Ya sabes que yo te apoyaré en todo.

De camino a casa por el sendero resonaban las palabras de Naska en la cabeza de Samuel. Él esperaba que se borrarán pronto. Ya que le quemaban en lo más profundo de su ser.

—A tu amala, a tu simnara, a tu amala, a tu simnara, a tu amala, a tu simnara... —Indira empezó a rezar. Y Samuel sintió alivio al sentir como los recuerdos del Nous iban desapareciendo como piedrecitas dejadas en el camino.

12. Conociendo a Marta.



Lunes 14 de marzo del 2016.

La sirena sonó y los alumnos empezaron a recoger los apuntes y sus cosas. El ruido y el caos invadieron el aula que era enorme. El techo estaba a más de seis metros de altura. Marta seguía sentada en su asiento, en la tercera fila. Era una clase con las butacas dispuestas cada vez más altas. Como los teatros; o como las gradas de los estadios de fútbol. Para que todos en un semicírculo pudieran ver a la profesora que estaba abajo. Marta esperó a que se fueran todos los estudiantes y luego bajo junto a la profesora. Ella estaba tecleando algo en su portátil. Marta miró de reojo y creyó percibir que estaba contestando un email.

La alumna esperó a que la profesora terminará. No la quiso interrumpir. Al cabo de un rato llegó a pensar que se había olvidado de lo que le había comentado de que quería hablar con ella. Empezó a tener duda de haberse enterado mal.

—Termino enseguida —dijo Ana.

—No te preocupes. No tengo clases hasta las seis y media. Puedo esperar. —Siguió tecleando la profesora en el ordenador durante unos minutos.

—¡Ya he acabado! Tenía que contestar urgentemente a un viejo amigo que ahora vuelve a vivir en México. —Se giró en su silla y observo a Marta detenidamente. Ahora de cerca, la alumna le pareció que fuera mucho más mayor de lo que divisó en un principio. «*Parece una maruja*» se dijo en su cabeza. Vestía fatal, con un jersey llenó de borreguitos, apretado; como una morcilla de burgos señalando sus michelines. Y su peinado era antiguo, de rulos, y las gafas a estilo años setenta, como las que llevaba el cantante Roy Orbison—. Estoy impresionada por tu conocimiento sobre Las guerras médicas —dijo Ana— ¿Te gusta ese tema?

—Me apasiona ese periodo. Pero sobre todo lo que paso en la Magna Grecia. —Ana tragó saliva.

—¿A qué te refieres? En la Magna Grecia pasaron muchas cosas. Fue un lugar y una época donde paso de todo.

—La comunidad de Pitágoras —dijo Marta resuelta. La profesora no se lo podía creer. Era el tema predilecto de Ana.

—Mi tesis doctoral fue sobre Pitágoras de Samos. —Ana se puso de pie para prestarle toda su atención— ¿Y qué es lo que te atrae de Pitágoras? ¿o de su comunidad? —cruzó los brazos esperando la respuesta.

—Quiero saberlo todo. Hasta donde llegaron los miembros de la hermandad en su conocimiento. Estoy convencida que hay cosas que ellos sabían, que descubrieron que incluso nuestra ciencia moderna no ha llegado a comprender todavía.

—Perdona que te pregunte algo íntimo. Personal. Es que estoy flipada. Incluso confusa. No solo por tus palabras. Pero me estás dejando flipada. Si no fuera porque estás hablando de mi tema fetiche creería que estas desequilibradas mentalmente. Y lo digo con el mayor respeto posible. Pero es que...

—Pregunta lo que quieras. Que no te de apuro. A estas alturas de la vida me da igual casi

todo.

—¿A qué te dedicas Marta? Es que hay algo en ti que no me cuadra.

—Estoy jubilada. Bueno, me prejubilé en el ministerio de interior. Y mejor que no te diga que cargo tenía, prefiero el anonimato.

—Ese dato lo puedo buscar incluso en Google —dijo Ana.

—Me cambie el nombre. Aunque tienes razón, no creo que te cueste mucho encontrarme y saber todo lo que necesites saber de mí. Y menos a una arqueóloga como tú.

—¿Cómo yo?

—Tan profesional —dijo Marta—. Pero bueno... hoy día soy simplemente Marta Robles. Tu alumna. Dejémoslo mejor así.

—Entonces... ¿cuántos años tienes? —hizo una pausa— si se puede saber, y perdona por mi indiscreción.

—Cincuenta años. Aunque aparento más, ya lo sé.

—Es que, con esas pintas, la verdad que hay otras ropas más apropiadas que te podrían quedar mucho mejor.

—Soy un desastre con esto de vestirme. En el ministerio iba siempre con chaqueta, muy bien arreglada, mi secretaria me elegía lo que me tenía que poner. Pero ya no es así. Además, me quemé de ser tan estricta.

—Bueno, no te preocupes, por lo de vestir mejor; eso tiene arreglo. Te daré algunos consejos muy sencillos e incluso te presentaré a mi amiga modista si quieres. Ella hace milagros con la gente. Además, es griega.

—Gracias —dijo ahora tímidamente por primera vez desde que habían empezado a hablar.

—¿Estás casada tienes familia a tu cargo?

—No. Soltera desde que nací. Y no tengo a nadie a mi cargo; estoy libre como una mariposa. —Ana sonrió por como ella lo dijo.

—Entonces... ¿Para qué sacarte otra carrera a estas alturas de la vida? No te hace falta.

—La arqueología siempre fue mi pasión. Pero mi padre que también trabajaba en el ministerio; me obligo a estudiar derecho. Cosa que nunca me gusto. En aquellos años no era tan fácil contradecir a un padre, y más al mío, que había sido partidario y fiel participante del régimen franquista. —Marta iba a decir algo, pero se cayó un momento—. Pero siempre quise ser arqueóloga. Es como una espina que tenía clavada que hay que sacar.

—Estoy montando un equipo de investigación sobre precisamente ese tema. La magna Grecia, pero enfocado principalmente a uno de los alumnos de Pitágoras. Su mejor discípulo. Filolao de Crotona.

—Estoy muy interesada y tengo mucho tiempo libre. Demasiado, la verdad.

—¿Pero tú sabes quién fue Filolao de Crotona?

—El matemático de Pericles. Alumno e hijo adoptado del sabio Anaxágoras y el marido de una matrona muy conocida llamada Faina. Tuvieron un hijo y una niña. Aunque de la niña no se sabe nada se cree que murió al poco tiempo de nacer.

—No sé cómo sabes todo eso. La verdad es increíble. Esos datos no están en ningún libro publicado.

—Pero si en tu tesis doctoral. —Ana abrió los ojos todo lo que pudo y cambio de postura con las piernas—, que yo he leído varias veces. Es un trabajo muy bueno.

—No sé si quiero saber cómo has conseguido mi tesis. Pero me imagino que tus años en el ministerio tienen sus ventajas.

—Sí. Es lo único bueno que puedo sacar de aquella parte de mi vida. —Levantó los hombros

—, me deben muchos favores, y a más de uno le conviene tenerme contenta y con la boquita cerrada.

—Muy interesante. Cuando te vi, sabía que no me equivocaba. Eres alguien que puedes aportar mucho a mi proyecto. —Marta se puso colorada— ¿puedes darme tú teléfono? Después de esta confección ¿te puedo tutear?

—Sí, claro.

—Y me das también tu correo electrónico por favor. Señora ministra, —se rieron las dos.

—¿Tienes un papel? —Ana entregó un folio y Marta escribió sus datos con una letra menuda.

—Dentro de unos días te contaré mucho más. Ten segura que tienes las cualidades que estoy buscando para que entres en mi equipo de investigación. Contigo cerramos el círculo —Marta entregó la hoja y Ana una tarjeta de visitas.

—¿Cuántos somos en el equipo?

—De momento contándome a mí, seis personas. Ya los conocerás. Hay de todo. Son bastante frikis. Pero bueno, para ser arqueóloga también hay que ser un poco friki, ¿no crees? —se rieron las dos mujeres.

—Pues sí. Hay que ser muy friki para dedicarse a esto.

13. Calisto.



Año 429 a. C.

«¿Dónde se habrá metido Samuel?» —pensaba Sofía bostezando todavía tendida en la cama —, «está durando en venir». —Ella se levantó con diligencia y se dispuso a recoger la cocina que estaba hecha un asco desde la cena de ayer. «¿Le habrá pasado algo? Espero que no. La verdad que es raro lo que está tardando». —Ella se desesperaba con el desorden. Odiaba que las cosas no estuvieran limpias y recogidas. Con los años se había vuelto una obsesión el tener el *oikos* perfecto e impoluto. De repente sin previo aviso recibió un pinchazo de dolor en el vientre que la dobló por completo. El plato que tenía en su mano se le soltó cayendo al suelo. Se hizo añicos, en más de cien pedazos. El estruendo alarmó a Faina, que vino enseguida. Y allí se la encontró, de pie, en medio de la cocina con la cara pálida. En el suelo había un charco de un líquido que aparentaba ser agua. Con un mar de pedacitos de cerámica esparcidos por el suelo. Parecía las miles de islas del mar Egeo.

—¡Creo que la criatura ya viene en camino! —dijo la matrona con una amplia sonrisa—. Estate tranquila, que esto que va a pasar ahora lo podrías hacer tu sola y sin ayuda de nadie. Es algo que todas las mujeres por instinto saben hacer. Yo solo te voy a guiar. Lo he realizado muchísimas veces. Estas en buenas manos. —Faina le agarraba por la cintura— ¡Dicen que soy una de las mejores parteras de Atenas!

—Estoy muy asustada —dijo Sofía—. No sé qué hacer.

—Ven conmigo. —La matrona la sujetó por el brazo y con delicadeza la llevó hasta el patio.

—¿Y aquí voy a parir? —protestaba Sofía— ¿En el patio?

—Este patio está muy limpio. Lo tienes como los chorros del oro. Y aquí tenemos más espacio. Confía en mí. Sé lo que hago.

Allí Faina la desnudó de cuerpo entero. Sofía doblada por los dolores berreaba sin ningún pudor. La comadrona se sobrecogió al escuchar semejantes alaridos, sabía que tenían que ser terribles los sufrimientos que estaba pasando, porque conocía perfectamente a su nuera; la había criado como a una hija, y sabía que era extremadamente orgullosa para aguantar cualquier dolor dignamente.

—¿Te acuerdas cuando yo te bañaba en mi casa cuando eras una cría? —Decía la partera con su pelo blanco y su rostro maduro—. Al final eres tú la que me vas a hacer abuela. La que se crio en mi casa como una hija. —Faina le acariciaba la cara para tranquilizarla. Sofía embozó una pequeña sonrisa. Sudaba a goterones resoplando como un animal herido.

—No puedo más —dijo Sofía.

—Vamos a intentarlo de pie —dijo la matrona— dobla un poco las piernas cariño. Venga que lo estás haciendo muy bien.

Pero en el fondo la matrona no le quiso decir toda la verdad. El vientre de la parturienta se encontraba excesivamente hinchado y picudo. El anillo por el que debía salir la criatura ya se había cumplido y, sin embargo, no asomaba cabeza alguna por el orificio, más bien parecía que las nalgas del bebé taponaban su salida al mundo con cada esfuerzo de la madre por expulsarlo.

—¡Empuja, empuja! —Gritaba Faina asomándose de rodilla con Sofia todavía de pie—. Veo que así no va a salir. Vamos a probar otra cosa.

—¡Me duele mucho! —La matrona se puso de pie y puso unas mantas sobre el suelo; con mucho cuidado tumbó a Sofia sujetándola por detrás, agarrándola por las axilas. Enseguida colocó a calentar agua en una perola enorme. Trajo más trapos y unas tijeras muy extrañas. Le puso detrás de la espalda varios cojines, para que no estuviera tan tumbada, ya que se estaba asfixiando. Le abrió las piernas todo lo que pudo.

—Tienes que relajarte, —decía con voz segura Faina— respira por la nariz, y echa el aire por la boca despacito.

—Me duele, me duele ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! —Se quejaba Sofia—. No puedo más. Tienes que hacer que este dolor pare de una vez.

—Yo sé que es duro, no solo por las muchas veces que lo he visto, también he parido dos veces, —La matrona le acarició la barriga— pero tienes que empujar más. ¡Si tú no lo haces... yo lo tendré que sacar por ti, y eso sí que te va a doler! —Sofia miró a su suegra horrorizada por el comentario.

—Nooo, no digas eso.

—¡Empuja! Venga... Que lo estás haciendo muy bien.

—No puedo. —El niño se encajaba en la pelvis de la madre en cada empujón.

—Estás muy nerviosa; y todavía queda un buen rato. Esto no es nada para lo que viene ahora —dijo Faina pasándole un trapo húmedo por la frente.

—¡Quítamelo ya! Por favor, sácamelo —gritaba Sofia— ¡¡¡ARRÁNCAMELO!!!

La partera comprendió que el bebé no podría aguantar mucho más tiempo. Su piel amoratada no daba lugar a dudas. Con unas tijeras en forma de pico de pato le hizo dos pequeños cortes a la madre, para facilitar la salida, seguidamente y sin mediar palabras la comadrona se quitó los anillos de la mano. Después metió la mano derecha en una vasija de barro que estaba llena de aceite de oliva; enseguida, con mucha sutileza introdujo esa misma mano por la apertura, la llevaba encogida para que ocupara el menor espacio posible en el interior de la madre; y tocando con mucha maestría puso al bebé en la posición correcta, para que pudiera salir sin problemas.

—¡Ahora, ¡Empuja, empuja, empuja! —Vociferaba Faina más fuerte que Sofia—. ¡Venga qué ya está sacando la cabecita!

—¡Ay! Que me duele mucho —Sofia empezó a sonreír. Sabía que ya faltaba poco. Aunque estaba exhausta.

—Viene con mucho pelo, igual que Samuel cuando nació —dijo la partera—. En ese momento comenzó a llover en el patio. Era una suave y cálida llovizna que suavizó la temperatura veraniega.

Sofia notó un desgarró y pegó un grito muy potente donde se escuchó en toda la aldea.



—¿Has oído eso? —le dijo Indira a Samuel que venían por el caminito de vuelta.

—Sí. Creo que es Sofia. Ya ha llegado el momento. ¿Por qué no te adelantas tú? Y ayudas en lo que puedas. —Le dijo Samuel a su hermana.

—Súbete mejor encima de mí, en mi espalda. Y llegamos en un momento.

Samuel se subió a cabrito sobre ella. Indira lo agarró con firmeza para que no se volcara para atrás. Y empezó a correr por la espesa vegetación que había a su paso.

Nada más llegar a la casa se dirigieron al patio, de donde venían los ruidos; y allí vieron a

Sofía tumbada en el suelo. Ella tenía cogido al bebé entre sus brazos, apoyado en su pecho. Había mucha sangre por todos lados. Faina estaba terminando de cocer los cortes que tuvo que realizar para facilitar la salida. Samuel al ver tanta sangre se mareó.

—Ya soy nana —dijo Faina con un mohín que solo puede hacer una abuela en esos momentos. Miraba a su hijo Samuel que le brillaban los ojos por la emoción.

—¿Estas bien? —Le dijo Samuel a Sofía acercándose a ella con dificultad. Ya que estaba sin muletas y algo trastornado.

—Sí. Ya ha pasado todo. Ven, acércate. Mira que guapo es. Se llamará Calisto. Como ya acordamos. El más hermoso de todos los bebés del mundo.

—¡Qué nombre tan cursi! —dijo Indira sin creer que nadie la escucharía. Pero Sofía sí que la escucho; le arrojó una mirada de antipatía a su cuñada que en ese momento hubiera derretido un hierro. Pero enseguida se le borro cuando volvió a ver a la criaturita haciendo ruiditos.

—Venga, no os peleéis ahora —dijo Samuel.

—¿Lo quieres coger, Samuel? —Dijo Sofía.

—No debería ni intentarlo. Se me puede caer al suelo. Mis manos... ¡Lo sabes perfectamente! Sería una desgracia que no me perdonaría nunca.

—Ven. Siéntate aquí y deja de decir tonterías. A mi lado —Samuel se sentó en el suelo, junto a Sofía con las piernas cruzadas. Ella le puso al bebé sobre sus delgados muslos.

—¡Qué guapo es! Se parece a ti —dijo Sofía—. Será muy grande. Tiene un gran tamaño. En eso ha salido a su abuelo Filolao.

—Sí que es grande. Bastante más de la media —dijo Faina—, es como si tuviera un año y medio. Nunca he visto algo así.

—Pero mamá... ¿Está bien el niño? —pregunto Samuel preocupado.

—Sí hijo. El bebé está en perfectas condiciones. —Faina se lavaba las manos en un cubo con agua rojiza que todavía echaba humo de lo caliente que estaría—. No tiene nada malo. Lo he estado revisando minuciosamente. Mueve los deditos. Y no le falta ninguno. Y los pies los tiene derechos. Todo bien. No te preocupes hijo mío.

—¿Lo quieres coger? —Le dijo Samuel a su hermana.

—¿Puedo? —Le pregunto Indira a Sofía tímidamente.

—Sí, claro —dijo Sofía—. Eres su tía. La más valiente y fuerte de la tierra —dijo ella sin mucha convicción.

—Y la más bocaza —dijo Indira con el niño cogido. A la muchacha le temblaba la mandíbula de la emoción al ver al bebé tan pequeño e indefenso en sus brazos—. Si quieres te hago un rito que se practica en Kuru para ahuyentar los malos espíritus en los nacimientos.

—No, déjalo, gracias. —Dijo Sofía. Indira mientras tanto miraba el cielo, que estaba claro y sin nube, pero aun así caía una lluvia fina como la piel de un melocotón.



Un par de horas después... Sofía estaba ya más relajada. Su fisonomía áspera y tosca de las últimas semanas se fue borrando de su rostro. Empezó a hablar en un tono más cariñoso. Recobro su belleza angelical; aunque las ojeras señalaban lo cansada que estaba. Incluso en ocasiones era algo excesiva con su dulzura; ya que se dio cuenta de su mal comportamiento. Todos se alegraron de volver a la normalidad.

Recogieron todo el desorden del patio, que parecía que hubiera habido una matanza con un porcino. Sofía se acomodó en su cuarto con el bebé; Samuel no se separó de ella en toda la tarde.

Indira se tuvo que marchar. Necesitaba volver a hacer ejercicios físicos. El contacto con el bebé, con su piel, su olor... Calisto la había desorientado.

«Es tan pequeño y cálido; pobrecito está indefenso ante el mundo. —Ella suspiró—. Pero a la vez es tan enigmático... misterioso y oscuro. Hay algo inaudito en esa criatura» dijo Indira en su mente. *«¿Qué me ha hecho ese niño?»* —Pensaba ella trastornada mientras corría por el monte—. *«Se supone... que es una gran noticia.»* —Cogió llena de rabia una piedra enorme; y se la echó a un hombro. Empezó a hacer sentadillas con ella encima—. *«Me siento tan perdida».* —Pensaba ella resoplando por el gran esfuerzo— *«¿Y esa lluvia? Qué raro, el cielo sin nubes, y caer esa agua».*

Indira jamás había sentido ese escalofrío de la caricia, del calor de un abrazo puro e inocente, el latido de la emoción golpeaba su pecho. Ese pequeño ser la había sacado de las tinieblas donde todavía vivía entre tambores y ritos mágicos. Aspiro el olor del bebé que aún tenía impregnado en su piel, y expulsó una bocanada de aire triste y amargo, donde toda la pena de su pasado se hizo más presente que nunca. Cayó en el suelo de rodillas, rendida y gimoteando desesperada sin control con su alma rota recordando todo su pasado. Allí recobro su instinto de protección. Y se dijo a sí misma que daría la vida por ese pequeño ser como si fuera fruto de su vientre.



A la noche llegó Filolao de la academia. Entro en la habitación donde estaba Sofía, tropezándose con todo a su paso, acababa de recibir la gran noticia. Ella le estaba dando el pecho al niño. Y cuando el científico lo vio tan hermoso, con todos sus dedos, y sus manos y pies derechos. Se le abrió la boca en un gesto que le daba una apariencia bobalicona.

—¡Papa! ¿Puedes cerrar la boca? Tienes una carita que vaya tela —rieron todos al ver la escena.

—Hoy es un día muy feliz para todos —dijo el científico.

—La verdad que sí —dijo Sofía con la cara pálida.

—Me ha dicho Faina que ha sido muy duro. Que tuvo que intervenir.

—Sí. Si no fuera por ella el niño habría muerto asfixiado. Es la mejor matrona. Y además es mi suegra. —Faina sonrió detrás de la puerta.

—¿Puedo cogerlo? —Dijo el abuelo.

—Sí, claro. —Dijo Sofía—. ¡Qué bonito y que grande es, mira cómo te está mirando! Se parece a ti. —La pequeña criatura tenía la nariz chata, la boquita pequeña, los ojos casi transparentes... enormes, abiertos como dos soles. Y reía haciendo ruiditos entre cortados cada vez que el abuelo le hacía cualquier morisqueta con la cara.

Filolao salió de la habitación y fue llamando a todos los vecinos de la aldea; las seis viviendas que había en la única calle que tenía *τόρα*. Les informó de la gran noticia. Y que mañana darían una fiesta para celebrarlo, que estaban todos invitados.



Al día siguiente los vecinos trajeron regalos. El científico terminó subido al tejado aullando; una vieja tradición de Crotona. Se mató a un cabrito y hubo carne para todos. Fue un día muy alegre. Aunque Samuel sentía que algo no iba bien. Él se sentía infinitamente enamorado de Sofía, pero presentía que algo malo estaba a punto de pasar. Desde que eran niños adoraba todo en

Sofía. Se habían criado juntos y no se quería separar de ella, ni de su familia. Una vez más su mundo se tambaleaba por algo sin sentido.

«*¿Qué Indira es mi mitad?*». —Pensaba Samuel ya acostado en la cama junto a Sofía—. «*¿Qué querrá decir el viejo guardián con todo esto? Maldita sea. Eso no se me ha olvidado. ¿Quién me mando a mi haber ido a Delfos hace seis años? Con lo bien que yo vivía antes de aquel maldito viaje*».

Samuel serró los ojos y se acordó de Sócrates. Se habían ido de Atenas sin despedirse de él. Cuantas cosas hablaría ahora con el filósofo.

14. La primera asamblea.



Miércoles 20 de abril del 2016.

Había pasado varias semanas de aquel encuentro. Y durante ese tiempo Marta se había dejado asesorar por Ana. Ahora vestía bastante mejor, más elegante, el pelo lo llevaba corto, nada de rulos, liso hasta la nuca, cortado a capas, mucho más moderno y había cambiado sus gafas antiguas. Incluso se maquillaba y usaba falda. Parecía más joven y algo más delgada. Los consejos de la arqueóloga le habían sentado muy bien a su cuerpo poco femenino.

Hoy era el día que se reunirían por primera vez todos los miembros del equipo de investigación que quería formar Ana. Donde la profesora explicaría con todo detalle los pasos a dar y que objetivos tenían.

La arqueóloga entró en el paraninfo de la universidad donde habían quedado. Serían sobre las diez de la noche, aunque no lo tengo claro. Ahora se me hace confuso todo lo que pasó aquel extraño día. Hace tantos años de aquello. Todavía no había llegado nadie. Y la facultad estaba desierta. Ana se sentó en la mesa que presidía la sala y abrió su portátil, lo enchufó al proyector y pulsó el botón para encenderlo. De mientras que se reiniciaba el ordenador saco cinco carpetas y las dispuso en cinco butacas, las más cercanas a ella. Le llegó a la nariz un olor a café. Y se le apeteció una taza caliente. Se escuchó detrás de la puerta a alguien hablando y algunas risas. La puerta se abrió, y apareció Marta con la cara iluminada, llevaba en la mano un termo de café enorme. Sería de 2 o 3 litros por lo menos. Lo llevaba con el tapón quitado. Ana reflexionó en cómo ella había cambiado en tan poco tiempo, y se alegró mucho de haberla ayudado. Iba acompañada por Mario, el Psiquiatra, que tenía más o menos los mismos años que Marta. Ahora que lo pienso hacían buenas migas; incluso no me hubiera extrañado que tarde o temprano hubieran terminado juntos... sino se hubiesen complicado tanto las cosas varios meses después.

—Hola, buenas, noches —dijo Marta al entrar— ¿quieres un cafelito?

—Sí, gracias. Estas en todo querida. Pero, por favor, dale antes que nada al interruptor, que tenemos poca luz aquí abajo —señaló ella con el dedo apuntando al botón.

—Hola, buenas, noches —dijo Mario solemnemente quitándose su gorro de boina.

—Ir sentándose aquí, por favor, —dijo Ana—. Esperemos a que lleguen los demás. —Ana escribió una contraseña en el portátil para que se terminara de encender. Y miró a su amigo el psiquiatra. Mario tendría cincuenta y ocho años por aquella época, aunque aparentaba cincuenta como mucho. A pesar de su edad era atractivo, interesante, se cuidaba e indudablemente sabía vestir. Algunos hombres con los años mejoran, y él era de esos.

—Hola, Buenas, noches —dijo ahora un muchacho con bastantes barrillos en la cara, alto y desgarbado que no se le había visto entrar. Tendría menos de veinte años, tal vez dieciocho. Venía bajando las escaleras dando largas zancadas de tres en tres peldaños.

—Hola, Julio —dijo Ana sin disimular su alegría al verle— siéntate por aquí, ahora empezamos. —A los cinco minutos la puerta se abrió con fuerza dando un portazo contra la pared. Enseguida se escuchó una carcajada. Y aparecieron dos chicos de treinta años aproximadamente.

Eran grandes, tenían pintas de ser deportistas.

—¡Hola!, —dijo uno de ellos con una bella sonrisa.

—Hola, Juan. Hola, Pedro. —dijo Ana— Por favor, sentarse por aquí. Que ya estamos todos.
—Ana se puso de pie.

—En estas carpetas os he dejado todo lo que os voy a contar ahora, pero mucho más ampliado. Para que lo leáis en casa tranquilamente. Sin prisa y presiones. El próximo día, o por correo electrónico resolveremos todas las dudas. —Todo el mundo hojeaba la carpeta que tenía en sus manos—. Cada uno de ustedes estáis aquí por alguna cualidad especial que tenéis. La cual he creído interesante para formar este primer equipo avanzadilla de investigación.

Todos somos apasionados de los griegos de la antigüedad. De eso no hay dudas. Con especial interés en Pitágoras y su hermandad. Pero cada uno tiene una especialidad, que para mí es más importante todavía. Algunas las diré ahora, y con el tiempo las otras virtudes las iréis descubriendo ustedes mismos. Por ejemplo, Julio, —el muchacho levantó la cara de la carpeta; y se puso las gafas derechas— de un modo general, sin entrar en muchos detalles es el mejor informático que conozco, y al mismo tiempo, es un genio en las matemáticas. Mario, —ella miró al psiquiatra— es amigo mío desde hace mucho, mucho tiempo, es psiquiatra. Estudia los trastornos de la personalidad. Y conoce bien como entrar en la mente para rescatar recuerdos muy antiguos, de momento dejémoslo solo en eso. Juan y Pedro son atletas. Y apasionados por el deporte en la antigua Grecia. Tampoco quiero entrar ahora en más detalles. Y Marta, es mi último fichaje. Ella además de ser una apasionada, como todos por Pitágoras, tiene buenos contactos que nos vendrá muy bien para entrar en muchos lugares donde es... imposible, —hizo una pausa— bueno, de difícil... acceso. —Ella sonrió cómplice mirándola. Todo el mundo estaba atento a sus palabras.

—Pero... ¿Cuáles son los objetivos de esta investigación? Es que no lo tengo claro, —dijo Julio, el informático. Que ahora con las piernas cruzadas parecía más delgado todavía.

—Buscar los libros, textos, papiros... donde están escritas las enseñanzas secretas de los iniciados de Pitágoras.

—¿Iniciados? —dijo Juan, uno de los luchadores greco-romano— ¿Eso qué es? Yo me creía que esta reunión era para otros asuntos. —protestó— creíamos que era un curso para hablar del deporte en la antigua Grecia.

—Dentro de la hermandad había alumnos predilectos. Digamos que dentro de la academia había otra academia más secreta. Solo para alumnos avanzados. Y el más adelantado de todos, puede que incluso superando al mismísimo Pitágoras fue Filolao de Crotona. —Ana se dio la vuelta, mostrando su espalda—. Si alguien no quiere seguir con esto, si alguien se arrepiente de estar aquí hoy... se puede levantar ahora mismo e irse. No pasa nada. Yo no me voy a enfadar. Lo comprenderé. Pero por favor, dejar la carpeta en su sitio. No os la podéis llevar. Espero que lo comprendáis.

En ese momento se levantaron Juan, y de cerca le siguió Pedro. —nos vamos— dijo Pedro. Dejaron las carpetas sobre los pupitres y salieron sin hacer apenas ruido. Ana de mientras sonreía de espaldas a todos ellos.

—Me imaginaba que estos dos pájaros no durarían mucho en salir corriendo —dijo Ana mientras se daba la vuelta cuando estos ya salieron de la sala—. De hecho, los elegí exclusivamente para cargar bultos. Tienen buenos brazos, aunque la cabeza llena de serrín. Ellos han hecho la mudanza de muebles, ordenadores, microscopios... y demás aparatos a la sala que nos han otorgado. Lo sé, soy mala y convenida —todos se rieron—. Pero nadie se ofrecía a ayudarme. Sus carpetas no son como las vuestras, ya que sospechaba que pasaría esto —Marta le

puso otro café en una taza de cerámica, y se lo dejó en la mesa—. Gracias Marta —Ana agarró la taza con las dos manos y bebió despacio de ella—. Quiero que sepáis que este proyecto está subvencionado por la universidad. En vuestras carpetas os dejo todo explicado detalladamente. — Le dio otro buche a la taza—. La verdad que temía que algunos de ustedes, los que de verdad me interesáis os rajarais. Somos pocos, pero mejor así de momento. Lo que os tengo que decir ahora es muy transcendental. Importante y poco creíble. Incluso es irracional. Pero me da igual. Me importa un bledo. —Ana dejó la taza en la mesa y se acercó a la puerta del paraninfo subiendo las escaleras, y la cerró con llave—. Con el tiempo posiblemente seamos algunos más. Aunque yo diría que seremos bastantes más, pero bueno, eso es difícil de predecir, depende de si encuentro a personas adecuadas. Pero de momento solo somos cuatro. Incluyéndome a mí. —Ana cogió una silla y se acercó a todos ellos, se sentó a horcajadas sobre el asiento y los miró a todos unos segundos—. La verdadera e insólita misión de este loco, extraño e irracional proyecto es encontrar a Filolao de Crotona. Vivo o muerto. —Se miraron todos—. Ahora os explico los pasos que vamos a dar, y como nos vamos a repartir las tareas. Y las preguntas al final, que me imagino que ya tendréis varias. Y, por favor, os pido antes de seguir que todo lo que se hable aquí no puede salir de esta sala. Para la universidad estamos estudiando la vida de Pitágoras. Su matemática y sus descubrimientos. A nadie le interesa la vida de Filolao, ya que para la historia casi no existe. Aparentemente Pitágoras es más rentable. —Se volvió a levantar de la silla—. Os he investigado a cada uno de ustedes por separado, y sois lo que estoy buscando, por favor no me desilusionéis.

Ana encendió el cañón proyector y en la gran pantalla de la sala se vio una imagen difusa. Ella tenía conectado el portátil con un cable a dicho proyector. La profesora se acercó al interruptor y apagó la luz de la sala. Ahora a oscuras la imagen se veía clara. Era una foto en blanco y negro. Muy antigua, de la Segunda Guerra Mundial. Se veía claramente a Adolf Hitler con un grupo de alemanes, militares de alto rango posando orgullosos delante de una montaña de esqueletos humanos. Era una foto asquerosa, que de alguna macabra manera te obligaba a seguir mirándola. Ana se puso delante de la imagen y empezó a hablar despacio. Indudablemente sabía conferenciar bien, y más cuando era de algo que le interesaba.

—Aunque la mayoría de nosotros asociamos el ascenso del nazismo en Alemania como obra de Hitler, lo cierto es que el movimiento de fondo estuvo orquestado por una oscura sociedad muy poco conocida como la Sociedad de Thule, una asociación dedicada en principio al estudio de los orígenes del pueblo alemán. —Ana encendió un cigarro—. Esta sociedad de estudio, creada entre 1918 y 1919, funcionaba como un grupo cerrado y selecto de actitud racista y con gran interés por el folclore y el ocultismo, siendo su obra más relevante el haber patrocinado al Partido Obrero Alemán (DAP), que después pasaría a llamarse Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP). Irónicamente, la ascensión de Hitler al poder llevó consigo la supuesta disolución de la Sociedad de Thule, así como de la ocultación de sus miembros y costumbres al gran público, pero muchas de sus ideas ocultistas y xenófobas quedaron en el aire y formaron parte del trasfondo del Tercer Reich. Por favor, si voy muy deprisa me lo decís.

—Vas bien, sigue, por favor, —dijo Marta cambiando de postura. Todos estaban muy atentos.

—Según los preceptos de la sociedad la raza aria proviene de un país llamado Thule, que el poeta romano Virgilio situaba en las norteñas latitudes escandinavas, probablemente en algún punto de la costa noruega. Según los miembros de la comunidad Thule fueron los que invadieron la Grecia continental en el 1500 a. C. Por lo que los helenos eran arios. Para los miembros de esta sociedad los arios serían los últimos descendientes de una de las razas avanzadas y cuyo lugar de origen fue destruido u olvidado. Estas ideas románticas sobre los orígenes de los arios no fueron las que más calaron en el público, convirtiéndose su faceta de lucha contra los judíos y los

comunistas, a quienes consideraban inferiores y enemigos en la bandera del movimiento. —Ana de una botella de plástico se echó un vaso de agua y bebió sin prisas. De mientras nadie se movía ni un milímetro, todos sin pestañear esperaban las siguientes palabras de la arqueóloga—. Resulta curioso por otra parte el hecho de que Adolf Hitler fuese el cabecilla del partido pero que no se tenga constancia de su asistencia a ninguna de las reuniones de la Sociedad Thule, pero sí que lo hicieron otros miembros como Hans Frank, Rudolf Hess, Alfred Rosenberg, Gottfried Feder o Dietrich Eckart entre otros. Todo eso era porque Hitler era un aprendiz, un iniciado en la sociedad de Thule. Allí, en la sociedad el Führer no era nadie. Pero lo verdaderamente importante, lo que me ha obligado a sacar este tema de los nazis es algo insólito. En los libros de registro de sus asambleas siempre aparecía un nombre, un nombre que se repetía siempre, los demás miembros algunas veces faltaban a sus reuniones, pero su nombre estaba en todas las actas. Un nombre que conocemos bien los que estamos aquí presentes. Philolaus von Crotone. Y siempre iba precedido por su sobre nombre el “Maestro”, —Ana empezó a poner imágenes del Holocausto nazi. Eran repugnantes ver tanto odio y tanta miseria humana. Más de una vez Marta o Julio tuvieron que apartar la mirada de las imágenes, eran insoportables—. ¿Cómo un pueblo tan culto, tan avanzado en todas las ramas del saber se volvió tan racista y violento? Aunque hay que entender que todos los alemanes no eran así ni mucho menos. Pero... ¿por qué la sociedad de Thule se obsesionó con el ocultismo y la aniquilación del pueblo judío?

—Bueno, hay muchos factores que fueron detonantes —dijo Mario—. Eran viejos imperios que llegaron tarde a la repartición del mundo. Y todos los países estaban sobre armados. Estamos en plena época industrial.

—Sí. Pero ese hecho no justifica ese odio y nacionalismo radical. No quiero ahora mismo dar una lección de historia del siglo XX. Para eso os he dejado estas carpetas, para que lo podáis leer cómodamente en vuestras casas. En esos papeles os lo explico todo con muchos detalles. Pero que tengáis claro que solo una persona en particular es la máxima causante, la semilla de arrastrar en gran medida tales ideologías en el Tercer Reich, —hizo una pausa de varios segundos donde miró a sus tres asistentes— ¡EL MAESTRO! Cómo le decían en su círculo cercano, él es el único responsable. Y si no me fallan los cálculos y mis investigaciones, ese maestro en realidad es Filolao de Crotona, el mejor discípulo de Pitágoras. El que vivió casi ciento cincuenta años en el Monasterio de Yuste. Entre el siglo XV y XVI.

Pulso el botón del mando a distancia y pasó la siguiente foto. Se veía en el centro de la pantalla a un hombre muy alto, iba con ropa antigua, parecía un cura del siglo pasado, de esos que iban muy abrigados incluso hasta en verano. Con una especie de sotana con botones desde el cuello hasta los tobillos. La cara no se le veía bien ya que llevaba un sombrero de ala ancha que le hacía sombra en el rostro. Además, la imagen era en blanco y negro y estaban por lo menos a veinte metros del objetivo. A su lado estaban los miembros de la sociedad de Thule, incluido a Hitler, que se le veía feliz.

—Lo veis. Hitler lleva la típica ropa de los iniciados.

—Parece como una túnica griega. —Dijo Mario.

—Efectivamente. Aunque la imagen no tiene buena calidad se aprecia perfectamente que es la túnica que usaban los iniciados en la academia de Pitágoras. —Marta se puso la mano en la boca. Empezó a entender lo disparatado de lo que estaba diciendo Ana. Se puso de pie, y se acercó a la fotografía, y tocó la imagen reflejado en la pantalla con la punta de sus dedos.

—Este retrato da escalofrío —dijo Marta.

—Pues sí —dijo Ana—. Todos son Nazis. Militares alemanes de la alta cúpula. Todos ellos estaban obsesionados por el ocultismo y la alquimia negra. Ellos fueron los que pusieron a Hitler

en el lugar donde llegó. Lo que nadie se imaginó que luego Adolf Hitler se hizo incontrolable; y la sociedad fue desapareciendo —Ana señaló con un puntero luminoso a la figura alta que bestia como un cura—. Él fue quien ideó la doctrina del terror en la Alemania Nazi. Philolaus von Crotone. —Se escuchó un tosido, Julio, el informático se estaba atragantando—. No sé cómo lo ha podido hacer. Con que intensiones y ni mucho menos como ha conseguido vivir tantos años. Pero estoy convencida que es él. El que vivió en el siglo de oro de Pericles. Hace 2500 años.

Los allí presentes se quedaron en silencio. Se miraron sin saber que decir, y durante un buen rato Ana siguió poniendo imágenes de la Segunda Guerra Mundial, de holocausto, de los signos que empleaban los nazis; y sus significados... ella no paraba de hablar explicando su teoría.

15. Las Fiestas en memoria a Milón de Crotona.



9 de octubre del 429 a. C.

Ya había pasado cuatro meses del nacimiento de Calisto. El bebé se desarrollaba muy rápido. Era increíble, parecía más que una criatura de meses un niño de dos años, ¡gateaba, incluso daba sus primeros pasos! Faina nunca había visto algo así en su larga experiencia como comadrona. Durante ese tiempo Sofía se repuso por completo. Su cuerpo retornó a coger sus sensuales dimensiones que la hacían parecer una joven diosa del Olimpo. También volvió a ser aquella mujer tierna y agradable; y a la vez curtida en el trabajo y en la tradición. Cada vez se parecía más a su madre, ya poco quedaba de aquella niña inocente y fantasiosa.

Entre todos fabricaron un enorme horno. Al final de la única calle que tenía la aldea de *τόρα*. Para ello utilizaron una desamparada vivienda que se encontraba en un estado ruinoso. La compraron por un precio ridículo. Allí encontraron muchos ladrillos que todavía se podían reutilizar. En la misma vivienda abandonada montaron la panificadora. Se informaron dónde comprar cebada, trigo, levadura... y todo lo necesario para elaborar pan de la mejor calidad. Estaban al corriente de lo exigentes que eran los ciudadanos de Crotona; amantes del buen comer y de la buena vida. Por lo que tenían que cuidar al mínimo detalle la calidad del producto para estos exquisitos paladares. Y el tiempo iba pasando, dejando atrás la estación del calor. Los días cada vez eran más cortos y oscuros.

En poco tiempo empezaron a producir sabrosos molletes de cebada utilizando las reputadas recetas de Sofía. Las que aprendió en Atenas, cuando trabajaba como panadera con su madre. Las piezas de pan se empezaron a conocer por todos lados. En pocas semanas se hicieron populares en todo el casco antiguo de Crotona, incluso en ocasiones se producían peleas cuando los clientes veían que quedaban pocas piezas en el carro. Toda una locura inimaginable hace tan solo algunos meses. Iban con el caballo enano, Hermes, enganchado a un carro. Y todas las mañanas muy temprano se acercaban a vender el pan a la plaza de abastos. Luego, a media mañana ya subían con la carreta totalmente vacía. Solían ir Sofía y Faina; y algunas veces, pocas... Indira las acompañaba. Pero Indira prefería quedarse en casa, con el bebé y la casa. Le hacía muy feliz cuidar a la criaturita. Calisto había transformado notablemente a la muchacha. Todas las mañanas se la pasaban jugando. Indira dejó de estar apática por su vida sedentaria. De hecho, bajo bastante el ritmo en sus entrenamientos deportivos.

Aprovechando ahora que estaba menos vigilado, Samuel empezó a escabullirse cada dos por tres a meditar al *Pequeño Edén*. Procuraba ir todos los días por la mañana, incluso algunos días también iba por las tardes... con la excusa de cuidar el huerto que hizo con Sofía antes de nacer Calisto. Aunque eso no se lo terminó de creer nadie, pero ningún miembro de la familia le dijo nada al respecto, ya que sabían que por su discapacidad física poco podía ayudar en las tareas hogareñas. Por lo que lo dejaban libre sin exigirle ninguna obligación. Samuel seguía repasando los puntos a seguir para terminar la misión a la que se había comprometido. Aunque él nunca pudo recordar ese compromiso, y mucho menos nunca terminó por entenderlo. Y esa responsabilidad le

agobiaba. Tenía un lio mental que no terminaba de concebir; por lo menos fuera de aquella dimensión. Los recuerdos se le olvidaban y se mezclaban con sus sueños, que cada vez eran más seguidos e intensos. Le empezaba a costar cada vez más trabajo mantener la atención en las conversaciones cotidianas. Estaba cada vez más fuera de la realidad terrenal. En ocasiones se quedaba sentado, paralizado, mirando la pared... durante horas sin moverse, con la mente vacía. Lo que sí que no pudo olvidar fue la palabra Sarasvati. No sabía por qué, pero esa palabra la recordaba a todas horas. No entendía que significaba. Tampoco sin saber por qué se fue alejando de Indira. Empezó a sentir por ella desagrado, repulsa y recelo. Algo había en su hermana que al verla tenía la necesidad de irse a otro lado donde ella no estuviera. Samuel sin darse cuenta, sin saber cómo y por qué comenzó a echarle la culpa de su desgraciada vida terrenal, de su angustiada situación donde cada día le costaba más distinguir la realidad de sus sueños y de lo que veía en el Nous. Todo se mezclaba en su cabeza como en los pensamientos de un loco.

—Esta noche vamos a salir a la ciudad —dijo Filolao al medio día mientras la familia almorzaba en la gran mesa del comedor.

—¿Y eso? —dijo su mujer— ¿Qué ha pasado?

—Hoy 9 de octubre son las Fiestas Mayores de Crotona. Habrá una gran celebración. Sacrificaran algunos animales (3 ovejas, 12 pavos, 4 cabritos y 2 cerdos) Se hará una pitzana monumental. Esto no lo habéis visto nunca en Atenas. —Decía Filolao muy entusiasmado— ya veréis.

—¿Y cuál es el motivo de la cerebración? —pregunto Samuel distraído.

—Samuel, ya lo he dicho. Últimamente estás muy despistado. Es por la efeméride de las marcas deportivas de Milón de Crotona. Fue un célebre atleta griego nacido en Crotona que vivió aquí en este lugar hace cerca de ochenta años. Se destacó en la lucha y en los Juegos Olímpicos (donde fue seis veces vencedor absoluto), en los Juegos Píticos, en los Ístmicos y en los Nemeos. Además, de sus éxitos deportivos se le atribuye el liderazgo victorioso de una tropa de soldados de Crotona que en el año 510 atacó la localidad de Síbaris, haciéndola desaparecer. Sé casó con la filósofa Myia, hija de Pitágoras y Téano. Es junto a Pitágoras la figura más famosa de la historia de Crotona.

—Papá... ¿Por qué echaron a Pitágoras de Crotona? La verdad que no lo entiendo —pregunto Samuel— no se supone que era muy querido en la ciudad.

—Hijo. Pitágoras fue el primer matemático puro de la historia. Además, Pitágoras fue muchas otras cosas.

—¿Qué cosas? —pregunto Samuel dejando los cubiertos sobre la mesa.

—Astrónomo, político, médico —hubo un silencio— y alquimista. Manejaba los elementos. Recibió ese conocimiento en Egipto y los supo aplicar. Incluso lo transmitió a sus alumnos más cercanos. —Se rascó la cabeza—. Los egipcios nos llevan mucha ventaja.

—No lo sabía ¡Pitágoras un Chamán! —dijo Faina sorprendida—. ¡Tú también estuviste en Egipto estudiando! Y por lo que me has contado fuiste un destacado alumno.

—Lo que hizo que tuviera que huir de esta ciudad, él y su comunidad —siguió Filolao ignorando el comentario de su esposa— fue que se convirtió en un líder religioso; metido en política. Su hermandad estaba esparcida por muchos lugares y cada vez era más poderosa e influyente ganando cada vez más enemigos. Los ciudadanos de Crotona le empezaron a tener miedo —dijo Filolao cerrando los ojos—. Cuando Crotona ganó la guerra contra Síbaris, los ciudadanos se volvieron flojos, como los Sibaritas, ricos, y maleducados... y la doctrina de Pitágoras estaba en contra de esa arcaica forma de vivir. —La familia escuchaba atenta en

silencio—. Tuvo que huir antes de que lo mataran. —Subió el volumen de su voz dando un golpe en la mesa que a todos dejó perplejo—. No pudo terminar su obra maestra, fundar la ciudad perfecta que él quiso haber fundado aquí en Crotona. Al final los crotonences se volvieron de la misma condición que los sibaritas —sus cejas se curvaron y el brillo de sus ojos desapareció.

—¿Y tú sabes alquimia, padre? —Le pregunto Indira sin levantar la cabeza del plato—. ¿Sabes manejar los cuatro elementos? —hubo un silencio largo y denso.

—No. Cuando yo estudie en la academia ya no se daban esas asignaturas. —Dijo Filolao tropezando con sus palabras—. Yo solo soy un simple matemático. Aficionado a la astronomía.

—Agua, tierra, aire y fuego, —susurro Indira sin que nadie la escuchara.

—Pronto harán una fiesta en tu nombre —dijo Faina para aliviar las tensiones y se rieron todos—. Te estás volviendo un científico muy famoso. No seas tan humilde. ¡Las conmemoraciones del gran Filolao de Crotona! ¿Te imaginas? —Faina movía los brazos levantados en alto.

—Eres muy exagerada —dijo el matemático manoseándose la barba y con la mirada perdida recordando algo que no quiso compartir. Luego observó a su hija que estaba seria— ¿vas a venir cariño?

—Yo no voy a ir padre —dijo Indira cortando las risas de todos.

—¿Y por qué? —dijo Filolao. Me gustaría que conocieras a mucha gente. Seguro que te sale un novio.

—Yo no necesito ningún novio. El que a mí me gusta no puede ser. —Indira se quedó callada, y miró a Samuel de reojo—. Además, no tengo ganas. Prefiero quedarme aquí en casa. Me duele la cabeza.

—Bueno, como tú veas. ¿Pero ustedes si vais a venir, no? —dijo Filolao mirando a Sofia y a Samuel.

—Sí, claro. Cuenta con nosotros —dijo Sofia tímidamente.

—¿Te pasa algo cariño? —Le dijo Faina a su hija—. Te has puesto muy seria. —Le empezó a coger una cola la madre a su hija. —Qué pelo tan largo, lo tienes muy bonito. Tiene el mismo color que el de tu hermano, negro como una noche sin luna; y espeso como la selva.

—No me pasa nada. Es que he dormido muy poco, no me encuentro bien. Solo es eso.

Se quedaron todos callados sin saber qué decir. Hasta que Filolao se levantó...

—Bueno, yo me tengo que ir a trabajar. Esta tarde tengo que dar clases de Astronomía. Luego nos vemos, —cada uno de los miembros del clan se fue levantando a seguir con sus cosas. Se quedaron Faina y Sofia recogiendo la cocina.

El viento sopló con fuerza a lo largo de la tarde. Metiéndose por todos lados. Haciendo ruido, tirando cestas, arrancando la ropa de los cordeles. Hasta que se fue tranquilizando. Pero le costó su tiempo calmarse.



Ya por la noche, la familia se estaba vistiendo con sus mejores ropas. Se preparaban para salir a la calle, a la gran fiesta de Crotona. Filolao no paraba de canturrear canciones antiguas, que nadie antes había escuchado. El científico parecía otra persona. Se le veía tan feliz, se reía por todo, incluso no paraba de bromear. Contaba muchas anécdotas de cuando era un muchacho y en estas fiestas se lo pasaba genial.

—¡Cómo testimonio de su gran fuerza muscular! —le dijo Filolao a Faina en el cuarto de los abuelos mientras se vestían— se cita el caso de que asistiendo a una lección de Pitágoras con

varios discípulos, el techo se vino abajo y Milón lo sostuvo hasta que todos salieron del recinto. Era fuerte como un dios. —Filolao ponía posturitas de estatuas deportivas, sacando los pocos músculos que tenía. Faina se partía de risa al verlo tan delgado y destartalado; sus más de dos metros de estatura le daban una imagen de ave sin plumas.

—¡Qué barbaridad! —dijo Faina en cueros mientras elegía que se iba a poner delante de su ropero—, a ver si te vas a hacer daño con tantos esfuerzos, que ya no eres un chiquillo—. Faina se carcajeaba viendo a su marido subido en una silla.

—Estás muy guapa, —dijo Filolao. Y ella coqueta hizo como si no lo hubiera escuchado, empezó a peinarse con sobriedad— te has enterado perfectamente. No te hagas la remolona. —Ella seguía cepillándose el cabello lentamente. Filolao bajo de la silla y se puso detrás de su mujer. Ella sintió escalofrío al notarlo pegada a ella. Él le agarró con sus manazas los pechos y los apretó con firmeza.

—¡Me estás haciendo daño, no seas tan bruto! ¡¡¡suelta!!! —Ella con energía se dio la vuelta y él le agarró la mano que venía volando para darle una bofetada... sin pensárselo ni una sola vez la levantó en brazos y la echo sobre la cama. Fue un movimiento brusco, rápido y áspero, sí, fue arisco, hosco, pero desprendía amor y pasión; él pedía a gritos ser complacido en sus necesidades más básicas. Filolao se quitó el *himatión* quedándose desnudo delante de ella, observando la bella madurez de su esposa. Faina notó como crecía la excitación de su marido. Su cara era irreconocible, su respiración agitada, sus ojos que parecían que se fueran a salir, su faro tieso y duro como el bronce. Ella por fin abrió sus piernas después de muchos meses de rechazo. Filolao llevaba soñando con este momento una eternidad. Nada podía fastidiar este instante. El matemático se agachó, doblándose como hacen las jirafas para comer hierba del suelo; metió su cara entre sus piernas para saborear su néctar, y allí estuvo escarbando con la lengua hasta que se sació. Su mujer arqueaba la espalda y jadeaba con la boca medio abierta por el placer recibido. Luego se subió encima de ella para hacerle el amor como nunca se lo hizo antes. Fueron diez minutos donde descargo toda su fuerza, su energía y su odio ante tantas cosas que se le pasaban por la cabeza.

Mientras tanto, en el cuarto de al lado...

—Tú hermana está más contenta —le dijo Sofía a Samuel en la intimidad de la otra habitación— de eso no hay duda. Sobre todo, cuando esta con Calisto. Se la ve tan cariñosa con el niño en brazo, meciéndole, dándole de comer. La he escuchado, incluso le canta nanas. Solo le falta poder darle el pecho. Se ve que lo quiere con locura. Eso me gusta. Ahora me llevó mucho mejor con ella. Pero también es verdad que últimamente habla muy poco contigo. Por no decir nada. Estoy segura de que algo ha pasado entre ustedes. A mí no se me pasan esos detalles. Y tú lo sabes.

—No sé de lo que me hablas, —dijo Samuel.

—Ustedes... ¿habéis discutido por algo? Antes ella parecía tu sombra. Y ahora apenas os veo conversar.

—No sé de qué me hablas. —Dijo Samuel algo molesto por la insistencia de su mujer.

—Bueno. Son cosas vuestras. Allá ustedes. —Sofía siguió peinándose la media melena rubia delante de un espejo de bronce. El pelo le había crecido bastante desde aquel día que sé lo corto en el *Pequeño Edén*—. Estoy pensando en volver a cortarme la melena ¿qué te parece?

—Estarás bien, seguro, eres bellísima —Samuel puso la oreja en la pared— ¡Qué escándalo hay en el cuarto de mis padres!

—Estarán jugando, eso es buena señal. Hace tiempo que no se les escucha —ella miró a Samuel y le lanzó un beso— ¿Tú quieres jugar ahora?

—No, ahora no. Me duele la espalda. —Dijo Samuel.

—Pero si yo soy quien se sube encima y se encarga de todo —dijo Sofia—. Bueno, déjalo, si estás cansado luego si tienes ganas. De todos modos, nos tenemos que vestir y salir ya mismo.



Abundancia, lujo y confort eran las señas actuales de identidad de los ciudadanos de Crotona. Hace años era una ciudad austera, humilde y con ideas sencillas. Pero cuando derrotaron en la batalla del Río Traéis a sus vecinos de Síbaris disiparon su identidad, mezclando esas ostentaciones desorbitadas su maravillosa ética, se perdió sus sencillas vidas y su filosofía. A los actuales ciudadanos de Crotona les encantaba degustar sofisticados alimentos en interminables banquetes, durante los que utilizaban orinales de bronce y plata para no tener ni que levantarse de la mesa y tener que parar de comer.

En la plaza mayor habían hecho una gran hoguera. Junto al Ágora de Crotona. Había varias tiendas ofreciendo carne asada. El ambiente era muy festivo. Todo el mundo saludaba con rendición y respeto a Filolao. Se quitaban el sombrero a su paso. La mayoría de la gente sabía que el científico había sido alumno de Anaxágoras, y que también había estudiado en la escuela pitagóricas. Las ideas de Filolao sobre que la tierra no estaba en el centro del universo, si no el sol; Dejaron mucha impresión en todo el mundo académico de la metrópolis. En pocos meses todo el mundo hablaba de ellos. La panadera más bella y aclamada de Crotona. Y la Matrona de Atenas, la que ayudo a que nacieran los hijos de Pericles. Por donde iban todo el mundo los miraba con admiración. Eran el centro de atención de la fiesta. Samuel iba sentado en una silla muy extraña. Filolao le adaptó cuatro ruedas de madera a un *difros*. Para que su hijo fuera mucho más cómodo, y sin cansarse. Ya que con las muletas se agotaba enseguida.

—¡Hola, maestro! —dijo un muchacho con cara anodina de aproximadamente catorce años que se le acercó al matemático besándole la mano— Maestro... ¿qué ha venido con toda la familia? —Faina puso muy mala cara al comprobar que sus sospechas se hacían realidad, seguramente seria su amante, su *erómeno*.

—Hombre, si es Simias. Mi alumno predilecto. ¿Qué has venido solo a la fiesta? —Faina cruzó los brazos— No creo que un chico tan guapo no tenga admiradoras.

—He quedado con Cebes —dijo Simias con la cara brillante como si se hubiera untado aceite en los cachetes.

El chico iba con el pecho al descubierto, era bello como un vellocino dorado. Y Filolao lo miraba sin poder disimular su deseo hacía aquella criatura tan inocente.

—Vaya dos pillos para estar en una fiesta como esta. Pero recordar que mañana hay clase. — Filolao le agarró la mano con cariño. Faina se dio la vuelta para no ver a su marido tan afectuoso con ese chiquillo. No aceptaba la idea que su esposo iba a tener un chaval para tutelar íntimamente. Él y ella que siempre habían criticado a los que tenían *erómenos*—. Mañana os voy a explicar algo muy interesante. La regla de tres —dijo Filolao mirando a su hijo Samuel el cual sonrió recordando cuando él le reveló la regla de tres en la explanada de Heracles— ¡Hoy no acostaros muy tarde! Que mañana hay clases. —El científico le acarició el rostro.

—Tranquilo maestro. Que mañana estaremos en el aula a la hora de siempre. No se preocupe. No hay nada más importante en nuestra vida que aprender de sus sabías palabras. —El chico volvió a besar la mano del matemático. Todo era empalagoso y fuera de lugar. Faina pegó un

soplido de hastío donde no comprendía la actitud de Filolao. Ella agarró el brazo de su marido y tiró de él para llevárselo. El muchacho sonrió con malicia al ver como se alejaba su maestro con su mujer. Sabía que había perdido la batalla, pero no la guerra.

Samuel miraba con asombro a su padre. La persona menos sociable que había conocido, y allí estaba. Saludando a todo el mundo. Dándole un beso en la frente a un chiquillo. Hablando amablemente a sus alumnos. Cogido del brazo de su mujer. Hace un año quien lo iba a decir. Ahora parecía un senador, arreglado tan elegantemente. Durante un momento Samuel se sintió pleno al verlo tan diferente a como era en Atenas.

Es verdad que la metrópoli de Crotona no era tan monumental como la gran ciudad estado ateniense. Era bastante más pequeña, y sus monumentos eran insignificantes en comparación al Partenón, o al Teatro de Dionisio con su última ampliación, o incluso al Templo de la diosa Nike. Pero indudablemente la gente aquí vivía mucho mejor. La mentalidad era más liberal. Prácticamente no existían los pobres. Era curioso. Pero todos parecían ricos. Las vestimentas eran de una variedad de mezclas de culturas sin igual, donde la seda era la tela principal. Algunos iban como persas, otros como griegos del Peloponeso, con *himación* blancos, otros como etruscos con faldas, pero todos muy arreglados con ropas excesivamente pomposas. Y daba igual el día de la semana que fuera, si era de noche, o de día. Se arreglaban elegantemente hasta para estar en casa. Siempre era así. Se veía que no se privaban de ningún capricho.

Había mucha gente en las calles. En Atenas (antes de la peste y de la guerra) al atardecer no había un alma en sus travesías. Pero aquí siempre había tabernas abiertas hasta últimas horas de la madrugada. Solo respetaban el medio día, para la siesta, que para ellos era sagrada.

Estuvieron hasta tarde picando por todos lados; comían un filetito de cabrito por aquí, un pinchito de cerdo por allá, un poco de queso, chistorras, frutas exóticas, huevos de aves que no habían escuchado nunca hablar; y siempre fueron invitados en todos lados. Todos se fueron a casa con la panza muy tensa. Calisto iba dormido en las piernas de Samuel; él iba en la silla con ruedas que le había fabricado su padre; y Sofía empujaba la silla de Samuel.

Quedaron impresionados por la variedad gastronómica y cultural. Indudablemente era un lugar digno para quedarse a vivir. La noche había estado muy bien. Saludaron a mucha gente importante y escucharon los recitares de poesía en conmemoración del héroe Millón de Crotona. Incluso hubo un concurso de poesía donde Samuel se presentó como competidor. Pero quedó de los últimos; Sofía luego se burló de su marido, imitándolo con bromas que hicieron a todos reír. La panadera estuvo muy divertida y juguetona. Ya poco quedaba de aquel carácter gris que tuvo Sofía en los últimos meses del embarazo.

Nada más llegar a la casa Samuel decidió irse a dar un baño. Aunque ya estaban en otoño, hoy había hecho mucho calor. Samuel se sentía churretos y decidió ir al *Pequeño Edén*. También tenía la necesidad de visitar a Naska. Se le había pasado una gran idea por la cabeza. No se explicaba porque no se le había ocurrido antes. Iba a entrar en el Nous, y tendría preparado una pizarra de cera o un papiro. Nada más salir de allí, tenía pensado apuntar todo lo que viera. Él sabía perfectamente que durante algunos minutos esos recuerdos de todo lo vivido, todo lo visto, todo lo oído... quedaban intacto, como en un sueño; y que rápidamente la mayoría irían desapareciendo. Esta vez lo apuntaría todo. Luego lo leería, y así podría tirar del hilo y entender fuera de aquella dimensión su situación. Para saber qué pasos tenían que dar. ¿Quién era él? ¿Y su hermana? ¿Y quién era Sarasvati? ¿por qué tendría ese nombre dando vueltas en su cabeza? — pensaba Samuel.

Sofía estaba muy cansada. Además, pronto le tocaría dar el pecho al bebé. Ella se acostó

enseguida. Y los abuelos ya roncaban.

16. ¿Quién eres?



Jueves 20 de octubre del 2016.

Seis meses después de aquella primera asamblea en el paraninfo de la universidad ya eran catorce personas en el equipo de Ana. En total dos informáticos con Julio. Cuatro historiadores especializados cada uno en un periodo histórico. Un químico molecular. Una bióloga. Un coronel americano, de la base de Rota; que ya estaba jubilado. Una experta en temas paranormales. Mario el psiquiatra y un cura teólogo erudito en mitología clásica. Todo el equipo estaba dirigido y organizado por Ana y Marta que se habían hecho buenas amigas.

Se reunían una vez al mes en el paraninfo de la universidad. Y el contacto era normalmente por email. Los informáticos, el químico y el biólogo eran los únicos, junto con Marta y Ana que iban y venían al taller que habían montado en la misma universidad. Los demás solo se veían en las asambleas mensuales que hacían en el paraninfo.

—Hola, Julio —dijo Ana nada más entrar en el taller laboratorio de la sede.

—Hola, —dijo el joven sin levantar los ojos de la pantalla.

—¿Cómo va todo?

—Muy tranquilo. Demasiado. Llevo toda la mañana solo, no ha venido nadie. Y el teléfono no ha sonado ni una sola vez.

—Habrás que esperar —dijo ella.

—Esto es más difícil que buscar una aguja en un pajar.

—Lo sé. Por eso te tengo a ti. A mi cerebritito. —Ana acarició los cabellos del muchacho—. Para que rastrees la web profunda. Donde los ruines se mueven como peces en el agua. Sé que tiene que estar por ahí. Incluso que nos está observando. Lo presiento desde siempre. Como alguien me sigue a todos lados. —Julio la miró despacio, analizando su nariz, sus labios, sus ojos... para él era perfecta, y no comprendía como una mujer así, tan culta y tan bella pudiera hablar de ese modo.

—¿Y cómo puedes estar tan segura de eso? —dijo Julio.

—Lo sé. Y punto. Cuando Marta venga de Berlín te lo podré demostrar con pruebas físicas.

—¿Y Marta cuándo viene de Berlín? —dijo el informático.

—Dentro de tres días, a lo mejor cuatro, pero no más, no me gusta que este sola por Alemania, es peligroso —ella escribió algo en una libreta pequeña, era un número muy largo con letras y signos muy extraños—. Está comprobando lo que le pedí. Hay pruebas que Filolao estuvo en un búnker alemán en 1942. En plena segunda guerra mundial. No comprendo para qué, con qué intenciones, pero estuvo ayudando a los nazis a producir armas químicas, y desde ese búnker mandaba correos cifrados al otro bando contrario, los ingleses. A Winston Churchill, que era Mason en otra secta, hermandad o como le quieras llamar —ella se mordió la uña de un dedo, parecía que estuviera recordando algo—. Tuvo trato con el ministro de Reino Unido. Y eso es lo que me tiene desconcertada. Ayudó a los dos bandos. ¿Para qué?

—¿Por qué se volvió tan diabólico? —preguntó Julio.

—No lo sé. Se supone que era un gran científico en su época. Pero si daba detalles

estratégicos a los dos bandos estaba claro que quería que la guerra fuera lo más violenta y larga posible, con el mayor número de bajas. Es como si disfrutara con la miseria humana.

—Esperemos que no se meta en ningún lío —dijo Julio— ya sabes cómo es esta mujer de apasionada.

—Y al cura lo he mandado a Sudan. Quiero que vea una reliquia. Puede que hayamos encontrado la tabla de Salomón. La que creo que nuestro amigo tuvo en su poder en el año 1789.

—La verdad que cada vez que lo pienso me doy más cuenta de que todo esto es una locura —dijo él.

—El rey Salomón escribió todo el conocimiento del Universo, —dijo Ana sin escuchar a Julio— la fórmula de la creación y el nombre verdadero de Dios: el *Shem ha-meforash*, que no puede escribirse jamás y solo debe pronunciarse para provocar el acto de crear. Según la tradición cabalística, la trascendencia de la tabla está en que dará a su propietario el conocimiento absoluto (ya que el pronunciar el nombre de Dios significa abarcar a toda su creación), pero el día que sea encontrada el fin del mundo estará próximo.

—Joder Ana. Cuando te pones así me acojonas.

—No pasa nada. Es solo mitología. Cuentos chinos. —Ella sacó un espejito de su bolso y se retocó los labios con una barra de color rojo intenso—. Bueno, me voy que tengo que dar clases.

—Muy bien. Yo seguiré un rato y luego me voy. Cerraré cuando termine. No te preocupes por mí.

—Tienes mala cara. Vete para casa y descansa por favor. Eres la joya del equipo. —Le dio un beso en la mejilla que a él le hizo subir la temperatura de la cara—, sin ti no podemos avanzar. Tienes que estar en perfectas cualidades físicas y psíquicas.

—Reviso unas páginas que tengo pendiente y me voy. De verdad. Te lo prometo —Ana abrió la puerta y sin decir nada más se fue.

Julio llevaba más de ocho horas viajando por la Deep Web, la Internet Profunda. “*Multitud de leyendas urbanas existen sobre este submundo: ¿grupos de canibales?, ¿tráfico de órganos, ¿vídeos snuff?, ¿asesinos a sueldo?, ¿venta de drogas y armas?*» —Pensaba Julio mientras saltaba de una página a otra a toda velocidad—. «*Todas esas leyendas se quedan cortas con todo lo que estoy encontrando. Qué horror lo que pueden hacer los humanos por dinero*», —reflexionaba el muchacho—. «*Lo que muestran Google y otros buscadores es solo la punta del iceberg, un mísero 4 % de internet. Pero con matices: ese otro lado que se esconde es Deep Web, que contiene millones de datos dinámicos de páginas y códigos, por lo que no todo es información al uso. Hay que entender también que estas webs no usan un nombre sencillo para su búsqueda, sino que utilizan nomenclaturas con extensión onion que cambian de forma deliberadas.*» —Seguía hablando el solo en su cabeza. Los ojos le lagrimeaban. De repente la puerta se cerró. Julio levantó la vista y pensó que sería el aire, aunque las ventanas estaban cerradas. No le dio más importancia y siguió con la mirada en la pantalla—. «*Parece insólito, pero es verdad. Traficantes, pederastas y otros delincuentes exhiben sus servicios sin temor alguno. ¿Cómo es posible que no se invaliden estas páginas y se detenga a sus promotores? Pero es que en realidad no hay herramientas legales para bloquearlas. La IP de los usuarios cambia constantemente y, a diferencia de la nube normal, no hay registros sobre los que poder actuar*». —Le llegó un olor muy desagradable. Cómo si algo estuviera podrido, pero el muchacho seguía mirando la pantalla, se puso un pañuelo en la nariz, algo interesante había visto—. «*Sí, ¿esto qué es? Lo tengo*». —Se acercó más a la pantalla para ver la letra pequeña—. «*Increíble, por fin ¡¡¡Te encontré!!! Ha sido difícil. Yo diría Lo más difícil que me han encargado. Pero sí. Ya sé dónde ofreces tus servicios. Ana tenía razón, no está loca. Este cabrón existe. No sé cómo*

lo ha hecho, pero no hay duda». —Se quitó las gafas y se masajeó los ojos con el dorso de las manos, tenía los ojos colorados y le picaban de tantas horas delante de la pantalla—. «*Voy a escribirle un mensaje a Ana*». —Mientras mandaba el WhatsApp sintió una presencia grande detrás de él. Se fue a girar, para ver que tenía detrás pero antes de ver quien era sintió un dolor intenso en el cuello, y todo se volvió oscuridad y silencio.

17. Por fin Sarasvati.



10 de octubre de 429 a. C.

Samuel caminaba a tientas por el sendero que llevaba al rincón más hermoso de la tierra, el *Pequeño Edén*. En su cabeza todavía se escuchaba el bullicio de la fiesta en Crotona. La fiesta en conmemoración de Millón. El mejor atleta de la Magna Grecia, y posiblemente de toda la historia de Grecia. La luna con media cara le observaba a poca distancia por encima del horizonte. El ambiente cobraba un aspecto estático, con nubes oscuras que anunciaban lluvia y *crisis*, palabra que en griego significa cambio y oportunidad. Pero a pesar de todo, él decidió salir, bañarse un rato y relajarse; lo necesitaba más que nunca, luego practicaría *zazen*

Marchaba con sus muletas y con un paño echado sobre sus hombros; hacía fresco. El viento movía las hojas de los árboles con fuerza. La energía de la vida se hacía presente en cada ser. En cada piedra, en cada rama, en cada hoja... Samuel veía atónito los colores, observaba como cambiaban de forma cada objeto a su paso; estaba temiendo por su salud mental.

Llevaba un papiro y carboncillo para escribir, esta vez tenía una gran idea, pensaba ir al *Nous* después del baño, pero ahora sería diferente, apuntaría en una tela todo lo que recordara nada más salir de aquella dimensión atemporal; todo lo visto, todo lo oído y todo lo sentido, antes que se le olvidara a lo largo del día. Luego, lo leería, para intentar componer de una vez las piezas que faltaban de su rompecabezas. Era una idea perfecta, tan simple que no entendía porque no se le había ocurrido antes. Iba despacito para no caer en ningún socavón o enredarse con las inagotables raíces que había a lo largo del camino.

Llegando casi al final del sendero, donde estaba el minúsculo paraíso, escucho ruidos. Aminoro aún más la marcha. Oyó una cantilena; era una voz femenina que en un principio no reconoció. Se agachó, y comenzó a arrastrarse por el suelo, hasta llegar a una mata donde pudo esconderse. Metió la cabeza entre la vegetación y allí la vio, Indira. Bañándose tranquilamente como vino al mundo. La observo detenidamente. Le sorprendió verla canturreando de esa manera, nunca la había visto entonar de ese modo tan gozoso. Sonaban a cuna de una época muy antigua.

—Conotuloloo mineitelilee, Anatuu sataneilee minolaaaa...

«¿Qué hace mi hermana a estas horas remojándose tan dicharachera tan tarde cómo es?»

—Pensaba Samuel—. «Además, ¿no decía que le dolía la cabeza?» —Samuel sé hecho hacía atrás un poco para esconderse mejor—. «¿Será mentirosa!».

Indira cogió un frasco de aceites que tenía apoyado sobre un viejo tablón que flotaba en el agua junto a ella; y se lo empezó a juntar por todo su fibroso cuerpo. El agua le llegaba a las rodillas. Se frotaba enérgicamente como hacían los espartanos en su ritual antes de luchar.

«¿Por qué Naska... me habrá dicho eso de mi hermana? Cada día comprendo menos». — Reflexionaba el muchacho estudiando el poderoso Ser que tenía delante. En ese momento reconoció que últimamente ya no hablaban de nada, y le dio pena, una tristeza profunda, amarga y pesada—. «¿Indira es mi mitad? Por qué dice eso el guardián del *Nous*. Reconozco que la aprecio, y mucho, sí, creo que eso no es malo, es mi hermana, daría la vida por ella, y ojalá nos hubiéramos criado juntos, todo hubiera sido diferente, mucho más fácil; ¡pero solo es mi

hermana! No concibo otra cosa en ella. Y encima dice que Indira en algunas ocasiones será mi hermana, en otras mi madre y otras mi amante. La verdad que no lo entiendo. Me parece tan absurdo. Solo pensar en que existe otra unión aparte de que somos hijos de los mismos padres me dan arcadas. ¡Maldita sea el día que fui a Delfos, allí empezó mi desgracia!». —Indira sacó unas tijeras que tenía oculta en la orilla del riachuelo. Y allí mismo, ante la sorpresa de Samuel se cortó su larga y negra melena mientras seguía cantando como si nada.

—Anatuu mineitelileee, Anatuuu minolaaa... —seguía cantando.

«¡Caramba!, ¿Por qué se ha cortado el pelo? con lo orgullosa que siempre está de su espesa cabellera. Y ahora se pela igual que Sofía» —pensó Samuel—, «¡A las mujeres en esta familia no hay quien las entienda!».

Samuel la miraba embobado. Observaba maravillado su potente cuerpo aceitado. Tenía su musculatura marcada. Ahora parecía más poderosa que en otras ocasiones. El muchacho llegó a la conclusión de que su hermana habría estado haciendo ejercicios hace poco tiempo. Y que ahora se estaba dando un baño. Por qué no era normal lo hinchado que tenía los brazos. Tenía los músculos más señalados que de costumbre. Y su rostro también se veía diferente. No sabía en qué, pero la percibía como si fuera otra mujer la que tuviera delante.

El muchacho estuvo allí acurrucado, en silencio hasta que de repente algo lo dejó perplejo. Vio como le empezó a salir de la parte alta de la espalda, a la altura de los omóplatos, dos extremidades. Del mismo tamaño que los otros dos brazos de siempre. Al principio se veían muy tenue, pero poco a poco la intensidad en sus líneas y colores fue aumentando. Ahora ella poseía cuatro extremidades superiores. No se lo podía creer, se tuvo que frotar los ojos, porque era algo fuera de toda comprensión. Aunque estos dos nuevos miembros no aparentaban ser reales, eran etéreos, casi transparente; pero se percibían con nitidez si se le prestaba atención. Samuel aun teniendo una vida tan anómala no podía imaginarse que algo así podía pasar.

«¿Por qué tiene eso?» —Pensaba Samuel—. «¿y desde cuándo? Ella me suele contar todo, y esto...» —Pensó con la cara lánguida—. «La verdad que es algo increíble. Aunque también es cierto que últimamente...» —miró unos peces naranjas que nadaban entre sus piernas—, «no sé qué me ha pasado. ¿Por qué la he alejado de mí? Seré estúpido...»

Samuel se levantó muy despacio, impresionado por aquella espelúznate visión, y se dispuso a darse la vuelta sin hacer ruido. Creyó que no era un buen momento para estar allí, mejor dejar su plan para otro día. Pero nada más dar el primer paso para girarse piso una rama seca que crujió. Sonó fuerte y claro en el silencio de la noche... el ruido corto de sopetón la cantinela primitiva. Indira se dio la vuelta, y salió del agua en dirección al matorral donde se encontraba Samuel.

—¡No te vayas Samuel! —se quedó petrificado.

«¿Cómo sabe que soy yo?» —Pensó él muy nervioso.

—Sal de tu escondite por favor, sé perfectamente que eres tú desde el primer momento que llegaste. —Samuel se giró y dio un paso adelante traspasando la vegetación mostrándose ante su hermana. Se sintió pequeño y frágil ante ella que era imponente.

—Hola, Indira. No te quería molestar. Por eso estaba escondido. Por favor, no pienses mal de mí, yo no me dedico a espiarte ni nada de eso.

—Me lo imagino. Pero... ¿Por qué te ibas? —dijo ella trémula.

—Sí. Es verdad. Me iba. Lo reconozco. Ya te lo he dicho, No quería molestar. Creí que era lo mejor. Como ya no... hablamos.

—Tú nunca me molestas. Y lo sabes. ¿Qué te pasa? Tú eres el que te has alejado de mí. Ya no reímos por nada. ¿Por qué?

—¿Has visto lo que te sale de la espalda? —dijo Samuel cambiando de tema.

—Sí. Desde hace pocos días me brota después de meditar. Y luego poco a poco desaparece. Parecen brazos. ¡Qué raro! ¿No crees? —Dijo Indira sin darle mucha importancia.

—Creo que “raro” no es la palabra más adecuada para describir algo así —dijo Samuel.

—La verdad, ahora que lo pienso. Tienes toda la razón. Impresiona tener esto. —Ella agitaba los cuatro brazos como un ser de otro mundo venido de otra galaxia.

—¿Otra vez estás practicando zazen? —Pregunto Samuel recordando lo que ella había dicho — ¿No habías dejado la meditación?

—Sí. Ahora vuelvo a estar en paz. No sé. Desde que nació el pequeño Calisto; me encuentro diferente. Algo ha cambiado en mí esa criatura. ¡Es tan especial! —Los brazos desaparecieron súbitamente—. Tú hijo me ha transformado en otra persona.

—¡Mira, ya no están! ¡Han desaparecido! —dijo Samuel señalando con el dedo.

—Van y vienen —dijo ella— según mi estado interior. Cuando medito salen. Y luego desaparecen.

—¿Y por qué ya no se ven?

—Tal vez habrá cambiado mi vibración. Creo que es porque tú estás aquí. ¿A qué has venido Samuel?

—A bañarme —se quedaron mirándose un rato sin decir nada—, no sabía que estabas dándote un chapuzón —ella se frotaba los brazos—, tienes razón, te veo distinta. Muy diferente. No sé lo que te ha pasado, pero... pareces otra mujer. Casi no te reconozco.

—¿Seguro que no sabías que yo me encontraba aquí? La verdad que lo dudo, eres demasiado perfeccionista, para no estar intentando controlarlo todo.

—Bueno... —Samuel mostró una sonrisa forzada— te tengo que confesar que me he pasado por tu cuarto antes de salir de casa. Y vi tu cama vacía. No sé por qué, pero me imagine que estarías en este lugar. Fue un presentimiento. Te echo de menos —dijo Samuel mirando al suelo.

—Pues para echarme de menos lo disimulas muy bien. No sé lo que ha pasado entre nosotros, ¿Qué te he hecho? Desde aquel día que te recogí en el suelo... el día que nació Calisto me evades; han cambiado mucho las cosas entre nosotros. —Dijo ella dándose la vuelta mostrándole su cuerpo desnudo por detrás. Sus glúteos eran pequeños y duros como piedras, y su piel húmeda y morena resplandecía en la penumbra.

—He venido para darme un baño, lo necesito, tengo muchas pesadillas, y el agua me relaja; luego tenía pensado entrar en el Nous. —Samuel soltó su toalla y el papiro en el suelo—, pero también quería hablar contigo. Como ya te he dicho me imagine que estarías por aquí.

—Te imaginas muchas cosas... ¿De qué quieres hablar? Somos los únicos de esta familia que vienen a este lugar.

—De ti, y de mí.

—Sofía es increíblemente bella —dijo Indira con una leve sonrisa que no mostraba que sentimiento llevaba dicha frase tan fuera de lugar.

—Sí que es muy guapa. No sé a qué viene ese comentario. Pero sí, siempre ha sido así, muy atractiva, y cuanto más madura más lo es. —Samuel arrugó la frente—. La conozco desde que nací, y siempre ha sido como una diva con su pelo rubio y su cara de diosa. Creo que he tenido mucha suerte casándome con la más bella y trabajadora de Atenas. Pero tú también eres muy bella. Otro tipo de belleza. No tienes motivos para sentirte acomplejada por Sofía.

—Yo no estoy acomplejada por nadie.

—Entonces por qué has dicho esa estupidez, además te has cortado el pelo como hizo ella. A la misma altura. ¿Estás intentando parecerte a Sofía?

—¿Por qué me evitas? —dijo ella sin contestar sus preguntas— ¿Me lo vas a decir? Desde

hace tiempo me huyes. Desde aquel día. No creerás que soy tonta. No sé el motivo, pero es un hecho. Todavía no me has contestado —ella subió el volumen de su voz—. Cada vez que llego a un cuarto donde tú estás enseguida te vas. No me diriges la mirada. No me dices nada. Mamá se ha dado cuenta y me ha preguntado. No he sabido qué decirle. Antes de aquel extraño día estábamos casi todo el tiempo juntos, hablando, riéndonos. ¿De qué temes ahora? ¿Qué te pasa? ¿Qué te he hecho?

—Hay cosas que no comprendo, estoy hecho un lío —dijo él—. Todo empezó a desmoronarse el día que llegaste a mi vida. —Ella apretó los dientes en un gesto de tensión— Me alegré mucho, muchísimo de saber de ti, de que luego te vinieras a vivir conmigo y con Sofía... pero hay que reconocer que todo se fue complicando desde aquel día que te vi por primera vez en el desierto de Beocia. Yo solo era un niño normal y corriente y ahora... ya no sé ni quien soy.

—¡¡¡Pero yo no tengo la culpa de nada!!! —gritó ella, y algunos pájaros echaron a volar.

—Sí, lo sé. —Volieron a silenciar otro tiempo donde se miraron a los ojos con intensidad. Pudo a ver pasado cinco minutos o una hora; cualquiera sabe.

—Esta situación me ha llevado a buscar consuelo en la meditación. Me he visto tan sola cuando te alejaste de mí, que cuando me di cuenta ya había empezado otra vez con los ejercicios de parar los pensamientos.

—Lo siento —dijo Samuel—. Soy un idiota. —Aunque Samuel sabía perfectamente que no estaba arrepentido por sus palabras. Recocía que era mucho más feliz cuando todavía era un chico normal—. Aquel día, cuando nació el bebé; —continuo él— y tú me encontraste tirado en este suelo —Señalo Samuel el terreno junto a la tumba de Minos.

—Sí, me acuerdo. ¿Qué pasa? Explícate mejor porque no entiendo a dónde quieres llegar.

—Todo lo que me cuanta Naska no es recordable. —Dijo Samuel sin mover apenas los labios—. Una vez que salgo de aquella dimensión se olvida casi todo. No sé por qué pasa eso, pero es así. Pero hay una cosa que sí recuerdo perfectamente. No lo comprendo, pero aun peor me angustia y me oprime el pecho, y cada día me agobia más.

—¿Qué te dijo? Me tienes preocupada —decía Indira.

—Ese día me dijo Naska que tú eras mi mitad, que algunas veces serás mi hermana, pero otras mi madre y en otras mi amante. Y yo no siento eso por ti. Te quiero mucho; y tú lo sabes, pero como un hermano. Y nada más. Pensar algo más me espanta.

—¡No entiendo el problema! —dijo ella.

—Es solo eso. Que no lo concibo. —Samuel Chasqueó la lengua— ¿Por qué Naska dice eso? ¿Tú sabes algo?

—Para ti es difícil de entender. Te has criado como un griego, en la razón. Y quieras o no, aunque hayas visitado el Nous, aunque hayas despertado, aunque hayas ido a Delfos, aunque por fin ya estemos juntos... sigues todavía intentando buscarle sentido a todo lo que pasa. Y esto no tiene explicación. Por lo menos con palabras.

—No lo sé. A lo mejor tienes razón —dijo Samuel mirando el cielo que ahora estaba totalmente despejado sin ninguna nube—. Quizá estoy intentando comprender algo imposible para un ser humano—. De repente sintió vergüenza porque ella estaba allí desnuda, mojada, tan brillante y tan cerca de él como si eso fuera normal. Su olor corporal le llegó a la nariz mezclándose con matices a romero y eucalipto.

—Dame tu mano, —dijo ella—. ¡Tócame!

—¡No! Eso nunca. ¡¡¡¿Estás loca?!!! ¿A qué viene eso? Tantos años viviendo con Manute te han vuelto una desequilibrada. —Ella arrugó el rostro al escuchar eso.

—Perdón, —dijo Samuel mirando al suelo—, no tenía que haber dicho ese comentario.

—¡Tócame! Te voy a demostrar algo. ¿o quieres que te toque yo? Como hace Sofía por la noche. Os escucho, y a papa y a mama también los oigo... aunque últimamente no hacen nada. Creo que mamá ya no quiere a papá.

—No. ¡Te he dicho que no! —Ella le llevó a la fuerza su mano a su pecho derecho. Luego empezó a deslizar su mano por el vientre.

—¡Suéltame! —Grito Samuel asustado. Ella lo dejó escapar mientras se reía escandalosamente.

—¡No quiero seguir con este juego! —Dijo Samuel enfadado—. ¿Has perdido la cabeza?

—¿A que no has sentido nada?

—¡Miedo y asco!

—Creo... que Naska, lo que te quiere decir —continuo Indira pausadamente— es que, en otras vidas, en el *Samsara*; que como ya sabes es el ciclo de nacimiento, vida, muerte y reencarnación; algunas veces yo naceré como tu madre, otras como tu amante y otras como ahora; como tu hermana. Ahora solo somos hermanos, que no es poco. Yo sé que es complicado de entender para ti, un griego cerrado y cuadrículado; pero es así de simple. Un miembro de la familia, en otra vida podría tener otro rango, otro grado familiar. —Un lobo empezó a aullar a varios kilómetros—. Cuando yo por fin despierte todo se entenderá. Por lo menos así me lo enseñaron. Sé que has evolucionado mucho en tu manera de ver las cosas, pero te queda más todavía por aprender. Los dioses se hacen humano para seguir aprendiendo. Y eso es lo que estás haciendo. Esto solo es el comienzo de algo muy grande. Todavía eres un simple aprendiz.

—Te recuerdo que el que va al Nous cada dos por tres soy yo. No tú.

—Sí, pero eso lo puedes hacer por un don. Naciste con ello. Sin esfuerzos, ya que simplemente eres así. Yo sin embargo he tenido que ser sometida a una infinidad de pruebas que ni te imaginas.

—Por eso mismo, no entiendo nada. Tú tendrías que haber sido la elegida, no yo, tú eres la que deberías ir al Nous. Y yo seguir con mi vida sin tantas complicaciones.

—Los dioses hacen el amor entre hermanos. —Dijo ella provocándole espanto en la cara de Samuel—. Te recuerdo que Hera es la hermana de Zeus. Pero a la vez son matrimonio. Sarpanit es la esposa y hermana de Marduk. Sarasvati es la esposa de Brahma y también es su hermana.

—Sarasvati —repitió Samuel lentamente recreándose en cada letra— «*Sa-ras-va-ti*».

—¿Qué te pasa? —dijo Indira— te ha cambiado el color de tu cara.

—Ese nombre me resuena a todas horas. Y no sé por qué.

—Es una de las muchas diosas de los hindús. Mi padre, bueno... —hizo una parada— mi padre adoptivo. Manute. En alguna ocasión me llamó Sarasvati cariñosamente. Yo no le di mayor importancia. Me hacía gracia.

—Yo no elegí nada de todo esto. —Dijo Samuel agobiado por la presión—. Algunas veces me gustaría no a ver despertado. No ser un brahmán. A ver seguido mi vida como un niño normal, que se hace adulto y que forma poco a poco una familia. ¡YNADAMÁS! —Samuel alzó la voz.

—Aunque yo nunca hubiera aparecido, aunque no hubieras despertado, aunque no hubieras ido nunca a Delfos, ni al Nous... tú nunca serías un hombre normal. Eres hijo de Filolao de Crotonas, discípulo de Anaxágoras de Clazomene (tú abuelo adoptivo) el alumno predilecto de Demócrito, hijo de la mejor partera de Atenas, tienes una enfermedad que te va robando fuerza con el paso del tiempo, la cual te ha dado la madurez de un hombre de 120 años... ¿crees que puedes ser una persona normal? Todo eso te hace diferente, raro y extraño. Por lo que deja de quejarte tanto. Además, por lo que tengo entendido sí que elegiste este destino. Todos antes de nacer elegimos que tipo de vida vamos a tener. Es el *samsara*.

—Yo no me acuerdo. Entrando en Nous he podido entender muchas cosas que nadie sabrá nunca, pero a la vez he abierto la Caja de Pandora; infinitas dudas y miedos que me hacen tener pesadillas cada vez más seguidas. —Samuel cogió el papiro del suelo—. Pero esta vez será diferente, lo voy a apuntar todo, para que no se me olvide nada. No sé por qué no se me ha ocurrido antes —movía el papiro muy cerca de la cara de ella.

—Muchas veces, yo diría que siempre, las ideas más simples son las mejores.

—Pues sí. Las cosas cuanto más sencillas mejor. —Dijo Samuel. Indira lo miraba pestañeando rítmicamente, atenta y absorta con lo que hablaba su hermano.

—¡Es muy buena idea! Pero recuerda que si todo es como es, es porque tú lo decidiste así —dijo Indira—. No sé si será buena idea cambiar el destino que ya estaba escrito.

—El destino no está escrito en ninguna parte. Se hace en cada toma de decisión, en cada conflicto, en cada bifurcación —él dejó caer su brazo hacia abajo para tocar el agua del estanque—. Nacemos de nuevo en cada amanecer.

—Ven. Metete en el agua, —dijo ella cogiéndole de su ropa por los hombros—. Esta calentita. —Indira le quitó el *himatión* tirando de la tela hacía arriba de un solo y enérgico golpe. Samuel al instante se tapó con las manos los genitales. Ella sonrió al ver su pudor. Indira le aferró una mano y le obligó a meterse en el agua tibia, fueron despacio para no resbalar por el lodo que cubría la orilla. El líquido templado tapó sus cuerpos, y el ambiente se relajó. Ella se colocó detrás de su hermano, clavando las rodillas en el fondo de la charca, el agua le llegaba a la cintura. Empezó a chispear tímidamente gotitas en la superficie formando círculos.

—¿Has mejorado en tu entrenamiento? —pregunto Samuel.

—Sí. Creo que he llegado a un estado más profundo. Creo que por fin estoy muy cerca de conseguirlo. —Dijo ella frotándole a su hermano la espalda con una bola de cañas mojada en aceites aromáticos.

—Me alegro mucho —dijo Samuel.

—¡Qué bonita es la mancha que tienes en el hombro! Tiene forma de elefante.

—Es una marca de nacimiento. Un antojo. Por lo visto también la tuvo Ananda. En mí otra reencarnación —se escuchaban animales de cuatro patas haciendo ruidos en los matorrales— ¿Quieres practicar ahora? —dijo Samuel.

—¿El qué? —dijo ella.

—Meditar. Para que por fin despiertes y puedas entrar en el Nous.

—Me parece una buena idea —dijo ella— hagámoslo.

—Hoy es el mejor día para hacer zazen. —Un búho subido a una rama los miraba, era de gran tamaño, con plumas marrones, ululaba un sonido grabe, mágico y misterioso—. Tú me enseñaste a meditar hace seis años. Ahora yo te voy a ayudar a despertar. Creo que hoy es un buen día. Para que puedas llegar al Nous. Naska te está esperando, —dijo Samuel no muy convencido de sus palabras, pero intentó dar ánimo a su hermana que le brillaban los ojos como dos estrellas—. Luego lo apuntaremos todo en este papiro. Para leerlo por la noche, y comprender quienes somos. Así no se nos olvidará ningún detalle.

—¡Venga, vamos a intentarlo! —Dijo Indira optimista mirando el cielo estrellado. Ella abrió su mano, y sintió las gotas golpeando su piel suavemente—. ¿Sabías que cuando llueve y no hay nubes, cuando el cielo está claro es señal que se está realizando un acto divino? Que algo mágico va a ocurrir, y la mayoría de las veces es un mal augurio.

—Nunca he escuchado esa tontería. —Ella besó su hombro, Samuel la miró, e Indira daleó su cabeza. Samuel se quedó inquieto sin saber que decir ante tanto afecto.

—Siempre has sido un incrédulo y siempre lo serás. Pero me encanta. Tú deberías de a ver

sido mi novio.

—Vale. Lo que tú digas, —dijo Samuel apresuradamente—. Entonces salgamos del agua, y sentémonos sobre tierra firme, será mejor. Lo digo por la vuelta.

—¿La vuelta? —Dijo ella sin entender el comentario.

—Cuando uno viene de aquella dimensión cae rendido, desmayado y sin fuerzas en el suelo y sin conocimiento. Como si viniera dormido de una gran altura. En el río podemos correr el riesgo de ahogarnos si nuestras cabezas caen dentro del agua, moriríamos asfixiado. Solo es por eso. ¿Lo entiendes?

—Sí, claro. Entonces salgamos. —Indira cogió a Samuel en brazo y lo saco del agua como si llevara a un niño pequeño a la cama. Se acordó de Aspasia, cuando la cogió en brazos y se la llevó a su cuarto a que durmiera el día que murió Pericles. «¿Qué habrá sido de ella?» —pensó.

Se sentaron los dos sobre el lodo del margen del arroyo. Uno enfrente del otro. Estaban desnudos bajo la lluvia que empezó a apretar mojándoles la cara; el pelo les caía lánguido sobre sus rostros.

Samuel miró a su hermana, que ahora tenía media melena. Y estaba manchada de barro por todos lados.

—Estás más guapa con el pelo corto —dijo Samuel para animarla. Pero era verdad, no exageraba; su cara con el nuevo corte de pelo le daba un aire más juvenil, más femenino; más suave y menos anguloso.

—Gracias. Ahora me parezco a Sofía. Por lo menos en el corte de pelo. —Sonrió ella—. Con este nuevo peinado lo mismo me sale algún pretendiente.

—Bueno, No hay prisa. Eres muy joven todavía. Y no te tienes que comparar con nadie.

—¿Qué hacemos ahora? —Dijo Indira contenta.

—Vamos a ver. Sigues mis palabras. Serán sencillas. Hoy creo que conocerás a tu ambicionado Nous. Hoy veras a Naska. Pero tienes que estar totalmente concentrada en lo que te voy a decir.

—Sí. Lo estaré. Estoy preparada desde que nací. Por eso no te preocupes. No te puedes ni imaginar por lo que he tenido que pasar.

—Eres muy pesada con recordarme cada dos por tres lo que has pasado. No lo digas más, que todos ya sabemos que has vivido en una cloaca —dijo Samuel fastidiado— en la gran balsa de Atenas, donde se recogen todas las aguas negras de la ciudad

—¡Chico, qué genio tiene! —Ella se inclinó hacia adelante y le dio un beso corto en la boca—. Gracias por todo. Me has dado más de lo que yo te podre dar nunca. Déjate de tanto hablar y empecemos de una vez por favor.

—No hagas más eso.

—¿El qué?

—Lo del besito en la boca.

—Pareces tonto.

La lluvia caía cada vez con más fuerza.

—Primero; cierra los ojos. —Indira obedeció y los cerró rápidamente—. No se trata de dejar la mente en blanco. Eso está bien para descansar, para repostar fuerzas en el incesante parloteo diario de la mente, —dijo Samuel—, Ese ruido es agotador. Está bien intentar no pensar, bajar la actividad mental; y yo añadiría que es necesario para sentir parte de nuestra realidad, ya que, si no, no dejaremos de vivir en maya, el lado falso de la vida. Eso me lo enseñaste tú en la cueva de Tamus. ¿Te acuerdas?

—Sí. Me acuerdo —dijo ella con los ojos cerrado— y me parece mentira. Ya no reconozco a

aquella niña que te llevó a Delfos. Parece que hubiera pasado cincuenta años de aquello.

—¡No hables! —Dijo Samuel secamente.

—Entonces no me preguntes.

—Pero tarde o temprano la mente, desde el Nous siempre va a crear nuevos pensamientos, el objetivo es hacerse consciente del proceso. Pero no dejar de pensar. Y ese siempre ha sido uno de tus fallos. Creer que lo más importante es “dejar de pensar” en la meditación, para acceder al Nous. Ya que eso es imposible, o por lo menos hacerlo de un modo perfecto. Pero ahora te voy a mostrar una nueva manera de llegar a una profundidad más recóndita dentro de tu ser utilizando lo contrario, la distracción.

Con este ejercicio no tiene por qué esperar, desear, aspirar a nada. Y ese es otro de tus fallos.

—Por lo visto ahora lo hacía todo mal —dijo ella molesta.

—¡Silencio! —dijo Samuel—. Hermana, te has criado en la India, y te han metido mucha presión desde niña para convertirte en una divinidad. Estás obsesionada por despertar. ¿O me equivoco? —Ella no dijo nada—. Te tienes que olvidar de todo aquello, de ese objetivo, de esa meta, de esas ideas. —Indira escuchaba con los ojos serrados y en la postura de loto con las manos sobre sus piernas—. Tú siempre dices que yo todo lo pienso y lo razono, y puede que tengas razón; hay cosas que no se pueden pensar, eso no te lo puedo discutir, pero es que he nacido en Atenas, la metrópolis de la reflexión. Pues ahora también te digo que tú has sido criada bajo unas ideas equivocadas sobre cómo llegar al Nous y despertar. Entre tu mentalidad hindú y la mía ateniense está la clave. Para llegar hasta Naska hay que distanciarse, mediante la liberación, y, posteriormente separarse. Y eso se consigue encontrando la brecha que deja el volver a retomar el AHORA.

Me voy a explicar mejor porque creo que no habrás entendido nada: Meditando es normal que la mente pueda vagar cuando surja alguna distracción acordándose de algo (la comida de ayer, algo que tienes que hacer, la cara de alguien...). En ese momento uno puede tomar conciencia pura y entrar en la verdadera realidad. Es tan solo un instante. Para entrar en el Nous no es necesario pasar un año entero, o diez en una cueva mística, en silencio, casi sin comer y sin beber; en concienzuda concentración. De eso no se trata. Es más sencillo. Pero por tus creencias y tu gran sabiduría espiritual para ti es muy difícil. Tú gran vida espiritual es tu peor enemigo para despertar. Hay que elegir el camino del medio.

—No entiendo nada —dijo ella con voz ronca.

—Te quiero decir con todo esto que el momento más importante de la meditación es justo cuando te distrae. Lo más significativo es cuando nos damos cuenta de que la mente ha abandonado su objeto y hacemos que vuelva hacia él. O sea, cuando nos damos cuenta de que nos hemos distraído y volvemos a concentrarnos. En ese justo momento de vuelta se da una atención plena que dura muy poco tiempo siendo perfecta. Y justo ahí cambiamos nuestra vibración y podemos acceder a la dimensión real, dejando maya (la ilusión de la vida) para entrar en el lugar donde nacen las ideas, los pensamientos, los recuerdos.

Samuel apoyó sus pequeñas manos sobre las de ella, y se inclinó hacia adelante dándole un beso en la mejilla. Suave como una acaricia e intenso como toda una vida. Él sintió que entre los dos se abría todo un mundo de matices turbios e inexpresivos, algo tan frágil como un cristal finísimo era lo único que los separaba, una muralla invisible que un solo gesto, una sola palabra, una lagrima... podría derribar. En ese momento de contacto le vino un olor a madera fresca recién cortada. —Te quiero ahora y siempre, en cualquier vida donde nos veamos—. Él cerró los ojos. Y ella sonrió plena sintiendo que ya no solo eran hermanos, había algo muchísimo más profundo que los unía de un modo que iba más allá de lo carnal y lo espiritual.

Samuel enseguida comenzó a vibrar. Todo su cuerpo temblaba. Empezó a percibir el zumbido de siempre en sus oídos.

—¿Te zumban los oídos? —pregunto Samuel a Indira.

—Sí. Noto un silbido como el de un abejorro volando cerca de mi oreja.

—Eso son los acúfenos. La mente, el ego se inventa ese ruido porque odia el silencio. Bueno, ahora vamos a permanecer en ese ruido durante un rato. Hasta que notes presión en tu entrecejo. El tercer ojo como le dicen en tu tierra. Cuando te llegue esa sensación me das un pellizco en la pierna sin hablar. —Él contempló largamente. Ahora le pareció una niña inocente de diez o doce años... hasta que al final después de diez minutos más o menos ella movió su mano, le pellizco la pierna a su hermano—, ¡ay! más flojito.

«*Que delicado eres*» —pensó ella.

—Ahora puede que te marees un poco. Y no sepas si estarás al revés. Si te pasa eso tú te balancea de adelante atrás, despacio, y pones las manos en la tierra, así sabrás dónde está el suelo, y la fatiga desaparecerá enseguida.

—Vale. —Dijo Indira. Los dos se balanceaban lentamente de adelante atrás, y viceversa.

—Tu mente tarde o temprano generara varios pensamientos. Eso no lo podrás evitar, ya que no controlamos los pensamientos, ni su nacimiento ni su muerte. Y alguno de esos pensamientos te distraerá del estado casi perfecto donde estas ahora —seguía Samuel hablando—. Eso es lo que buscamos, salirnos para entrar otra vez, es como coger carrerilla para saltar más lejos. Justo en ese momento de distracción, con el zumbido en los oídos y la presión en el entrecejo yo te diré en el oído ¡AHORA! Y serraras los ojos fuertemente. Apretándolos con todas tus fuerzas. Y te vaciaras entera. Ese estado perfecto solo lo puedes mantener unos instantes. En esa pantalla negra y con la mente en ese estado puro tienes que buscar un pequeño punto de luz. Búscalos y míralos sin miedo. Con los ojos cerrados. Como si miraras a través del agujerito en una cerradura para ver lo que hay en la habitación continua.

Permanecieron allí durante un tiempo indefinido. A Indira se le durmieron las dos piernas, el hormigueo era terrible. Y ante el asombro de Samuel a ella le volvió a salir otra vez los dos brazos etéreos. Su hermano los observaba aturdido. Ahora la lluvia caía sobre sus cuerpos con mucha violencia. Ella temblaba de frío, la temperatura ambiental había descendido considerablemente. En un momento dado donde él se dio cuenta de que Indira ya estaba preparada... se inclinó hacia adelante, cerro los ojos y le dijo pegado a su oído, rozando con sus labios su piel. —¡¡¡AHORA!!!— Indira apretó los ojos, busco el punto de luz; y lo miró concienzudamente acercándose hacia él. La singularidad iba creciendo cada vez más. Emanaba luz con fuerza.

Sus dos cuerpos fueron proyectados a través de una brecha al prado infinito. La muchacha pegó un grito de dolor.



—¡Ay, ay, ay, ay! Me duelen mucho los ojos. ¡ay! ¡ay! —decía ella—. ¿Qué me pasa? Me va a explotar la cabeza.

—Tranquila. Que todo va a pasar enseguida. Esta molestia es solo al principio; la primera vez—. Samuel la abrazó con fuerza. Pero ella no paraba de tiritar.

—¡No puedo abrir los ojos! ¡¡¡ESTÁN PEGADOS!!!

—¡Tranquilízate! Que pronto cesaran los malestares. Tu cuerpo no está preparado todavía. Ahora viene lo mejor.

—¿Lo mejor? Dijo Indira encrespada.

—Sí. Lo mejor... Cuenta hasta diez. 1, 2, 3, 4, 5... 9, y 10.

¡Abre los ojos ahora! —Ella dejó de temblar.

Fue abriendo los ojos poco a poco. Delante de ella había un hombre fibroso y fuerte. Enseguida reconoció que era Samuel, pero que ahora estaba en el cuerpo de otro ser. No tenía muletas, ni férulas, era poderoso, ágil; y a la vez muy bello. Se sintió muy atraída hacia él. Pero tuvo que volver a cerrarlos, el brillo de todos los objetos la cegaba. Le empezaron a llegar muchos recuerdos de otras vidas. Sus parpados temblaban a toda velocidad. Se quedó allí tirada, con las manos sobre su cara. Samuel o Ananda la contemplaba; se excitó al verla tan perfecta.

Ella intentó abrirlos otra vez, pero no pudo, los tuvo que cerrar de nuevo. Los tenía repletos de lágrimas y de una especie de costra dorada.

—¿Esto es el Nous? ¡Qué horror! —Dijo ella.

—Aguenta que ya falta muy poco. —Samuel la sostenía entre sus brazos y la miraba conmovido.

Él dibujó una gran sonrisa al descubrirla de ese modo, la besó en la boca con fuerza y ella con los ojos hinchados lloraba.

—Hola, Sarasvati —dijo Naska que estaba allí delante de ellos—. Me alegro mucho de que por fin hayas despertado —se separaron los amantes al escuchar la voz—. Ahora todo empezará a tomar sentido —Naska se quitó una cuerda anudada que sostenía una coleta muy larga—. Menos mal. Estoy sufriendo mucho con vuestro descabellado experimento. —Ahora el pelo le colgaba suelto hasta la cintura movido por el viento.

Los dos se miraban y se volvieron a besar.

—El que tienes delante es Brahma. —Dijo Naska— Tu señor. Tu mitad. Que ahora está con el cuerpo perfecto de Ananda.

—¿Por qué está ocurriendo todo esto? Solo me acuerdo de cosas sueltas. —Pregunto Samuel

—Ya te lo he dicho muchas veces. Eso lo decidisteis ustedes hace mucho tiempo. Mucho antes de que fueras Ananda. Cuando eras Brahma... Volver una última vez, pero esta vez sin recordar nada. Y eso es muy peligroso. Ahora sois dioses con fallos humanos. Espero que no cometáis ninguna locura. Ya queda poco para terminar toda esta pesadilla. Ya solo tenéis que morir para volver conmigo.

—¿Cuándo salgamos de aquí, del Nous no recordaré nada? Eso es imposible —pregunto Sarasvati.

—Durante un rato sí recordaréis todo. Cada palabra, cada olor, cada sonido, cada mueca, cada sensación... Pero poco a poco se olvidará casi todo. —Dijo Naska—. Ya que no estaréis en el mismo estado. Con la misma vibración. Solo reviviréis palabras y frases sin terminar y sin sentido. Incluso creeréis que todo ha sido un sueño. Todo esto lo creasteis ustedes. El Nous es vuestra casa. Yo solo soy el mayordomo. El guardián. Que cuido de este lugar, me creasteis para ello. Y haré todo lo que este en mi mano para conservarlo. Cualquier cosa. —Arrugo el ceño—. Con ese cometido me inventasteis —dijo en un tono seco y áspero.

Sarasvati empezó a tambalearse con sus cuatro brazos cayendo al suelo con las extremidades moviéndose como un pulpo.

El Nous comenzó a desmoronarse bajo sus pies. Los árboles, la tierra, el agua... Se quedaron

cayendo en el vacío.

—Pronto nos veremos otra vez. —Dijo Naska riéndose a carcajadas desapareciendo delante de ellos.

—Pronto, —dijo Samuel— muy pronto. Ya todo va a terminar. Lo hemos conseguido.

—Todavía no —el Ser y su mundo desaparecieron en un punto en el aire.

Cuando abrieron los ojos estaban los dos tirados en el lodo, ya era de día. Estaban abrazados en medio del barro. Se pusieron de pie los dos hermanos avergonzados. Era todo tan extraño. Se lavaron la suciedad y se vistieron sin decir nada durante todo ese tiempo.

—¿Esto que hemos vivido ahora se olvidará dentro de un rato? —Pregunto Indira.

—Sí —él movió con energía su cabeza, en un movimiento rápido para crujirse el cuello, lo tenía engarrotado—. Ahora empieza el sufrimiento. Así llevo yo seis años.

—¿Y por qué no apuntamos en el papiro todo lo que hemos visto? ¿No querías hacer eso? Aunque solo sea lo más importante —preguntó ella.

—Me da miedo leerlo más tarde. ¿Qué va a pasar con Sofía, con mis padres, con el pequeño Calisto? Además, ya hemos despertado los dos. ¿No deberíamos de seguir en el Nous? ¿Qué hacemos aquí todavía?

—La verdad, no sé qué responder.

—Lo único que sé que seguimos aquí, como si no hubiera pasado nada. No sé qué es lo que falta, lo que hemos hecho mal.

—A lo mejor tienes razón. Y es mejor no apuntar nada. Y olvidarnos de todo esto, y seguir con nuestras vidas sin volver a meditar. Olvidándonos de lo que hemos visto y vivir en la mentira.

—Esto va a destruir toda la familia. Todo nuestro mundo.

—¡Lo apuntamos! —dijo Indira decidida— y luego pensamos si lo leemos. Pero de momento lo escribimos.

—¡Lo has conseguido Indira! Eso es lo único que es importante. —Samuel empezó a escribir los datos más importantes que habían experimentado en aquella dimensión. Enseguida se cansó de escribir. Indira le cogió el papiro y continuó ella escribiendo lo que él le dictaba.

—Estoy muy contenta. Pero a la vez también me encuentro apenada.

—Ya te puedes imaginar cómo llevo viviendo durante estos seis años. Cada vez que resuelvo alguna duda aparecen más, por cada una que libero diez nuevas incertidumbres me acosan. Es una locura. Y cada día estoy un poco más empachado. Ya te irás dando cuenta que nos es tan bonito a ver despertado. Tenía sus ventajas vivir en la ignorancia, en maya.

—¿Cuándo vamos a ir a Kuru? —Dijo Indira— ¿Por qué todo sigue igual? ¿No? ¿O ya no hace falta ir?

—No lo sé. Se supone que sí. Pero ahora habrá que hacer cambios. Ya has despertado. Íbamos a ir a Guiza. A la pirámide de Keops para que despertaras. Se supone que allí ibas a poder despertar. En la cámara del faraón hay una puerta al Nous. Se supone que yo la hice hace 20.000 años. Aunque la verdad, no me acuerdo. Me dijo Naska, y luego me confirmó Heródoto algunos datos que quien entre en esa recámara secreta podrá pasar a otra dimensión, el historiador no sabía que era al Nous. Y que allí podríamos recuperar todo nuestro poder. Allí se fabrica el néctar, la ambrosía, el *Ikor*. Lo que hace inmortal a los dioses. Aunque no me pregunte más, no sabría qué decirte.

—Bueno, ya iremos aclarando dudas, ¿no? —Dijo Indira.

—Espero que todo salga bien, yo no quiero hacerle daño a nadie —dijo Samuel recordando a Sofía.

—Brahma es el dios más grande de todos. Y has tenido el valor de convertirte en un ser

mortal y con discapacidad. ¡Eres grandioso hermanito! ¡¡¡Y encima no quieres volver a ser un dios!!! ¡Eres increíble! Mucho más de lo que me imaginaba.

—Mañana podemos volver a probar. Entrar y hablar con Naska. Mañana podrás estar mucho más tiempo, tenemos que planear todos los pasos que tenemos que dar. No será fácil—. Dijo él ansioso—. La primera vez todo es un caos. Pero a pesar de todo has estado muy bien.

—¿Tú cuánto estuviste la primera vez? —Pregunto Indira.

—Yo estuve mucho tiempo. Pero también es verdad que a mí me adujeron con el humo de Delfos. Y días antes con la pipa del Chamán. ¿O no te acuerdas? —Indira se rio. Claro que me acuerdo. ¿Cómo me podría olvidar?

—De todos modos, tendremos que hablar con papá y mamá. Y tú deberás tener una curiosa conversación con Sofia. —Ella carcajeó—. Cuando le digas que eres Brahma o Ananda. Eso no me lo quiero perder. La pobre, con el carácter que tiene, espera que no le dé un soponcio.

—Lo malo será padre, lo mismo me pega un puñetazo. Ya sabes cómo es. Aunque desde que estamos en Crotona ha cambiado mucho.

—Padre sabe más de nosotros de lo que tú te imaginas. Estoy segura de que él conoce todo lo que nos está pasando, o como mínimo lo intuye. Incluso no me extrañaría que él planificara junto a Manute el viaje a Delfos. Algún día te explicaré que otras asignaturas estuvo estudiando de joven en la escuela de Pitágoras. —Dijo ella mirando fijamente a los ojos a Samuel—. ¿Por qué te crees que él me dejó con un Chamán siendo tan científico como aparentemente es? Filolao de Crotona era amigo y discípulo del chaman. Y también fue discípulo directo de Pitágoras. —Hizo un silencio— Pitágoras conoció a Ananda y a nuestro padre Filolao de Crotona.

—¿Y cómo sabes eso? —Pregunto Samuel aturdido.

—Yo he visto libros, tratados que papá tiene muy escondidos. Que se ve claramente las enseñanzas que recibió cuando era joven de un tal “Manute”. Y no creo que haya otro Manute que no sea el que tú y yo conocemos.

—¡Qué locura! Madre mía. —Dijo Samuel. Mientras enrollaba el pergamino donde había escrito toda la información de lo ocurrido.

—Yo guardo el papiro. —Indira lo metió entre sus ropas escondiéndolo—. Yo si quiero leer esta noche esta hoja. No quiero que se me olvide nada.

—Yo tenía ganas de visitar las pirámides, —dijo Samuel.

—Bueno, pues iremos. No te preocupes.

—Lo malo será mi discapacidad. Casi no puedo ni andar. No me veo viajando a ningún lado. Ananda o Brahma tan poderoso y yo tan débil. —Dijo con la cara sin expresión.

—Venga. Vámonos antes de que se despierte la familia. Que ya ha amanecido.

—No creo que se despierten todavía; con lo tarde que se acostaron.

—¿Estuvo bien la fiesta en la ciudad? —pregunto Indira.

—Sí. No lo pasamos muy bien. Pero te echamos en falta.

—No seas mentiroso. —Dijo Indira agarrando a su hermano para encaramarlo a su espalda.

18. La promesa.



Lunes 23 de septiembre del año 2017.

«*De un modo u otro te encontraré*», —pensaba Ana tendida bocarriba en su cama— «*de eso tenlo por seguro*». —Sacó un cigarro y lo encendió—. «No sé cómo lo has hecho, pero lo averiguaré, te lo prometo». —Ana se quedó suspensa con la mente en blanco durante algunos segundos saboreando el humo que salía de su boca como una cascada. Se sentó en la cama—. «*Joder, ¿cómo se pueden complicar tanto las cosas? Ni en un cuento de Allan Poe pasan cosas tan extraordinarias...* —sacudió el cigarro para tirar la ceniza en el cenicero— *con lo cerca que ya estaba*» —le dio otra calada— «*¿dónde estará Julio? ¿y Marta...? Como ha terminado... pobrecita, ahora que por fin era tan feliz, ahora que se dedicaba a lo que de verdad le apasionaba*». —Apagó el cigarro en un cenicero de cristal que tenía sobre la cama y se volvió a echar para tras, con las manos entrelazadas debajo de su cabeza; al cabo de 15 o 20 minutos se quedó dormida.

Casi un año después de la desaparición de julio el informático, el equipo de Ana se había desintegrado por completo. La policía seguía buscando inútilmente su cuerpo. Y la universidad tras el escándalo decidió abolir la beca que tenían concedida por la investigación a Pitagórica de Samos. A Mario, el psiquiatra se le había muerto su único hijo, sin explicación alguna; muerte súbita al levantarse del sofá le dijeron los médicos. Y su mujer después de más de veinte años de matrimonio se fue de casa dejándole una nota en el frigorífico. Irremediablemente el psiquiatra experto en trastornos de la personalidad entró en una depresión profunda con trastorno y cambios de la personalidad, la vida es caprichosa con sus designios; por lo que Mario estuvo fuera de servicio una larga temporada. Marta cuando vino de Berlín tuvo que ser ingresada en un manicomio. Un shop nervioso, o un colapso como dijeron los especialistas en el aeropuerto. El cura experto en mitología clásica no encontró la tabla de Salomón, o por lo menos eso fue lo que dijo en un breve y distante correo electrónico; y lo más raro de todo que se quedó a vivir en África, Etiopía. Por lo visto había encontrado donde quería pasar el resto de su vida. Y el resto del equipo viendo todo lo que estaba pasando se fueron alejando de Ana uno tras otro como si ella tuviera la peste. La policía científica nunca encontró el cuerpo de Julio; ni a su portátil, por lo que no pudieron seguir el rastro de los últimos movimientos del joven informático en la web profunda.

La profesora entendió que era una investigación que tenía que hacer ella sola. Poco a poco y sin prisas. Pensando muy bien cada paso que daba. Que era muy peligroso implicar a alguien en algo así. Por lo que decidió que jamás hablaría de este tema con nadie. Y desde hoy decidió que empezaría a llevar una doble vida.

19. Amo como ama el amor.



Sin límites. Sin razón y sin mirar las consecuencias.

Los dos hermanos llegaron al portón del *Oikos*; allí en la entrada se despidieron emocionados. La intensidad en sus miradas dejaba abierto un nuevo horizonte en el que todo había cambiado entre ellos. Sabían que tenían que seguir fingiendo ¿pero hasta cuándo? Cualquiera sabe. Habían visto quienes eran; su glorioso pasado y su supuesto privilegiado futuro en el *Nous*. Se suponía que esa memoria desaparecería en gran medida en pocos minutos, pero todavía seguía ahí, intacta e impoluta. Hasta el último y más insignificante rayo de luz, sonido u olor de todo lo ocurrido en aquel mágico lugar. Se resistía a marcharse de sus cabezas. Y hasta que no desapareciera no volverían a ser simples mortales.

Cada uno se metió en su cuarto, aunque en sus pensamientos seguían juntos. En el *oikos* todo el mundo dormía, o por lo menos no se escuchaba a nadie. Indira guardó el papiro enrollado el cual contenía los apuntes de los datos más significativos de todo lo que había pasado. Allí, en un baúl de bronce que tenía en su habitación introdujo la hoja, y encima colocó ropa para ocultarlo. A la noche lo leerían para rescatar ese recuerdo. Ella sin quitarse el *peplo* se dejó caer sobre la cama con los brazos abiertos. Se quedó inmóvil con los ojos mirando hacia el techo, a una mancha de humedad que había en forma de pájaro con las alas abiertas. Hasta que se quedó dormida.

Y Samuel al introducirse en su cama hizo que Sofía se sobresaltara.

—¡Ay! ¡traes los pies como dos témpanos de hielo! —dijo ella de muy mala gana— ¿Por qué has venido tan tarde? —Se frotaba ella la nariz con la palma de la mano.

—Me he bañado en el río. Allí estaba Indira, —dijo susurrándole en el oído. Samuel estaba mareado.

—Entonces... ¿Habéis arreglado las cosas?

—Sí. Todo arreglado.

—Y se puede saber... qué es lo que sucedía entre ustedes.

—Es muy largo de explicar ahora. A la tarde te lo cuento con todo detalle si quieres, —decía Samuel mientras los parpados se le serraba de cansancio—, hay tantas cosas que te tengo que contar, cariño.

—Sabes... Me estoy hartando de tantos secretitos. —Sofía se giró en la cama para mirar a Samuel a la cara.

—Ya todo va a terminar, —dijo en un hilo de voz casi inaudible con los ojos cerrados a punto de quedarse cuajado. La habitación le daba vueltas.

—¿Te pasa algo? Tienes muy mal color. —Pero Samuel ya dormía profundamente.

—¡Vete a la...! —Sofía se levantó de la cama dándole un tirón a las mantas; Samuel se quedó al descubierto.

Faina ya trajinaba en la chimenea de la cocina, preparando el desayuno. Sofía la oyó mientras se lavaba la cara en el patio, se peinó y se dirigió al comedor. Al encuentro con su suegra. Pronto habría que ir a vender el pan a Crotona, como todas las mañanas. «*Las panaderas no tienen días*

de fiesta» —pensó Sofia mientras caminaba por el pasillo.

—Hola, buenos días, —dijo Filolao al ver llegar a su nuera—. Hoy ha amanecido nublado. —El científico estaba desayunando en la mesa de la cocina.

—Hola, suegro —dijo Sofia echado una correcta sonrisa.

—¿Habéis dormido bien? —Pregunto el matemático a las dos mujeres.

—Estupendamente. Aunque nos acostamos demasiado tarde. He dormido poco. Esto que hicimos ayer ya no lo hago más. Que ya no soy una niña. —Dijo Faina con unas pronunciadas ojeras—. Y por cierto ¿y Samuel, fue a bañarse al riachuelo? Es que os escuche hablar.

—Sí. Ha llegado hace un momento. Por lo visto vio en el arroyo a Indira, —dijo Sofia intentando disimular su malestar por las rarezas de Samuel y su hermana. Y más aún, al darse cuenta de que Faina escuchaba las conversaciones íntimas entre habitaciones.

—No te enfades con ellos, —le dijo Faina acariciándole el rostro a Sofia—. Esta niña. A ver si se hecha de una vez un buen marido. La pobre... y se quita de tantas tonterías. Todos los días haciendo deporte. —Dijo Faina negando con la cabeza—. Maldita sea la hora que nos convenció el tiparraco ese. Que locura cada vez que me acuerdo.

—¡Venga! olvídate de eso. —Le dijo su marido.

—¡¡¡TÚ ME CONVENCISTE DE DEJAR A NUESTRA HIJA CON ESE HOMBRE!!! —grito Faina—
¡¡¡TÚ ERES EL CULPABLE DE TODO!!!

—¡Ya está aquí! con nosotros! ¿Por qué te pones así ahora? —dijo Filolao con demasiada tranquilidad. Tenía mal aspecto con los pelos alborotados, pero su cara era serena. Le puso una mano en el hombro a su mujer—. Nos equivocamos, y ahora ya es tarde para cambiar eso. Tenemos que estar unidos, y que nadie nos separe nunca más.

—El único que se equivocó fuiste tú, le clavo el dedo en su pecho... que me convenciste de semejante atrocidad, ya me lo advirtieron todos en la poli; eres un loco muy peligroso. —Ella le apartó su mano del hombro de un manotazo.

—Pero bueno; —interrumpió Sofia intentando aliviar la tensión— lo de echarse un buen marido no es tan mala idea, creo que le vendría muy bien. Eso la quitaría de tantas obsesiones.

—Pues sí, eso digo yo. —Apuntillo Faina.

—Yo me visto y me voy —dijo Filolao tragándose el último trozo de pan mojado en aceites que tenía en su plato—. Que hoy tengo que dar clases. Y voy tarde. Aunque creo que pocos alumnos voy a tener. Seguramente ninguno.

—Espero que cortes de raíz la relación que tienes con ese *erómeno*. No me gusta. Nunca nos ha agradado las costumbres sexuales de los aristócratas, con los que tienen esas prácticas con los jóvenes. No entiendo a qué viene eso ahora. —Faina tiró un plato contra la pared. Filolao se levantó sin decir nada. La miró con desprecio y se fue sin decir nada. Allí se quedaron las dos mujeres en silencio un buen rato masticando el pan con aceite.

—Nosotras cuando desayunemos nos vamos también —dijo Faina— ¡Por cierto, Sofia...! te tengo que confesar una buena noticia, desde el próximo lunes nos acompañará un esclavo a la ciudad para vender pan.

—¿Y para qué nos tiene que acompañar un esclavo a Crotona?

—Para que nos ayude en todo. Lo compré ayer cuando salimos por la noche, lo hice en secreto, os quería dar una sorpresa, pero ya no me puedo aguantar más; nos lo traen el domingo por la tarde, con su equipaje y sus papeles arreglados.

—¡Qué distinción! ¡Ya con esclavo y todo!

—Filolao está todo el día en la academia, y tú y yo todas las mañanas vendiendo panes, más solas que la una. Samuel no puede ayudar, cada vez está más impedido. Creo que pronto dejara de

andar, —dijo Faina mirando al suelo.

—Bueno... —dijo Sofia haciendo una pausa—. Indira podría arrimar el hombro un poco más que creo que tiene mucho tiempo libre.

—Sí, pero ella esta con el bebé, y con la casa, —dijo Faina. Sofia se mordió la lengua. Apreciaba mucho a su suegra. Por lo que no quiso compartir lo que se le pasó por la cabeza.

Mientras tanto Samuel seguía dormido profundamente. Empezó a soñar con Atenas, mucho antes de la guerra y de la epidemia; con aquella vida sencilla que él tenía donde solo era un adolescente que pensaba en hacer trastadas con sus amigos de la infancia; Alcibíades y Admes. Cuando estudiaba en el Ágora con Demócrito.

Sofia entró en la habitación y le dio un beso en la frente. Él no se enteró de nada. Siguió durmiendo. Ella examinó despacio su desmejorado cuerpo; las manos y los pies torcidos, cada día que pasaba sus piernas estaban más delgadas, y la cara más chupada. Sofia suspiró con infinita tristeza, le quitó el *himatión* para que estuviera más cómodo y lo tapo bien con las mantas, hacía fresco. Se marchó de la habitación con el alma rota de dolor. Faina la esperaba en el patio ya subida al carro con Hermes enganchado.

El *oikos* se quedó en silencio...

El bebé dormitaba plácidamente en la cuna; hasta que un ruido en la calle, un cuco, o posiblemente un pájaro carpintero, golpeando con su pico en un tronco lo despertó; abrió los ojos de par en par y sonrió. Se puso de pie y comenzó a dar manotazos en los barrotes de su parquecito. Tenía hambre y sacudía sus manitas sin cesar los palos de su pequeña prisión. Una cuna de madera de pino que le hizo su abuelo antes de él nacer. Allí estuvo mucho tiempo distraído, pero nadie acudía a socorrerlo del aburrimiento. Cada vez se desesperaba más dando golpes más fuertes. Pero los dos hermanos seguían sumergidos en un sueño profundo manso y agridulce.

Calisto se puso de puntillas, pudiendo llegar a agarrar el asa de una cacerola de bronce, que sobresalía de una estantería. El pequeño con su cara redonda y con unos diminutos dientes sonreía con inocencia y afán de explorar el mundo. De tanto tirar de la pesada cacerola al final cayó dentro del parquecito formando un estruendo. Samuel dio una cojeada al escuchar el ruido, se puso de lado y siguió durmiendo como si nada. El bebé empezó a aplaudir. —Mío, mío, mío...— parecía mentira que ya pudiera decir palabras sueltas, se subió sobre el cazo y desde esa altura ahora superior estiró su rolliza pierna para encaramarse por encima de la valla que lo tenía retenido. Desde allí se dejó caer hasta el suelo; ya estaba libre. Gateando fue a buscar a su tía Indira. Sabía perfectamente cuál era su cuarto. Todas las mañanas jugaba allí con ella. Indira le enseñaba a caminar y a desarrollarse fuerte y ágil. El niño estaba increíblemente desarrollado para su corta edad.

Pero Indira seguía durmiendo con la boca abierta; pegaba sonoros ronquidos que al bebé hacían reír. Calisto con asombrosa soltura se subió por una montañita de cojines que había junto a la cama. Llevaba los ojos muy abierto y se reía socarronamente. Se subió encima de su tía, y desde allí le manoseaba la cara a la muchacha. Ella se despertó asustada. No entendía que era lo que pasaba. Adormilada se frotó con los nudillos los ojos, que los tenía hinchados. Y vio a la pequeña criatura con la cara llena de babas, intentando meterle su regordeta mano en la boca. Todo en él estaba pegajoso y húmedo. Indira lo achuchó con cariño, luego lo sostuvo en lo alto girándolo para un lado y luego para otro. El bebé se tronchaba de risa haciendo ruiditos. Ella también se reía viendo ese cuerpo tan macizo que intentaba escaparse de sus manos como un gran pez pegando coletazos.

De pronto Indira se quedó estupefacta mirando a Calisto. Ya que su cara comenzó a cambiar. Su fisonomía se transformaba por momento. Ella lo bajó de las alturas y lo arropó. La criatura inocente y graciosa ahora parecía un viejo grotesco con la cara llena de arrugas. A Indira le entro ganas de lanzarlo contra la pared, pero pensó en las terribles consecuencias que traería hacer eso, entonces se le borro enseguida la idea de su cabeza.

Ante la desconcertada mirada de la muchacha el bebé cerró los ojos, las piernas se le pusieron tiesas. Rígidas como la rama de un árbol.

—¡¡¡Calisto que te pasa!!! —Decía Indira muy preocupada—¿Estás bien? —Ella lo agitaba y le daba golpecitos en la espalda. Parecía que se estuviera ahogando. Los labios le temblaban y su cuerpo se agitó con una ligera sacudida. Allí delante de ella el bebé abrió los ojos. Los tenía blanco como la luna. Y de su pequeña boca brotó una voz con un sonido áspero y quebrado, así como hueco. La voz parecía llegar desde larga distancia, o desde una caverna en la profundidad de la tierra.

—¡HA LLEGADO EL DÍA PARA LO QUE HAS ESTADO PREPARADA! —Dijo Calisto—. TE VOY A ECHAR MUCHO DE MENOS, TITA. NASKA, EL GUARDIAN TE ESPERA.

Indira sintió un escalofrío que le recorrió todo su cuerpo.

La muchacha se levantó con el bebé en brazos, lo llevaba retirado de su cuerpo. Ahora le aterraba ese pequeño ser. Lo volvió a meter en la cuna rápidamente como si llevara un escorpión con el aguijón levantado hacia arriba. Ella lo miraba despavorida. Pensó en pegarle una patada en la cabeza. Pero ahora la criatura volvía a tener su aspecto de siempre, puro e inocente. Le dio agua y pan con leche en un plato y se alejó sin mirar nunca más hacia el crío, que lo escuchaba jugar con una cuchara detrás de ella mientras se alejaba. —Ti-ta ti-ta ti-ta— decía el pequeño llamándola. Pero ella sabía perfectamente que nunca más lo vería en su vida.

Indira temblando por lo que había ocurrido se metió en la cama de Samuel. Tiritaba y tenía la mirada ida. Samuel se despertó cuando ella lo tocó; notó junto a él el calor de su cuerpo tembloroso. Se dio la vuelta y la vio con la cara pálida. Su hermana le pareció más menuda que cuando se vieron la última vez en el río, que era imponente. Ahora parecía una chiquilla.

—¿Qué te pasa? —Dijo Samuel al verla en ese estado. Pero Indira no contestaba. Ella desde su posición, dentro de la cama se quitó el *peplo* que tenía puesto, quedándose desnuda, luego, lo arrojó a lo lejos asomando un brazo que volvió a meter rápidamente debajo de las mantas.

—Hoy es el día —dijo Indira.

—¿De qué hablas? —Dijo Samuel.

—Me contó una vez una historia mi padre adoptivo. El Chamán que me crio. El hijo de puta de Manute. Me dijo que el día que yo despertara iría al Nous, que allí vería quien soy, mi destino. Sabría por qué todo ha sido tal y como es. Y que allí vería a mi mitad.

—Pero... ¿Todavía te acuerdas de todo lo que has visto en aquella dimensión? —Dijo Samuel—. Porque yo solo recuerdo cosas sueltas. Ya se me ha olvidado casi todo.

—¿Seguro? Creo que me has engañado desde el principio. Sabes perfectamente quien soy. A mí no se me ha olvidado. Sé perfectamente a quien represento. Soy Sarasvati y tú Brahama; el dios que lo crea todo. —Se escuchaba el pájaro carpintero golpeando cada vez más fuerte el tronco de un árbol— ¿Por qué huyes de tu destino y de lo que eres?

—No sé de lo que me hablas —dijo Samuel.

—Sí que lo sabes. Igual que yo. Me acuerdo de todo. Calisto me lo ha confirmado, ese niño es especial —dijo Indira. Samuel la miraba avergonzado. Se le había despertado su miembro viril con el roce de sus cuerpos desnudos debajo de las mantas. Indira notó como algo crecía debajo de su pierna y se alegró profundamente al sentir esa excitación prohibida que ella tanto deseaba.

—¿Por qué me miras de ese modo? Me asustas, —dijo él. Pero ella no respondió—. Yo no sabía qué me iba a enamorar de Sofia. De mi vida en la tierra. No quiero volver al Nous nunca más. No quiero ser un dios. Quiero volver a ser un niño.

—No digas más tonterías —dijo Indira tapándole la boca.

Él no se resistió, se dejó llevar por el momento, comprendió que sería inútil luchar contra su hermana.

—El amor es una emoción fuerte que trasciende el tiempo y el espacio, —dijo Indira con su hermano muy cerca. Los dos estaban de lado, con las caras enfrentadas, tan cercas que las narices se rozaban—. El amor es algo que mueve montañas y muchas veces desafía la razón —prosiguió ella— el amor es lo que nos deja aceptar a los demás por quiénes son, a pesar de sus fallos o defectos. Solo los humanos, seres imperfectos, los únicos que saben que es el amor, porque en su fragilidad esta su grandeza. Yo ayer encontré a mi mitad, mi amor eterno, mi sentido; a Brahma. Ya entiendo por qué estoy aquí. Y porque ha sido todo de este modo —ella lo miró con fiereza— para recuperarte. No te resistas más y vallemos al Nous, a recuperar nuestro reino.

—¿Ahora que va a pasar? Tengo miedo. —Dijo él con los ojos húmedos.

—Que volveremos a ser lo que somos. Dioses. Brahma y Sarasvati. Tú me creaste para que contemplara tu creación. Luego... —ella suspiró— acepte este antojo tuyo por amor.

Samuel derramó una lágrima gorda y grande que caía velozmente por su mejilla. Cerró los ojos y entendió que todo iba a cambiar radicalmente. Ya no había vuelta atrás. La vida que él conocía desaparecería para siempre.

Ella se llevó un buen rato cantando canciones muy antiguas... hasta que se quedaron abrazados y acurrucados uno junto al otro por el cansancio. Un silencio acudió a ellos envolviéndolos. Como una burbuja. Un pitido en el interior de los oídos cada vez era más fuerte. Era desagradable, pero a la vez tenía un efecto sedante. Seguían dormidos, pero sus cerebros seguían con una actividad frenética. Hasta que entraron en un profundo trance...

20. Año 2018.



28 de julio.

Ana se levantó deprisa del sofá. Sentía su móvil sonar con el tema Penny Lane de The Beatles. El móvil estaba en el cuarto y había que cruzar toda la casa para cogerlo deprisa antes de que colgaran.

—Sí, dígame —dijo Ana agitada viendo que el número que le llamaba no estaba registrado en su agenda.

—Hola, ¿ya no conoces mi voz? ¿tanto tiempo ha pasado desde la última vez que hablamos?

—¡Hombre si es mi profesor bursátil! Don Raúl Duarte.

—¿Cómo estás Ana?

—Bien. Ya estoy mucho mejor. Pero han sido unos meses muy duros —ella respiró profundamente— Julio era un genio. Estoy completamente segura de que le esperaba una brillantísima carrera como informático. No me puedo ni imaginar hasta donde hubiera llegado si no hubiera desaparecido. No comprendo que es lo que ha pasado. Pero seguro que lo han asesinado. —Ella tragó saliva—. Y Marta... —Hizo una pausa— cada vez que la visito en el psiquiátrico se me parte el alma. No habla, ni me reconoce. Es como un vegetal. Y te aseguro que era una mujer extraordinaria, tan divertida y alegre. Joder. —Dicen los médicos que tuvo que ver algo horrible para entrar en ese estado de shop.

—Pero hay que seguir mirando para adelante. Deberías de plantearte dejar de ir a verla al psiquiátrico. Te haces mucho daño cada vez que vas.

—Lo sé. Ya lo he pensado. Pero no te preocupes, estoy mucho mejor. De verdad.

—Me alegro. Estuve muy preocupado por ti. Y deberías de planteártelo seriamente; dejar esa dichosa investigación. Te tiene obsesionada. ¿Crees que vale la pena seguir con eso?

—Sí. Es importante para mí. Por su culpa hoy día soy arqueóloga.

—Bueno, lo que tú creas. Es decisión tuya. Pero, por favor, cuídate. Vales mucho. La vida es muy bella para desperdiciarla con obsesiones.

—Ya te lo dije, estoy mejor. Bastante mejor. —Asintió Ana con la cabeza.

—¿Volviste a dar clases en la universidad?

—Sí, claro. Ya no paró. Estoy superliada.

—Y sigues operando en bolsa.

—Eso no se puede dejar nunca. Aunque no puedo todos los días. Uno o dos días a la semana —Se rio Raúl.

—Eres la mejor alumna que he tenido. Incluso eres mejor que yo. Nunca he podido igualarte —se volvió a reír Raúl— eres la única persona en el mundo que da clases en la universidad y que a la vez opera en los futuros americanos de Chicago. ¡Dando clases! Joder, cuando me lo contaste me dejo flipado.

—No seas exagerado.

—Sí, es verdad. Nunca he visto ganar tanto dinero en bolsa y en tan poco tiempo. Te aseguro que has nacido para esta profesión.

—Mi profesión es la arqueología. Y lo sabes.

—Claro que lo sé. Por eso te he llamado.

—No entiendo —dijo Ana.

—Me gustaría que conocieras a alguien. Es una persona muy sensible, que ha pasado mucho, como tú; es alguien especial. Pero en muchos aspectos es todo lo contrario a ti. Es bueno, noble; no quiero decir que tú no seas buena persona; indudablemente lo eres. Incluso inocente. Te encantara. Estoy convencido.

—Pero para que quieres que lo conozca. No me estarás buscando novio. Ya sabes que no puedo tener relaciones serias. Estoy con la universidad, el trading y todo el resto del tiempo que me sobra, que es poco lo dedico a mi misterio. A mi obsesión como tú le dices.

—Lo sé. Solo serán algunos días. Quiero que lo asesores. El chaval está perdido. No sabe qué hacer con su vida. Ha conseguido ser rico con las inversiones. Lo mismo que te enseñe a ti. Pero se sigue sintiendo un desgraciado. Lo mismo que te paso a ti.

—Bueno, lo que tú veas. Pero yo me tengo que ir la próxima semana a Italia.

—Muy bien. Pues quedamos allí. ¿No somos ricos?

—Bueno, vale. Te mandaré por correo los días que estaré en Roma y donde.

—Vale. Tú me lo mandas y ya vemos como lo hacemos. Eres un sol. —Raúl tosió varias veces, parecía acatarrado—. Sabía que me ayudarías. Es importante, ya que, si no, no te molestaría.

—No te preocupes. Para eso están los amigos.

—Pues lo dicho, espero tu email.

—Adiós, Raúl.

—Adiós, Ana.

Ana cuando colgó se alegró mucho de hablar con su viejo profesor de trading. De los buenos ratos que echaron juntos en su casa de Santander.

«Por culpa del trading casi dejo la arqueología. Que poder de absorción tiene esta actividad». —Pensó Ana.

Ella miró su reloj de pared, marcaba las 14:45. Se le ilumino la cara. Se levantó con prisa y encendió el ordenador. Luego, se calentó un café mientras reiniciaba el PC. Ana nada más tener delante el ordenador preparado con el graficador abierto se dispuso a graficar la pantalla. Era el mercado de futuros del e-mini SP 500. El mercado de futuros que mueve más dinero en el mundo.

21. El castigo de Naska.



Ya no se encontraban ni en la cama, ni en el *oikos*, ni en el *Pequeño Edén*. Se hallaban en aquella dimensión atemporal. No entendían como había pasado; pero otra vez estaba allí. *¿Cómo había ocurrido?* No lo sabían, pero simplemente estaban. Y Naska se encontraba de espalda a ellos, de pie y con los brazos en jarra.

—Habéis puesto en peligro la última realidad. ¡Y eso no os lo perdono! —Naska se giró 180 grados en el mismo sitio, sin tener que mover los pies—. Te lo advertí grandioso Brahma, este experimento ha llegado demasiado lejos, hay que terminar con esta locura, —dijo Naska mirándolo fijamente a los ojos—. Eres un irresponsable. —El Ser Ignoraba descaradamente a Sarasvati. Su rostro mostraba resentimiento.

—Pero de que hablas. Tú solo eres el guardián. Nuestro obediente esclavo. Nosotros creamos el Nous —dijo ella furiosa encarándose con Naska—. Te estás sobrepasando con los dioses que crearon este lugar, los que son tus amos. No lo olvides.

—Sí. Es verdad. Yo soy vuestro humilde sirviente. Pero eso va a cambiar, me disteis poder por si esta aventura salía mal. Y ha salido mal. Habéis jugado a ser humanos. A nacer y morir; y os habéis hartado de follar como conejos. Ahora a Brama se le está antojando no volver a ser un dios, —dijo con sarcasmo— todo para seguir sintiendo miedo, amor, sexo y lujuria. Solo por aburrimiento podéis destruir este lugar. ¿Cuál será el próximo antojo? ¿Nos imagináis las consecuencias de este acto? —el cielo empezó a oscurecerse de nubes negras que se movían velozmente por un fuerte viento que empezó a crearse alrededor de ellos.

—No será para tanto —dijo Samuel desde más atrás.

—No os imagináis hasta donde podéis llegar si seguís por el camino que habéis comenzado —dijo Naska colorado y con una pronunciada vena en la frente— ahora Sarasvati ha descubierto quien es. —Naska empezó a cambiar de color, cada vez estaba más colorado—. Yo sabía que esto pasaría. ¡Y HA PASADO! —grito.

—Entraremos en la pirámide; Y recobramos todo nuestro poder. —Dijo Sarasvati empujando a Naska con todas sus fuerzas. Pero él ni se movió ni un solo milímetro.

—¡Indira estate quieta! ¡Déjalo! —Grito Samuel—. Todavía no estamos preparados para enfrentarnos a él.

—Ustedes lo habéis querido —bufó Naska que se estaba transformando en un toro gigante ante el asombro de ellos.

—Indira miró a Samuel. —Lo siento; pero yo no voy a permitir esto de un ser inferior a nosotros. Se va a comer sus palabras.

Indira, que ahora era Sarasvati, gritó y el suelo bajo sus pies se agrietó en varios socavones. Los músculos de su cuerpo se hincharon como nunca habían estado antes. Ella sudaba como si le hubieran arrojado un cubo de agua o de aceite sobre su cuerpo. Mientras seguía creciendo el toro gigante la diosa no paraba de pegar puñetazos con sus cuatro brazos en el costado del animal. En cada porrazo se escuchaba un trueno. Pero no le hacían nada; la bestia ni se inmutó.

—No vas a conseguir nada, estate quieta por favor, —dijo Samuel dentro de su cabeza. — Ella en ese momento le pegó un bocado en la pierna provocándole un boquete por el que sangraba

un líquido amarillo. El Ser se quejó.

—Tú lo has querido, —dijo Naska. En ese momento el toro le dio una coz con violencia a la diva que rodó por el terreno a por lo menos a treinta o cuarenta metros chocando varias veces contra el suelo, como una piedra lanzada por un niño al agua para verla saltar.

—Estate quieta, no ves que no vas a conseguir nada. —Ananda agarraba a la chica por uno de los brazos.

—¡SUÉLTAME! —gritó ella magullada. Samuel abrió la mano y la dejó irse. Sabía que no la podría convencer, estaba fuera de sí.

Ella se levantó del suelo visiblemente magullada, se sacudió el polvo y la arena que tenía pegado al cuerpo. Empezó a dar pasos hacia atrás para coger carrerilla. Dio una carrera con largas zancadas y cuando estaba a cuatro metros más o menos del toro gigante saltó. Sarasvati agitaba sus cuatro brazos gritando con los ojos inyectados en sangre. La bestia o lo que fuera ese Ser que ahora era incomparablemente más poderoso que ellos, trincó a la chica en su vuelo por un pie. Indira bocabajo parecía un animal de otro mundo, un molusco con forma humana que pateaba luchando con desesperación. Pero todo era inútil. Lo malo, lo que vino después. Cuando de repente sin hacer ninguna gesticulación, el monstruo con toda su potencia y su infinita crueldad sacudió contra el suelo el cuerpo de la bella diosa. Como si su vida no tuviera ningún valor. Una y otra vez. Una y otra vez...

Samuel que ahora era Ananda; impresionado y estremecido cuando ella giró su cara llena de moratones; y manteniéndole la mirada le sonrió; con los ojos colmados de lágrimas; y le dijo en un último aliento que él había sido lo mejor que le ha pasado en su eternidad. Y allí mismo sucumbió, sin él poder hacer nada.

—¡¡¡NOOOOO!!! —Grito Samuel. Recordando sus pesadillas.

—No te preocupes Ananda, Samuel, o Brahma —Dijo el toro gigante—. Sois dioses, no os puedo aniquilar. Pero si os voy a mandar a los dos a realizar un *Samsara* hasta el fin de los tiempos. Naceréis infinitas veces sin ninguna posibilidad de volver a ser dioses. Como seres mortales. Esto que habéis hecho ha estado muy mal.

—¡¡¡¿Dónde está Indira!!! —Grito Samuel con una voz que hizo temblar la tierra.

—Ya está viajando a su próxima reencarnación —dijo el toro gigante que estaba de pie todavía con la chica inmóvil colgando sin vida de su mano.

—¿Qué va a pasar con Filolao, con Faina, Sofia y con Calisto? Me gustaría despedirme de ellos, son mi familia en la tierra. Se volverán locos buscándonos. Será muy cruel. No entenderán que ha pasado con nosotros.

—A lo mejor tenéis suerte, y alguna vez coincidiréis con tu adorada mujer, o tus padres... en alguna reencarnación, pero la verdad... son tan pocas las posibilidades que lo dudo. —El Toro cerro los ojos—. Lo siento. Pero yo no puedo ver el futuro, ese don no me lo disteis. Todo esto es por vuestra culpa. —Sentencio.

—¡No digas eso! —vocifero Samuel— ¡Me quiero despedir de Sofia! La quiero y siempre la amaré.

—Lo que tienes con Sofia no es amor —resopló el toro gigante— ustedes lo habéis querido así. Habéis jugado con las leyes de la naturaleza. Estáis desterrados para siempre. Naceréis infinitas veces en un *Samsara* sin límites. Sarasvati nacerá siempre dos años antes que tú. Y siempre por un motivo u otro os encontraréis. Ella y tú. Tú y ella. Algunas veces ella será tu madre, otra tu hermana y otras tu amante. Pero nunca más recordaréis nada de esto. Ya no habrá chamanes ni nadie que os encuentre, que os ayude. Donde os voy a mandar no existe nada de eso. La gente es superficial y boba. Y no lo olvides, como tú decidiste venir al mundo esta última vez,

así serás siempre, un discapacitado físico de un modo u otro, siempre nacerás con alguna invalidez. Para que sientas la vida con limitaciones. Como tú decidiste. Un dios que necesitara auxilio toda una eternidad. En cada ser con discapacidad puede estar tú, cualquiera sabe. —Se rio—. Lo siento Brahma. Pero estoy cumpliendo tus órdenes. Lo que me pedisteis para conservar la verdad última. El Nous.

—¿Qué pasará con Calisto? —pregunto Samuel sollozando.

—Ya veré. Es un peligro. Y un semidios suelto puede hacer muchas atrocidades. Recordar a Heracles, la que lio.

—¡Noooo!

—Sí, lo tendré que eliminar. A él sí puedo.

Ahora caía del cielo rojo cenizas como copos de nieve.

—Yo no podré ver y tú lo sabes todo. —Dijo Ananda sentado en el suelo tranquilamente, representando a Brahma y con los bellos ojos castaños de Samuel—. Aun así, mi vida no será en vano, porque sé que volveremos a encontrarnos, lograré el modo de recuperar lo que es mío. A Sofía, a Indira, Calisto y el Nous, —hizo una pausa— pero sobre todo recuperar mi memoria.

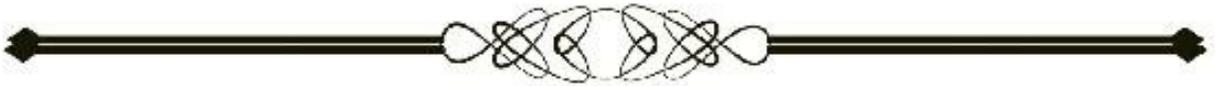
—Eso espero. —Dijo Naska—. Para mí sería un honor volver a ser tu sirviente. Pero lo dudo.

El Toro apoyó una pata sobre la cabeza de Brahma, y Brahma, o Samuel, con el cuerpo de Ananda, entró en un profundo sueño; desapareciendo de aquel lugar...

Durante un tiempo indeterminado estuvieron
en silencio, sin escuchar nada,
sin ver nada, sin sentir nada, como si todo fuera una fantasía, o una pesadilla, o tal vez una
poesía;
flotando en la eternidad...
Como una mota de polvo cruzando el universo.

Hasta que apareció Álex.
Desde lo más simple a lo más complejo.

SEGUNDA PARTE



22. Necesito un cambio.



Agosto del año 2018...

«¡Ojú, madre mía! ¡cómo pica el sol! La verdad que se me está antojando darme un bañito; pero creo que hoy va a ser bastante difícil, por no decir imposible. Ha venido el ciento y la madre que los parió; demasiada gente para mi gusto». —Se mojó los labios con la punta de su lengua—. «Como se nota que ha empezado otra quincena, y encima en el peor mes del verano, agosto, el mes en el que se para el mundo, por lo menos aquí en Sevilla». —Álex seguía reflexionando, pero el ruido era insoportable para sus selectos oídos, se escuchaba por los altavoces de megafonía “música comercial”, lo que más odiaba en el mundo—, «si por lo menos fuera Miles David, Bod Dylan o, aunque solo fuera Frank Sinatra. Pero no, tienen que poner música de ocasión. La primera que pillan que esté de moda. La puedes escuchar durante horas, días, incluso semanas... y ni te inmutas; pura basura, vacía de sentimiento, sin personalidad ¡qué asco!». —pensó Álex. Era curioso como mínimo, ver a un tipo como él; un tío delgado, un metro y ochenta y un centímetros de estatura, rozando lo destartalado, aunque guapo, sí, hay que reconocer que era muy apuesto; pero allí estaba en el filo de una piscina, con su cara anillada moviendo los labios, como si estuviera hablando con alguien, pero no había nadie con él; estaba más solo que la una y amargado por su vida—. «Que manía tiene todo el mundo con cogerse las vacaciones en este dichoso periodo del año, que cutres. Es como si el país se detuviera, se congelará» —reflexionaba mientras se colocaba el bañador ya que lo tenía un poco caído—. «No decían en la televisión que todavía estábamos en crisis, que este año 2018 era un año de retroceso en los mercados. ¡Una mierda, no tienen ni puta idea! A lo mejor en el 2019 algún retroceso llegará, porque la verdad que no para de subir el SP 500, que ritmo lleva desde hace cuatro años; y eso no se puede sostener durante tanto tiempo. Por eso no me gusta ver la caja tonta, que solo sabe decir mentiras. ¡Qué crisis ni ocho cuartos! Desde el 2014 ya no queda ni rastro de la crisis. Y quien me diga lo contrario será porque no ve los gráficos de los mercados financieros». —Álex chasqueó la lengua como solía hacer cuando terminaba una reflexión. De mientras delante de él un socorrista le llamaba la atención a un hombre de mediana edad que se pretendía meter en la piscina con un vaso de cristal, posiblemente un ron o un wiski con Coca-cola—. «Espero que pronto se despeje la piscina, ya que me imagino que en algún momento tendrá la gente que ir a almorzar; ¡digo yo! Esa será mi oportunidad para poder bucear tranquilo, sin tanto barullo antes de subir a trabajar. Porque lo que es ahora casi no puedo ni meter el dedo gordo del pie en el agua, ¡qué asco de bañistas! ¿Cuántos fluidos corporales flotarían viajando libremente de boca en boca? ¡por Dios que repugnancia!» —la luz se reflejaba en la superficie del agua deslumbrando los delicados ojos de Álex—. «Con todo lo que yo he luchado para ser millonario y poder pertenecer a un club de esta categoría y al final no puedo practicar el único deporte que me gusta, bucear. En fin, esperaré un poco más y si no me voy para casa, que ya no queda mucho para ponerme delante de las pantallas».



Álex, a sus 40 años, en el borde de la piscina de la piscina y de su vida, de pie, y con unas gafas exclusivas, de sol graduada marca Sunglass Hut; estudiaba a todos con mirada acusadora, recapacitando que cojones hacia allí. En un club de lujo con gente que no le decían nada. «¿Por qué no habré comprado aquella casa tan hermosa con piscina individual en Colina Blanca?». —Pensó...— «Con todo lo que he sufrido para poder llegar a vivir de esta profesión. La actividad más difícil de todas las que existen en este mundo; que a la vez tiene unas ventajas inmejorables. No tengo a nadie por encima que me diga lo que tengo que hacer. Solo tengo que rendir cuentas ante mí y mi tabla de resultados Excel». —Elegía su horario de trabajo, su sueldo, sus vacaciones, incluso donde y cuando jugar; porque trabajo tal como conocemos esa palabra no era. Más bien era un juego, y una actividad mágica que se salía de las normas establecidas. Con un portátil en una cafetería, en la habitación de un hotel, o en cualquier parte lo podía realizar. Solo hacía falta una buena conexión a internet. Todo ello es lo que hacía dificultoso dominarlo: Ya que nuestro peor enemigo en esta actividad somos nosotros mismos, conocernos no es fácil, ya que a nadie le gusta ver sus miserias; sus limitaciones, sus miedos, su avaricia y etiquetas; y eso es lo que lo hacía complicado. A Álex le había costado mucho trabajo y dolor entenderlo. Pero al final lo consiguió. Allí, de pie, inmóvil como una estatua de piedra, como una gárgola; se daba cuenta de que todavía había cosas que modificar si quería seguir su metamorfosis. Y ser feliz completamente. Su mutación no estaba terminada del todo, ya que notaba que algo no encajaba. Algo no iba bien. Ya dominaba su oficio, era rico. Tenía que irse, desaparecer, empezar de nuevo; pero no sabía dónde ni cómo.

«Voy a tener que dar un paso más en mi evolución y salir de este antro». —Pensaba Álex asqueado—. «Me costó mucho esfuerzo poder salir de aquella detestable fábrica de cerveza donde trabajaba como operario de producción. Bueno, más que trabajar más bien estaba como un esclavo, como un negro en un campo de algodón en Misisipi en el año 1846. Me he dejado la piel en ello, y a mucha gente atrás, y este club, estas personas no son lo que yo estaba buscando, me he confundido y hay que reconocerlo», —cerró los ojos y sintió el calor sofocante sobre sus parpados—. «Me equivoque creyendo que era una buena idea apuntarme a este círculo y a estas ridículas actividades; golf, tenis, los infinitos consteles, las conversaciones vacías... Luego llamaré a Raúl, la única persona que me puede ayudar a decidir qué puedo hacer. Mañana lo veré y quiero saber la hora y el lugar exacto donde quedaremos. ¿Por qué me habrá citado en Italia? ¿Qué estará planeando hacer este culo inquieto?». —Un obeso niño se tiró a la piscina a bomba salpicándolo a todo lo largo a Álex, pero él no se dio ni cuenta; siguió con los ojos cerrados. De repente recordó la pesadilla que había tenido esta noche. Era la tercera vez que se le repetía desde hace dos semanas. Eran unos sueños intensos que lo dejaban todo el día trastornado, colérico y con dolor de cabeza—. «Veo a todas estas personas y me dan lastimas. Individuos vacíos, ociosos, superficiales y sin pasiones, solo buscan distracción. Con obligaciones que no anhelan... Luego se apuntan a un club de esta clase y la mayoría para aparentar. ¡Qué asco!» —un chispazo en su alborotado cerebro formó una nueva sinapsis, la unión de dos neuronas, produciendo el comienzo de un nuevo pensamiento y cambiando su estado emocional sin él darse cuenta del proceso—. «Pero bueno, yo he hecho lo mismo que ellos. Tampoco tengo derecho de criticarlos. Joder, ya estoy otra vez como siempre. No soy mejor que ellos. ¡Ojú! Madre mía ya estoy otra vez hablando solo, y seguramente moviendo los labios, que manía más tonta».

Álex seguía en el filo de la piscina. Se estaba mareando con el acaloramiento de ideas y el

sol que castigaba con fuerza... entonces empezó a buscar con la mirada borrosa alguna cara conocida. Y no veía a nadie. Había madres gordas como un sofá de piel, una pareja de adolescente metiéndose mano debajo del agua, padres éticos, atléticos, morenos, brillantes, aceitados y “perfectos” mirándoles el trasero a chavalas bien formadas que podrían ser sus hijas; ancianas con muletas y con el pelo marcado como de otra época, muchachos en coro planeando que inventarán esta noche... un zoológico de diferentes modos de ver la vida. *«Porque vidas, mundos, existen tantos como personas en la tierra»*. —Decía un libro que una vez, hace muchos años leyó Álex, y ahora sin saber por qué le vino al recuerdo.

—¡¡¡Álex!!! —Le dijo una voz por detrás despertándolo súbitamente de su enajenación.

—Hola, Rafa. No te había visto.

—¿Qué haces hay pasmado? pareces un maniquí del Corte Inglés. —Rafa miró, escaneo al filo de la piscina, había una señora madura pero muy atractiva con un bikini muy pequeño para su edad, con la cabeza hacia atrás tomando el sol—. Te llevo observando un buen rato desde las hamacas de la zona de los trampolines. Y estabas moviendo la boca ¿estás hablando solo? —Rafa volvió a mirar a su amigo.

—No, serán imaginaciones tuyas —dijo Álex avergonzado.

—Sí tú lo dice —dijo Rafa sabiendo perfectamente que él tenía esa manía.

—¿Dónde habéis puesto las toallas? —pregunto Álex.

—Ya te lo he dicho, en las hamacas junto a los trampolines... ¿te pasa algo? Te veo raro... bueno, un poco más de lo normal. —Rafa lo miraba extrañado por su embobamiento.

—Me duele la cabeza. Solo es eso.

—Ten cuidado con el sol. Es malo para la castaña, —le dio un chorlito en la cabeza—. Y con lo blanco que estas, chico deslumbras. Para hablar contigo hay que usar unos cristales ahumados, como los que usan los soldadores de la obra que yo llevo. —Dijo Rafa que era perito de obras públicas—. A ver si te vas a quemar como una gamba a la plancha.

—Yo me echo protección de grado cincuenta —Rafa se rio

—No seas pijo... ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Hoy prefiero no salir. Quería leer varias cosillas que tenía pendiente. —Álex se quitó las gafas de sol cambiándosela por sus gafas corrientes redondas de estilo Harry Potter—. Mañana me tengo que levantar muy temprano.

—¿Y eso? ¿No estás de vacaciones? ¡Estamos en agosto!

—Yo estoy de vacaciones todo el año —dijo Álex—. Vivo como un turista. Vivo de mi pasión. Sin horarios establecidos... sin tener que rendir ante nadie.

—No digas tonterías... siempre estas igual, no sé cómo te aguanta Paula. ¿Pero... qué sales de viaje turístico?

—Cojo un avión, me voy a Roma unos días. Una semana.

—¿Qué estás pensando hacer allí? Roma es muy ordinaria.

—Todos somos romanos. Somos producto de lo que paso en el mediterráneo hace más de 2000 años. Qué no se te olvide.

—Sí tú lo dices. —Dijo Rafa sin entender ese comentario.

—Me estás mosqueando con tanto decir ¡SI TÚ LO DICES! No lo digas más por favor.

—Perdona, chico, no sabía que hoy estabas tan tiquismiquis.

—Pues sí —dijo Álex no muy convencido de que su amigo fuera a respetar su intención de viajar a Roma—. No estoy para bromas.

—¿Me lo dices o es un secreto?

—¿El qué? Te estás poniendo muy pesado. —Dijo Álex.

—¿Qué vas a hacer en Roma?

—Voy a entrevistarme con alguien. Quiero hacer un cambio radical en mi vida. Y él es el único que me puede ayudar —dijo con voz insegura.

—¿Un cambio? Que raros estas. Bueno, allá tú.

—Simplemente es eso, un cambio. Lo que me falta para conseguir estar donde me merezco.

—Algunas veces es un coñazo hablar contigo, pero bueno, lo dicho. Si se te apetece estamos a las 22:00 en el restaurante de Diego. He reservado una mesa para doce personas. Allí no te aburrirás. Por si cambias de parecer.

—Gracias por la oferta. Me lo pensaré. Pero no creo que vaya.

—¿Y Paula, tu pelirroja... está aquí en Tomares?

—Sí, está en casa. Se ha echado un rato en la cama. Tenía molestias. —Suspiró Álex moviendo la cabeza— ya sabes lo de siempre, le dolía el estómago. No lo está pasando bien con lo de su problema. La tienen que operar del Crohn. Y en fin, tú sabes lo cabezona que es. La mitad de las veces no se toma las pastillas.

—Bueno, no te preocupes. —Le puso la mano en el hombro—. Vera como con la operación se queda de maravilla. Yo tengo una amiga que tenía lo mismo. Eso del Crohn o como se llame. Le quitaron un trozo del intestino... y ahora está más guapa que nunca —dijo con cara afilada.

—No sé —dijo Álex preocupado.

—Pero sí tú no vas a venir que por lo menos que venga ella. Díselo. Para que se distraiga. Que la saca muy poco.

—Se lo diré. Pero que sepas que ella puede salir cuando quiera. Ya es mayor de edad... Somos solo amigos. Ya te lo he explicado muchas veces. Se queda a dormir algunos días en mi casa; nos une una gran amistad.

—¿Será una folla amigo? —Rafa se rio vulgarmente.

—Eres muy ordinario. ¿Piensas seguir así toda tu vida?

—Venga, no te enfades; que no es para tanto. Me voy a tomar una copa, que estoy seco como una mojama, —Rafa se fue alejando por el borde de la piscina como un felino, y a mitad de camino se dio la vuelta— ¡dile a Paula que si luego se encuentra mejor que se venga con nosotros! ¡Qué seguro que no se arrepentirá! —Vociferó desde lejos con cara de lobo—¡¡¡Eres muy aburrido tío!!!

Álex sabía perfectamente que no iba a ir; tenía cosas más importantes que hacer, además, los amigos del club cada día le cansaban más. Pero quiso ser educado. Se quedó solo otra vez. En el filo de la piscina reflexionando. Al poco tiempo empezó de nuevo con su manía de mover los labios cuando pensaba, como si hablara solo. Dejo sus delicadas gafas de cristales graduados en el suelo, sobre sus sandalias y se retocó su pelo castaño claro, casi rubio, casi de niño, casi angelical... el cual le caía por la frente tapando sus bellos ojos azules.

De repente delante de él apareció un hueco entre la muchedumbre; un minúsculo trocito donde no había nadie, un pequeño vano donde poder lanzarse. Álex sin pensárselo una sola vez se arrojó en picado de cabeza al agua... El silencio que se producía al entrar de golpe en el medio acuoso le fascinaba desde que era niño. Nunca se le había dado bien los deportes, siempre había sido un enclenque, pero bucear era diferente, era como entrar en otra dimensión; en su medio natural. Al poco tiempo su reloj de oro Cartier empezó a sonar; debajo del agua era un pitido lejano y analgésico que le indicaba que ya eran las 14:00 en punto, el momento de subir a casa. Ya que pronto tendría que trabajar en su actividad. Como casi todos los días de lunes a viernes. A las 15:00 horas tenía que estar fresco, en las mejores condiciones delante de sus tres pantallas de

ordenador para graficar y a las 15:30 jugar a la maquinita un rato. Se enfrentaría como todos los días a las mentes más inteligentes y truhanes del planeta, hasta las 16:00 (solo 30 minutos al día como mucho). Entrar y sacar su trocito del gigantesco pastel de la economía global. Y luego a seguir con otras cosas (leer, sus pinturas al óleo, hacer yoga, pasear, tocar su bajo eléctrico Höfner, en forma de violín; una imitando idéntica al de Paul Mc Carney)

23. El Trading.



Álex se metió en su guarida. Cerró la puerta, pero sin echar el cerrojo. Encendió el ordenador y las dos pantallas. Esperó un momento al reinicio y metió su clave de doce dígitos combinados con letras y números; la misma que usaba para todas sus claves importantes. Su memoria dejaba mucho que desear. Luego pico dos veces el icono que estaba en el escritorio, la plataforma de Ninja Trader. Mientras se terminaba de encender el ordenador salió de la habitación para prepararse un café. Su rutina diaria antes de operar en la bolsa de Chicago.

—Qué pasa nena, —dijo Álex al ver a Paula preparando un gazpacho en la cocina.

—Haciendo algo fresquito para cenar esta noche, —dijo ella sin mirarle. Paula tenía aspecto de estar cansada.

—Mañana me voy a Roma.

—Sí, ya me lo dijiste. Has quedado con Raúl, dale recuerdos míos —dijo con rostro anodino.

—Se los daré —la batidora empezó a sonar interrumpiendo la conversación—. ¿No te molesta que vaya? —dijo Álex cuando el motor se calló.

—No, ¿por qué me tendría que molestar? —Volvió a sonar la batidora. Pero Álex desenchufó apresuradamente el cable para que le dejará hablar.

—Me voy a Roma una semana, sin ti. ¿No te molesta?

—Pero es para hablar con Raúl. Sé que es para algo importante. Además... ¿tú y yo que es lo que somos?

—No lo sé. ¿Tú que crees? —ella volvió a enchufar el cable de la batidora y la hizo funcionar.

Sonó la maquina triturando los tomates sin interrupción durante al menos tres minutos. Cuando ella terminó de hacer una crema suave desenchufó la batidora y la metió en el fregadero con agua.

—Solo quiero que te animes. Últimamente te veo apagado, sin ilusiones. No sé lo que te pasa Álex —dijo ella pasando el gazpacho por un colador— ¿Qué te pasa? Te veo diferente. Antes no eras así.

—No lo sé, la verdad..., estoy asqueado por todo —se mordió un labio— pero no te preocupes que Raúl me echará un cable. Estoy totalmente seguro de ello.

—Eso espero —Álex miraba por la ventana de la cocina que daba al jardín donde estaba el campo de golf.

Ella se acercó por detrás y le dio un beso en la mejilla. Él sacó su café soluble del microondas y se marchó a la guarida. Esta vez sí hecho el pestillo para no ser interrumpido. Seguidamente puso el móvil en modo avión. Y se sentó delante del ordenador.

«Vamos a colocar este soporte, este también... y ahora esta tendencia, esta resistencia, —pensaba Álex dibujando a gran velocidad en el gráfico de velas japonesas—, ahora las líneas de Fibonacci... este canal... yo creo que ya está bien. Bueno, la ventana del volumen la aumentaré, y hoy pondré una media de doscientas sesiones. No quiero perderme ningún movimiento largo. A lo mejor dejo una posición de swing varios días abierta; ya veremos».

Álex sé hecho hacía atrás en su silla. Observo la pantalla, y comprobó las pocas líneas que ahora usaba para graficar. Ya no tenía indicadores, bueno, solo el volumen, para seguir a las

manos fuertes; y sus líneas reales que dibujaba con precisión sobre el gráfico de velas en la temporalidad de tres minutos. Se daba cuenta de su transformación en el trading. Recordó sus comienzos con la pantalla repleta de medias móviles, macd, estocástico. Miró la hora en el ordenador y ya solo faltaba dos minutos para las 15:30; la apertura de los futuros americanos del mini SP 500.

Configuro ninja Trader para operar con veinte contratos. Tenía la esperanza de coger un buen pellizco. Se veía una tendencia clara desde las 06:00 de la mañana y presentía que hoy iba a dejar de operar durante una buena temporada. Seguramente como en otras ocasiones Raúl le iba a dar la vuelta como un calcetín a su mundo. Por lo que quiso apostar fuerte.

El mercado abrió con fuerza en contra de la tendencia del día, Álex sonrió al ver que era como siempre, los profesionales intentaban tirar a los aficionados al agua moviendo la barca saltando los stops de protección de todos los novatos. El precio empezó a perder fuerza, y cuando tocó la línea que él tenía dibujada en el gráfico, el precio emprendió el retroceso esperado por él. El pico de volumen llegaba a quince mil contratos en la vela de tres minutos. En ese momento Álex sin mover ningún músculo, como un robot y sin sentimientos le dio al botón izquierdo del ratón lanzando sus veinte contratos en corto. Abrió la pantalla de temporalidad de un minuto. La observo con detenimiento; sus pupilas se dilataron al máximo y sus pulsaciones cardíacas se aceleraron a ciento cuarenta por lo menos. Pero el precio retrocedió rápidamente un par de puntos, marcando cuatro mil dólares de pérdida. Álex comenzó a respirar lentamente, quitó la mano del ratón e inició su cuenta; uno, dos, tres, cuatro y... en ese momento justo antes de pronunciar el cinco el precio retoma la dirección que Álex había apostado. En la siguiente vela de un minuto el precio con violencia recorrió diez puntos hacia abajo. Álex observó con el rabillo del ojo el pico de volumen de ventas, y sin pensárselo una sola vez duplicó el número de contratos. Ahora operaba con cuarenta contratos; era la primera vez que hacía algo así, nunca había puesto tantos contratos en una sola sesión. El precio seguía cayendo. Ya tenía más quince puntos por contrato de beneficio. El precio se detuvo durante treinta segundos aproximadamente. Retrocedió dos puntos. Álex volvió a agarrar el ratón con firmeza. Y volvió a contar; uno, dos, tres... de repente volvió el precio a dar otro tirón de cuatro puntos en corto. Estaba dando coletazos. Álex colocó una orden de cierre (limitada) para cuando el precio llegará a una zona de posible rebote. Ajusto el stop más cerca. Sabía que en agosto la mayoría de los profesionales estaban de vacaciones, por lo que el precio no podía hacer demasiados desplazamientos para el escaso volumen que solía haber en este mes del año; y con lo que ya se había movido era más que suficiente. Al final el precio tocó la orden limitada que Álex tenía colocada estratégicamente y la operación se cerró con un beneficio de 480 puntos. Contemplo el dinero obtenido en la pestaña de su cuenta; como cada punto en el mini SP 500 son cincuenta dólares, por lo que terminó con una ganancia de 24.000 dólares en menos de quince minutos. Rápidamente apago el ordenador, ya que había batido su récord diario. Sabía perfectamente que si volvía a operar una sola vez más perdería el control y desperdiciaría todo lo ganado hoy, y posiblemente lo de toda la semana, incluso de varios meses. Los años le habían enseñado a fuerza de dolor que una vez conseguidos tus objetivos diarios había que salir corriendo y esconderse antes que los leones, los lobos o los tiburones se lo comieran.

Álex excitado fue a buscar a Paula a la cocina. Estaba conmocionado por lo que acababa de hacer. Le temblaba las manos y estaba sudoroso. Nunca había ganado tanto dinero en una sola sección. Había superado su récord de veinte contratos doblándolo. «¡¡¡He metido cuarenta contratos!!!» —Se decía una y otra vez. Pero ella ya estaba dormida en la cama. Paula había tenido turno de noche en el hospital. En la oscuridad de la habitación Álex se quitó la ropa para

quedarse desnudo; se acostó junto a ella. Le encantaba pegarse a su cuerpo y oler su piel de canela y acariciar su fino pelo de color cobre.

24. Conil. 1988.



—Esta niña siempre está sola, ¿te das cuenta hermana Dolores? —dijo la madre superiora en la orilla de la playa.

—Sí, me pone muy triste. Nunca juega con las demás. ¿Qué podríamos hacer madre? Me tiene preocupada, —dijo la joven novicia.

—Vamos a hablar con ella. Ven, tengo una idea —dijo la madre superior.

La niña con doce años y con toda la inocencia que tienen las niñas con esa edad... por lo menos en la década de los años 80, sin internet, sin móvil, sin *PlayStation* y sin tantas cosas que antes, que hace tan poco ni existían. Ella se distraía en la orilla con un cubito, varias palas y un rastrillo roto. Intentaba hacer con la arena húmeda un recinto con torres en los extremos, pero las olas se lo tiraban una y otra vez con la corriente del mar.

—¿Qué haces cariño? —pregunto la monja de mayor rango y edad.

—Un castillo.

—Ya veo. Muy bonito. —La novicia se puso en cuclillas para hablar a la misma altura, mientras la madre superiora la miraba atentamente—. Pero donde lo estás haciendo llegan las olas. Ahí nunca podrás construir tu fortaleza. Te deberías de ir un poco más atrás. Donde no llega el agua.

—Entonces es muy fácil, —dijo la niña.

—¿Por qué no vamos con las demás a jugar? Están allí en el agua, ¿la vez? —varias chicas de su edad, y algunas algo mayores jugaban en lo hondo con una pelota de goma.

—No quiero jugar con ellas.

—¿Por qué? Ana... ¿por qué no juegas con tus compañeras?

—Ellas no son como yo —dijo la chiquilla.

—Sí lo son. También son huérfanas, como tú. Y también han sufrido mucho. —Hubo un silencio donde las dos eclesiásticas observaban atentamente lo que hacía la pequeña.

—¿Por qué tuvieron que morir mis padres?

—Seguramente Dios los necesitaba en el cielo, —Se miraron las dos monjas sin saber qué decir.

—Yo también los necesito. Echo de menos los abrazos de mi madre, y los juegos de mi padre. —Se le saltaron las lágrimas a la chiquilla.

—Lo sabemos. —La monja que todavía estaba agachada cogió a la niña por las asilas y la subió cogida en brazos. La apretujo con fuerza contra su pecho; y le dio un beso en la mejilla—. Vera que bien vas a estar con nosotras, cariño. —El viento soplaba con fuerza moviendo los finos cabellos de la chiquilla—. ¿Te gusta la playa?

—Sí. Mucho —dijo Ana.

—¿Sabes cómo se llama esta playa? —Dijo la madre superiora acariciándole el rostro y apartando algunas lágrimas que tenía por la cara.

—No. —Ana miraba con los ojos muy abiertos a la monja— ¿Cómo se llama?

—Conil —dijo la monja deletreando cada letra—. Si quieres vendremos todos los fines de semana. Hasta que empiece el colegio.

La niña apoyó la cabeza en el hombro de la religiosa y cerró los ojos.

25. Roma.



Agosto del 2018...

El aeropuerto internacional Leonardo da Vinci, en la ciudad de Roma estaba como siempre, atiborrado de gente. El caos como suelen ser las cosas en Italia a lo grande. Pero Álex, de todos modos, independientemente del bullicio estaba aislado, hermético, en su burbuja concentrado en sus cosas. Pero sobre todo excitado, ya que una vez más vería a su amigo y tutor Raúl Duarte, un mexicano muy particular. El que posiblemente le daría las claves para cambiar su estado de insatisfacción con la vida. Hacía ya nueve años que no se reunía con él en persona; y la verdad tenía muchas ganas de darle un fuerte abrazo. Álex a lo largo de estos años siempre mantuvo un contacto fluido con su mentor. No pasaba más de quince días sin saber de él. Estaban al tanto el uno del otro, pero casi siempre por vía email, algunas veces por video conferencias; y en ocasiones, muy pocas, por teléfono. Álex respetaba profundamente a Raúl y nunca quiso invadir su apreciada y estricta privacidad. Sabía lo importante que era para él. Por lo que no se habían vuelto a ver en persona desde que le dio el último curso individual y personalizado donde Álex pudo por fin comprender la maquina más eficaz para el crecimiento personal, el trading intradía en el mercado mini SP 500; los futuros americanos: En aquel momento, y solo entonces es cuando aprendió a controlarse ante el miedo a perder, a la turbación a ganar, a controlarse ante su ego, respetar las normas de su sistema; y sobre todo a aceptar la inseguridad; el futuro siempre es incierto, no se puede predecir o calcular con precisión; y eso último es lo que más le costó... ya que siempre había sido un niño metódico, extremadamente ordenado, rozando lo patológico. Pero el mexicano le hizo simplificar al máximo la vida y su forma de entender la maquina de producir dinero como decía Raúl.

—¡Taxi! —Grito Álex nada más salir del aeropuerto al ver a uno pasar por la vía de servicio.

—¿Dove ho signore? —dijo la taxista cuando paró en seco produciendo un olor a goma quemada.

—¿Si puó parlaré spagnolo? —dijo Álex aparatosamente. Ella lo miró perpleja, no dijo nada. Álex decidió meter por su cuenta su maleta en el porta equipaje, luego, se acomodó en el asiento de atrás leyendo un viejo diccionario italiano-español. —¿Sabe usted por casualidad hablar español? —dijo Álex. Ella sonrió, como aguantando la risa. Se retuvo alargando el momento y disfrutando de cada segundo...

—Sí, sé hablar. —Dijo por fin. Ella se levantó las gafas para verlo mejor—, de hecho, soy de Cádiz. —Le dijo la taxista— ¿Nos hemos visto antes? Me suena su cara...

—Joder, que alegría me das. ¡Me lo podría a ver dicho a la primera! Porque yo italiano cuatro palabras y poco más.

—Pues aquí me tienes para lo que deseas, ¡Picha! —Los dos se miraron queriendo decir algo que se quedó en la punta de sus lenguas, produciendo un silencio que se hizo eterno pero dulce como la miel— ¿Seguro que no nos hemos visto en algún lado?

—No sé. Cualquiera sabe, —dijo él sin mirarla a la cara. Buscaba en una carpeta la dirección a la que tenía que ir— dicen que el mundo es del tamaño de un pañuelo.

—La verdad que sí. Será eso. Disculpe por insistir.

—No pasa nada. Tengo una cara muy común. Por cierto... me tienes que pasar su número de teléfono... La necesito para moverme por la ciudad. —Álex levantó la cabeza y la miró—¿Cómo se llama?

—Patricia, para servirle, —dijo abriendo la boca enseñando unos dientes perfectos. Ella se quitó un elegante sombrero con una gran bola blanca en la coronilla y una pequeña visera de color morado... dejando caer una larga cabellera de color negro. Luego ella lanzó su gorro hacia el asiento de atrás. —Álex sin poder remediarlo se quedó sorprendido con tanto glamour.

—Si le soy sincero usted no aparenta ser una mujer taxista.

—En Italia todo el mundo va bien arreglado. —Ella se retocaba los labios color rojo intenso mirándose en el espejo interior del coche— ¿Vas a estar mucho tiempo en Roma?

—Una semana. Tengo que ver a un amigo.

—¿Pero usted también es andaluz? ¿No? Porque tiene un acento que no veas.

—Sí, soy de Sevilla, del tardón.

—¿El tardón? ¿Eso que es?

—Una barriada de Sevilla, sí... Sevilla capital, de Triana. Pero ya no vivo allí. Luego me empezó a ir las cosas mucho mejor y me mude a otra barriada, bueno, en verdad es un pueblo, pero esta muy cerca. Ahora vivo en Tomares.

—Tampoco me suena.

—Pues es uno de los pueblos con la renta percápita más elevada de Andalucía.

—Lo dicho, me llamo Patricia, soy de Cádiz, y estoy a su disposición para lo que necesite, ¡picha! Sé perfectamente lo que es llegar a un país extranjero y no saber moverte por él y encima no saber hablar su idioma.

—De momento lléveme al restaurante Marcello, —dijo Álex ofreciéndole un papel con la dirección—, por lo visto es un lugar muy famoso, esta en el centro de Roma, en la barriada di Trevi. El que esta detrás de La Fontana di Trevi.

—Sí, claro que sé dónde es. ¿Quién no conoce a Marcello? Ahora mismo le llevo. ¿Pero tiene prisa? ¿va con el tiempo justo, o nos podemos desviar un poco? Me gustaría enseñarle algo único. Para mí es un lugar mágico. Y es una pena que venga a Roma y no lo vea.

—Vamos bien de tiempo. Todavía quedan dos horas para mi cita con Raúl —dijo Álex mirando su reloj.

—Ya que usted es paisano mío. Tómese como un favor personal, creo que le va a encantar. ¿Le gusta la edad antigua? —dijo la taxista; pero Álex reflexionaba moviendo los labios en una conversación interna, de las que él solía tener cuando estaba concentrado.

—¿Se ha enterado de lo que le he dicho? dijo ella. Pero Álex seguía con sus pensamientos. Alelado... La taxista le parecía cualquier cosa menos una trabajadora del servicio público de transporte.

—Sí, si... Dígame.

—¿Sí le gusta la edad antigua?

—Sí, claro. Me encanta. Pero no soy un experto, solo un aficionado. Yo estude electrónica de telecomunicaciones, como casi todos en mi época... pero vamos... nunca he ejercido dichos estudios. Casi siempre fui operario de producción en una fábrica de cerveza.

—Es para que vea una cosa que seguramente no habrá visto nunca, bueno, a lo mejor si lo ha visto, no sé, puede ser... pero no como yo se lo voy a enseñar hoy. Mañana se cerrará el paso al público y no se sabe si alguna vez lo volverán a abrir. Es nuestra última oportunidad. Y creo que vale la pena, usted me ha caído bien. Además, estoy convencida de que lo conozco de algo.

—Pero recuerde que he quedado a las 12:30 en el restaurante. Mi amigo almuerza muy temprano —miró otra vez su reloj de muñeca—, Pero todavía queda tiempo para esa visita que promete ser como mínimo interesante. —Álex guardo su viejo diccionario de italiano-español en su macuto de mano—. Sí no me equivoco en Italia hay la misma hora que en España, ahora son las 10:37 ¿no?

—Efectivamente, esa hora es. No se preocupe que vamos bien de tiempo. —dijo la taxista con una mirada inteligente y fría—. No se arrepentirá.

Patricia salió del aeropuerto que estaba a treinta km de la ciudad de Roma. Cogió por la autopista y en veinte minutos llegó a la metrópolis. El vehículo iba veloz como si llevara a alguien de vida a muerte al hospital.

Una vez que entro a la ciudad empezó a circular por las calles de Roma, llegando al casco antiguo. Álex la observaba desde el asiento de atrás, y no recordaba nunca haber visto una taxista tan moderna, tan elegante, y mucho menos tan atractiva. Llevaba una minifalda conjuntada con unas botas de cuero hasta las rodillas, y una chaquetilla de pelo largo azul turquesa. Parecía que fuera a desfilarse un pase de modelo de VALENTINO, DOLCE & GABBANA o GIORGIO ARMANI, ya que la chica aparentaba ser más una modelo que otra cosa.

Cada vez los callejones eran más estrechos, incluso en alguna ocasión dio algún que otro rose con los espejos retrovisores por las paredes de los viejos callejones de Roma. A ella eso le daba igual, o por lo menos eso aparentaba. Se reía sin disimular su felicidad. Miraba a Álex por el espejo interior como queriéndolo probar. «¿Cuánto aguantara este tío sin pedirme que baje la velocidad?» pensó ella. Los transeúntes se quitaban a su paso dando literalmente un salto, ya que Patricia iba peligrosamente veloz. Álex en un principio no le quiso llamar la atención, creyó que era lo normal conducir de esa manera en Italia, pero al final se tuvo que agarrar al pasamanillo interior del vehículo en una curva muy cerrada.

—¡Por favor! Un poco más de espacio. ¡Qué nos vamos a matar!

—Tiene mala cara ¿le pasa algo? —le dijo Patricia viendo que Álex tenía el rostro pálido.

—Por favor, aminore un poco la velocidad, que llevo el corazón en la boca.

—No se preocupe. Está todo controlado. Además, ya estamos muy cerca. Casi hemos llegado... A la vuelta de la esquina... un poquito más... atravesando ese arco del triunfo... paramos el motor...

¡¡¡Ya hemos llegado!!!

—¿Qué es esto? Que maravilla. Pero creo que ya lo he visto, o por lo menos en fotos o en algún programa de televisión —miro por la ventanilla— hay mucha gente.

—¿No sabe que es? No me ofenda por favor. Seguro que lo conoce, pero hoy lo verá de otra manera, sin secretos.

—No estoy seguro, pero me suena mucho. ¿Es un Panteón romano?

—El Panteón de Agripa. Fue rediseñado en la época de Adriano, quien mandó hacer este monumento en el 125 d. C. en honor de todos los dioses. Precisamente por esto, es que su forma es circular, para poder darle la misma importancia a cada uno de ellos.

—La verdad que es una preciosidad. Yo siempre he sido un inculto en historia, pero desde hace un tiempo, desde que fui a Mérida me estoy interesando cada vez más por el mundo clásico. —Ella de mientras sacaba de la guantera una linterna y la guardaba en su bolso—. Creo que le debemos mucho a estas civilizaciones, de hecho yo me alegro cuando mi amigo me cita en Roma. Yo viajo poco. Y Atenas y Roma estaban en mi lista de ciudades por visitar urgentemente, —ella lo miró detenidamente. Le pareció tan frágil.

—Las cosas no pasan por que sí. Todo tiene un motivo. Sí usted ha venido a Roma es por

algo. —Álex no dijo nada, y tuvo que apartar la mirada de ella, que le observaba sin pestañear; le ruborizo que Patricia le pudiera leer algunos de sus sucios pensamientos que se le pasaron por la cabeza sin poder remediarlo—. El templo es muy antiguo y aunque no lo aparente esta muy deteriorado. Se va a cerrar al público desde mañana. Hay que reformarlo, y serán muchísimos los años en lo que estará cerrado al público. Me gustaría que lo viera por dentro, pero como nunca ningún turista lo ha visto antes. Ahora lo entenderá. Sígame.

—¿Sabe usted mucho de historia para ser una simple taxista? —dijo Álex.

—No siempre he sido taxista. ¡Además, es de los pocos monumentos que son gratis en Italia! ¡Venga vamos! No se lo digo más.

Patricia ya estaba casi entrando por el portico del Panteón; le hacía señas con la mano a Álex para que se aligerara. Él la miraba embobado, ahora fuera del coche era mucho más atractiva de lo que aparentaba ser cuando estaba sentada detrás del volante.

—El Pórtico está sostenido por dieciséis columnas de granito egipcio. Las cuales fueron construidas en Egipto y transportadas por miles y miles de kilómetros hasta llegar a donde se encuentran actualmente. —Decía orgullosa la taxista—. Y la puerta es de bronce, tiene casi siete metros de altura. Ahora cuando pasemos a dentro te sentirás diminuto.

—¡Es increíble! Lo que tiene que pesar. —Decía Álex acariciando la maciza y gigantesca puerta.

—La cúpula es la parte más impresionante, tiene un diámetro de cuarenta cuatro metros; es la más grande que se ha construido hasta ahora sin cemento armado. —Le decía Patricia una vez dentro del enorme habitáculo.

—Le agradezco mucho que me haya traído para ver este monumento tan hermoso. Que como usted dice a lo mejor cierran para siempre al público desde mañana. Para mi es un honor.

—Es complicado de explicar, por lo menos a los no expertos, pero nadie sabe quién lo proyecto, —dijo Patricia— no hay documentación que registre el arquitecto que diseño esta magnifica obra de la arquitectura universal. Y los romanos lo apuntaban todo, y todo es todo; lo dejaban minuciosamente anotado en sus libros, se lo aseguro. Hasta lo más insignificante, por lo menos en el periodo del imperio. Apuntaban hasta el numero de sacos de trigo que utilizaban para hacer el pan que repartian en el circo. Eran muy meticoloso con sus estadísticas.

—¿Seguro que usted es taxista?

—Ya le he dicho que sí. No sea pesado.

—¿Nadie sabe quién diseño el Partenón? —pregunto Álex simulando sorpresa. Pero en el fondo no comprendía y mucho menos valoraba la importancia de lo que ella le estaba contando sobre no saber el arquitecto que diseño el edificio.

—Nadie lo sabe. Como si alguien no quisiera que sepan de su arquitecto. Ese dato es como si lo hubieran eliminado de sus registros. Pero yo tengo una sospecha. Él mismo arquitecto borró todo indicio. Es algo difícil de explicar. Sígame por este pasillo. —La insólita taxista miró hacia los lados para comprobar si alguien miraba a donde ellos se encontraba, y abrió una pequeña puerta a ras del suelo, se veía muy antigua, que estaba camuflada con el entorno de la pared.

—Venga pase y rápido que nos van a ver. Que no tengo todo el día.

—Pero... es que...

—Entre y no haga tantas preguntas, agáchese que se va a dar un coscorrón, —Insistía Patricia con toda naturalidad—, pase, pase, que ahora se lo explico. —Patricia le tiró del brazo para que se agachara y pasará de una vez por toda.

Tras su paso la chica cerro la puerta. Encendió una pequeña pero potente linterna que llevaba en el bolso, y siguió caminando con prisa por un pasillo muy oscuro.

—¿Seguro que se puede estar aquí dentro? Dijo Álex preocupado.

—La verdad si le soy honesta aquí no se puede estar, si nos pillan se puede liar una buena. Pero no se preocupe, vera como vale la pena tomar ese riesgo. Venga que le voy a enseñar una cosa... y por favor, deja de preguntar, cállese un poco, relájese y disfrute del momento. ¿Usted siempre esta así de tenso? —Álex no dijo nada. Pero la miró mosqueado.

Patricia alumbró con la linterna a otra puerta que había más vieja todavía que la anterior, la cual al intentar abrirla se descolgó ya que estaba muy deteriorada, solo estaba agarrada a una bisagra oxidada.

—Venga sígame, —dijo Patricia quitando una cinta de plástico rojo y blanco donde había un cartel de “*Non passare pericolo*” prohibido pasar.

—Pero es que yo me tengo que ir. He quedado. ¿Qué hora es? —Álex intentaba mirar la hora en su reloj de pulsera en la penumbra, pero le fue imposible.

—Será tan solo un momento, el restaurante de Marcello esta muy cerca. Incluso desde aquí se puede ir andando. No se preocupe, sé lo que hago.

Álex seguía a la insólita y peculiar taxista por un pasillo en pendiente, que cada vez era más estrecho y oscuro. Ella con tacones altos y finos andaba muy rápida; hasta que llegaron a una gran sala.

—Parece que usted ha estado por aquí muy a menudo. Se ve que conoce el lugar a la perfección.

—Ya hemos llegado. Tranquilícese. Que muy pronto nos vamos a ir a su cita. —A ella le brillaban los ojos como dos bombillitas.

—Eso espero. Que esto dure poco, la verdad que me estoy arrepintiendo de haber entrado aquí. —Álex observaba las impresionantes pinturas del techo. Los colores se mantenían en perfectas condiciones, como si se hubieran terminado de pintar hace una semana.

—¿Le gustan los frescos del techo?

—Sí. Están muy bien conservados. Que colores. ¿Parece un demonio castigando a mucha gente? ¿A quién representa?

—No se sabe, hay varias teorías. Y es difícil de definir su origen. Pero tiene que ser de origen oriental, de eso no hay la menor duda. —Álex observaba con la boca abierta como el demonio pinchaba con una especie de lanza a muchos hombres que tenía metidos en una red que sostenía con la otra mano. Se reía y se burlaba de todo lo que estaba pasando. Era una escena cruel y no acta para personas sensibles.

—¡Qué horror hay en esta pintura! —dijo Álex con cara de repugnancia—. ¡Hay tanto sufrimiento en este fresco!

—Ve lo que pone en la pared. Mire, mire lo que hay tallado en esta piedra—. Ana alumbró el viejo y mugriento muro con la linterna para que él lo pudiera leer.

Hoc enim artifex inauguratur Philolai Crotoniatae posuit primum lapidem.

—¿Pero esto es latín? —Álex la miró—. No sé lo que quiere decir.

—Sí, claro. Es verdad. Disculpe.

—¿Qué significa? —dijo Álex cada vez más ansioso.

—*Filolaus de Crotona inaugura esta obra como el arquitecto de este templo poniendo la primera piedra.*

—Es muy antiguo. Es una variante de un latín muy primitivo, y eso es inexplicable. No concuerda el mensaje, ni la gramática ni las posibles fechas de la construcción del Partenón de Agripa. Y mucho menos con este arquitecto-matemático que inaugura la obra. Es todo muy insólito por decir algo. No se me ocurre una palabra mejor. —Ella suspiró—. No sé por que le estoy contando esto a usted. Es algo que me tiene obsesionada. Le pido disculpa por hacerle perder su tiempo.

—¿Pero quien es *Filolaus*? Y por cierto... —Pregunto Álex—, perdona que insista tanto... pero... ¿Seguro que usted es solo una taxista?

—El matemático y arquitecto Filolao de Crotona si estuviera vivo cuando empezó la obra del primer Panteón, del que estuvo antes del de Agripa, que se supone que fue sobre el 40 años a.C. Filolao tendría en aquella época 400 años más o menos. ¿No crees que es difícil, muy difícil que alguien llegue a esa edad? O este escrito es falso. O es una broma muy pesada.

Álex acariciaba con la yema del dedo los surcos del nombre de Filolaus. Estaba absorto ante una situación tan fuera de su vida cotidiana. Él era tradicional, metódico y previsible. Se preguntaba que hacía allí. En ese momento se escuchó un crujido muy fuerte que provenía del techo. Parte de él se desplomó.

Y todo se quedó a oscuras...

26. Sevilla 1992.



Un lápiz va escribiendo una historia; real, fiable, inventada, soñada... cualquiera sabe. Los recuerdos con el paso del tiempo me engañan y me hacen confundir lo que verdaderamente paso, ¡hace tantos años de aquello! Los sentimientos saben exagerar lo bueno que ocurrió, y lo malo lo borra para protegerme del dolor. Pero el caso era que allí estaba yo; de pie, con tan solo catorce años. A punto de conseguir un tesoro, o por lo menos así lo veía yo en aquel momento. Mis amigos se habían ido a la exposición universal de la expo 92 de Sevilla, a pasar el día. Pero yo me inventé una excusa para no ir, que estaba malo, devolviendo o con diarrea, yo que sé; ya no me acuerdo cual fue el pretexto exactamente. De todos modos, estoy seguro de que nadie me creyó, pero me dio igual, mis amigos ya estaban acostumbrados a mis rarezas por lo que no insistieron. Decidí quedarme en casa. Llevaba fantaseando con este gran día mucho tiempo; hoy 30 de junio de 1992. El día que me traerían mi encargo en el quiosco de mi barrio, *La Escalerilla*, como le decían y creo que como le siguen diciendo. Eran las 11:30 de la mañana, y el calor ya era abrazador en una de las ciudades más calurosas de Europa.

Pedro el quiosquero me entregó el libro y una bolsa de plástico para que lo metiera. Me aleje algunos pasos de la puerta para contemplarlo. Por fin tenía en mis manos el vademécum que tanto soñaba tener: HISTORIA DEL TIEMPO: DEL BIG BANG A LOS AGUJEROS NEGROS. De STEPHEN W. HAWKING. Tenía claro que ser astrónomo, cosmólogo era lo que más me apasionaba en la vida. Acariciaba el libro. Lo abrí y olí con nervio sus hojas. Leí la contraportada y sentí placer, un placer que iba más allá de todos los placeres que había conocido. Mi fe en ese libro era algo que rozaba peligrosamente lo religioso, por algún motivo sentía que ese libro me abría una puerta de comprensión de lo infinito. Metí la obra en la bolsa y no quise ir a mi casa. Me dirigí al parque de los príncipes, para no ser interrumpido por nadie en un acto tan íntimo como el de comenzar a leer un libro. Nada más llegar al parque que estaba a diez minutos caminando de allí busqué un banco, que estuviera bien escondido de la vista de todos, me senté a la sombra de un naranjo y allí me quedé leyéndolo durante todo el día. Fui absorbido por sus páginas. Cuando me di cuenta eran las siete de la tarde. Estaba mareado de tanto analizar tanta información. No sabía si seguir allí leyendo o irme para mi casa. Ya que vivir con una madre esquizofrénica te da muchas ventajas; podía llegar a cualquier hora, prácticamente hacer lo que quisiera, es como si viviera solo..., pero precisamente hogar, tranquilidad no es lo que yo tenía. No sabría cómo definir mi situación, he buscado varias veces en mi cabeza alguna palabra para describir lo que era, pero no encuentro nada adecuado. Al caso vivía solo con mi madre que tenía una enfermedad mental, nadie me iba a reñir, nadie me iba a reprochar nada, nadie me iba a aplaudir ni abrazar... por no haber ido a almorzar; o incluso por no haber ido a dormir en varios días. Por lo que decidí quedarme un rato más en el parque leyendo. Por algún motivo que nunca comprenderé entendí en ese momento que ese libro era la respuesta a todas mis preguntas. Lo que yo no sospechaba que el libro de mi vida, el que lo cambiaría todo, el que, si diera respuestas, y el que de verdad me abriría a un mundo sin límites no llegaría hasta muchos años después. Con *Mueve tu dinero y hazte rico: de Aitor Zarate*. El que me llevo a Raúl Duarte y a muchos otros maestros.

Álex en el interior del bungalow le seguía contando su vida a aquella mujer tan hermosa que lo miraba atentamente.

27. Restaurante Marcello.



En el restaurante de Marcello, sentado junto a una pequeña mesa de madera de caoba estilo Luis XIV estaba Raúl; mirando la hora que marcaba su Rolex dorado. La una en punto del medio día. A sus 58 años se conservaba muy bien. Un poco calvo en la coronilla, alto y fibroso. Estaba claro que era un hombre que se cuidaba. Tenía sospechosamente el pelo negro, sin ninguna cana y con poquísimas arrugas, ¿cirugía estética? Cualquiera sabe. Se hallaba tranquilo y sosegado en un sofá de escay bebiéndose una cerveza Peroni mientras leía el periódico *Made in Italy*, un magacín financiero. Analizaba las noticias sobre los principales mercados internacionales.

«Como suele pasar cada vez que he quedado con mi amigo de Sevilla la puntualidad no es su punto fuerte». —Pensaba Raúl dando un largo trago a la cerveza que tenía aferrada en la mano—. «*Buen invento el que hizo la civilización de Mesopotamia*» —decía en su cabeza mirando el líquido dorado que contenía su copa a tras luz—, «*si no fuera por este brebaje no existiría la escritura. Le debemos mucho a la cerveza*». —Y siguió leyendo el periódico.

En ese momento se abrió la puerta del restaurante y apareció Álex, sucio y polvoriento. Se sacudía la ropa en la entrada. Raúl se levantó enseguida y se dirigió a su encuentro.

—¿Qué te ha pasado? Parece que vienes de trabajar de un polvero. —Reía Raúl— ¡qué sucio vienes! Sigues siendo un desastre.

—No te rías de ese modo, que no te puedes ni imaginar lo que me ha pasado.

—¿Pero me lo vas a decir? ¿Dónde te has metido? ¿Por qué vienes tan desaliñado?

—Una taxista, muy sexi, de Cádiz ni más ni menos. No te puedes ni imaginar cómo era. ¡Qué flipe de mujer! Me ha llevado a ver el Panteón de Agripa, a una sala fuera del acceso al público, que vaya tela lo que hemos tenido que hacer, espero que no haya cámaras de video. Aunque, creo que no nos ha visto nadie. Si no me he metido en un buen lío. Y encima en la puerta del Panteón había una pareja de Carabineros. Joder con la tía. No sé por qué entre allí.

—Sigo sin entender por qué vienes con esas pintas.

—Raúl, escucha... —Álex se acercó a su amigo para hablarle muy cerca del oído para que nadie escuchara lo que le iba a decir—. Nos metimos por una puertecita muy vieja, donde nadie puede entrar, un lugar cerrado al público. ¿Entiendes lo que te digo?

—No comprendo. Explícate mejor.

—Cuando estábamos en una sala subterránea, por debajo del Partenón, joder... se derrumbó un trozo del techo, menos mal que no me cayó de pleno, si no, nos hubiera matado al instante. Que miedo he pasado. —Raúl acercó despacio su cara a la suya y le dio un beso en la frente, a lo siciliano, como solían dar en las películas de la mafia italiana. Luego sonrió, y se quedó mirándolo un rato en silencio.

—No has cambiado en nada, querido Álex.

—¿Por qué me has dado un beso?

—Si te doy un abrazo me vas a poner echo un asco mi traje de Armani. —Suspiró Raúl—. ¿Cuántos años han pasado desde la última vez que nos vimos en Sevilla?

—Nueve años y tres meses —dijo Álex separándose de Raúl.

—¿Y qué hacías de visita turística? Pareces tonto ¿No habías llegado esta mañana? —Raúl lo miraba con los ojos muy abierto.

—Yo que sé, ella me convenció. Joder es paisana mía. La taxista insistió, y me dio apuro decir que no. Te aseguro que era una chica fascinante. Me quede embobado escuchando lo que me contaba. Sabe muchísimo de historia. Una taxista no puede ser de esa manera.

—Sigues sin saber decir que no a una mujer, —Raúl rio escandalosamente con una tos de moto vieja—. Bueno, espera un momento, voy a hablar con el *maître* del restaurante, es amigo mío, seguro que te puede dejar algo de ropa. Creo que tiene tu talla. Es delgado como un palo. Así no puedes estar en Italia... y menos en Marcello.

Álex se lavó en el baño y se puso la ropa que le trajeron. Parecía un espantapájaros, le estaba grande de hombros. Luego se sentó en la mesa donde estaba su amigo esperándolo con una copa de vino tinto en la mano.

—¿Quieres unas aceitunas? Están riquísimas —Raúl le acercó el cuenco a la nariz—. Quita, quita que me dan asco. No aguanto su olor. ¿Ya no te acuerdas? Seguro que lo haces queriendo.

—Por cierto ¿le ha pasado algo a Ana? —Dijo Raúl.

—... un momento... yo no te he dicho el nombre de ella. Además, se llamaba Patricia.

—¡Sí! ¡me lo has dicho! —insistió Raúl—. Aunque a lo mejor me he confundido, no sé por qué he dicho Ana.

—Yo creo que no. Pero bueno, si tú lo dices, —se quedó Álex pensativo— «*si te lo he dicho no me acuerdo*» —pensó Álex— «*pero Ana no lo he dicho seguro*».

—¿Me lo vas a decir?

—El qué cojones.

—¿Si la chica está bien? Joder me desesperas. ¡Qué de energía hay que gastar para hablar contigo!

—Sí. Ella está bien. No le paso nada. Bueno, se puso toda llena de polvo, como yo. Aun así, estaba tremendamente encantadora. Luego al salir todo el mundo nos miraba, imagínate salir de aquella pequeña y vieja puerta... y tan sucios. Menos mal que los carabineros se habían marchado. Luego en la entrada al Partenón nos despedimos. Ella me ha dado una tarjeta con su teléfono por si yo la quería llamar para contratar sus servicios por Roma. Pero no sé por qué pienso que ella no es taxista. ¡Era tan elegante! Tan culta, Joder, parecía una modelo. La verdad que estaba muy buena.

—No digas tontería. No será para tanto. Solo que en Italia las mujeres se arreglan mucho. Solo es eso. —Raúl llamó con la mano al jefe de comedor para que trajeran la comida—. Eres muy impresionable chico.

—Te aseguro que era una mujer espectacular. Y encima era como si la conociera. Ella pensaba lo mismo, incluso me lo preguntó, pero yo no le eché cuenta y disimulé. Pero es verdad. Me suena su cara. Su manera de hablar. No sé. Era algo extraño.

—¿Lo de siempre Raúl? —pregunto el *maître* inclinándose hacia adelante con un paño sobre su brazo.

—Sí, pero esta vez para dos. Él comerá lo mismo que yo.

—Sigues igual. Eligiéndole la comida a todos los que te acompañan a la mesa.

—Bueno, cambiando de tema... ¿a qué has venido a reunirme conmigo? Por qué esta urgencia. ¿Tan mal lo estás pasando?

—Ya te lo dije por correo, y luego por teléfono. Necesito un cambio Raúl, —dijo Álex con ansiedad—. He hecho todo lo que me dijiste. Me he leído todos los libros que me aconsejaste. He

cambiado mi forma de vivir, cuido la alimentación, hago yoga, intento ser buena persona... ya domino mis miedos cuando opero en los mercados financieros, gano mucho más dinero del que nunca me había imaginado que podía ganar... pero...

—¿Dime?! ¿Te falta algo? ¿No? —dijo Raúl.

—Sí. Pero no sé qué es... me siento vacío. Después de tanto luchar en estos años para poder vivir como yo quería y al final me siento así. ¿Qué me pasa Raúl? Soy millonario... y ya no trabajo en aquella maldita fábrica de cerveza donde antes estaba. ¿Te acuerda? Era un simple operario en una empresa deprimente.

—Yo sabía que tarde o temprano te pasaría.

—¿El qué? —dijo Álex.

—Lo que te está pasando... Yo ya me lo imaginaba lo que me ibas a pedir. No sé por qué me lo suponía. Por eso hemos quedado en Italia.

—Ahora el que no entiende soy yo, te puedes explicar mejor —dijo Álex.

—Vamos a ver. Primero tú no eres rico de cuna. Naciste pobre. Y por lo que tú siempre me has contado, eras bastante desgraciado. Nacisteis en unas circunstancias muy duras. Por lo que todavía tienes grabado a fuego la mentalidad de necesitado. Las personas que nacen ricas, su riqueza la ven normal. Se han educado en ella. Por lo que son simplemente ricos, y viven acorde a su riqueza porque la aceptan. Tú todavía vives como un pobre. Sin aceptar tu riqueza, tu dinero. Por eso te apuntas a un club de pacotilla. Todo lo centras en el trading, en tu negocio de inversiones. Quieres gastar tu dinero de una manera sabia. Y tienes que entender que las personas buscamos destinos, objetivos, metas... para estar encauzado hacia algo. ¿Tú eras feliz mientras montabas este negocio? ¿Mientras aprendías a operar en los mercados?

—Fue muy duro. Tú lo sabes. Me ha costado mucho sufrimiento, —decía Álex—, pero la verdad que era feliz, porque sabía que cada vez estaba más cerca. Comprendía que casi siempre perdía, casi todas las operaciones eran perdedoras, y comprendí que si hacía todo lo contrario a lo que estaba haciendo se convertirían en operaciones ganadoras. Y todo empezó a cambiar. —Álex le dio un trago a su cerveza.

—Yo no te he preguntado eso. Simplemente si antes de vivir del trading, de las operaciones bursátiles eras feliz, ¿te sentías igualmente vacío como ahora?

—Estaba pletórico. Era muy feliz. Sí. Es verdad, era un simple operario de una triste fábrica de cerveza, pero jodidamente feliz. Cuando podía operaba. En el coche, en una cafetería, en la biblioteca... donde me pillara... pero estaba contento... ¿Qué me ha pasado Raúl? ¿Por qué ahora me encuentro así? —le volvió a dar otro trago más largo a su cerveza casi terminándola—. Soy millonario y no tengo que rendir cuenta a nadie, lo que siempre quise.

—Que ya no tienes objetivos. Antes eras pobre, y querías ser rico. Operabas para vivir. Y el trading no lo es todo. Ya eres rico ¿Ahora qué? Hay que saber qué hacer con el tiempo y el dinero. Para ti los futuros del mini SP 500 han muerto, ya no son importantes.

—No creo eso que me dices. ¡Los futuros siguen siendo muy importantes en mi vida! Me molesta que digas eso.

—A que ya no te excitas operando en la bolsa. ¿Ya no se te pone la polla tiesa cuando vas ganando 10.000 dólares? Y dime la verdad. —Raúl le agarró la mano con fuerza, la tenía suave como la piel de un bebé—. Contesta. Las inversiones bursátiles han terminado para ti. Ahora viene algo mejor. Lo tienes que aceptar, y cuanto antes mejor para ti.

—Tú me enseñaste que tenía que ser frío como un témpano de hielo si quería vivir de esto. No te entiendo ahora.

—Tienes razón. Te enseñe eso para que empezaras a ganar dinero. Pero no te he enseñado a

vivir siendo rico. Eres un pobre con una máquina muy eficaz y poderosa de producir dinero. Ahora hay que dar un paso más. Te tienes que dejar de tonterías y de club de babosos. ¡Vives como un bobo! Pareces un niño mimado.

—Sí, lo sé. Lo del club es una estupidez. Pero no creo que sea por eso mi falta de alegría. Hay algo que no va bien, y no sé qué es.

—Por supuesto que no. Ya te lo he dicho. Mientras aprendías a invertir en bolsa eras un hombre feliz. Y mira que eras malo. Te juro que nunca he tenido un alumno peor que tú. Pero lo conseguiste, y se terminó tu lucha. Ahora tienes que empezar de nuevo. Otra batalla, otra guerra, otra meta mayor.

—¿De nuevo?

—Tienes que tener otro objetivo. Ya tienes solucionado la forma de ganarte el sustento, eres dueño de tu tiempo, no tienes jefe, pero ahora tienes que plantearte que hacer con el tiempo que te queda de vida, —Raúl se calló mientras un camarero llenaba las copas— que espero que vivas muchos años. Tienes tan solo 40 años. Recuérdalo pimpollo. Y no vale apuntarse a un gimnasio, o aprender chino... Eso son ocupaciones para rellenar el tiempo. Algo que te apasione de verdad, ¡cojones! —Raúl golpeó la mesa—. Algo que te haga levantarte a las cuatro de la madrugada. Por cierto... ¿Cómo esta Paula? ¿Sigue aguantándote?

—Está bien. Bueno, con sus pastillas para el estómago, ahora le han sacado la enfermedad de Crohn, —dijo Álex con una cara sin expresión—. Creo que me gustaría casarme con ella. Pero no sé. No lo tengo claro. Pero me gustaría dar un paso en nuestra relación. O terminarla. No sé. También en eso estoy hecho un lio.

—¿Pero tú la quieres? ¿la amas?

—Sí. Pero es que ella no...

—No tiene tus inquietudes —dijo Raúl cortando a Alex.

—Eso es.

—Pero... ¿la amas? ¿sí o no cojones?

—Con locura. —Hizo una pausa para beber vino de su copa—, ella ha sido mi único amor, o lo más parecido a eso que llaman amor.

—Pues eso es el amor. Has elegido una profesión extraña y rara como ninguna. Y ella no tiene por qué entenderla. Simplemente tiene que amarte y apoyarte. La mujer del torero no tiene por qué entender el oficio, aunque lo mejor es que lo conozca, pero no es importante en el amor. Siempre respetando algunas cosas todo irá bien. Sabías que la primera mujer de Einstein era científica, como él, y se llevaban fatal. Luego se casó con su prima, que era todo lo contrario. Un ama de casa normal y corriente. Incluso yo diría simplona, sin ninguna aspiración a nada en la vida. Pero con ella es cuando el sabio alemán empezó a ser feliz como nunca lo había sido antes.

—No sé qué hacer el resto de mi vida —dijo Álex desilusionado.

—Si no fueras trader, inversor bursátil ¿qué te hubiera gustado ser?

—No sé. Siempre me ha atraído la astronomía.

—¿Qué es eso? ¿las estrellas y los planetas?

—Estudiar el universo, los cometas, agujeros negros, las estrellas... pero sobre todo comprender que había antes del Big Bang.

—No sabía que eras aficionado a esas cosas. Joder, eres raro de cojones.

—Pues sí. Me hubiese gustado haber estudiado la carrera de Astrofísica.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Odio las matemáticas. Y en mi casa nunca fueron las cosas fáciles, como para yo intentar ser cosmólogo.

—Pues por ahí tienes que tirar. Tienes que investigar que querías ser de niño, que es cuando mejor sabemos lo que nos apasiona, para lo que hemos nacido. Por cierto... ¿Sabías que el guitarrista de Queen, Brian May es doctorado en astrofísica? Siempre que pudo dedico tiempo a la ciencia, aunque es uno de los mejores guitarristas de la historia del rock. A ti te puede pasar igual. Puedes ser un inversor bursátil y astrónomo. ¡Qué mal suena eso! —rieron los dos.

—Yo no he ido ni a la universidad.

—¿Y qué? Para ser astrónomo, o lo que sea eso no hay que ir a la universidad. La universidad es para borregos que van en manada al matadero. ¡¡¡Yo tampoco fui!!! Y tengo tres másteres de economía que poca gente tiene en España. Debería de estar prohibido ir a ese sitio donde limitan a las personas.

—También me gusta pintar con óleo, la fotografía, crear videos, la filosofía; y la Historia desde hace poco.

—¡Coño! ¿Entonces que me estás contando?

—Tú eres un buscador de respuestas.

—¿Un qué?

—Una persona que quiere comprender la realidad. La vida. Quieres saber de todo. Eres un filósofo. Por eso posiblemente te costó tanto aprender a operar en bolsa. En los mercados hay que tener la cabeza cuadrada. Y tú tienes algo ahí, —le señalo tocando con su dedo su cabeza— no eres común, desde el primer día que te conocí, supe que eras diferente al resto, tienes muchas cosas ahí guardada. Aunque eres un desastre para muchas otras —se rio.

—Sí tú lo dices.

—Yo también era así, también me costó mucho trabajo encontrar mi lugar en el mundo cuando me hice rico.

—¿Y qué hiciste? —pregunto Alex.

—Deje de operar, metí todo el dinero del negocio en unos bonos americano y me dedique a viajar durante un año. Hasta que encontré lo que yo quería ser. A lo que me iba a dedicar el resto de mi vida. En fin, a lo que había venido a ser en este mundo.

—¿Qué encontraste? Me tienes intrigado. Nunca me has hablado de ese viaje.

—Alex, hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Siempre que te veo me dejas alucinado. ¿Pero a que te dedicas a parte de operar en bolsa?

—Hace ya tiempo que no opero en la bolsa. Desde ese viaje. Pero No te puedo decir más. Ya que si no te influiré en tu decisión. Y eso no es bueno.

—Joder. Tú siempre igual. Me cuentas todo a cuenta gota.

—Empecé en esto antes que tú. Por lo que voy tres o cuatro pasos delante de ti. Nada más que eso. No soy mejor. Yo soy tu tutor en este negocio solo porque empecé antes. Pero yo también he tenido y sigo teniendo a maestros. Personas que saben más que yo. Nadie nace sabiendo.

—De todas maneras, me parece muy buena idea. —dijo Alex recobrando alegría en su voz—. Creo que yo haré lo mismo. Voy a dejar de operar durante un año. Y dejaré todo el dinero apalancado en algunos bonos que tú me recomiendes.

—Americanos. A un año. —Apostillo Raúl—. Aunque a lo mejor sería una buena opción los fondos de inversión Vanguard, que es el mejor de todos. Bueno, ya veremos.

—Vale. Lo malo Paula. No sé si estará de acuerdo con esta decisión.

—Es una buena manera para poner a prueba vuestro amor. Un año viajando por el mundo. Buscando a lo que dedicarte. Luego, sí por lo que fuera no lo encuentras me buscas y hablamos de lo que puedes hacer. Entonces es cuando yo te contaré a lo que me dedico.

—Sabía que verte era muy buena idea. Que pondrías patas arriba mi ridícula existencia.

—Lo que no tengo claro que ella te aguante un año viajando por el mundo. —rieron los dos escandalosamente.

—No creo que ella y yo aguantemos ni una semana.

—Álex, si somos mediocres, querremos cosas mediocres, y solo tendremos mediocridad, no lo olvides. Hay que crecer, evolucionar... hasta el último día de nuestras vidas. —Dijo Raúl apoyando una mano sobre su hombro.

—Tienes toda la razón. Maestro.

—Cuando comencé a trazar mi primer plan, el fallido, y posteriormente el segundo, el exitoso, el que me llevo a la situación en la que ahora me encuentro, siempre estuvo en mi mente hacer algo importante, y no solo conseguir dinero para alcanzar la independencia financiera. Te voy a contar una cosa muy importante; Michel de Montaigne decía: *El estilo de vida de una persona es la forma más simple de que dispone el hombre para expresar su unidad: somos lo que pensamos y hacemos. Si queremos ver si alguien nos interesa no tenemos más que observar que come, como piensa, que lee, que horario lleva, como habla, en definitiva, como se comporta.*

—Me excita tratar estos temas contigo, no es fácil encontrar a gente para hablar de estos asuntos. —Dijo Álex.

—Mucha gente se cree que esta en un estado inmejorable en el que prefiere estar como todo el mundo antes de ir con decisión a por el conocimiento, derrotar a los cuatro enemigos naturales y conseguir algo mejor de lo que tiene. Tu siendo rico en dinero y tiempo has querido seguir evolucionando, y eso me alegra mucho, amigo. Te ayudaré en todo lo que pueda, no lo dudes.

Brindaron los dos amigos con muchos aspavientos. Todo el mundo en el restaurante Marcello estaba mirando a los dos camaradas que parecían dos muchachos.

28. La Arqueóloga.



—Siento mucho que nuestro encuentro haya sido tan breve. —Estaban en la puerta del restaurante—. Pero me tengo que marchar urgentemente a Chicago. Si no perderé mucho dinero, y posiblemente tendré problemas con hacienda, es una historia muy larga, otro día si quieres te la cuento... Simplemente una mala gestión, yo también me equivoco. —Se dieron un abrazo—. Pero te prometo que te lo sabré recompensar cuando yo venga. Ya sabes. Nos vemos en este mismo restaurante dentro de dos días, este jueves a la hora de almorzar.

—No te preocupes por nada. Lo entiendo perfectamente. Lo primero es lo primero —dijo Álex—. Aquí estaré a las 12:30.

—Pero intenta ser puntual por una vez en tu vida.

—Esta vez yo te esperaré a ti. Te lo prometo Raúl.

—Lo dudo, —tosió varias veces—. Te traeré una carpeta con todos los pasos que tendrás que dar para meter todo tu dinero en los bonos americanos que te voy a recomendar. Aunque también estudiaré las ventajas de meterlo en los fondos de inversión Vanguard. Son cojonudos, ya verás.

—De acuerdo. Por cierto... una pregunta... es que hay una cosa que no llego a comprender... ¿Por qué me has citado en Roma? No lo entiendo... ¿vives ahora aquí?

—Preguntas mucho. Pero bueno, te diré un adelanto, ya que eres tan impaciente. Te he citado en Roma para que conozcas a alguien.

—¿Qué enredo es este? No será líos de faldas.

—No, tranquilo. Esos tiempos ya han pasado para mí. Ahora estoy casado.

—¡Joder!, lo haces todo en secreto. Podrías haberme avisado. Eres el tipo más misterioso e inaccesible que conozco.

—Te lo dije la primera vez que viniste a mi casa en San Sebastián. No te tendrías que sorprender, ya me conoces. —Raúl se acercó despacio y teatralmente le dio un beso en la frente.

—No hagas más eso por favor, que parece que estamos rodando la película del padrino, joder con tus excentricidades.

—Te aprecio mucho Álex. Eres noble, un poco chapuzas, pero muy buena persona... debes de entender que hay cosas que prefiero mantener en mi más estricta intimidad. Tengo mis motivos. Cuando llegues a mi nivel lo entenderás; y desaparecerás como yo.

—Lo sé. Es verdad. Es que tienes que entenderlo, soy de Sevilla, un andaluz... ¿Cuándo dices que conoceré a esa persona tan especial?

—Muy pronto.

—No lo entiendo. ¿Quién, y cuándo?

—En estos dos días tendrás tiempo para conocerla mejor.

—Es mi mejor alumno en el trading. Es incluso mucho mejor que yo invirtiendo en bolsa. Y tiene tanta personalidad que dejó el trading para dedicarse a su auténtica pasión.

—¿Cuál?

—Ya te enteraras cuando la conozcas. Creo que tenéis cosas en común. Aunque sois de universos muy distintos. Luego yo vendré el jueves y hablamos. Esa persona se ira el mismo día que yo llegue. Tiene que hacer asuntos importantes en España.

—Bueno, no sé de quién me hablas. Pero si tú crees que es buena idea no hay nada más que hablar.

—Debes tener claro que esta persona tiene muy poco tiempo. Esta muy ocupada. Y a pesar de todo te ha hecho un hueco en su agenda para ayudarte. —Raúl miró la hora en su Rolex—. Yo tú informarías a Paula de tus intenciones lo antes posible. Me imagino que no le hará mucha gracia. No todo el mundo tiene los mismos objetivos en la vida. Y creo que por lo que me cuentas Paula tiene otras ideas muy distintas a las tuyas. No peores o mejores... diferentes. Ten eso claro en tu cabeza siempre. No somos mejores, somos diferentes al resto.

—Esta noche la llamo y se lo explicaré todo.

—Bueno, lo dicho. Me tengo que ir. Una cosa más, ¿sabes por qué Paula es tan feliz?

—No sé... ¿por mí? —se rio.

—No seas tan vanidoso... Por qué no ha dejado su trabajo. Su oficio en el hospital que tanto le apasiona. Ella lo ha encontrado. —Raúl miró con cariño a Álex, como un hermano mayor, o incluso como un padre preocupado por su retoño—. Ella sabe cuál es su elemento.

Se dieron un apretón de mano, y sin decir nada más Raúl se dio la vuelta y se fue caminando calle abajo hacía la parada de taxi.

Raúl ya se veía lejos. Minúsculo, absorbido por la masa de personas que caminaban deprisa en todas direcciones. Álex se quedó solo en la acera, observando a su amigo que cada vez se veía más pequeño. Hasta que desapareció como desaparece todas las cosas en la vida. Saco un plano y se dispuso a caminar siguiendo el camino que le había indicado Raúl con un trazo de rotulador en un mapa para llegar a su hotel caminando, no estaba lejos. En ese momento recordó que su equipaje se había quedado en el maletero del taxi. Desde el hotel la llamaría pensó. No tenía prisa por lo que decidió ir viendo y disfrutando de la hermosa ciudad que, aunque era agosto estaba en plena ebullición. Cientos de personas iban y venían con cámaras de fotos. La ciudad eterna donde todas las épocas de la humanidad están reflejadas en sus calles. El Renacimiento, la Modernidad, La Edad Contemporánea, la Edad Media, y como no, la época clásica. Transitando por las avenidas se iba parando en casi todos los escaparates. Y a través de un cristal pudo comprobar cómo un coche de lujo le seguía. Era un Aston Martin DB11 de color negro. Álex se metió en una tienda de souvenir, y observo desde el interior el coche que le esperaba. Estaba parado en la puerta del comercio.

—Si sta andando a volere qualcosa signore? —Le dijo el dependiente de la tienda. Pero Álex no entendía lo que le quería decir.

—Si sta andando a volere qualcosa signore? Le volvió a decir el dependiente. Álex decidió salir de la tienda ya que el vendedor tenía pinta de que no le iba a dejar tranquilo.

En la puerta estaba el coche estacionado. Con cristales oscurecidos que no dejaban ver quien viajaba dentro. Le empezó a latir el corazón con fuerza. No comprendía lo que estaba pasando, y se asustó. Empezó a correr sin una dirección fija.

«*Que querrán de mí. ¿Será la mafia italiana?*» —Pensaba Álex mientras corría destartaladamente.

Miró hacía tras y ya no veía al vehículo. Era un coche precioso. Con cara de tiburón. Un deportivo de casi cinco metros de largo al estilo de las películas de James Bond.

En ese momento al volver la esquina del edificio Maquiavelo se encontró con el mismo coche de cara de escualo. Empezó a respirar profundamente. Casi se le paró el corazón. Inmóvil, ya en la acera se bajó el cristal del conductor; y allí estaba Patricia. La taxista de Cádiz.

—¡¡¡Vamos, suba!!! Aligere que no tengo todo el día para seguir jugando al gato y al ratón.

Una vez dentro Patricia parecía otra persona. Se había lavado del polvo del suceso del

Panteón. Ahora vestía diferente. De un modo más serio y clásico. Con unos pantalones negros y una chaqueta roja. Iba muy sexi; pero formal y elegante, con otras gafas de sol color verde muy grande; y el pelo recogido en una coleta.

—Pero... ¿Quién es usted? No entiendo. Porque lo que sí que estoy ahora seguro de que usted no es una simple taxista. Eso lo tengo clarísimo —dijo Álex con un marcado acento andaluz.

—Yo soy el motivo de que usted haya quedado con Raúl en Roma. —Álex se quedó callado, sé hecho para tras en el asiento del Aston Martin y se desabrochó el último botón de la camisa. Le faltaba el aire.

—¿Esto ha sido idea de Raúl?! —Dijo Álex sorprendido.

—Bueno, por lo visto él ha creído que sería interesante que nos conociéramos. —Dijo ella.

—Explíquese por favor. Cada vez entiendo menos.

—Antes que nada, vístase como Dios manda. Ha visto la facha que tiene. ¿De dónde ha sacado esa ropa? En Italia nadie va tan mal vestido, —dijo ella.

—Usted se llevó mi maleta en el taxi.

—La maleta la tiene en el maletero de este coche. Pero déjela ahí. He estado comprobando la ropa que traía; Y la verdad que es bastante hortera. Me he permitido la confianza, espero que no se moleste... de comprarle algo en una tienda muy chula donde yo suelo ir.

—¿No me diga que usted me ha abierto la maleta y ha estado revisando mi ropa! ¿No me lo puedo creer! ¿Usted quien se cree que es?

—Olvídese de eso. Me ha dicho Raúl que usted está buscando un cambio. La ropa se la he tirado a la basura. Olvídala.

—¿Joder! No cree que se ha pasado. ¡Es mi ropa! ¡MIS COSAS! —Álex estaba muy enfadado. Ella no dijo nada. Se limitó a mirarlo como si mirara a una atracción de feria.

—Póngase lo que le he traído, que vamos a ir a un lugar muy especial. Le quiero enseñar una cosa. Tenemos solo dos días antes de que yo me vaya para explicarle varias cosillas que tiene que entender. Luego se quedará con Raúl.

—Pero... ¿dónde me cambio? —dijo Álex viendo la ropa en el asiento de atrás.

—Aquí mismo. Los cristales son opacos. Nadie le vera. Tranquilo.

—Pero... Joder está usted aquí delante...

—¿Y qué? ¿Algún problema? Yo no me lo voy a comer. Tengo cosas más importantes que hacer que mirarle mientras se viste. ¡Venga, aligere que nos vamos!

Álex se salió del coche. Se cambió en el asiento de atrás, que por cierto era bastante más estrecho que los delanteros. Se puso la ropa que le había traído Patricia; le quedaba de maravilla, como si lo hubiera hecho un sastre. A medida. Todo perfecto. «*Un traje de chaqueta azul cruzado, muy fino*» pensó él acariciando la tela. «*Un pantalón gris muy elegante; hay que reconocer que esta tía tiene buen gusto*». Ella le dijo que se pusiera los zapatos que ya traía, que eran bonitos.

Él se bajó del coche y observó a la mujer, que estaba comprando unas entradas desde el portátil que lo tenía sobre sus piernas.

—Por favor, no quiero más líos como el de antes, —dijo Álex apoyándose en la ventanilla del conductor—. Si me vas a llevar a algún sitio que sea por la puerta principal como todo el mundo.

—Tranquilízate. —Ella le acarició la cara tiernamente—. Es usted tal y como me lo había contado Raúl. Venga, súbase a mi lado. Y si quiere quítese la chaqueta, que todavía hace calor para llevarla, mejor se la pone a la noche.

—Por favor, no se pitorree de mí.

—Vamos a ir al anfiteatro romano. Hay una función muy buena. Allí le cuento todo.

—De acuerdo, —miró alrededor— ¿dos días?

—Sí, dos días, 48 horas conmigo. —Álex se sentó junto a ella.

—¿Cómo me ha dicho que se llama la obra de teatro?

—Edipo Rey. —Ella giró la llave de contacto y arranco el V12 Twin-Turbo de 5,2 litros con 608 caballos de potencia. Y el coche, que por dentro parecía una nave espacial empezó a desplazarse con una suavidad tal que parecía que flotara en el aire. Álex disimuladamente se agarró con fuerza a los laterales del asiento.

29. El Anfiteatro.



—Bueno, empecemos desde el principio. Ya que, si no, no te vas a enterar ni de la mitad. Vamos a ver Álex. Yo en verdad me llamo Ana, lo de Patricia ha sido una broma; siempre me ha gustado ese nombre, no sé por qué. —Ella sacó de su bolso una caja de tabaco Marlboro, luego se colocó un cigarro entre sus labios, y allí lo dejó sin encenderlo— como ya te habías dado cuenta, tampoco soy taxista, —ella sonrió coqueta con una boca pequeñita—, soy arqueóloga. Estudio el pasado. —Hablaban sentados en los incómodos asientos de piedra del anfiteatro romano mientras esperaban que comenzara la función—. Pero antes de terminar mi doctorado conocí a Raúl. Que por casualidades de la vida estaba dando una conferencia en mi facultad sobre economía, los futuros americanos, criticando las inversiones inmobiliarias y de un cambio de vida. Eso fue hace diecisiete años. —Álex la miraba extrañado, no le cuadraban los números de su posible edad—. La verdad sea dicha que a mí nunca me ha interesado la economía. Ni el mundo del emprendimiento, ni nada de eso. Ya que desde que tengo uso de razón soy una fanática de la historia. Fundamentalmente el mundo clásico (Grecia y Roma). Pero no pude remediar quedar atrapada por las ideas de Raúl. —Cogió el cigarro que todavía tenía en la boca y lo volvió a guardar en la cajetilla—. ¡Joder! Si aquí no puedo fumar, casi lo enciendo. —Sonó una trompeta en las gradas de más arriba anunciando el comienzo o algo relacionado con el espectáculo—. Como iba diciendo, Raúl me hechizó con su manera de hablar. Su independencia. Su libertad... No es que me enamorara de él. Es un gran amigo y una gran persona; en todo caso me enamore de sus ideas. Poco a poco me fui interesando, mejor dicho, me fui obsesionando por el mundo bursátil. No sé qué me pasó, pero caí en sus redes, como casi todos los que le escuchan por primera vez. Cuando me di cuenta deje mi tesis doctoral aparcada y me dedique a cuerpo y alma, las 24 horas del día, cada minuto de mi existencia era dedicado en exclusividad para aprender eso que Raúl enseñaba en aquella época; Operación bursátil intradía en el mercado mini SP 500. Quería ser libre, como él tanto explicaba en sus conferencias y en sus libros. Pues sí, al poco tiempo empecé a operar con dinero real, y sin darme cuenta ganaba muchísimo más del que podía gastar. Los futuros americanos son perfectos para hacerte rico en poco tiempo, aunque tienes que cambiar de mentalidad, y por lo que dice Raúl a mí no me costó mucho esfuerzo aprender.

—¿Cuánto tiempo estuviste en simulado para operar eficientemente? —pregunto Álex curioso.

—Tres meses, —dijo ella como si nada; seguidamente Ana levantó la mano para pedir dos botellas de agua a un vendedor que había por las gradas.

—¡¡¡Tres meses!!! ¿Eso como puede ser? Yo me lleve cinco años en simulado. Me costó la misma vida ser eficaz en el mini S.P. ¡¡¡Joder!!! Me da hasta vergüenza decírtelo.

—Pues yo tres meses. Durante ese tiempo estuve probando el sistema sin dinero real, —giró la cabeza para mirarlo a los ojos—, y si te soy sincera creo que incluso me hubiera hecho falta menos tiempo. Raúl Siempre me ha explicado que he sido su mejor alumna. Nadie aprendió tan veloz como yo. Por lo visto tengo todas las cualidades que necesita un operador financiero de éxito. De todos modos, te aclaro que las mujeres suelen ser mejores operadores bursátiles que los hombres. Lo siento si te duele. Pero respetamos mejor las normas. Controlamos mejor nuestro ego.

Y ustedes tenéis el macho Alfa, que os hace intentar vengaros contra el mercado cuando perdéis, y eso termina siempre mal. Tú sabes bien que en este oficio es muy importante controlar esa forma de ser.

—¿Cuál?

—¡¡¡Picha!!! la de respetar las normas y aceptar las pérdidas.

—¿Entonces tú eres trader en la actualidad aparte de ser arqueóloga? —Pregunto Álex sin comprender.

—Ya no. Lo deje todo, bueno el mundo bursátil. Me paso lo que te está pasando a ti. Ahora soy Arqueóloga simplemente. Después, de dejar este mundo de las inversiones retome mi doctorado, mi auténtica pasión.

—¿Y qué haces ahora en Roma?

—Estoy estudiando la vida de Filolao de Crotona, aunque es algo que hago incluso desde antes de conocer a Raúl... pero solo desde hace un año es algo personal, obsesivo. —Ella miró al cielo como queriendo encontrar algo— desde que perdí una beca, y... pero... olvídate de eso, es un tema que no quiero tocar. Solo te contaré que es una investigación profunda sobre su vida y sus descubrimientos... no te puedes ni imaginar la de cosas que rodean a este personaje tan olvidado por la historia; es una existencia llena de enigmas. Y pienso descubrirlo todo sobre él. Es como si tuviera un rompecabezas sobre una mesa inmensa; en el que hay más de un millón de piezas, aunque faltan algunas todavía por colocar, pero ya son pocas las que quedan. —Ella sacó un paquete de chicles y se metió uno en la boca—. Me dedico a lo que siempre quise ser. Arqueóloga. —Álex miraba embobado a Ana. Escuchaba atentamente a la persona más interesante que jamás había conocido— ¿Quieres uno?

—Sí, gracias, —Álex cogió un chicle con timidez y se lo metió en la boca, allí se quedó la goma de mascar apoyada en su lengua inmóvil y rígida. Álex ya no controlaba ni los movimientos automáticos, inconscientes e instintivos de su cuerpo. Sus pensamientos le abordaban como un ejército en un desembarco. Escuchaba a Ana casi sin respirar. Con un peso excesivo en los hombros y un leve pinchazo en la espalda, que iba aumentando por momento; verdaderamente los asientos de piedra del anfiteatro eran incomodísimos.

—Sí eres feliz con lo que haces, si te dedicas a tiempo completo a lo que has venido a hacer a este mundo el dinero llega. Y de todos modos si no llega no pasa nada, tu igualmente serás feliz, —dijo ella sin mirarlo. Álex en ese momento sin poder remediarlo empezó a fantasear, se imaginaba a la chica junto a él cogidos de la mano, paseando por el parque de María Luisa en Sevilla. Incluso se le pasó por la cabeza fugazmente los dos empujando un carrito de bebé. Una vida juntos, que diferente hubiera sido todo si vivieran casados, marido y mujer. Álex siempre había tenido esa cualidad de desconectar, y proyectar en su cabeza películas de alta definición, imágenes de otras posibles vidas que podrían ser, que sabía que nunca pasarían, pero llegaban a su cabeza sin control alguno. Tenía ese don, que, aunque no le valía para nada le hacía desconectar de la realidad con demasiada facilidad. Sabía que era algo ridículo e infantil pensar en algo así, por un momento se sonrojó por ello, pero se sintió bien con dicha imagen de él besándola en un banco del parque, acurrucados debajo de un árbol. Las imágenes iban y venían sin poderlo remediar. Y ya por último se le apareció el cuadro, la imagen de ella desnuda acostada sobre la hierba fresca del mismo parque.

—¡Álex! ¿Me estás escuchando? —Dijo Ana— ¡¡¡Álex!!!

—Sí... perdona... estaba recordando una cosa —dijo tartamudeando.

—Tío, estate atento a lo que te cuento, parecías que estuvieras soñando. Picha, no me asustes con esas enajenaciones, por favor, concéntrate.

—Pero mi caso es diferente. —Interrumpió Álex despertando de su letargo—. Yo trabajaba en una fábrica de cerveza. Era operario de líneas de producción. Mi sueldo y mi horario no eran buenos. Joder, no tengo estudios universitarios. No sé si lo comprendes. —Álex escupió disimuladamente al suelo el chicle, no le gustaba el sabor, estaba muy fuerte para su gusto—. Cuando conocí a Raúl se me abrió un mundo de posibilidades. Quise ganar dinero para salir de aquel sombrío lugar, hacer algo importante. No me gustaba ser un don nadie.

—Pero a lo mejor no has nacido para el trading. Sabes bien que te costó mucho trabajo aprender, será por algo, —dijo Ana.

—¿Pero tú porque dejaste de operar? si te iba tan bien las cosas. ¡¡¡Eras la mejor!!!

—Ya te lo he dicho. Me paso igual que te está pasando a ti. Llevaba cuarenta y cinco meses ganando muchísimo dinero. Y aunque el horario de trabajo en la bolsa era muy corto estaba totalmente absorbida, controlada, poseída... por el mundo bursátil. Tú sabes muy bien que es muy difícil hacer otras cosas a parte del trading cuando estás metido en este mundo, aunque solo estés treinta minutos al día. Te quedas tocado todo el resto de la tarde. Incluso el fin de semana te cuesta trabajo desconectar. Te pasas el domingo leyendo periódicos financieros, es una puta locura. Rezas para que pronto llegue el lunes y sigas operando como un poseído; te vuelves un ludópata —. Ella sacó otro chicle y se lo metió en la boca a gran velocidad—. El mundo bursátil solo crea dinero. Es verdad que te transforma como ser humano en un crecimiento personal inigualable. Pero llega un momento que los futuros americanos mueren. Sí no has nacido para esto se termina su encanto, y empiezas a replantearte la vida. Llega un día que operar en bolsa es aburrido. Y eso suele ocurrir precisamente cuando más dinero ganas. Está claro que antes de estar trabajando como trader prefiero ser limpiadora de escaleras.

—¡No digas eso! No sabes lo que dices —dijo Álex visiblemente molesto.

—Sí, pero de limpiadora podría dedicarme a otras cosas en mis ratos libres, y por qué no, a la arqueología como aficionada.

«*Eso es una soberana estupidez*», —pensó Álex.

—Siendo operador financiero tendría mucho dinero, pero solo sería trader, por lo que no sería feliz. No quiero dedicarme con exclusividad a la bolsa. Hay que crear servicios, productos, investigar, vivir... ganar dinero por ganar dinero es absurdo.

—Eso lo dices porque no estabas en mi fábrica. Con el ruido, el ambiente de personas cutres, los chivatos, los jefes, esos horarios nocturnos, de tarde... Sino ya hablarías de otra manera. — Las trompetas volvieron a sonar con más fuerza.

—Yo he venido a Roma dos días para investigar unos asuntos. Es muy largo de explicar ahora. Si quieres me ayudas y te voy contando lo que me paso —decía Ana en voz baja— cómo yo deje todo para empezar de nuevo. ¿A no ser que tengas algo más importante que hacer? —Ella abrió la botella de agua y le dio un trago—. No sé por qué motivo Raúl ha pensado que sería interesante que nos conociéramos. Pero al caso te ha traído aquí. Luego me iré a Cádiz, doy clases en la universidad y tengo que preparar el próximo curso. Pero ten seguro que si Raúl ha pensado que sería interesante que nos conociéramos será buena idea. No conozco a nadie más sensato que él.

—El más torpe de sus alumnos y la más lista juntos unos días en Italia, —dijo Álex con retintín y el rostro apagado de entusiasmo.

—También Heinrich Schliemann era tremendamente torpe para muchas actividades, y transformo por completo nuestra idea del pasado, del mundo griego antiguo y por consiguiente las bases culturales de occidente.

—No sé quién es ese hombre.

—Fue un millonario prusiano que, tras amasar una fortuna, se dedicó a su gran sueño: la arqueología. Era un aficionado Álex, un simple aficionado. Demostró a principio del siglo veinte que la guerra de Troya fue real, —hubo un silencio que duró dos o tres minutos donde los dos miraban al escenario sin decir ninguna palabra. —Hoy te quedas en mi Hotel —dijo Ana—. Allí tengo reservada una habitación doble. La cogí así por ti. Para poder seguir hablando y explicándote muchas cosas que te quiero hacer entender.

—Yo ya tengo habitación en el hotel Ergife Palace.

—Ese hotel es una mierda. Eres cutre a más no poder. Raúl se ha quedado corto con tu descripción.

—¡Para ya de insultar! —dijo Álex mosqueado.

—Perdona picha si te ha molestado. Si quieres ya no te diré más lo que pienso de ti, ni de tu apocada vida.

En el escenario la función de teatro cambió radicalmente sin que ellos se dieran ni cuenta. Era otro decorado y otra música. Se escuchaba unos tambores de fondo. Una candela en medio del escenario llenaba de humo las gradas. Todo el mundo se calló en un silencio sepulcral. Representaba las pesadillas del protagonista.

—¿Cómo se llamaba esta obra? —Pregunto Álex susurrándole a ella en su oído.

—Es una obra clásica, de Sófocles. Del siglo de oro ateniense. Se llama *Edipo Rey*. Y cállate por favor. No podemos hablar ahora. En el descanso te cuento todo lo que quieras saber sobre ella. Pero observa a Edipo. A ver si adivinas con quién se casa. Escucha atentamente, estoy segura de que te gustara, tiene mucho que ver con la vida de los trader, con la lucha de controlar el ego —. Pero Álex ya no escuchaba. Estaba aislado del mundo, maravillado mirando los actores. Sus labios se movían repitiendo lo que los comediantes decían.

—*¡Qué tío más raro, picha!* —pensó Ana mirándolo de reojo.

Nada más salir del anfiteatro fueron a visitar el museo de historia antigua de Roma. Ana hizo de guía. Le explico detalladamente cómo llegó Roma a ser un imperio tan poderoso, y los múltiples motivos de su desintegración. Merendaron codornices en Ruperto, un restaurante moderno; donde había que comer de pie y con los ojos vendados. En ningún momento volvieron hablar de las inversiones, ni de Raúl, ni del SP500, ni de dinero. Solo de Italia.

A la tarde fueron a visitar el Vaticano. Ana siguió explicándole su historia. Anécdotas y sucesos importantes de sus edificios, estatuas, otras épocas muy lejanas, y otras más recientes. Álex empezó a envidiar la fuerza de Ana, su inteligencia, su descaro. A los ojos de Álex Ana era perfecta e irresistible. Con unos ojos oscuros, fieros por su fijeza al mirar. Como si observara el mundo desde una vigilancia interna, donde nadie podía entrar y acceder a sus tesoros e intimidades. Para Álex era como estar en las puertas del paraíso y no tener la llave para abrir la entrada al gozo pleno y eterno.

30. La fascinación.



Agosto del año 2018...

—Me voy a dar una ducha. Estate atento que tienen que subir de un momento a otro la cena, —dijo Ana de espalda metiéndose en el cuarto de baño de la habitación del hotel.

—Vale, no te preocupes. Yo la recibiré. Luego si no te importa me toca a mí, la verdad necesito lavarme urgentemente, —dijo Álex— aunque lleve esta ropa tan elegante por dentro estoy comido de mierda.

—Luego te toca, que te lo has ganado campeón. —Ana dejó la puerta del baño sin cerrar del todo. Y comenzó a desnudarse.

—Te recuerdo que todavía no me he duchado y después de lo que nos pasó en el Panteón romano, no veas lo incomodo que estoy, —decía Álex voceando para que ella se enterara. Se escuchaba el grifo de la ducha encendido, y a Ana como si estuviera muy lejos, las palabras ya venían entrecortadas—. Yo en mi casa, en Sevilla hay días que me ducho hasta tres veces.

Seguidamente llamaron a la puerta.

—Toc Toc... Servicio de habitaciones. —Álex abrió la puerta. Era un carrito con comida y una botella de champán metida en una cubitera con hielo—. La cena, caballero. Es para dos. A nombre de Ana García.

—Sí. Aquí es... Gracias. —Álex le dio la propina y cerró la puerta.

—¿Quién es? —Pregunto Ana que se estaba enjabonando ahora con el grifo cerrado.

—Era el botones con la cena.

—Enseguida salgo. —Ella volvió a abrir el agua de la ducha. La voz de Ana se escuchaba otra vez entrecortada, estaba cantando una canción de John Lennon: Strawberry Fields Forever, de la época de los Beatles.

—No te preocupes. No hay prisa. —Álex se echó sobre un sofá de piel que había en la habitación. Mientras tanto él hojeaba una revista de historia o de viaje; donde salía las ciudades de Calabria (el sur de Italia). Poso su vista en una foto que le llamo la atención. Era la ciudad de Crotona. Ana la tenía señalada con un círculo en rojo. Se quedó allí parado, observando tranquilamente los paisajes costeros, el relieve. Las casitas de colores. Le pareció un lugar magnifico para vivir. Aunque era raro, el nombre le era familiar. «¿Dónde habré escuchado esta ciudad?» —Pensó él—. Ana cerró el agua, y ahora se escuchaba su voz fuerte y clara cantando la canción de Lennon. Álex era fanático del grupo de Liverpool. Al escucharla no se lo podía creer.

—¿Te gustan los Beatles? —dijo Álex.

—Sí, mucho, me traen recuerdos de otra época. Cuando yo era una niña conocí una monja que era una Beatles maníaca, ponía su música todos los días, a todas horas. Era muy marchosa, —Álex se dio cuenta de que desde donde él estaba podía ver a Ana a través del espejo; ella estaba de espaldas, de cuerpo entero con una pierna apoyada en una silla, desnuda secándose entre los dedos de los pies con la toalla. Le pudo distinguir un tatuaje en la cintura en la zona de los riñones... con las iniciales de SP 500. Era una imagen muy sensual; moderna y macarra. Tenía un cuerpo atlético.

De repente Ana se volvió, y Álex miró rápidamente para otro lado. A Álex le subió la temperatura en los cachetes de su rostro.

—Entonces... ¿En la actualidad vives de la arqueología? —dijo él cambiando de tema y poniéndose la revista delante de la cara.

—Sí. Ya te lo he dicho. Soy arqueóloga. Tenía una importante beca de investigación, pero ahora voy por libre; además, doy clases en la universidad. Aunque si quisiera no tendría que dar clases, y la beca..., me da igual; tengo mucho dinero, que gane durante mi época como day trader. Ahora ese tesoro lo tengo apalancado en bonos. Sin embargo, tengo que reconocer que cuando tenía la beca de investigación se me abrían muchas puertas en organismos públicos y privados. Podía husmear con la excusa de la beca, era algo increíble, mágico. Sobre todo, con la ayuda de una gran amiga que ya no está con nosotros. —Ana recordó a Marta, su sonrisa, su pasión y de cómo había colapsado. Ana encendió el grifo del lavabo para hacer ruido, se puso muy triste, e intentó disimular como si estuviera haciendo algo, pero solo se estaba mirando en el espejo recordando todo lo que había pasado. Ella cerró el agua—. Cambiemos de tema por favor.

—¿Apalancaste tu dinero en bonos americanos? —dijo Álex.

—Sí. Claro. ¡Hace siete años los bonos americanos eran la mejor elección! —En ese momento salió Ana enrollada en una minúscula toalla blanca con las iniciales del hotel. Con su largo pelo mojado peinado hacía atrás. A Álex le pareció más bella todavía. Se excitó muchísimo al verla al natural y sin maquillar. Pudo verle en el interior del muslo izquierdo unas letras que no entendía. Por los signos parecía letras de un idioma muy antiguo.

—Joder Ana. Vístete. No hay prisa. Ahora cenamos. Yo también me quiero duchar —Él se puso un cojín en sus piernas para que no se le notara su entusiasmo. Estaba empalmado como nunca lo había estado en su vida.

—Es que si no la comida se va a enfriar. Y he pedido pescado, Urta a la Roteña; y hay que comérselo ya. Que se enfría y pierde todo su sabor. Luego te explico lo de los bonos americanos.

—Como prefieras. —Álex quitó la tapadera del carrito de servicio llenando el habitáculo con un olor a mar— ¡Qué buena pinta!

—En este hotel hay un cocinero de Cádiz. Y hace un Plato típico de Rota, la Urta a la Roteña. Se llama Fernando del restaurante El Faro de El Puerto de Santa María. Es un buen amigo mío.

—Tienes amigos en todas partes —dijo Álex.

—Como tiene que ser. ¿Tú no?

—La verdad que yo soy muy reservado. Más de lo que me gustaría.

—Pues eso tiene que cambiar. Venga, siéntate aquí, —dijo ella—. Álex la miraba con aturdimiento. La veía tan sensual, tan culta y a la vez tan desvergonzada. No podía entender por qué dejó el trading.

«¿Cuánto ganaría esta tía al mes? Joder, la mejor alumna de Raúl Duarte» —pensó él en su cabeza— «incluso dice Raúl que es mejor que él, y mira que el cabrón es bueno».

Ella se recogió el pelo en una toalla; luego animada se sentó en el brazo del sofá. Le agarró la mano a Álex y con la cara muy cerca de la suya, oliendo a gel de lavanda le dijo mirándole a los ojos:

—¡No te preocupes! Verás como todo saldrán bien. Yo estaba como tú. No comprendía que me pasaba. Seguro como encontramos una solución a tu dilema.

—Eso espero. Porque a mí me ha costado muchísimo esfuerzo llegar a donde estoy... a dominar el trading. —Se le quebró la voz—, A vivir de este negocio. Para que al final tenga este desgano. —A Álex se le pusieron los ojos húmedos.

—Venga, no te pongas así. Que veras que no es para tanto.

—Tú no te puedes ni imaginar el trabajo que me costó aprender a ser eficiente en la bolsa. He sufrido mucho por el camino. Y me arruine dos veces. Ha sido durísimo.

—Ya lo sé. Pero tú y yo elegimos mal.

—No entiendo. ¿Qué hemos elegido mal?

—El trading. No es para nosotros. Tú cogiste ese camino para poder salir de aquella fábrica. Y yo por libertad o curiosidad. No sé. Cualquiera sabe. Estoy un poco loca.

Los dos se pusieron a comer el pescado que ya estaba templado. Mientras ella le contaba muchas anécdotas rocambolescas de sus numerosas estancias en el hotel donde estaban. Por lo visto era un lugar muy caro y selecto, pero Ana aconsejaba a todos sus conocidos que valía la pena ir a este hotel. Estaba lleno de paisanos andaluces que se buscaban la vida trabajando muy duro. El botones de Huelva capital, los dos recesionistas de las Alpujarras, Granada y el de mantenimiento de Córdoba. Que era un lugar discreto, de primera categoría, 5 estrellas. Donde todos los problemas que se puedan tener en el extranjero se podían solucionar sin problemas con una simple llamada de teléfono.

Se rieron como dos niños y él pudo olvidar su tristeza. Después de cenar Álex se duchó, y se vistieron con unos pijamas que ella había comprado conjuntados.

Él empezó a sentirse incómodo. Despertó de su fantasía y entendió en un golpe de madurez repentina y súbita que estaba actuando como un niño, un adolescente haciéndose ilusiones en algo imposible. Pero Ana le atraía cada vez más. Era una fuerza arrolladora, un remolino que le podría destruir solo con un leve roce. «¿A qué estoy jugando?» —pensó Álex. Se acordó de Paula. Todavía no la había llamado. Y se observó con el pijama de fresas que tenía puesto. Todo estaba fuera de lugar. «¿Qué demonios estoy haciendo?».

—Álex, ven. Siéntate aquí. —Él se puso al lado de ella. Cogió una botella de whisky que había en la mesa y se hecho un vaso hasta la mitad, sin hielo... que se bebió de un trago.

—Creo que es un buen momento para tomarme una copa. No suelo beber, pero creo que me hacía falta.

—No tienes educación. Me podrías haber ofrecido, —dijo ella interpretando que estaba molesta. Pero se notaba que estaba fingiendo. Ella disfrutaba con la inexperiencia de Álex.

—Discúlpame. Es que estoy muy nervioso.

—¿Por qué? No entiendo. —Daleó ella la cabeza—. No te voy a comer, ni te voy a hacer nada.

—Para ti todo esto será normal. Un juego divertido y travieso. Pero me siento hundido, y el colmo es que estoy metido en una habitación de hotel, en Italia, con una tía... —dudo en seguir— que esta buenísima, —al instante se arrepintió de haber dicho ese comentario tan poco elegante—, que posiblemente no llegue ni a treinta años.

—42 años. —Corrigió ella.

—¡Joder! ¿42 años? Eso es imposible. Te aseguro que no lo aparentas. Yo te echaba 32 como mucho. ¿Has hecho un pacto con Satanás? —ella se levantó poniendo los brazos cruzados—. No sé. —Siguió él hablando—. Estás casi desnuda. No te conozco de nada. Todavía no he llamado a mi novia. Esto es demasiado para mí.

—Pues llámala. A mí que me cuentas. No querrá que la llame yo.

—No, no. —Su cara se trastocó—, ni se te ocurra.

—Pues venga. Llámala ahora mismo. Porque lo que te tengo que decir es muy importante. Y voy a durar un buen rato.

Álex se salió de la habitación y llamo a Paula. Caminaba por el pasillo con el móvil en el oído. Le explicó lo que le había dicho Raúl. Sus planes. Ella no supo qué decir. Luego le indico que mañana hablarían tranquilamente más tiempo, que ahora no se podía parar. No quiso informarla donde se encontraba y con quien. Fue una conversación corta y seca, se sintió sucio y falso.

Cuando Álex entró otra vez en el salón se encontró a Ana dormida, desparramada en el sofá. Álex le subió las piernas al sillón para que estuviera más cómoda, le quito las babuchas y le echo por encima una sábana, ya que hacía fresco, el aire acondicionado estaba puesto a una temperatura muy baja. Álex la observo largamente, ahora parecía otra persona, con la cara relajada parecía un ángel. Le entro unas tremendas ganas de besarla, de abrazarla, pero no como a una mujer atractiva, que indudablemente lo era; la miró como a una madre, esta vez con cariño, respeto... como si llevara muchos años sin verla y la conociera de toda la vida; pero se contuvo, tuvo que hacer un gran esfuerzo por quedarse quieto. Luego se acostó en el sofá que estaba enfrente. Apago la luz de la mesita y se durmió enseguida, estaba agotado.

31. Desmoronándose lo construido.



Álex se despertó con una fuerte sacudida; su cuerpo estaba temblando. Abrió los ojos sin reconocer donde se encontraba. Parecía que hubiera aterrizado desde doce metros de altura por lo menos. La sensación de haber estado en caída libre todavía lo tenía agarrado fuertemente a los bordes de la cama. Se incorporó asustado con la respiración agitada. Se palpó la camisa y comprobó que estaba húmeda. Sudaba copiosamente. Aunque la habitación estaba helada; se había quedado toda la noche funcionando el climatizador con el termostato muy bajo. Había vuelto a tener la pesadilla de siempre. Miró a su alrededor con los ojos hinchados por el cansancio y recordó a Ana; su cuerpo, sus pechos, su cara, su voz, su olor, su frescura, su inteligencia... pero ella ya no estaba. Se preguntó si ella era real o era tan solo otro sueño de esos raros que tenía últimamente. Todo estaba en silencio. Tampoco recordaba cuando se metió en la cama. Desde allí vio una nota en una pequeña mesa de escritorio estilo Napoleón, junto a la ventana. Sé levanto mareado y con dolor de cabeza.

«*Te espero abajo en el vestíbulo. Vístete y no tardes por favor. Vamos a desayunar en un barco en el puerto de Civitavecchia. Tenemos que salir temprano de Roma. Quiero ver una cosa que estoy investigando*». Al final de la hoja estaba firmado con carmín. Sus labios rojos estaban perfectamente definidos en el papel.

Álex se empalmó al instante. Se quitó el pijama tras verse en el espejo del armario con semejante atuendo tan infantil. Luego, se metió en el baño. Se afeitó y se duchó. Al abrir la maleta comprobó que era verdad. Ana le había tirado toda su indumentaria. Solo había dejado los libros que él había traído.

«*¡Será cabrona! A esta tía le da igual todo*». —Resopló Álex al ver la maleta vacía—. «*¿Ahora que me pongo?*». —Pero al escudriñar en el ropero comprobó que había varios trajes de hombre. No era su estilo, pero reconoció que eran todos muy elegantes y de las mejores marcas.

Había otra nota en la cara interior de la puerta. «*Espero que sean de tu talla*». —Álex sonrió y se le olvidó lo que ella había hecho con sus cosas.



—Buenos días, Ana, o Patricia, como prefieras —dijo Álex al llegar al vestíbulo del hotel. Ella estaba tecleando su portátil a toda velocidad. No se enteró, o no le prestó atención. Estaba concentrada mirando la pantalla. Álex decidió sentarse a su lado a esperar.

—¿Dónde vamos a ir hoy? —Insistió Álex. Pero ella seguía con lo suyo. En ese momento él sacó su móvil y empezó a mirar el WhatsApp. Después de algunos minutos ella cogió el portátil y lo cerró.

—¡Basta! Lo conseguí —dijo orgullosa.

Álex ahora estaba embobado mirando los muchos mensajes que tenía sin contestar. Ella cogió su móvil y se lo arrebató de las manos.

—¡No me digas que tú eres de esos que se atontan todo el día con la pantallita! Con el Facebook, Twitter, Instagram, y usas esa mierda del WhatsApp.

—Joder. Pasa algo también con eso. La verdad que te estás poniendo muy pedante.

—Vamos a ver Álex. Si quieres otra vida tienes que controlar el tiempo. Tienes que dejar de hacer lo que hace todo el mundo. Y no dedicarlo a esa clase de cosas. Es basura. Vampiros del tiempo. Y el tiempo es lo más valioso que tenemos. ¿Por qué te crees que deje el trading?

—¿Qué tiene de malo los mensajes de móviles? Es mejor que llamar por teléfono. Te ahorran tiempo.

—Es verdad. Pero te acostumbras a ellos y te pasas el día mirándolos. Distraídos. Ese es el problema. Ya no nos podemos concentrar. Una cosa que podría ser útil la volvemos un hábito nocivo. Una necesidad absurda, no una herramienta. Mientras que estés conmigo el móvil y el WhatsApp apagado ¿vale?

—Vale. Pero no te enojés. Tampoco es para eso.

—Ya verás cómo será mejor. Son solo dos días los que vas a estar conmigo, y son muchas cosas las que te tengo que explicar. —Álex apagó el móvil obediente y se lo metió despacio, ceremonialmente en el bolsillo del pantalón, como para darse importancia.

Cogieron el Aston Martin de Ana y se dirigieron al puerto Civitavecchia, que estaba a ochenta kilómetros al noroeste de Roma. Llegaron en menos de treinta minutos. Álex fue todo el tiempo agarrado al picaporte de la puerta, no dijo ni una palabra ya que la velocidad a la que fueron lo tenía espantado. Allí había un barco a punto de partir. Se montaron corriendo y se sentaron en una mesa. Luego, pidieron un desayuno. Álex unas tostadas integrales con mermelada y café cremoso. Y Ana una lasaña de carne y un Coca-Cola.

—Tienes mala cara, —dijo ella.

—He dormido muy mal.

—Te tuve que meter en la cama. Ibas sonámbulo por la habitación sobre las 3:00 de la madrugada —ella abrió sus labios mostrando unos dientes perfectos—. Casi te empotras en la bañera. —Ella volvió a reír.

—Desde hace unos días se me repite una pesadilla.

—¿Pero siempre la misma? —preguntó ella echándose hacia delante.

—Sí. Siempre la misma. Con un toro gigante que me persigue.

—En las civilizaciones antiguas eso es una advertencia. Algo te va a ocurrir. Soñar con un toro que te persigue anuncia una discusión brutal con un hombre. Este sueño también puede anunciar la visita de un hombre rico y poderoso.

—¿Raúl?

—No creo. El toro representa a una pelea pendiente a muerte. Y Raúl no se pelea con nadie. Te lo aseguro. Pero hay que reconocer que es interesante esto que me cuentas. En los sueños hay más información de la que nos imaginamos. El subconsciente nos dice muchas cosas a través de los sueños.

Siguieron un rato en silencio comiendo.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Álex echándose el azúcar en el expreso.

—Vamos a ver a un viejo conocido.

—¿Otro amigo?

—Este no es amigo. Solo conocido.

—Espero que no sea peligroso.

—No, tranquilo —Ana sonrió con ternura al verlo tan miedoso—. Y no pongas esa cara de tonto. —Ella le quitó con una servilleta un bigote de espuma que tenía del café.

—Digamos que mi “conocido” tiene una tienda en uno de los amarraderos del puerto. Es una especie de bazar, solo para especialistas. Donde suelen vender suvenir sin catalogar de Roma. No es una tienda para turistas. Y de vez en cuando venden cosas muy exclusivas. —Álex levantó los hombros y puso cara de póker—. Ayer me llamo por la mañana. Cuando te esperaba en el aeropuerto con el taxi. —Ella volvió a reír; pero él no le siguió la broma.

—No entiendo. Espero que no sea otro lío de esos en los que tú me metes, —dijo preocupado—. Me parece que es algo peligroso, fuera de la ley. Ya que, si no, esa tienda no estaría tan apartada de la zona comercial.

—Chico, no te enteras de nada. Simplemente piezas antiguas. Originales. Que todavía no están en ningún catálogo. Simplemente eso.

—Pero... ¿Eso es ilegal?

—No, porque luego las mandamos a los museos. Para que sean catalogadas y expuestas. Para los arqueólogos son joyas vírgenes, sin adulterar. Como ya te he dicho ayer me llamo mi contacto en Roma. Tengo que ir urgentemente, antes que se me adelante otro y se lleve esta pieza de tanto valor. Yo no contaba con esto, pero ha sucedido. Tu presencia me habrá traído suerte —Ana acarició el brazo.

—¿No decías que no se podía tener móvil? Tú lo usas.

—Ya entiendo porque te costó tanto llegar a ser práctico en la bolsa, porque eres cortito y cuadrado. —Él hizo el gesto de levantarse enfadado, pero ella le agarró de la mano—. Móvil sí. Lo que no se puede es WhatsApp. Por lo menos mientras que no me demuestres que controlas tu tiempo.

Álex cogió un periódico que había en la mesa del al lado. Y se puso a hojearlo.

—¿Sabes italiano?

—No.

—¿Entonces qué haces con el periódico? —Esta vez él se levantó rápido sin que ella pudiera pararlo; Álex se puso a pasear por la borda del barco. Hasta que se apoyó en la baranda de metal. Observó a los grandes peces que seguían el navío. Las gaviotas volaban a pocos metros de ellos haciendo graznido.

—Son delfines, —dijo ella que se colocó detrás agarrándole por el codo derecho. Él se giró, y la miró con el rostro serio—. Desde hace algún tiempo vienen por esta zona. Es algo extrañísimo, ya que los cetáceos suelen estar en altamar. Es muy raro que entren en el Mediterráneo. —Sonaba ahora por los altavoces de proa música tradicional italiana—. Son muy bellos, de color gris plata. Por lo menos hay una docena. Los científicos están estudiando por qué se quedan por esta zona.

—Están como yo, perdidos, —dijo él.

—No he sido educada... ni flexible, y creo que hemos empezado mal. Te pido disculpa.

—No pasa nada.

Siguieron apoyados en la baranda más tiempo observando en silencio los delfines.

—Ana... se ve que te van bien las cosas. Vives de tu pasión, vistes muy bien, siempre viajando, eres culta, muy atractiva, eres una persona segura. No sé. ¡Te envidio! Ojalá yo fuera como tú. Aunque solo fuera un poco.

—No siempre fue así. Tuve que transformarme.

—¿Tanto dinero ganaste en tan solo tres años que estuviste operando en bolsa?

—El dinero con el que pago mis gastos no sale de esa cuenta. Yo vivo exclusivamente de mi trabajo. Cuando vives de lo que te llena el dinero llega a raudales. Ayer por la noche te explicaba, antes de quedarme dormida, que por cierto, discúlpame, estaba destrozada. Que nos equivocamos de profesión con lo de los futuros americanos.

—¿Y por qué? Ya te comenté que si no fuera por los futuros del mini SP 500 seguiría en aquella repugnante fábrica de cerveza. Y te puedo asegurar que yo no cambiaba mi actual situación por volver como operario de línea de producción.

—Yo me refiero a que, si te hubieras concentrado a fomentar, a hacer rentable tu pasión sería igualmente rico, y de todos modos eso te daría igual. Sencillamente te dedicaste por completo a aprender a invertir en el intradía. Algo para lo que no vales. Ni tú, ni yo ni casi nadie.

—¿Tampoco Raúl?

—Tampoco. Él dejó este mundo hace mucho tiempo. Consiguió su objetivo y ahora vive de las rentas. Ahora se dedica a su pasión. Y no me vayas a preguntar cuál es el motivo porque nunca me lo ha dicho. Ya sabes cómo es con sus cosas.

—Hace dos días gane 24.000 dólares en quince minutos.

—Eso nos es nada. Pudiste haber perdido 100.000 dólares y en menos tiempo. Y lo sabes. ¿Por qué no te dedicaste a tu pasión? A intentar vivir de ello. Hoy día estarías viviendo en tu paraíso particular. Gracias a internet nunca ha sido tan fácil. No que ahora eres un rico amargado. Que no disfruta de su dinero, de su tiempo, de su actividad favorita ni de nada. Se ve que eres buena persona; ya me lo dijo Raúl, que eres noble, de eso no tengo dudas, pero...

—Es que tampoco sé que es lo que me gusta. Llevo más de nueve años dedicándome exclusivamente a la bolsa. Cuando conocí a Raúl creí conocer mi sentido en la vida. Y por lo visto estaba equivocado.

—Algunas profesiones nos absorben tanto que nos hacen olvidar para lo que hemos nacido. Para lo que hemos venido al mundo. Cuando eras niño que es lo que soñabas ser para cuando fueras mayor. ¿Futbolista? ¿Cantante? Sorpréndeme por favor... —Álex cerró los ojos unos segundos—. Imagínate que tienes doce años —insistió Ana.

—Esa misma pregunta ayer me la hizo Raúl, y le explique que desde que tengo uso de razón siempre he estado interesado en los temas científicos. Especialmente en la astrofísica. Pero eso no es rentable. ¿Quién vive de eso?

—Bueno, los científicos —dijo Ana—. Y creo que es un poco tarde para que empieces a estudiar una carrera científica... ¿pero no hay nada más que te atraiga?

—La filosofía, la historia, la... —Ana empezó a reírse sin ningún reparo.

—Eres increíble —ella se carcajeaba—. No sé por qué, pero suponía que me ibas a sorprender. —Ella se quitó su sombrero de capelina, y se colocó muy cerca de él. Las narices casi se tocaban— ¿Sabías que la mayoría de las personas se equivocan a la hora de elegir la profesión que deberían haber estudiado? Las universidades están llenas de futuros fracasados. Pero sobre todo de personas que serán infelices.

—Hablas como Raúl, pero tú no tienes ningún respeto, a diferencia de nuestro maestro. Te confieso lo que siempre me ha gustado. Y te burlas de mí con saña. Me dices las mismas cosas que Raúl, pero con mucha malicia.

—Vamos a ver, Álex... ¿Cuántos años tienes?

—40 años.

—Pareces más mayor. Estás un poco estropeado. —Álex arrugó la cara—. Eso de la

astronomía lo puedes convertir en un negocio, en un modo de ganarte la vida. A no ser que lo convine con otra cosa; por ejemplo, con la hostelería. Combinándolo con una academia, un hotel rural con observatorio astronómico, no sé... solo hay que tener imaginación. Picha, es solo echarle cara al asunto.

—¿Qué tiene que ver la hostelería con la astrofísica?

—Luego hablamos de eso si quieres. Lo importante es que tengas claro que el trading no puedes combinarlo con ninguna, o casi ninguna otra actividad; por lo menos por ahora, más adelante ya veremos cómo volver a esta profesión sin que te absorba. Como yo lo hago algunas veces. Un día a la semana. Aunque no es nada fácil. Tú sabes perfectamente que es casi imposible invertir en bolsa. Aunque estés solo cinco minutos. El resto del día te lo pegaras pensando obstinadamente en la próxima jornada. Esta actividad tiene un alto grado de ludopatía.

—¿Pero... cómo convino mi pasión para que sea rentable? No te entiendo... explícate por favor.

—Puedes tener un restaurante, una cafetería, un pub, un campin... que te lo lleven; que genere el dinero para vivir... y tu hacer dentro de ese negocio actividades astronómicas. Pero ya hablaremos de todo eso. No insista por favor. Ya que hay muchas alternativas. Y ya te he dicho que eso no toca ahora.

—Eso me parece una tontería.

—¿Tontería es ser un infeliz? —dijo rotunda—. ¡Y ENCIMA SIENDO RICO!

Álex se puso de pie, y empezó otra vez a caminar por la borda del barco. Ella se le acercó por detrás y le dio la vuelta para mirarlo a la cara.

—Discúlpame. Algunas veces soy demasiado directa. Lo siento. Me he criado sola, y reconozco que suelo ser bastante insensible. Con lo que te voy a decir ahora no me estoy justificando, pero mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía seis años. Y el orfanato no fue fácil. Y hace un año pasé por un terremoto emocional; perdí a varios amigos queridos y por todo ello me han quedado cicatrices. Ojalá yo pudiera ser más dulce, ¡pero no puedo! Soy así, por lo menos por ahora.

—¿Y tu familia?

—Mis padres no tienen hermanos. Y los familiares que quedaban vivos después del accidente eran muy mayores.

—No te preocupe. El problema no eres tú, soy yo.

—¿Nos echamos en estas hamacas? —dijo ella guiándolo con suavidad agarrándolo por el brazo como si llevara a una persona mayor para que se tumbara sobre unas hamacas que había libres en la cubierta.

—También me gusta escribir, —dijo Álex tímidamente mirando hacia el cielo.

—¡Ya eso es otra cosa!

—¿Por qué?

—Porque eso puede ser rentable. Y encima puedes cubrir tus necesidades intelectuales, que se ven que las tienes.

—Sí tú lo dices. Pero muy pocos viven de escribir, —dijo Álex.

—Sí. Solo los mejores. Igual que en el trading solo el 5 % de los que lo intentan lo consiguen. Por lo que tendrás que ser bueno. Muy bueno. Y eso tiene solución. —Ana sacó unas gafas de sol de su bolso y se las puso. El sol estaba saliendo por el horizonte—. Y los libros te llevarán a otras personas, otras actividades, otras pasiones... Además, te pega. Eres un tipo que se ve que le gusta reflexionar, solitario, y raro. Y no te olvides que puedes vivir del dinero que ya has ganado con el trading. Lo puedes dejar apalancado en los fondos de inversión Vanguard.

—¿Soy raro? —dijo Álex.

—No me vayas a decir que no eres raro. Más raro que un marciano y con antenitas. —Ella se rio—. Te voy a proponer una cosa. A ver qué me dices.

—Espera un momento. Que me estoy haciendo pipi. Ahora vengo.

—Eres como un niño pequeño. Venga, ve a orinar.

Al cabo de cinco minutos Álex apareció otra vez. Traía la cremallera abierta y le sobresalía por ella un pico de la camisa.

—¿Por dónde íbamos? —Dijo él.

—¿Ya has hecho pipi? ¿Y caca? ¿Quieres beber agua antes?

—Bueno. Basta ya. Que todo el mundo orina. ¿O tú no? No me entrañaría. Doña perfecta seguramente no hace semejantes cosas. —Ana empezó a reírse.

—Venga, cállate. Y escucha. Yo te propongo que apalanques tu dinero en bonos americanos. ¿Cuánto dinero has podido conseguir en la cuenta del bróker?

—Creo que voy por 1.700.000 dólares. Es que he comprado la casa y algunas cosas.

—No es tanto dinero para el tiempo que llevas.

—¿Tú cuánto dinero conseguiste en esos tres años que operaste como operadora financiera?

—5.000.000 de dólares.

—Joder, qué barbaridad. ¿Y dejaste el trading?

—Ahora soy feliz. No gano tanto, pero me dedico a hacer algo que me llena. Además, ese dinero que conseguí en la bolsa lo tengo apalancado en bonos. No lo toco para vivir. Me están dando unos ahorros muy interesantes para el día de mañana.

—¿De dónde salió el Aston Martin?

—Eso fue un capricho antes de dejar la bolsa.

—¿Cuánto salió ese cochazo?

—260.000 euros. Y te fue una ganga. Ese bicharraco cuenta mucho más.

—Joder, que burrada —Álex se quitó las gafas para limpiarlas con un pañito que sacó de un bolsillo—, ¿Y qué me propones?

—Pues como te iba diciendo, que apalanques tu dinero en bonos. Durante un año. Otra cosa muy diferente que quieras vivir de ellos, entonces como ya te he dicho sería mejor los fondos de Vanguard. Y te dediques a viajar por el mundo. A escribir tú primer libro. Raúl te enseñará como hacerlo. Y sino yo te lo explico. Es muy sencillo desde un bróker de EE. UU. Por ejemplo, Interactive Bróker. Ese es el mejor.

—Raúl me contó algo parecido.

—Raúl es coherente con la vida. Como yo. —Se escucharon petardos, cohetes en el cielo—. Una vez dijo Gandhi: *Tus creencias se convierten en tus pensamientos, tus pensamientos se convierten en tus palabras, tus palabras se convierten en tus acciones, tus acciones se convierten en tus hábitos, tus hábitos se convierten en tus valores, tus valores se convierten en tu destino.*

Se quedaron callados. La idea le atraía, Álex empezó a viajar en sus pensamientos. «*En un libro podré vomitar mi experiencia con la bolsa. Mis ideas filosóficas sobre la vida, relatar algunas ideas científicas como aficionado; ¡Cómo Heinrich Schliemann! El arqueólogo aficionado que demostró que la Guerra de Troya fue Real. Un libro para los que no tienen tiempo, para los que quieren saber, pero no conocen casi ningún concepto ni tecnicismo científico, filosófico; en él podría explicar en un lenguaje llano muchas cosas complejas que siempre he estado intentando entender. No sé por qué, pero siempre me he estado haciendo*

preguntas. Es una necesidad. Ya que es tarde para ser científico, astrónomo, pero así podré investigar y profundizar en todo lo que siempre me ha atraído. Siendo escritor podría construir otras vidas, otros universos... jugar a ser Dios» —pensaba Álex.

—¿Qué te pasa? ¿No dices nada? —Dijo Ana.

—Me agrada la idea. Lo malo...

—Tu novia. ¿No? —Le interrumpió Ana.

—Pues sí. Ella a lo mejor no lo va a entender.

—A lo mejor sí. Y tú qué sabes. Mira, Álex. Cuando tengas que elegir entre dos caminos, pregúntate cuál de ellos tiene corazón. Quien elige el camino del corazón, no se equivoca nunca.

—Esa frase no es tuya. ¿Quién dijo eso? Me suena mucho...

—Es de una recopilación de narraciones míticas, legendarias e históricas del pueblo k'iche', el pueblo maya guatemalteco. De un libro de gran valor histórico y espiritual, ha sido llamado erróneamente Libro Sagrado o la Biblia de los mayas. Otros le dicen Popol-Vuh. De ahí saque esa frase. Por lo que dudo que te suene querido Álex.

—Te gusta dar lecciones.

—No lo sé. A lo mejor. Pero nadie debería de trabajar exclusivamente en este mundo por dinero. Eso debería de estar prohibido. Tenemos que aportar valor a la sociedad, a la vida, al universo. Y hacer algo exclusivamente por dinero, como las inversiones bursátiles, es algo absurdo y sin sentido. —Álex la miraba asombrado.

El barco empezó a frenar su marcha. Se acercó a un embarcadero y los operarios del barco empezaron a amarrar la embarcación con una cuerda muy gruesa a un *Noray* de hierro macizo.

—¡Venga vamos! Que tenemos solo cinco minutos para bajar. Este barco hace una ruta hasta Orbetello y vuelve dentro de cuatro horas —dijo ella muy entusiasmada.

Mientras que se dirigían al establecimiento por un camino de tablas que estaba a pocos metros de la orilla, Ana le recordó una vez más a Álex que este mismo barco pasaba por aquí cada cuatro horas.

—Tenemos que recoger una vasija de arcilla muy antigua. Tiene más de 2300 años. Pero esta vez no es romana, —Ana abrió visiblemente sus hermosos ojos color castaño—. ¡Es de la zona del Ática! De Atenas. De figuras rojas sobre fondo negro. Posiblemente de un valor incalculable. Tiene dibujado a Teseo luchando contra el Minotauro. ¡Qué casualidad!

—¿Por qué? —dijo Álex.

—¿Tú no sueñas con un toro que te persigue? A lo mejor tiene algo que ver. Las cosas no pasan por casualidad.

—Sí. Pero no veo la similitud. Además, los sueños son solo sueño.

—La cerámica de figuras rojas —continuo Ana— era uno de los más importantes estilos figurativos de la cerámica griega. Se desarrolló en Atenas hacia 530 a. C. y fue utilizado hasta el siglo III a. C.

—¿Y qué es lo que la hace tan importante a esta vasija?

—Aparte de ser una pieza original de más de 2000 años, dentro de ella posiblemente hay una carta, un mensaje en una tablilla de bronce; con un valor mucho mayor que su recipiente. Por lo menos para mí. Es un escrito del científico y místico Filolao de Crotona. El que llevó investigando desde que empezó mi interés sobre la arqueología. Es muy largo de explicar, y creo que no me creerías si te contara todo lo que se dé él. —Ana se acordó de Julio, el informático—. Esta tablilla puede ser la última pieza que me faltaba para cerrar el círculo.

—Y después tú dices que yo soy el raro. Joder parece que estoy en una película de Indiana

Jones.

—Quédate mejor aquí fuera. —Le dijo ella secamente en la puerta del establecimiento—. Y recuerda que el barco viene cada cuatro horas. —Él giró el cuello en dirección a donde estaba el barco y comprobó que ya no estaba, se había marchado—. Esto que me van a dar es muy importante para mí. Llevo muchos años detrás de este objeto. Y por fin lo voy a conseguir. Me has traído suerte, Álex —Ana le dio un beso en la mejilla.

—Pero... —Ella cerró de un portazo la puerta de cristales tras de sí, y él se quedó con la palabra en la boca.

Álex la esperaba fuera. Observaba a Ana discutiendo o regateando cualquiera sabe, con el dueño de la tienda de antigüedades. Era un hombre gordo y grasiento. No paraba de pensar en su propuesta. La de ser escritor. En ese momento decidió encender el móvil y llamar por teléfono.

—¿Paula? —dijo Álex retraído.

—Hola, Álex. Se escucha fatal. ¿Cómo va todo por Italia? —dijo ella.

—Todo va bien... En Italia no hace tanto calor como en Sevilla, aunque hay un bochorno que no veas.

—Te echo de menos, —dijo ella.

—Yo también. —Él se alejó de la puerta para hablar con tranquilidad—. Te tengo que decir una cosa muy importante. —Álex le relató toda la propuesta de Ana; un año sabático viajando por el mundo; pero sin nombrar a la arqueóloga. No sabía por qué, pero él se sentía incómodo con esta extraña situación. Nunca la había engañado, ya que nunca había tenido motivos. De hecho, siempre había pensado que algún día se casarían, pero ya no lo tenía tan claro. Sentía a Paula a un millón de kilómetros. Como si estuviera en Saturno y él en la Tierra.

Ella no dijo nada. Se quedó en silencio.

—¿Paula?

—Sí, estoy escuchando. Pero... yo no quiero dejar de trabajar en el hospital. Tú lo sabes. Soy feliz así. Desde que tengo uso de razón quise ser enfermera.

—Sí. Lo comprendo. No te preocupes. El domingo cuando regrese a casa lo hablamos sosegadamente —Ella colgó el teléfono.

Álex se quedó unos segundos más con el móvil en el oído. Miró por la cristalera, pero no vio a nadie. Guardó su móvil y entro en la tienda, pero Ana ya no estaba por ninguna parte.

—¿Y la mujer que estaba aquí? —Pregunto Álex al dueño del establecimiento— ¿dónde está? —Le volvió a preguntar cogiéndole de la solapa de la camisa.

—*Non capisco quello che dici* —dijo el hombre con la mano delante de su cara con un gesto de querer protegerse el rostro.

Álex se introdujo en la trastienda y miró por todos lados. En el baño, en el almacén, en lo que parecía un pequeño taller de restauración... El obeso dependiente lo seguía a varios pasos por detrás suyas. Pero no vio ni a Ana, ni a nadie más. En ese momento se acordó del móvil. Lo tenía encendido. Y se escuchaba vibrar. Le llegaba un mensaje. Lo volvió a sacar del bolsillo. Encendió la pantalla y vio el último mensaje, que era de Ana.

—*No me esperes. Me he tenido que marchar por la puerta de atrás. Estoy bien. No te enfades ni te preocupes por favor; pero es mejor así. Las cosas se han complicado. Mejor que no te vean conmigo en Italia, me están siguiendo personas muy peligrosas. Vete para el hotel. Está pagado hasta el domingo. Intentaré verte antes de irme a Cádiz. Un beso. Raúl te*

explicara lo que tienes que hacer con tu dinero y tu vida, él siempre tiene solución a los problemas. Suerte.

32. Los planes de Raúl.



Ya era jueves. Las 12:00 en punto del medio día. Álex se encontraba en el restaurante de Marcello. Sentado en la misma mesa donde estuvo hace dos días. El jefe de los camareros le había señalado que se colocará en el lugar que Raúl siempre reservaba para comer. El ambiente en el local estaba silencioso, había poca luz ya que todavía no habían abierto las cortinas; aunque todo era muy acogedor. Sillones con mesitas bajas, lamparitas con velas y cuadros de paisajes italianos. Igual que la última vez que estuvo allí, pero esta vez fue muy temprano, por lo que era el único cliente en el establecimiento, aunque ya empezaba a oler a comida tradicional romana.

Álex movía sus labios como de costumbre cuando entraba en su mundo. Los camareros lo miraban extrañado por su modo de actuar. Cada vez que hacía eso aparentaba estar desequilibrado, aunque esta vez sin afeitado y despeinado acrecentaba dicha apariencia.

Hasta que se abrió la puerta del restaurante y apareció Raúl. Vestido de sport. Sonriente y con unas plateadas y redondas gafas de sol.

—Hola, chaval —dijo Raúl.

—Hola, —dijo Álex con el rostro serio.

—¿Qué te pasa? Tienes peor cara que cuando te vi hace dos días. —Raúl se sentó y se inclinó hacia Álex—. Veo que sigues con esa costumbre tan fea de hablar solo cuando estás dándole al coco.

—¡Yo no hago eso!

—Te he visto por el cristal antes de entrar. Y seguramente tienes acojonados a los camareros. No hagas más eso por favor.

—¡Déjame en paz!

—Pero... ¿qué te pasa? Te veo muy tenso.

—¡Me has mentido! Me citaste en Roma para que conociera a Ana. No entiendo por qué lo has hecho. Pero que sepas que Ana ha desaparecido.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Fuimos a una tienda de antigüedades a uno de los muelles de Civitavecchia. Yo la esperaba fuera. Aproveche el momento para hablar con Paula. Y cuando entre ella ya no estaba. El dependiente no sabía español. Aunque estoy completamente seguro de que mentía. Tengo una corazonada. —Álex se acercó a Raúl muy cerca y le cogió de la solapa del chándal—. Ana me ha dejado trastocado. —Él se tiraba de los pelos—. Te aseguro que ella no es mi estilo de mujer. Pero no sé por qué, pero no hago otra cosa que pensar en ella. No sé en qué lio está metida, pero me da igual, quiero —golpeo la mesa— necesito hablar con Ana.

—¿Y no la has vuelto a ver desde aquel día?

—No. No entiendo lo que ha pasado. Lo único que tengo de ella es su número de móvil.

—¿Y no la has llamado?

—Claro, más de treinta veces. Pero su celular comunica. Lo tendrá apagado o yo que sé. Espero que no le haya pasado nada grave. —Álex sacó su teléfono del bolsillo y le enseñó su pantalla a Raúl—. Lo ves. Ese mensaje me llegó de ella en el momento que desapareció. Me dijo por escrito que me fuera al hotel. Estoy completamente seguro de que ella sabía dónde se estaba

metiendo; que era peligroso. Me comento varias veces que el barco partía cada cuatro horas. Ella ya se imaginaba que yo volvería solo de vuelta a Roma. Incluso tampoco me extrañaría que ese mensaje ya lo tuviera escrito, listo para enviar, con lo extenso que es.

—Lo único que te puedo decir que Ana es mi mejor alumna. No hay nadie en el mundo mejor que ella para operar en bolsa. Es inteligente, fría, calculadora y ambiciosa. Pero, además, controla a la perfección su ego; la avaricia, el miedo... Por eso mismo, lo dejo todo para dedicarse a su pasión. La arqueología. Controla su destino, su futuro, y cuando se vio absorbida por el mundo de la bolsa lo expulso de su vida sin pensárselo ni una sola vez. Es normal que te hayas encoñado con ella, es pura energía, ten cuidado. —Raúl le apoyó una mano en el hombro—. Seguro que está bien. No te preocupes por ella. Te aseguro que Ana sabe cuidarse de sí misma.

—Pero han quedado muchas dudas, preguntas por resolver. Me dijo que me ayudaría. Necesito hablar con ella. Escucharla. Yo quiero ser como ella; valiente, alegre, emprendedor... joder, soy una mierda.

—Ya eres en parte como ella, eres un luchador. Te recuerdo que aprendiste a ser day trader. Es la profesión más difícil que existe en el mundo. Y lo conseguiste sin tener las cualidades necesarias para ello.

—Sí, es verdad. Pero no ha valido de nada. Sigo siendo un infeliz.

—¿Por qué no vas a buscarla?

—¿A dónde?

—A Cádiz. Ella vive allí. En Conil, un pueblo de Andalucía, junto a la playa. Aunque viaja mucho. Puedes correr el riesgo de ir y que no esté. O vas y las esperas a que aparezca. Lo que tú veas. Pero te tengo que avisar de que ella está obsesionada con su investigación, es algo complejo que yo no he llegado nunca a comprender. Pero por lo menos que lo sepas; que ella te lo explique si quiere.

—Sí, algo ya me ha contado, está detrás de un tal Filolao de Crotona.

—Pues eso es buena señal —dijo Raúl sorprendido.

—¿El qué es buena señal?

—Que Ana te haya contado algo sobre ese tema. —Le tienes que haber caído muy bien—. Normalmente, no se lo cuenta a nadie. Es su doble vida como ella le dice. Yo solo sé que hace un año ella estuvo implicada en la desaparición de un chaval, un informático; por lo visto el chaval era un genio con los ordenadores. Y su amiga Marta perdió la cabeza, literalmente, no sé lo que le pasó, pero ahora está en un psiquiátrico privado, que Ana paga de su bolsillo. Ella tenía una importante beca de investigación. Sí, un gran equipo. Estaban detrás de ese tal Filolao. Pero bueno, de todos modos, independientemente de ese tema, te aconsejo que la busques, no seas tonto, si no te arrepentirás toda la vida.

—Esto es una locura. Yo esperando en Conil a una desconocida, a que haga acto de presencia. La verdad que esto cada vez es más inaudito. Con lo tranquilo que yo estaba en Sevilla, con mis horarios establecidos, mi predecible Paula; y ahora mírame. —Álex se frotaba la cara.

—Tú fuiste quien me dijo que quería un cambio. Mira Álex, los cambios son así. Si no, no valen de nada. —Raúl hizo una pausa mirando a un matrimonio oriental, tendrían más de setenta años; entraban por la puerta del restaurante—. Yo no sé si he hecho bien. Pero creí que sería interesante que os conocierais. Ella es lo contrario a ti. Y con eso no digo que sea mejor que tú. Me refiero a que es tu antípoda. Por lo que creí que os vendría bien conoceros. Ella se mete en muchos líos, y tú en ninguno. Y los dos han tenido la misma necesidad de dejar el mundo bursátil.

—¿Tienes la dirección de Ana en Cádiz? —pregunto Álex.

—Sí. Toma —Raúl escribió en una hoja la calle y número de Ana. Y se lo metió en un

bolsillo.

—¿Crees que hago bien visitándola? ¿Qué va a pensar de mí cuando me vea en la puerta de su casa?

—Eso no se sabe. Ella es... —dudo en buscar la palabra adecuada— muy liberal, diferente, nadie es como ella, ya te darás cuenta.

—¿Ana tiene o ha tenido pareja? —preguntó Álex.

—¡Ya no tiene pareja! ¿Tú crees que Ana puede tener pareja? No hay quien le siga. Y la verdad, ahora que lo pienso, debería de a ver ido hace mucho tiempo al psicólogo. Aunque sé que tiene un amigo psiquiatra, que de vez en cuando le receta algunas pastillas; la verdad no sé qué pensar. «Esa maldita obsesión con encontrar restos arqueológicos de esos griegos» —pensó Raúl. Lo que sí que es seguro lo que ya te he comentado; que te arrepentirás toda la vida si no vas a buscarla. No pierdes nada y puedes ganar mucho. Creo que ella es todo lo que necesitas ahora mismo. Para que te replantees la vida, la existencia. Para que hagas un poco el loco. Y a ella le vendrá bien estar algunos días con alguien como tú, a ver si se estabiliza. Joder.

—Iré. Pero antes tengo que pasar por Sevilla.

—Me parece lógico. Tendrás que hablar con Paula.

—Paula y yo creo que hemos... —tosió— terminado.

—Lo siento. Bueno, si es para bien me alegro. —Raúl se metió una mano en el bolsillo y saco un sobre abultado color crema de cuartilla—. Aquí tienes todos los pasos que tienes que seguir para colocar todo tu dinero en bonos americanos. En principio, a un año.

—¿Y por qué en principio?

—Después de un año ya veremos. Según lo que hayas decidido hacer con tu vida.

—Gracias Raúl.

—Eres mi amigo. No puedo hacer menos por ti. —Sonrió ampliamente—. ¿Comemos?

—Sí. Buena idea. Yo quiero lo del otro día. Estaba muy bueno ¿qué era?

En ese momento el camarero trajo dos platos enormes, blancos y humeantes.

—¿Cuándo has elegido esto? —dijo Álex. Yo he llegado antes que tú.

—Desde el taxi llame al restaurante.

—Siempre eligiendo por los demás —Se rieron los dos.

—No lo puedo evitar. Te va a gustar mucho. Se llama Trippa alla romana.

—¿Qué es?

—Callos. Pero a que suena de ese modo a algo elegante.

—Pues sí. Trippa alla romana —repitió teatralmente Álex poniendo una pose típica de italiano de película de gánster.

Rieron los dos a mandíbula abierta.

—Álex... —Dijo Raúl muy serio.

—Sí. Dime.

—Te tengo que confesar una cosa.

—Suelta jefe. ¿De qué se trata?

—Me he casado.

—Joder, eso hay que celebrarlo. —Álex levantó una copa de vino en postura de brindar—. ¿Y quién es la afortunada?

—Será el afortunado. Soy gay.

33. Sevilla.



Álex decidió quedarse algunos días más en Roma. Hasta el domingo, tal y como tenía previsto desde un principio. Decidió esperar por si acaso aparecía Ana. Pero ella seguía sin dar señales de vida. Él la llamó más de cincuenta veces a lo largo de la semana. Raúl estuvo un día más, hasta el viernes por la tarde, pero después se tuvo que ir; tenía asuntos importantes que atender, asuntos que no podían esperar. Se fue preocupado por su amigo. Álex estuvo casi todo el fin de semana vagando por las calles, los lugares, los bares, museos, plazas por donde había estado con ella. Necesitaba saber más de Ana. Apenas durmió; repetía siempre el mismo itinerario, una y otra vez... de día y de noche. Algo en su cabeza no iba bien. Presagiaba que en cualquier momento todo se iba a desmoronar. Buscaba una explicación, pero estaba en un bucle de no retorno, cada día se encontraba peor. Se acordó de la enfermedad mental de su madre, y creyó que él también la tendría, que era un esquizofrénico paranoico. No podía parar su búsqueda.

Al regresar de camino a su casa recapacito de que no había vuelto a llamar a Paula desde hace cinco días, desde el día que Ana desapareció en la tienda de antigüedades; y se sorprendió de semejante comportamiento. Se dirigió a su buzón de correo, lo abrió con mucho esfuerzo ya que parecía que estuviera a punto de reventar; repleto de propaganda hasta en el último rincón de aquel profundo cajón; parecía que llevará varios meses sin aparecer por su vivienda, pensó él. Entre los numerosos papeles divisó una carta con letras verdes del hospital Virgen del Rocío de Sevilla. La colocó la primera; encima del montón de papeles.

Luego, una vez delante de su puerta entro girando la llave despacio intentando no hacer ruido, por si Paula estaba durmiendo la siesta, ya que eran las cuatro de la tarde. Hacía un calor de justicia. Las persianas de toda la casa estaban echadas hasta abajo. Todo estaba a oscuras, hermético y en silencio. Encendió la lámpara del techo y vio sobre la mesa del salón las llaves de Paula. Dejó sus cosas sobre el suelo y en la mesa dejó la carta con la propaganda. Entro corriendo en la habitación, pero su ropa ya no estaba. Su armario estaba vacío, no quedaba nada de ella, como si nunca hubiera vivido allí. Ni sus perfumes, cuadernos, maquillajes, la ropa de enfermera... nada. Todo había desaparecido.

Le dio una punzada en las sienes. Se sintió muy cansado y pesado, se sentó en su vieja silla de mimbre, una antigüedad que tenía de recuerdo de cuando vivía en casa de su madre en Triana. No entendía nada. Todo se estaba desmoronando. Su castillo de marfil con pies de barro estaba en peligro de caer y partirse en mil pedazos.

Se acercó al minibar y se hizo un whisky de Bourbon Jack Daniel de barril, con dos hielos. Últimamente empezaba a beber temprano, pensó Álex en voz alta. Le dio un trago corto al destilado y enseguida le llegó su sabor particular a roble tostado, vainilla y caramelo. Miró el líquido color cobre rojizo y olió sus aromas a maíz, y ahumados.

Se dejó caer en el sofá y allí abrió la carta del hospital. Que le anunciaban una cita para dentro de dos días con un neurólogo. Por lo visto se había producido un hueco. Ya que alguien por algún motivo había anulado su cita. Le querían hacer una prueba llamada electromiograma. Sospechaban que posiblemente él tuviera una enfermedad neuromuscular. Una polineuropatía. Eso

justificaría su continua pérdida de fuerza y falta de equilibrio desde la adolescencia. Alex dejó caer la cabeza hacía atrás. Cinco minutos después se levantó con la mirada ida. Cogió unos esquís de nieve que tenía apoyados en la pared y sin ninguna expresión en el rostro golpeó todo lo que tenía a su alrededor. Las vitrinas, los discos de vinilos que tenía originales de The Beatles, The Who, The Rolling Stones, Triana, Silvio Sacramento, Lole y Manuel, Leonard Cohen... Todo volaba por los aires hechos añicos. Entro en la guarida y destrozo el ordenador y las tres pantallas de 28 pulgadas a golpes. Se hizo un corte en la mano por el que sangraba abundantemente. Se envolvió la herida con un paño de cocina y se tiró en el suelo, encima de los cristales; allí se quedó mucho tiempo sin moverse.

34. Cádiz.



Álex llevaba más de dos semanas en Conil. Viviendo en un bungaló; una pequeña pero confortable cabaña de madera en el campin de los Eucaliptos. Por casualidades de la vida, el dueño, un tal Manolo Gandinga era uno de sus amigos de la adolescencia; el cual le había perdido la pista, posiblemente desde que empezó hace nueve años a invertir en los futuros americanos. Y agosto estaba a punto de finalizar, la temperatura era agradable.

Álex había seguido todas las indicaciones de Raúl. Había metido su dinero en bonos de EE. UU. A un plazo de un año. A través de la empresa Interactive Bróker. Solo había dejado una pequeña cantidad para poder vivir humildemente a lo largo de los doce meses siguientes. Lo indispensable. De camino a través de una inmobiliaria puso su vivienda en venta.

Su estabilidad mental, su alma había cambiado. Parecía otra persona; ni siquiera él se reconocía cuando se veía en el espejo por las mañanas; por lo que decidió quitarlo del baño, tiró el espejo a la basura sin más, sin decirle nada a su amigo, el dueño de los *bungalós*. Tenía unas pronunciadas ojeras, estaba más delgado de lo que ya era, ahora tenía barba, y no se peinaba. Cada vez descuidaba más su aseo personal. Él que siempre había sido tan pulcro con su higiene y con su aspecto delicado y angelical. Ahora parecía un enganchado a la heroína. Solo pensaba en ver a Ana. Todas las mañanas iba a buscarla a su casa, a la dirección que le facilito Raúl. Le metía un sobre con una carta por debajo de la puerta. Pero allí no había nadie. Nadie contestaba. Solo una vecina de raza negra, nacida en Cuba, regordeta y posiblemente con más de 80 años, que salía a su encuentro cada vez que lo veía aparecer a través de la persiana de su ventana donde se pasaba todo el día en su mecedora. A Álex a pesar de lo cotilla que era Elizabeth le agradaba escucharla; ya que sus relatos la acercaban un poco más a Ana, a comprender por qué era como era. Elizabeth le indicó que no sabía dónde estaba Ana, que siempre estaba viajando; pero que volvería pronto. Que ella daba clases en la Universidad de Cádiz. Pero que antes de empezar el curso, todos los años siempre se pasaba unos días por su casa de Conil. Ella sin que Álex se lo pidiera le relató la dura infancia de Ana en el orfanato de Santa Herminia. Le conto con sumo detalle el accidente de tráfico de sus padres, los días difíciles cuando tuvo que empezar una nueva vida con las monjas. También le comento minuciosamente que cuando ella tuvo dieciocho años pudo disponer de un dinero por su herencia; que es cuando se compró la casa en la playa. Le explicó que los niños del orfanato de Santa Herminia pasaban todos los años un mes en la playa, en una casa hermandad. Desde aquellos primeros años ella se enamoró de este lugar, su paraíso como ella se decía, por ese motivo le encanta ir a Conil, ella se considera que es de aquí, que es conilense, —decía la anciana con su enorme boca y su desproporcionada cara de estilo botero.

Álex por algún extraño motivo estaba convencido de que Ana tenía la respuesta a toda su angustia. Su manera de hablar, de ser, de comprender, su manera de andar, su frescura... todo en ella le atraía, le era cercano, familiar, le recordaba a alguien, pero a la vez reconocía que él comparado con ella era la noche y el día, quería ser como ella. No podía hacer otra cosa que pensar en Ana. Cada segundo, cada minuto, cada hora... Cada día que pasaba era más intensa la

necesidad de saber de aquella arqueóloga y trader. Alex reconocía sin vergüenza que nunca había tenido mucho éxito con el sexo opuesto. Aceptaba con dignidad su aspecto frágil y su vergüenza a la hora de hablar con las mujeres, que todo ello le daba pocas posibilidades de comerse una rosca. Su Paula, su chica pelirroja, generosa en su cuerpo, y escasa en unos pechos pequeños pero bonitos. De pelo largo y rizado, color cobre, con un rostro anguloso pero cordial, demasiado para el gusto de Alex que era solitario como un lobo. Alex comprendía que Paula había sido la única mujer que él había conocido de verdad, la única que él había podido seducir, o dar lastima, cualquiera sabe. Ella había sido lo más parecido a una novia, o a un aroma de amor verdadero. Pero en el fondo ella solo había sido su seguridad. Paula lo cuidaba y él se dejaba. Lo triste que los dos sabían perfectamente que ninguno de los dos nunca había estado enamorado. Eran simplemente amigos con derecho a follar de muy de vez en cuando. Pero con Ana se había despertado algo diferente, descontrolado, fuera de toda lógica. Algo desconocido, animal y salvaje. Alex era cuadrulado y ordenado para todo lo que hacía. Y ahora se veía perdido. No entendía que es lo que era. El desorden lo tenía aturdido. Pero sabía, o creía saber que lo único que lo salvaba de la locura era verla. Ese era su tablón donde agarrarse en medio del océano después de que el barco se haya hundido. Se juró no moverse del pueblo de Conil hasta no conseguir hablar con ella.

Pasaron los días como si fueran meses, y las semanas como si fueran años hasta que llegó el levante, el famoso y temido viento de Conil. Era insoportable. Soplaban con una fuerza abrumadora. En la radio dijeron que era de 100 km/horas. Y se llevó así durante cinco días y cinco noches que Alex no salió de la cabaña. Sería muy arriesgado haber salido, ya que estaba muy débil; así que aguanto ese tiempo comiendo papas fritas de paquetes que tenía en la despensa; y bebiendo wiski, burbon, como si fuera el último día de su vida. Después de esos días turbios de encierro y la resaca desapareciera volvió a su rutina. Esta vez se prometió que se iba a cuidar mejor. Empezó a desayunar como Dios manda, tostadas con aceite, y comenzó a leer. Incluso empezó a escribir su libro, un borrador. Se afeitó y se peló. Por las mañanas iba a visitar la casa de Ana, dejar la carta, hablar con la anciana cubana, un paseo por el pueblo, por la carretera... por si la veía... y poco más.

El decimoséptimo día que Alex llevaba en Conil decidió ir a la playa muy temprano. Antes del amanecer. Alex era un arquetipo de hombre de ciudad; y pocas veces salía de Sevilla. Desde niño siempre había sido muy endeble y enfermizo; y siempre quiso ir a ver el mar antes de que saliera el sol. El amanecer. Ver los primeros rayos de luz del día con el mar de fondo. Pero siempre por algún motivo nunca pudo realizar ese sueño.

Era lunes, las 05:36 de la mañana del 6 de septiembre de 2018. Y en la playa no había nadie, a excepción de un perro que corría por la arena sin dueño. El animal se desplazaba daleando su cuerpo, como si este no pudiera caminar en línea recta. Le miró como solo los perros saben mirar; de reojo. Alex sintió envidia del canino que le pegaba bocados al agua intentando parar las olas. El animal poco a poco desapareció por la orilla. Se fue alejando. Ya se escuchaban lejos sus ladridos.

Alex dejó en el suelo sus pertenencias; una pequeña nevera de corcho blanco con bebidas y una bolsa de deportes con unos bocadillos y dos libros. El Ser y la Nada de Jean-Paul Sartre, y Breve historia del tiempo: de Stephen Hawking. Este último un libro muy deteriorado por el uso. Lo tenía muy subrayado, y los márgenes llenos de notas con letra menuda. Luego, colocó escrupulosamente una toalla en la arena que estaba húmeda y fría. Hacía fresco, y el ambiente era pegajoso. Se sentó con mucho trabajo, ya que Alex era poco flexible, y encima con pantalones vaqueros. Cruzó las piernas. Miró hacia el horizonte y cerró los ojos. Aspiró fuerte y olió el mar.

Se escuchaba las olas intensas en el interior de su cabeza. Estaba solo, completamente solo, pero no porque la playa estuviera desierta a esas horas, se hubiera sentido igual de solitario en la feria de Sevilla con un millón de personas. Era una soledad pesada, profunda e infinita. Pero a la vez era una sensación muy agradable. Ya que nunca había recapacitado y sentido esa soledad tan profunda. Deseo vivir en otra época, otro lugar; empezar de nuevo. Sin saber cómo de dejar de pensar. Se dejó llevar flotando en su inmensidad interior saltando de nube en nube. Estuvo en ese estado de embriaguez durante algún tiempo indefinido. La gente iba apareciendo poco a poco, clavaban sus sombrillas, colocaban sus sillas, toallas en la arena... para coger temprano un buen sitio en la playa, y lo miraban extrañado mientras él seguía con los ojos cerrados en su viaje interior.

Después de varias horas...

Noto unas manos mojadas, frías... apoyadas suavemente sobre su espalda. Abrió los ojos y el sol ya estaba alto. Muy brillante; como una bombilla de un billón de vatios de potencia. Se giró deslumbrado y desfallecido por el tiempo que llevaba sin moverse, y allí estaba Ana. Sonreía como siempre, con frescura. Sin maquillar y con un pañuelo grande de estampados rodeando su escultural cuerpo. No solo le pareció guapísima, sino que reconoció su atractivo sensual del que era imposible ser atrapado. Por un momento creyó que todo era un sueño. Álex hizo todo lo posible por qué no se le notara su excitación. Pero comprendió enseguida que resultaba absurdo e imposible no admirar con deleite y descaro semejante espectáculo de erotismo que emanaba de su cuerpo. Llevaba su pelo negro recogido con una diadema de color hueso, «*cualquiera sabe de qué materiales estaba hecha*», pensó él al ver la pieza que aparentaba ser muy antigua. «*Será una reliquia, tal vez*». Él se levantó con la pierna izquierda dormida, el hormigueo era terrible, casi se cae. Con timidez se acercó a ella, ya que se daba cuenta de lo ridícula que era la situación; le dio un abrazo. A pesar de su vergüenza no se pudo contener y la apretó torpemente contra su pecho. Ella respondió con cariño y afecto. Álex sintió el calor de su cuerpo, su pecho aplastado contra él, su aroma; y le entro ganas de llorar.

—¿Tú crees en el destino? —dijo ella separándose de Álex.

—Nunca me he planteado ese tipo de preguntas. Soy muy simple.

—¿Y crees en Dios? —le preguntó Ana.

—No. Siempre he sido antirreligioso. —Hizo una pausa— Lo he intentado, pero no puedo creer en un ser superior que lo controla todo. —Álex apoyó con cuidado su pierna dormida sobre la arena, ya que estaba a pie cojito—. En Sevilla hay muchas hermandades, y yo nunca he pertenecido a ninguna, ni a equipos de fútbol, ni soy de ninguna ideología política. Siempre he sido así. Un tío raro. Como muy bien dijiste en Roma.

—¿Por qué has venido Álex?

—No lo sé. Pero necesito verte. —Él con la yema de los dedos comenzó a acariciarla con suavidad su rostro—. Te he visto solo 24 horas, y no hago otra cosa que buscarte en sueños y luego sigo igual cuando despierto ¿Qué me has hecho? Estoy... —Suspiró— me atraes como el polen a las abejas.

—¿No sientes como si no pertenecieras a este mundo, o que fueras de otra época? —Preguntó Ana.

—Sí, siempre me he sentido raro, diferente, fuera de lugar.

—Definitivamente todo es un misterio lleno de luz, cuanto más nos adentramos más misterioso y sorprendente resulta todo—. Ella se dio la vuelta, mirando al mar. —¿Tampoco crees en la reencarnación?

—No lo sé. Pero yo te conozco de algo —dijo Álex—. A lo mejor en otra vida. Yo nunca he pensado en estos asuntos. Siempre he sido práctico. Incluso me he burlado de las personas que creen en ese tipo de cosas. Pero ahora al conocerte todo se tambalea. Dudo de todo. —El sol se reflejaba en el agua deslumbrando los delicados ojos azules de Álex.

—Hay lugares, personas, olores, sabores... que nunca hemos visto y sentido. Aparentemente. Pero que por algún motivo percibimos que no son nuevos. Lo sabemos, pero no lo expresamos. Nos da vergüenza. Que ya hemos estado allí, que ya lo conocíamos. Por algún extraño motivo Raúl, el trading, Roma o lo que sea nos ha presentado, y creo que por algún propósito importante.

—¿Por qué desapareciste de Roma de aquella manera? Ni siquiera te despediste. ¿Tan poco te importo?

—Me seguían. Yo no soy la única persona interesada en Filolao de Crotona.

—¿Quién te sigue? —preguntó él.

—Ahora no te lo puedo decir. No me creería, además es muy peligroso que sepas de este asunto; no sé por qué te enseñe el Panteón de Agripa, fue una estupidez, deberías de olvidarlo, sería mucho mejor para ti. —Estuvieron unos segundos callados. Ella se quitó el paño que tenía cubriendo su cuerpo revelando su piel tostada por el sol. Tenía sus pechos pretorios, firmes y tensos. Álex intentaba ocultar la intensidad con la que ella le atraía. Y miró para otro lado. Tenía un bikini de tela color vainilla anudado en las caderas. Estaba más morena que cuando la vio la última vez en Roma.

—¿Y tú novia? —dijo ella— ¿te ha dejado venir?

—Ya hemos terminado. —A Ana por algún motivo que no entendió le agrado la noticia. Había algo en Álex que le gustaba, era diferente a todos los hombres que había conocido. A ella se le apeteció besarlo, pero no hizo nada—. ¿Tú no tienes pareja? —dijo él interrumpiendo los pensamientos de Ana.

—No. —Ella sonrió mirándolo fijamente a los ojos— desde hace mucho tiempo no hay quien me siga.

—¿No hay otro lugar más tranquilo? hay mucha gente en esta playa, —dijo Álex mirando fastidiado a la muchedumbre que les rodeaba—. No sé. Yo no entiendo, pero una cala, un lugar donde hablar sin que nos molesten. Con menos ruido. Cuando vine esta mañana antes del amanecer estaba muy despejada y vacía la playa, pero ahora... es un horror.

—Sí... claro. Recojamos tus cosas. Te voy a llevar a un lugar muy especial, que pocos conocen. Pero hay que caminar un ratito.

—Te recuerdo que en Roma me dijiste lo mismo.

—¿El qué dije? No me acuerdo...

—*“Te voy a llevar a un lugar que nadie conoce”* y me metiste en el interior del Panteón de Agripa. Luego ya sabes lo que paso. Y luego en aquella tienda de antigüedades. Por favor, un sitio donde mi vida no corra peligro. —Ella esbozó una sonrisa que a él ya le parecía familiar; como si la conociera de toda la vida.

Transitaron por la arena con los pies metidos en el agua hasta los tobillos, con las sandalias en la mano, iban en silencio disfrutando del paisaje. Ana le agarró la mano en un gesto puro y sincero haciendo que Álex se estremeciera. Se levantó una suave brisa que aliviaba el picor del sol. Él respiraba con dificultad. Pasaron varias calas donde había extranjeros, posiblemente alemanes, colorados como gambas a la plancha, tomando el sol desnudo. Siguieron caminando. Álex disimuladamente contemplaba hipnotizado a Ana. Estaba cerca de ella y le llegaba su olor, su perfume corporal. Seguían transitando en silencio como si hubieran pactado no hablar hasta llegar al lugar. Él se dio cuenta de que ella había cambiado su actitud con él, eso le hizo

inmensamente feliz. También se percató de que todo el mundo la miraba a ella a su paso. No se podía explicar cómo podía tener ese físico y ese rostro tan juvenil con 42 años. Parecía una universitaria.

Después de caminar durante media hora llegaron a una pared de rocas; ella le indicó que ahora tendrían que recorrer veinte metros por lo menos por una fisura. Ana le advirtió que tuviera cuidado con la cabeza, que mejor fuera agachado, que había muchos picos punzantes y rocas afiladas. Él prefirió ir a gatas, no se fiaba de su poca estabilidad.

Pasaron uno detrás de otro a oscuras por la abertura estrecha que había en el interior de la montaña. El suelo estaba mojado, y había eco en su interior. A lo lejos se veía tenue la salida; que poco a poco en cada paso se iba haciendo mayor en tamaño y luminosidad. El suelo estaba lleno de diminutos cangrejos que se escondían a la vez que ellos iban adentrándose en la cueva.

—Ya hemos llegado —dijo Ana al final del túnel: Ella ayudó a Álex a que se incorporara del suelo. Pusieron las toallas, la bolsa y la nevera en la arena— ¿Ha que parece que hemos aparecido a otra parte del mundo, o incluso a otro planeta?

—Sí, estamos en Titán.

—¿Titán? No conozco esa ciudad —dijo Ana.

—Titán es una de las lunas de Saturno. Durante mucho tiempo se creyó que había vida extraterrestre, y se fantaseó sobre sus habitantes, sus extraordinarios paisajes. —Ella se sorprendió al escuchar a Álex contar algo interesante y que ella no conocía—. Se ve tranquila esta cala, —dijo Álex deslumbrado por la luz. Se puso unas gafas de sol y observó el lugar asombrado por la naturaleza virgen que le rodeaba.

—Aquí no viene nadie —dijo ella—. Nadie nos puede ver ni molestar. Lo conocí cuando era niña. Un día que me perdí, bueno, en verdad ese día me escapé de las monjas. En aquella época yo no comprendía nada.

—Qué lugar tan bello. Me encanta. Yo he ido muy pocas veces a la playa. Casi siempre voy a la piscina. Pero siempre hay mucha gente, casi no se puede ni nadar.

—La piscina es para pijos. —Él no dijo nada. No le quiso explicar a Ana que en la piscina estaba más cómodo. Ya que era muy patoso y se caía con facilidad con la arena de la playa.

—¿Sigues teniendo las pesadillas con el toro gigante?

—Sí. Ahora todos los días —Se sentaron en la arena.

—Si quieres mañana podemos visitar a un amigo mío. Se llama Mario. Está de vacaciones en Conil. Es Psiquiatra. Él te puede hacer una sesión de hipnosis.

—¿Para qué?

—Para ver que tienes en tu cabeza —le dio ella divertida un chorrillo en la frente.

—He venido para seguirte. Donde sea. Si crees que vale la pena lo haré... Quiero cambiar de vida.

—Valdrá la pena. Además, Mario cuando empiece a trabajar en Madrid, dentro de unos días en su consulta no te podrá atender con tanta facilidad. Es un médico muy conocido. Tiene muchos clientes. —Álex se echó para atrás y se puso las manos en el cogote—. Hace un año él trabajaba para mí en mi equipo.

—Ana... ¿Por qué me tratabas tan mal en Roma? Parecía que estuvieras enfadada conmigo.

—Ya te lo dije. Cuando veo que alguien no aprovecha la vida, el tiempo; me irrito mucho. No lo puedo evitar. Y tú la estabas desaprovechando.

—¿Y qué ha cambiado para que ahora me veas de otra manera?

—Lo has dejado todo por estar aquí conmigo. Por crecer, evolucionar. Eso lo valoro mucho. Por fin me demuestras que vas en serio. Espero que no me hagas perder el tiempo. —Ella cerraba

los ojos sintiendo el viento mover sus cabellos y secando el sudor de su frente—. Además, cuando estoy en Conil, mi paraíso, vuelvo a ser una niña pequeña que todavía se sorprende por todo.

—¿Y cuando empiezas a dar clases en la universidad?

—He pedido un año de excedencia. Por eso he durado en venir. Estaba arreglando los papeles, y preparando a quien me iba a sustituir durante ese tiempo.

—¿Por qué lo has hecho? —dijo Álex sin comprender.

—Me ha llamado Raúl y me ha contado que venias a Conil. Que no te moverías de aquí hasta hablar conmigo.

—Te he llamado muchas veces al número de móvil que me distes en Italia.

—Ese móvil ya no existe. Lo compre de tarjeta solo para ir a Roma. Luego lo tiré a la basura.

—¿Y por mí has pedido excedencia en la universidad?

—Por ti y por Filolao. Tengo que termina un asunto pendiente.

—No entiendo.

—Este año quiero terminar con el enigma del gran sabio Filolao de Crotona. —Ella mostró la punta de su lengua con la boca entreabierta y él casi se desmalla—. Y tú me vas a ayudar. Y de camino encontraras la solución a tu nueva forma de vida. Encontrarás tu elemento y la manera de desarrollarlo.

—Tengo una enfermedad. Pierdo fuerza con el paso del tiempo. No sé cuánto tiempo me queda para tener que coger una silla de ruedas.

—¿No será la ELA? Lo que tenía Stephen Hawking.

—No. No es tan grave. Pero cada vez tendré menos fuerza en las manos y en los pies. Hace varias semanas me han hecho un electromiograma, y no hay dudas. Por eso se me ha dado siempre mal los deportes. Es una enfermedad neuromuscular, degenerativa, pero progresa lentamente. — Ella se abrazó a él.

—¿Y cómo se llama?

—CMT. Charcot Mariet Tooth.

—Bueno, vera como todo sale bien. Anímate. La ciencia avanza mucho. Y tú como científico lo sabrás. —Ella curvó los labios avergonzada por el insulso comentario que había hecho.

—No te burles por favor. Yo no soy científico, ni nada que se le parezca, más quisiera yo haber sido astrofísico, o químico, o físico teórico. —Álex se puso de pie mirándola, ella seguía sentada en la arena. El sol lo tenía justo detrás de su cabeza, como si él fuera un eclipse—. ¿Sabes que Raúl es gay?

—Claro. Nunca me lo ha dicho, pero se ve claramente. Ningún hombre se cuida tanto la piel, las manos, el cabello sin ser gay.

—Joder, Ana... no te pega decir algo tan machista y antiguo. Estamos en el siglo XXI. Los hombres también se cuidan la piel, yo por ejemplo me echo algunas cremas.

—Yo sé lo que me digo.

—Se ha casado, —dijo Álex.

—¡No lo sabía! —Dijo Ana visiblemente molesta por enterarse por Álex.

—Pues yo nunca me he dado cuenta.

—¿De qué?

—Que Raúl es gay.

—Pero es que tú no te enteras de nada. —Se quedaron en silencio mirando un gran barco de vela que estaba muy lejos.

—¿Quién viajará en aquel velero?

—Algún rico aburrido —dijo ella con la mano en la frente en forma de visera para quitar el

sol de sus ojos—. Mantener un barco así es una mala inversión... ¿Nos bañamos?

—Yo no traigo bañador. He venido así —una bola de pajas de hierbas secas pasó volando cerca de sus cabezas distrayendo la conversación.

—Eres la única persona en el mundo que es capaz de ir a la playa en verano con pantalones vaqueros hasta los tobillos. ¡Eres de lo que no hay!

—No tenía pensado bañarme. Además, ya casi no es verano, —Ana se reía a carcajadas.

—El verano en Conil es cualquier día del año... y que te puedas bañar ahora tiene solución. —Ana se levantó. Y con una naturalidad que a Álex dejó pasmado se quitó su bikini. Primero la parte de arriba y luego la de abajo. Antes sus ojos Ana era como una adolescente sin control y sin miramientos ante nada.

—¿Pero... qué estás haciendo? —dijo Álex muy colorado dándose la vuelta.

—Ahora te toca a ti. Esta cala no la conoce nadie. No, nos pueden ver. Bueno, solo el que este en aquel barco velero, y solo si tiene unos prismáticos muy pero que muy potentes, —señaló ella con el dedo al navío—. Pero está muy lejos. ¡Venga, déjate de monsergas!

—No, yo no me desnudo. ¡¿Estás loca?! Siempre se te ocurren ideas muy raras.

—¡¡¡*Carpe diem!!!* —dijo ella gritando— hay que aprovechar el momento presente sin esperar el futuro.

—¡No! He dicho que no —Álex daba pasos hacia atrás.

—¡Si ya me has visto desnuda! Qué te cree que no me di cuenta en el hotel, en Roma, como me mirabas cuando yo me secaba en el baño. —Álex enrojeció de nuevo con más intensidad—. Me dijiste que me seguirías a todos lados. Hasta que te enseñara a vivir ¡¡¡Ahora!!! —Álex se desabrochó el botón del pantalón y tiró hacia abajo. Mostrando sus escuálidas piernas blancas como la leche. —Venga, ¡¡¡TODO!!! Ahora los calzoncillos, —gritaba Ana como un capitán del ejército.

—No comprendo por qué me tengo que desnudar para bañarme, ya me podría quedar así.

Álex se quitó sus anticuados calzones blancos y se quedó totalmente desnudo mirando al suelo, con las manos tapando sus genitales. No sabía que decir, hacía donde mirar. Hasta que se percató que Ana ya estaba metida en el agua chapoteando como una sirenita. Álex salió corriendo hacia ella de una manera destartalada. Por primera vez en su vida se sentía feliz. Libre, y sin ataduras.

—*Los planes están saliendo tal y como tenía previsto* —dijo una voz cavernosa—. *Ha valido la pena esperar tantos años, tantos siglos.* —Quitó su ojo seco del telescopio terrestre por el que estaba espiando—. *Por fin estos dos se han vuelto a conocer. Muchos hilos he tenido que mover para que esto se hiciera realidad.* —El enorme anciano con desprecio escupió un hueso de aceitunas al mar desde el velero donde estaba observando la escena—. *Pronto sabrán de mí.* —Bebió un largo trago deslizándose el líquido denso y rojo que contenía su copa de oro por su cuello arrugado como una pasa—. *Entre los tres mataremos por fin al leviatán. El que domina las ideas, los pensamientos y los sueños de los seres humanos.* —Dijo el viejo con sus dos metros y veinte centímetros de estatura echándose hacia atrás sobre una tumbona que tenía acondicionada en la proa. Cubrió sus ojos grises con unas gafas oscuras y sonrió con su boca sin dientes—. *Muy pronto vas a despertar todo tu potencial muchacho, el que no pudiste hace 2447 años.*

35. El psiquiatra.



—Tranquilízate que esto que vamos a hacer ahora es de lo más normal del mundo —dijo Ana en la puerta del chalé de Mario.

—Tú dirás lo que quieras, —dijo Álex agitado— pero esto no es corriente. Por lo menos en mi vida. ¡Yo no estoy loco! Y nunca he tenido que acudir a un loquero. Y mucho menos a un hipnotizador.

—Te recuerdo que tampoco es normal vivir de los futuros del mini SP 500, por lo menos en España, y tú y yo lo conseguimos. Luchando con viento y marea.

—Bueno, tú que digamos no luchaste apenas. —Ella le trincó con fuerza su escuálido brazo—. ¡No me vayas a dejar en mal lugar! Mario es un prestigioso investigador y tiene su agenda abarrotada de citas muy importantes. Y a pesar de ello nos ha hecho un hueco. Nos va a dedicar una mañana entera, gratis y estando de vacaciones. —Ana le tiró del lóbulo de la oreja—. ¡Él no es un hipnotizador es un psiquiatra!

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! Suéltame que me la vas a arrancar. ¡Qué bruta eres!

—¡Te estás comportando como un niño mal criado!

—Bueno, bueno, no te enfades. Venga llama —dijo Álex sacudiendo su brazo para quitarse del apriete de Ana.

—Todos en algún momento necesitamos ir a un psiquiatra a lo largo de nuestra vida, —dijo ahora Ana en un tono conciliador—, te lo aseguro. Mario me ayudó cuando salí del internado; estuve a punto de suicidarme—. Ella le aferró ahora su cara con las palmas de las manos, le apretaba los cachetes como si le estuviera hablando a un crío de siete años—. En España estamos muy atrasados, con ideas muy antiguas. Tienes que actualizarte. Vera como él averigua lo que te pasa.

—Venga, llama al timbre y déjate de discursos y consejos ceremoniales, —dijo Álex—. Seguramente yo he ido al psiquiatra más veces que tú. Mi madre tiene esquizofrenia con paranoia — ella con un pañuelo le secó el sudor de su frente—. Si esto sale bien esta noche lo celebraremos por todo lo alto en el asador del campin de los Eucaliptos. Mi amigo Manolo Gandinga tiene un asador de sardinas que no veas. ¿Tú conoces a Manu? —Ana no dijo nada. Lo miró asombrada por la facilidad como Álex cambiaba de tema—. Cuando éramos chavales salíamos juntos en la misma pandilla. Yo soy de Triana y él del barrio de los Remedios. Le perdí la pista y ahora por casualidad me lo he encontrado aquí en Conil. —Ana se quedó pensativa. Por un momento se imaginó a Álex con una camisa de fuerzas diciendo locuras en una habitación acorchada—. De todos modos, no entiendo por qué ayer no quisiste quedarte a dormir en mi cabaña. —Dijo él deshaciendo la visión de Ana con Álex en el manicomio. Álex hablaba sin parar, parecía una cotorra diciendo cosas sin sentido—. Tengo tres habitaciones. El Campin de los eucaliptos es un sitio muy hermoso. ¿Lo conoces?

—Yo he estado allí varias veces. Cuando lo dirigía el padre de Manolo Gandinga. Hasta que murió repentinamente hace 6 o 7 años y tu amigo se hizo cargo de todo, Manu no me cae bien. Además... huele fatal, —Ana sacó su móvil y miró la hora. Alex iba a emprender de nuevo su parloteo, pero Ana no estaba dispuesta a seguir escuchándolo—. ¡¡¡Qué te calles!!! Joder,

descansa un poco, coge aire. Bebé agua si quieres..., pero no estropees el recuerdo del día tan bonito que pasamos ayer juntos con tantas impertinencias. Me estás agobiando. Pareces un trastornado.

Álex con el rostro serio clavo el dedo en el botón durante cinco segundos.

—¡No te pases de listo! —Ana le dio un golpe en la mano—. Eso no es forma de llamar. Ten más respeto. Casi quemas el porterillo. —Ana sopló echando todo el aire que tenía en sus pulmones.

—Perdona, estoy muy nervioso. —Esperaron algunos minutos en silencio.

—Sí ¿quién es? —sonó una voz rota con carraspera por el altavoz.

—Soy Ana. Quedamos ayer, ¿te acuerdas? Estuvimos hablando por teléfono y quedamos a esta hora.

—A... sí... perdóname, Ana. Dame cinco minutos por favor.

—No te preocupes. Damos una vuelta y en media hora estamos otra vez aquí.

—Muchas gracias princesa. Ayer me acosté muy tarde. Vino Juan Agüero, ¿te acuerdas de él? y estuvimos dándole al pico. —Se escuchó una risa acompañada de unos tosidos, el sonido se acoplaba, se le escuchaba muy mal—. Me doy un baño rápido y preparo una habitación con la cámara de video.

—Venga. Ahora venimos, no te preocupes, —dijo Ana—. Lo entiendo. Mientras te duchas nosotros tomamos algo y hacemos tiempo.

—¿Una cámara de video? —Dijo Álex extrañado mientras se alejaban de la puerta.

—Las secesiones las tiene que grabar. Luego las ve varias veces y las analiza. Es un científico. —Ella volvió a soplar con desgano—. Tranquilo que no va a colgar el video en YOU TUBE, ni nada parecido. —Refunfuñaba Ana—. Chico para ti todo es un mundo. Relájate por favor, que me tienes de los nervios.

—¿Tomamos un café? Yo no he desayunado todavía.

—Creo que en esa cafetería podemos tomar unas tostadas y un cafelito—, señaló Ana hacía un bar con un letrero de la cerveza Cruz Campo. Era una mujer rubia con una copa muy grande en la mano. —Aunque sería mejor que te tomaras una tila, —rieron los dos.

—¿Me puedes contar algo de Mario? —Dijo Álex mientras se sentaban en una mesa en el velador de la cafetería.

—Mario además de tener su consulta privada copera gratuitamente con personas desprotegidas; niños de orfanatos, con reclusos de la cárcel, mujeres maltratadas... Es una buena persona. —Ella miró para el camarero y le pidió con señas dos desayunos de café y tostada—. Yo lo conocí cuando cumplí dieciocho años. Cuando deje las monjas. Estaba desorientada. Él me ayudó mucho a ubicarme. Tuve una depresión muy aguda. Con intento de suicidio.

—Joder Ana, lo siento, pero no me lo imagino, y no te molestes por lo que voy a decir ahora, pero eres tan decidida, tan capaz, tan alegre... Que no te conjeturo en un estado de desesperación.

—¿Conjeturo? Hablas como un viejo catedrático. ¡Madre mía!

—¿Qué te pasa hoy? Me estás atacando como en Roma. Y no te he hecho nada.

—Todos somos consecuencia de nuestro pasado. Mario me ayudó mucho. Y cuatro años después conocí a Raúl Duarte. Nuestro maestro en el trading. —El camarero trajo dos cafés.

—¿Es muy mayor tu amigo?

—Tendrá 60 años si no me fallan los cálculos. Pero lo que sí que está es muy estropeado. Fuma y bebe bastante. Últimamente está muy raro, hace un mes lo vi y estaba muy nervioso. —Ella hizo una parada en su discurso para encender un cigarro—. Tiene muchas historias que le atormentan. Y creo que está enfermo de algo grave, pero no me lo ha contado. —Álex movía el

café con intensidad derramando parte del líquido en el platillo de porcelana.

—Tiene que ser una profesión difícil —dijo Álex.

—Pues sí. Intenta arreglar a todos y él está roto por dentro. Su hijo se murió hace un año y medio. —Hizo una pausa—. Estaban viendo una película en su casa, en Madrid. Y de repente el chaval se levantó tambaleándose y cayó al suelo muerto. Se le paro el corazón. El muchacho tenía tan solo veintiséis años.

—Joder. Me has cortado el cuerpo. —Dijo él emocionado.

—Tú eres el que pregunta y preguntas sin parar. Su mujer poco después de la desgracia se fue de casa. —Ella dio un largo soprido—. Mario trabajaba en mi equipo de investigación. Hasta el accidente de su hijo. Por favor, dejemos los cotilleos y los chismes para otra ocasión. Concentrémonos en lo que va a pasar hoy. Que es más importante de lo que te imaginas. Él dentro de un rato va a llegar a saber cosas de ti, que tú mismo desconoces.

—Es verdad. Concentrémonos en lo de hoy.

—Mario va a intentar hacer una sola sección contigo. A lo mejor, más adelante, otro día te tiene que hacer algunas secciones más. Si fuera ese el caso, ya sería en Madrid. Por lo menos eso fue lo que me dijo ayer cuando lo llamé por teléfono para contarle lo de tus pesadillas. Pero él de todos modos va a intentar averiguar lo que te pasa en el transcurso de esta hipnosis, luego será muy complicado. Ya que su agenda está muy apretada. Para ello necesita grabar la sección. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo comprendo. No te preocupes más por eso.

—Él está muy interesado en tu caso. Cuando le expliqué lo de tus pesadillas me pregunto muchas cosas. Su voz... sus palabras... su intelecto... no sé cómo decirlo... pero recobro ese brillo que yo recordaba de cuando lo conocí, de antes de morir su hijo. No sé cómo decirlo, pero fue una conversación extraña. Ojalá vuelva a ser el que era. Es una de las personas más inteligentes que he conocido. —Ella escribió en una pequeña agenda, parecía un número de teléfono, o sería una fecha, cualquiera sabe—. A lo mejor tienes que firmar unos papeles de consentimiento. No sé. —Ana dio un sorbo largo bebiéndose todo el café y cerró la agenda—. Sí sale todo bien lo celebraremos en tu cabaña de madera como tú quieres. Y comeremos sardinas hasta tarde. Pero tranquilízate. Ya que, si no, no te podrá hipnotizar. —El camarero trajo las tostadas—. Tienes que relajarte, para que Mario pueda hacer su trabajo. —Ella comenzó a comer su tostada a bocados grandes.

—Lo que yo no entiendo para que hace falta hipnotizarme.

—Eso te lo explicará él mucho mejor que yo. —Ella levantó la mano para pedir la cuenta—. Paga el desayuno por favor, mientras que te terminas de tomar la tostada, que yo voy al cuarto de baño, ahora vengo.

—Comes muy rápido, —dijo Álex.

—Yo lo hago todo muy rápido —dijo ella irritada—. Estoy en lo que estoy. No como otros.

Volvieron a llamar al porterillo. Y sin contestar nadie se abrió la puerta enseguida. Como si Mario estuviera en el otro lado esperando a que llamaran.

—Hola, Ana. Estás impresionante. Como siempre —dijo Mario dándole dos besos en la mejilla afectuosamente. Él llevaba una bata blanca. Las ojeras eran más prominentes que en otras ocasiones.

—Ya sabes que me cuido. No como tú. Cualquier día me das un susto.

—Hola... Álex... —dijo Mario ofreciéndole la mano.

—Hola... Mario —dijo Álex tímidamente.

—Ahora te voy a explicar una cosa —dijo Mario mirando a Álex y luego a Ana— venir por aquí, seguirme por favor, —el doctor andaba encorvado, cojeando de la pierna izquierda.

Pasaron por un salón amplio, que comunicaba con un pasillo largo y estrecho. Las paredes estaban llenas de fotos familiares, donde destacaba casi siempre un niño en las fotografías. El olor a tabaco era intenso y las persianas echadas hasta abajo no ayudaban a que se fuera el mal olor. Cada paso era como una aventura. Había ropa sucia, arrugada por el suelo. Tenían que sortear diversos objetos que se iban encontrando mientras iban avanzando. Al final del pasillo entraron en un cuarto donde había una gran librería con un diván en el centro, y cerca un sofá de cuero color ocre. En medio de la sala había una cámara de video en un trípode oxidado. La habitación contrastaba con el resto de la casa, allí olía a incienso de varitas de quemar, tenía varias velas encendidas; en esta habitación todo estaba ordenado. La cantidad de luz era perfecta. Y de fondo se escuchaba suavemente música de Chopin: *Claro de Luna*. Más que una habitación era un oasis en aquella desordenada y pestilente casa.

—Siéntate aquí Álex. O mejor quítate los zapatos y te acuestas sobre el diván, estarás más cómodo—. Le señalo Mario el diván. Y Ana sin preguntar se sentó en el sofá con las piernas juntas, parecía que quisiera ocupar el menor espacio posible. Llevaba falda negra corta y sandalias de playa.

—Yo soy psiquiatra —dijo Mario secamente mirando fijamente a los ojos de Álex y sin ni siquiera pestañear prosiguió—. Mis años de estudios disciplinados en la universidad y luego en el doctorado y varios másteres adiestraron mi mente para pensar como médico y científico, moldeándome por los senderos estrechos del conservadurismo profesional. Yo antes desconfiaba de todo aquello que no pudiera demostrarse con el método científico tradicional. Y el hipnotismo, la regresión y otros asuntos que ahora no vienen al caso, me parecía algo absurdo, denigrante, no sé cómo explicarlo para que me entiendas. —El médico se levantó veloz como si hubiera descubierto un tesoro, cogió un vaso que había en la estantería de libros; le dio un trago vaciando el líquido que quedaba en su interior, por su olor parecía ginebra. Ana le recriminaba con dureza con la mirada su conducta alcohólica—. Hasta que un día conocí el método hipnótico, el cual apliqué con una paciente muy especial. —Mario se volvió y miró con complicidad a Ana—. Mi vida cambió radicalmente desde ese momento. En mis estudios no había nada que me preparara para algo así. —Ana y Álex permanecían en silencio. Con los ojos muy abierto escuchando con atención todo lo que explicaba el psiquiatra—. En la mente humana hay demasiadas cosas que están fuera de toda comprensión, y el subconsciente acumula recuerdos de toda una vida.

—¡Pero a eso yo no he venido! Dijo Álex sin comprender que hacía allí.

—¡Tú estás aquí para que te cure! —Dijo el médico con una voz grave y firme dando un porrazo en la estantería con su vaso vacío.

—Déjale hablar Álex. Escucha todo lo que te tiene que explicar Mario antes de juzgar. —Le dijo Ana con suavidad.

—Con la hipnosis podemos adentrarnos en el subconsciente. En los conflictos que no se han arreglado, que siguen ahí. Carl Jung lo denominaba el inconsciente colectivo. Lo que contiene los recuerdos de toda la raza humana.

A lo largo de la historia, la raza humanidad siempre se ha resistido al cambio y a la aceptación de ideas nuevas. Los textos históricos están llenos de ejemplos. Cuando Galileo descubrió las lunas de Júpiter; los astrónomos de su época se negaron a aceptar su existencia, ya que estaban en contra de las creencias aceptadas de su época. Lo mismo ocurre ahora con los psiquiatras que se niegan a aceptar las considerables pruebas reunidas acerca de la memoria humana.

—Si usted cree que me tiene que hipnotizar lo hace. No se preocupe —dijo Álex cambiando su discurso—. Cooperaré en todo lo que me pida, —él miró a Ana.

—Ana me ha contado lo de sus pesadillas. No se preocupe que he tenido casos parecidos, no iguales... pero parecido. Tiene solución. —Mario se levantó y cogió una botella de ginebra marca Bombay que había escondida detrás de un jarrón de cerámica, parecía muy antigua la vasija, y lleno su vaso hasta arriba—. Ahora le voy a hacer una serie de preguntas personales. —Le dio un sorbo al destilado—. Si se siente más cómodo le digo a Ana que se salga de la habitación. —En ese momento Ana se levantó como un resorte quitándole de la mano la botella de ginebra al psiquiatra.

—Ana por favor quédate, —dijo Álex—. No tengo nada que ocultarte.

—No, Álex. —Ella le enlazó la mano—. Te va a hacer preguntas muy íntimas. Será embarazoso escuchar tu historia personal. Hazme caso. Luego entraré cuando te vaya a hipnotizar. —Álex acepto moviendo la cabeza. Ella cerró la puerta al salir de la habitación.

El psiquiatra echó el pestillo y seguidamente, abrió una puertecita de cristal opaco en un mueble de aglomerado que se percibía que era de baja calidad; agarro con fuerza señalando sus nudillos una botella de ginebra. Daba la sensación de que estuviera levantando algo muy pesado. El doctor se sentó junto a Álex. A lo largo de más de dos horas estuvo preguntándole sobre su vida. Percibió lo profundo de sus sufrimientos. También comprobó que Álex no creía en nada. Mario había ayudado a muchos jóvenes, pero rápidamente se dio cuenta de que este caso iba a ser muy diferente a todos los que él había conocido; lo que él no sospechaba lo que iba a ocurrir a lo largo de la sesión. El médico iba profundizando en su vida, sus miedos, fobias, en la niñez, los recuerdos de Álex, buscando la raíz de sus problemas. Álex se alegró mucho de que Ana no estuviera presente. Ya que las preguntas eran muy personales. Mario mientras iba preguntando lo iba anotando todo en una libreta de anillas típica de colegio. Y entre pregunta y pregunta Mario bebía dando pequeños sorbos a la ginebra.

Cuando terminó la entrevista Mario hizo pasar a Ana.

—Bueno. Ya hemos realizado la primera parte. Ahora un descanso —dijo Mario con la boca torcida, y la mirada confusa.

—¿Todo bien no? A que no es para tanto —dijo Ana.

—Es verdad. Soy un anticuado. —Reconoció Álex— tu amigo ha sido muy educado.

—¿Tomamos algo? —Dijo contento Mario.

—Tú de momento dejás de beber, —dijo Ana al médico con una brusquedad que a Álex dejó de piedra—. Ya has bebido demasiado. Tienes la boca daleada. Te estás pasando. —El médico soltó sobre la estantería el vaso que tenía en la mano lentamente sin decir ni una palabra.

—Venga no pelearse por favor, —dijo Álex— ¿Qué hacemos ahora?

—Comamos unos emparedados fríos —dijo con torpeza Mario para aliviar la tensión.

—Eso te vendrá bien. A ver si te despejas. —Ella lo miraba disgustada mientras iban a la cocina—. Has aprovechado que yo no estaba dentro con ustedes para beber todo lo que has querido y más. ¡Has echado el pestillo! Hueles a alcohol. ¡Cómo sigas así te vas a morir en dos días! —Ana lo miraba furiosa—. ¡Tienes que olvidar lo que paso! Marta te necesita. Lo sabes. Ella depende de ti. Ella se había enamorado de ti, de tu inteligencia, de tu cultura, de tu manera de mirarla, de cómo le cogías la mano. Idiota. ¡Qué eres imbécil!

—¡¡¡Cómo coño quiere que olvide lo que pasó!!! —gritó Mario—. Es imposible.

—Hay que seguir viviendo. Tú me lo enseñaste. Eres muy valioso para muchas personas.

—Cuando nos comamos estos bocadillos que ya tengo preparados —el médico sacó tres paquetes al vacío del frigorífico como si nada, aunque las manos le temblaban— entramos otra

vez. Primero te tengo que preparar para la hipnosis. Y cuando ya estés listo ponemos la cámara de video a funcionar. —Ella seguía mirándolo fijamente a los ojos —pero él envidaba cruzar las miradas con ella.

—¿Ana estará allí con nosotros? —pregunto Álex. Pero Ana no contestaba. Estaba seria, con las manos en jarra.

—Ana... ¿Entraras con nosotros? —Volvió a preguntar Álex.

—Sí, ya no te vuelvo a dejar a solas con este borracho. —Mario apoyó una mano en el hombro de Álex.

—A no ser que tú no quieras. —Dijo Mario.

—Por favor, Ana... entra, —dijo Álex visiblemente nervioso. Ana sonrió ampliamente al verlo tan nervioso. Parecía que estuviera en la puerta de un quirófano esperando una operación de trasplante de corazón.

—Ya te lo he dicho, voy a entrar. Relájate hombre.

—La hipnosis es una excelente herramienta para que un paciente recuerde incidentes olvidados durante mucho tiempo. —Dijo Mario entre bocado y bocado—. No encierra misterio alguno: se trata solo de un estado de concentración enfocada. Siguiendo mis instrucciones vas a relajar tú cuerpo, con lo que la memoria se centrará. —Ana y Álex lo miraban embobados mientras devoraban sus bocadillos como dos roedores—. Vamos a hacer una regresión a tu niñez. A ver que encontramos.

Mario indico que cuando se comieran los bocadillos tenían que pasar otra vez a la habitación. Que el tiempo pasa rápido, y a la tarde tenía que salir, había quedado. De mientras que Ana y Álex se dirigieron a la sala el psiquiatra fue a la parte de arriba de la casa; se lavó la cara con agua helada, que enfrió con una bolsa de hielo en un barreño... estaba cansado y tenía náuseas. Mario se miró en el espejo, observó sus profundas arrugas, las ojeras, su pelo blanco... su vejez acelerada; y se prometió que tenía que buscar ayuda para quitarse de sus adicciones. El agua helada y una larga y extensa raya de cocaína que se metió por la nariz hizo su efecto. Enseguida su rostro tomó un semblante fresco, inteligente pero triste y amargo. Cerró el congelador que tenía en el baño y se dirigió a la planta de abajo bajando los escalones de dos en dos.

Nada más entrar, Mario le dijo a Álex que se tumbara en el diván. Él estaba de pie hablando con Ana del Campin de los eucaliptos. Ana se dio cuenta de que Mario tenía las pupilas de los ojos dilatada, y que movía la quijada de un lado para otro. Más de una vez se había metido alguna raya con él; decidió no decirle nada, se mordió la lengua ya que había que seguir sin más interrupciones.

El especialista le fue dirigiendo en una respiración guiada. Le dijo que cerrará los ojos. Mario apoyó sus manos sobre el abdomen de Álex que subía y bajaba lentamente. Ana miraba atenta sentada en el sofá. Con cada exhalación liberaba tensiones acumuladas. Le indico que visualizara sus músculos relajándose paulatinamente: desde la cara y la mandíbula, pasando por el cuello, los hombros, los brazos, la espalda y el estómago. Hasta las piernas. Álex se sentía que cada vez se hundía más y más en el diván. Mario ordenó a Ana dando unos chasquidos con los dedos de la mano para que pusiera la cámara de video a grabar. Luego le dijo a Álex que se imaginara una intensa luz blanca en lo alto de su cabeza. Y que la luz se fuera extendiendo por todo su cuerpo. Poco a poco la luminosidad relajaba por completo todos los músculos, todos los nervios, todos los órganos, el cuerpo entero llevándolo a una relajación profunda. Gradualmente sentía más sueño, más paz... Álex sintió esa luz como si lo envolviera.

Mario empezó a contar lentamente de diez hasta uno. En cada número Álex entraba en un

estado de relajación mayor. Solo escuchaba la voz grave y profunda de Mario. Y al llegar a uno se encontraba en un estado de hipnosis moderadamente profundo. Todo el proceso requirió veinticinco minutos.

El psiquiatra le fue susurrando en el oído para que iniciara una regresión, pidiéndole que rememorara recuerdos de edades cada vez más tempranas. Álex respondía y escuchaba a Mario con un profundo estado de hipnosis.

De repente Álex empezó a llorar. Estaba sobrecogido. Él se veía sentado en una silla de mimbre, muy vieja y repleta de churretes. Se había orinado en su cama y tenía catorce años. Sollozaba en medio de la sala. Se quería acostar otra vez en alguna parte, estaba muy cansado, pegajoso y olía a pipí; era de madrugada en su recuerdo. No sabía dónde poder seguir durmiendo un rato más, ya que quedaban varias horas para amanecer. El sofá también lo había mojado de pipí, y la cama de su hermano. Se negaba rotundamente a usar pañales para dormir por la noche. Mario le indicó que esa experiencia ya había pasado, que ya era otro día. Entonces se calmó. Ahora recordó cuando su madre le amarraba con correas a la misma silla de mimbre, pero esta vez no estaba tan deteriorada la butaca, para obligarlo a comer un bollo migado en una cacerola con un litro de leche. Cada vez que no abría la boca para comer ella le golpeaba con una cuchara de acero inoxidable en la cabeza. En esa ocasión Álex tenía cuatro años. Mario volvió a calmarlo, le dirigió para que entendiera que esa experiencia ya había terminado. Álex dejó de llorar una vez más. Ana miraba toda la escena impresionada y recordaba con emoción cuando su amigo el médico hizo lo mismo con ella. Álex ahora no era un adulto era un niño que también como ella había sufrido en su niñez, pero por otros motivos.

Después de diez minutos aproximadamente sin que Álex dijera nada nuevo Mario le indico a Ana que apagara la cámara de video. Mario se puso a reflexionar sosteniéndose la cabeza por la barbilla con la mano derecha. Ana se levantó y cogió a Mario del brazo para sacarlo fuera de la habitación.

—¿Por qué no intentas otra cosa? Mario la miró sorprendido.

—¿A qué te refiere Ana? —dijo Mario.

—A lo que tú ya sabes.

—No sé. Eso solo paso una vez. Y fue contigo.

—Por intentarlo no va a pasar nada —dijo Ana—. Tengo un presentimiento. —Mario no dijo nada, pero Ana la miró intrigada.

Volvieron a entrar en la habitación. Pero al abrir la puerta se quedaron de piedra. Tuvieron que pasar cinco minutos para que sus cerebros pudieran digerir lo que estaban viendo sus ojos. Álex flotaba en el aire. Acostado a unos quince centímetros por encima del diván. Su cuerpo estaba rígido como un palo; y hablaba en susurros. La temperatura había bajado por lo menos 15 o 20 grados centígrados. No se le entendía lo que decía. Parecía palabras sueltas, pero sin significado alguno. En un momento dado Ana desde la puerta de la habitación, petrificada pudo reaccionar; se dio cuenta de que estaba hablando en griego clásico. Ana no se lo podía creer. Ella entró y puso su oído cerca de su boca. Ana era una experta en latín y griego antiguo, pero esto estaba fuera de toda comprensión. Mario la siguió a pocos centímetros. Pero ni Mario ni Ana estaban preparados para lo que iba a ocurrir.

—Veo escalones blancos. Que conducen a un edificio grande con columnas. No hay puertas —dijo Álex con una voz clara mientras Ana traducía con dificultad—. Llevo puesto una túnica blanca, y en los pies unas sandalias. —Álex en el diván se acariciaba sus gemelos en sus piernas—. Llevo unas piezas de madera para que no se me doble los pies al caminar. Me las ha hecho mi padre. —Ana le preguntó en un hilo de voz ¿Qué quién era su padre? —Filolao de Crotona es mi

padre— dijo Álex con suma naturalidad en aquella lengua tan difícil de comprender.

Ana casi se cae de espaldas al escuchar ese nombre en boca de Álex. Le preguntó por datos de la vida de Filolao. Datos que prácticamente solo sabía ella en todo el mundo. Ana era la mayor experta en este sabio de Crotona. Llevaba más de veinte años tras sus pistas, incluso antes de terminar la carrera, reflexionó y se dio cuenta de que por la culpa del sabio crotonés era arqueóloga. Ana empezó a lloriquear en silencio, sin armar escándalos, pero fue como cuando rebosa una esclusa hidráulica que revienta por la presión. Álex contestaba rápido y claro a las preguntas sobre la vida del matemático. Ana tenía claro que Álex y ella se tenían que conocer por algún motivo, pero esto superaba todas sus especulaciones. Ella le suplicaba que hablara más despacio.

—Mi madre se llama Faina. Y me está preparando el desayuno. Hoy empiezo el colegio en el Ágora. Mi maestro se llama Demócrito. —Ana se levantó y salió un momento de la habitación para que le diera el aire. Mario la siguió.

—¿Te encuentras bien? —Pregunto el médico preocupado.

—Eso que está pasando ahí... no puede ser verdad. Hace unos días estuve en Roma. Allí pude rescatar una tablilla de bronce, escrita por Filolao. En ella describe y relata cosas de su vida diaria, cosas que en la actualidad solo sé yo. Soy la única persona en el mundo que ha leído esa tablilla. Él la escribió, no sé el motivo, pero lo hizo, como un diario, y eso fue hace más de 2000 años. La metió en una vasija sellada. Que yo abrí hace tres días. ¿Entiendes lo que te digo?

—Si quieres paramos un poco. —Dijo Mario intranquilo por Ana que estaba muy alterada.

—No, no. Llevo toda la vida esperando una explicación a mis sueños, a mis visiones. Venga, entremos otra vez. —Ana se sentó otra vez en el sofá. Y Mario se puso de pie junto a Álex. Él seguía flotando, acostado a un palmo del diván.

—¿En qué año estas ahora Álex? —pregunto Mario y Ana tradujo.

—En el 435 antes de Cristo. —Hubo un silencio. Ana se puso más nerviosa todavía. Ella había tenido pesadillas. Alucinaciones de una vida anterior, eran pesadillas, o sueños muy reales que mantenía en secreto. Y lo más increíble que era justo en ese año. En el periodo de Pericles. Justo antes de empezar la guerra del Peloponeso.

—Tengo catorce años —dijo Ahora Álex— casi quince, —Ana se sobresaltó. Su rostro tenía otro aspecto. Los músculos de la cara habían cambiado su fisonomía, parecía un niño—. Ahora estoy paseando por la vía Panatenaica. Todo el mundo me saluda. Y me mira los pies. Me llamo Samuel. —Ana se volvió a levantar a beber agua de una botella, le temblaba la mano.

—¿Estas bien Ana? Tranquilízate por favor, te va a dar algo.

—¿Sabes quién es Samuel? —Dijo Ana agarrando al médico de los hombros zarandeándolo.

—¿Quién? Coño, ¿Quién? dímelo que me voy a volver loco.

—El hijo de Filolao se llamaba Samuel —dijo ella temblándole la mandíbula. Lo ha dicho en griego clásico. Y te aseguro que Álex no sabe hablar griego. ¡Casi no habla español en condiciones!

—¡Esto es increíble! Llevas toda la vida estudiando a ese hombre, ¿Cómo se llamaba?

—¡Filolao. Filolao. Filolao...! —dijo berreando.

—Y ahora conoces a Álex. Que dice bajo hipnosis que en otra vida fue su hijo. Joder, esto es para hacer una película de ciencia ficción.

—La probabilidad matemática de que yo encontrara a Álex, Samuel o quien sea este tío es casi imposible. Y ha ocurrido. ¡¡¡sí, ha ocurrido!!! —Ana estaba sobresaltada—. Esto ha tenido que ser por algún motivo. Las cosas no pasan por casualidad. ¿Por qué nos hemos conocido?

—Hay árboles y un camino de piedra. —Siguió Álex hablando—. Veo una fogata al final de

unas escaleras. Parece que están haciendo unos ritos religiosos. Todo el mundo me mira cuando camino. Las piezas de los pies hacen ruido al marchar y son muy incómodas, —se tocaba las piernas—, Estoy buscando mi elemento.

—¿Mi elemento? —pensó Ana en voz alta— *¿qué será eso?*

—¡¡¡No me lo puedo creer!!! —dijo Mario vociferando—. Hemos dejado la cámara sin grabar. ¡Dale corre! O cógela mejor y acércate a su cara, si, todo lo que puedas.

—Ahora tengo veinte años. Veo por todos lados la gente muriéndose en la calle. Ayer murió Pericles. La peste se lo llevó. —Samuel empezó a llorar. Se veía tremendamente triste—. Pero hemos tenido una gran idea. Nos vamos a ir a Crotona. La ciudad donde nació mi padre. Allí esperamos que la guerra y la peste desaparezcan.

—¿Y tú padre que está haciendo? —pregunto Ana.

—Está cargando un barco con mi hermana Indira. Llenándolo de enseres. Intentaremos llevarnos casi todas nuestras pertenencias a la Magna Grecia. Allí nos espera una nueva vida. Mi mujer, Sofía está embarazada. —Ana volvió a temblar con la cámara en la mano. Se acarició la barriga en un gesto automático.

—¿Tienes una hermana?

—Sí, Indira.

—Pregúntale si ha visto un Toro gigante. ¿Qué es para él un toro? Pregúntaselo... —le dijo Mario a Ana.

—No, espera que siga su ritmo. Seguro que lo cuenta.

—Crotona es un lugar muy hermoso. Llevamos tres meses viviendo en una aldea pequeña. Fuera de la vista de todos. Detrás del bosque de Piaka. He vuelto a meditar y a entrar en el Nous.

—¿El Nous, eso que es? —dijo Mario al escuchar la traducción de Ana. Todo lo que iba diciendo Álex Ana lo traducía. Aunque le costaba trabajo seguirle. Ella le recordaba que hablara despacio.

—No sé qué es. Cállate a ver si lo dice.

—En el Nous no pasa el tiempo, —dijo Álex como si hubiera escuchado la pregunta del médico— allí no hay hambre, ni sed, ni miedo... Allí tengo mi forma real. El cuerpo de Ananda.

—¡Y ahora dice que es Ananda! —dijo Ana.

—En el Nous esta Naska. El guardián. Esperándome a que regrese. Aunque él está enfadado conmigo. Algo le ha pasado no sé qué es. —Álex frunció el ceño—. Ha matado el cuerpo de mi hermana y nos ha echado de allí. Ahora tenemos que nacer infinitas veces. Yo quiero despedirme de Sofía, de mis padres y de mi hijo Calisto—. Samuel empezó a descender lentamente hasta apoyarse en el diván. Ya no hablaba ni flotaba en el aire. Mario le fue guiando para que fuera despertando paulatinamente.

—Creo que ya no podemos seguir. Su mente por algún motivo no ha querido continuar. Su subconsciente no quiere seguir recordando. Se niega rotundamente.

—Entonces... ¿Qué hacemos? —dijo ella.

—Hay que despertarlo. No hay otra. Otro día quedaremos y lo intentamos otra vez. De todos modos, está todo grabado. Lo tengo que ver varias veces. Tengo mucho trabajo con Álex. Lo que te paso a ti con aquella leve regresión no tiene nada que ver con esto. Aunque estoy seguro de que es la misma historia. Os conocíais en otra vida. En aquel lugar.

—Bueno, tú nos avisas cuando puede ser. Pero intenta que sea lo más pronto posible, —dijo Ana afligida.

—Voy a contar hasta tres. Cuando llegué al tres, te tocaré la frente. Y despertarás. —Dijo Mario remangándose las mangas de la bata de médico—. Recordaras todo lo que has vivido. Todo

lo que has visto. —El tiempo se paró—. Uno... —la mano de Ana le temblaba sosteniendo la cámara de video— dos... y tres. —Mario le dio un golpe en la frente a Álex. El cual abrió los ojos al instante. Mario y Ana esperaban impacientes que Álex dijera algo. Pero él no decía nada. Miraba con los ojos idos. Los movía, pero sin depositar la mirada en nada en concreto. Ellos estaban muy cerca de su rostro. Álex sonrió como si estuviera en el paraíso. En ese momento ella apagó la cámara de video.

—¿Estas bien Álex? —pregunto Ana.

—Sí. Nunca me he encontrado mejor.

—¿Recuerdas lo que has visto? —Hubo un silencio que se hizo eterno. Ana tenía un pinchazo en el pecho que le oprimía cada vez con más intensidad.

—Sí. —Él soltó un hipo—. Lo recuerdo todo.

Ana ayudó a Álex a incorporarse. Estaba mareado. Le dio agua para quitarle su hipo.

Establecieron que Mario los llamaría por teléfono para otra sección de hipnosis. Pero que la próxima sería en Madrid.

—Me tengo que ir urgentemente. —Miró su reloj de pulsera—. Os dejo la casa para lo que necesitéis. Pero cerrar por favor, al salir. Yo vendré esta noche.

—No te preocupes. Nosotros también nos vamos. —Dijo Ana mientras Álex estaba en otro mundo. Él se miraba. Los pies.

«No tenía fuerza en las manos» —dijo Álex en voz baja. «Buscaba el elemento, igual que ahora».

—Ten mucho cuidado con él, —dijo Mario.

—No te preocupes. Me voy a quedar con Álex en su casa. Bueno, en su dichosa cabaña de madera, —ella lo peinaba con su mano, sus pelos le tapaban los ojos. Los tenía mojados por el sudor.

—Me parece bien —dijo Mario—. No lo dejes solo en ningún momento. Está muy conmocionado. —A Ana le extrañó como el médico lo decía.

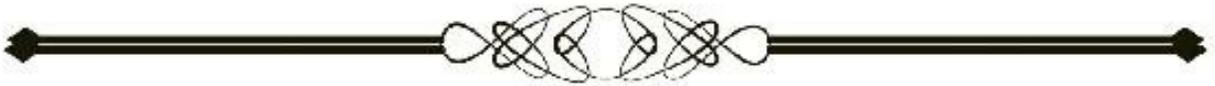
Mario cerró la puerta cuando Ana y Álex salieron de su casa. Se quedó pegado a la puerta, apoyando su espalda. Y cerró los ojos. «He traicionado a Anita, mi niña» —pensó Mario. Se sentó en el sofá, junto a la mesita. Cogió el teléfono y marco el número de móvil que se había aprendido de memoria a fuerza de llamarlo tantas veces a lo largo de estos meses. Tenía escalofrío en todo el cuerpo.

—Tengo la grabación. Lo conseguimos. —En el otro lado se escuchaba a una persona con respiración forzada, sin decir nada, en completo silencio—. Cuando quieras ven a mi casa. No hay dudas, lo has encontrado. —Pasaron varios segundos donde Mario espero una respuesta.

—Estoy cerca de tu casa. —Dijo una voz gutural—. ¡Ábreme la puerta imbécil!

—Le suplico que me dé el antídoto para mi cáncer de páncreas. Usted me lo ha prometido; ¿y mi hijo? también me lo prometió—. Sonó el porterillo de la calle. El teléfono ya comunicaba...

TERCERA PARTE



36. El Alquimista.



Mario abrió la puerta lentamente, casi sin respirar. Todavía no se había acostumbrado a aquel Ser que lo visitaba de vez en cuando; una criatura que de algún modo había engañado a la muerte. Su presencia, su mal olor, su voz metálica... superaban con creces sus peores fobias.

—Pase usted, —dijo Mario con voz temblorosa agachando sumiso la cabeza y dando pasitos hacia tras.

—¿Has grabado con la cámara de video la hipnosis? —dijo el anciano inclinándose para pasar por debajo del marco de la puerta. Aunque estaba muy encorvado era enorme, y no solo por su estatura, las manos, los pies, la cara todo en él era desproporcionado. Parecía de otro mundo. Un animal mitológico.

—Solo falta un trozo del principio, —dijo Mario poniéndose de rodillas—. Pero ese trozo no era importante, se lo aseguro. Es que se me olvidó poner la cámara. Fue poco tiempo. Lo siento de verdad. —El viejo levantó su bastón de madera, con empuñadura de oro como para golpear al psiquiatra que tiritaba con los ojos cerrados en un gesto de súplica.

—¡Eso es un grave error! —dijo el viejo bajando el bastón lentamente para apoyarlo sobre la clavícula de Mario.

Con la otra mano el anciano se quitó su gorro de ala ancha, lo depositó en un perchero que había en la entrada. Luego empujó la puerta con el talón del pie derecho para cerrarla de un fuerte portazo que asustó al psiquiatra. El gigante parecía un predicador de otra época. Iba vestido con una especie de sotana de color negro, y hasta el último de sus treinta y seis botones abrochados, apretando su cuello señalando una vena tan gruesa como el palo de una escoba. La yugular parecía que fuera a estallar en cualquier momento. Su cara renegrida y arrugada como si se hubiera quemado con aceite hirviendo le daban un aspecto de monstruo deforme. El anciano retiró el bastón de la clavícula. Se acercó a Mario que seguía de rodillas tiritando de miedo, mirando hacia el suelo y con las manos juntas... como si estuviera rezando. Y le acarició su cabeza sin ninguna prisa. Como si estuviera lisonjeando a un gato. El psiquiatra se estremecía ante aquel hombre de más de dos metros y veinte centímetros de altura.

—Deja de temblar. No te voy a hacer nada malo. Todo lo contrario. Te voy a curar el cáncer. Como ya te prometí. Un trato es un trato. —El Ser lo miró con desprecio con su ojo pelado, el cual tenía una membrana velando su iris. Se agachó produciendo un fuerte crujido de huesos. Sus caras estaban muy cerca. El viejo le puso en su mano un bote de cristal. Era pequeño y con un tapón de corcho grande. Su líquido era color oro, brillaba con luz propia—. Tómalo ahora mismo.

—¿Ahora? —pregunto Mario con los ojos húmedos.

—Sí. Ahora vas a engañar a la muerte como yo la engañé hace más de dos mil años. —El Ser se levantó y desde arriba lo miró—. Vuestra tecnología, la de tú época todavía no es capaz de producir medicinas de este inmenso poder. Habéis olvidado por el camino del desarrollo que hacíamos en la antigüedad. —Se rio con una carcajada feroz—, os creéis superiores a otras épocas. A otras civilizaciones; a los egipcios, a los persas, a los Hititas, —hizo una pausa— y a los griegos. —Mario se levantó. Quitó el tapón de corcho de la botella y se tragó todo el líquido

de una vez. De mientras el anciano observaba a su alrededor. Estudiaba con desprecio los objetos modernos y tecnológicos que había en casa del psiquiatra. Mario con un gesto con la cara mostró repugnancia por el sabor del líquido dorado. El anciano lo miró con desgano.

—¿Quieres ver el video ahora? —dijo Mario algo más relajado.

—Sí. A eso he venido.

—Vamos... sígame por favor. —Mario le indicó al hechicero que se sentara en el sofá del salón. Conecto los cables de la cámara a la televisión. El anciano con su descomunal envergadura y con aquellas ropas tan pasada de épocas quedaba ridículo en aquel sofá tan bajo y de diseño tan moderno. Parecía un Amish sentado en un Ferrari.

Nada más empezar el video, con sus imágenes y sonidos el alquimista se quedó ensimismado por lo que veían sus ojos. Observaba la televisión con los ojos abiertos al máximo, en alguna ocasión se le vio una leve sonrisa. No dijo nada durante todo el tiempo que duro la película. Tenía un rostro sin expresión, como la Mona Lisa. No se sabía si estaba triste, alegre o colérico.

De mientras Ana y Álex se sentaron en la cafetería donde desayunaron esta mañana. Álex seguía desorientado. Decidieron descansar antes de partir para tomar un refresco.

Cuando llevaba quince minutos aproximadamente viendo el video el anciano se levantó, se quedó en silencio, como masticando los pensamientos. Y empezó a andar despacio en círculos.

—¿Estás satisfecho? —dijo Mario preocupado.

—Sí. No hay duda. Los encontré después de tantos años. Por fin podré vengarme de ese demonio. Con Álex ese monstruo pagará lo que ha hecho.

—¿Y yo me curaré?

—Sí. Dentro de dos horas no quedará restó del cáncer en tu organismo. Mañana si quieres te puedes hacer las pruebas pertinentes para comprobarlo. Te van a hacer muchas preguntas; y se montara un gran revuelo. Ya que nadie entenderá lo que ha pasado. Pero bueno, lo importante que ya no lo tienes. Que seguirás viviendo muchos años más, una eternidad como yo. Pero tú tranquilo, solo serán varios días, pronto se olvidarán de ti. —El anciano sacó un pequeño frasco de líquido rojo muy espeso y se lo bebió de un sorbo. Se limpió los labios con la manga de la sotana—. La gente de tu tiempo se olvida rápido de todo. Las redes sociales han hecho estragos en vuestros cerebros infantiles.

—De acuerdo —dijo Mario—. Pero... ¿y mi hijo? También me lo prometiste... ¡Has que vuelva conmigo por favor!

—Ya te lo dije la última vez que nos vimos. Eso todavía tiene que esperar, no es tan fácil resucitar a una persona como curar un cáncer. Y recuerda, dentro de un mes aproximadamente habrá que hacer otra sección de hipnosis con Álex. Yo te llamaré. Hay que despertar todo su poder. Ahora está oculto como una pepita de oro en el interior de una roca. Dentro de muy poco podrás volver a ver a tu bastardo.

—¿Qué va a pasar con Ana? —dijo Mario afligido.

—Tiene que morir. Igual que Álex. Pero no sufras por tu amiga. Le espera un destino en un lugar muy... —busco la palabra adecuada en su enorme cerebro repleto de recuerdos; fechas, nombres, lugares... conservados a lo largo de miles de años—, ¡elegante! sí, un lugar elegante y distinguido.

—No entiendo sus propósitos, —dijo Mario—, pero eso me da igual, mientras me traigas a mi hijo con vida. —En ese momento llamaron a la puerta. Mario miró por la mirilla, y comprobó que era Ana y Álex, su rostro se congeló, y el anciano con una agilidad impropia para una persona de sus características le tapó la boca con su manaza de dedos deformes llenos de nudos.

Ana y Álex seguían llamando a la puerta. Pero no consiguieron nada. Nadie contestaba. Todo

estaba en silencio.

—Todavía tiene que estar en la casa. Su coche está aparcado junto al nuestro —dijo Ana—. Qué raro que no conteste nadie. Llama al botón mejor. A ver si va a estar dentro en el patio y no se ha enterado.

—Déjalo ya, Ana. Aquí no hay nadie. Con el escándalo que hemos formado seguro que se hubiera enterado de que lo estamos llamando. Vámonos de una vez. —Álex le agarró la cara para que la mirara—. Escúchame... Seguramente lo habrán recogido. No te acuerdas, él había quedado. Habrán venido para recogerlo.

—No sé. Hay algo que no me cuadra. ¿Y has visto aquel coche de caballos que hay en aquella esquina? Parece el coche de Drácula. —Álex se rio por la ocurrencia de ella. De mientras detrás de la puerta el gigante le quitaba lentamente la mano de la boca al psiquiatra—. Bueno, mañana lo llamo por teléfono. Y quedo para recoger mi bolso. Que mala suerte dejármelo dentro. ¡Joder picha!

—No te preocupes, en mi cabaña no echaras en falta nada. Está muy bien equipada.

—Tengo la regla, y en el bolso llevo las pastillas y las compresas—. Álex se quedó serio sin saber qué decir.

—Era broma. —Ana empezó a reírse, pero él no le vio la gracia—. No tengo la regla todavía, —Le dio un manotazo divertida— pero si es verdad que el bolso está dentro; con mi móvil, tarjetas de banco y la llave de mi casa.

—Venga, no lo digamos más, mañana le llamas y lo recogemos.

—¿Y cómo lo llamo si no tengo mi móvil?

—Joder Ana. Se supone que tú estás acostumbrada a estas situaciones. Pues venimos otra vez aquí temprano. No sé. O lo llamas desde mi móvil. ¿Sabrás su número de memoria?

Detrás de la mirilla estaba Mario. Con un ojo guiñado. Viendo cómo se alejaban de la puerta. Aparto la cara y le llegó la fetidez ha muerto del anciano que estaba junto a él a pocos centímetros.

Ana y Álex se dirigieron al campamento de los Eucaliptos andando. Estaba a pocos kilómetros. Ya que también las llaves del coche estaban en el bolso. Decidieron pasar la noche en el camping, ya vendrían por el Aston Martin.

De mientras en el interior de la casa...

—Me voy a quedar un rato. Me gustaría terminar de ver el video. Necesito estudiarlo una vez más. Es que me parece mentira que ya por fin los haya encontrado.

—De acuerdo. Pero yo tengo que salir. Si quiere anulo mi cita. Es importante. Pero puede esperar, —dijo Mario.

—No se intranquile. No necesito nada más de usted. Ya has hecho suficiente. Mucho más del que me imaginaba que llegarías a hacer. Eres mi mejor *erómeno*. —Se escuchaba la sirena de un barco—. Yo veo el video y luego me voy. Al salir cerraré la puerta.

—Bueno, como usted vea. Insisto, si quiere me quedo.

—No. Ya se lo he dicho. —Subió la voz—. Sé poner el video. ¿Qué se cree que soy un inculto en tecnología? Esta usted muy confundido. ¿Cómo cree que yo localice a Ana, a Álex, a Raúl, a Marta, a Julio... y a usted? Todo lo gestione desde internet. ¿Cree que no sabré usar una cámara Canon LHF G25? —dijo mirándolo a los ojos.

—No, no... yo no quería decir eso —dijo Mario balbuceando—. Usted perdone si lo he ofendido. Es que como le veo con esas pintas y con su avanzada edad.

El corpulento anciano lo cogió envolviendo con sus manazas su cabeza y parte de la garganta. Lo levanto del suelo y apretó hasta el límite donde él sabía que tenía que apretar para no llegar a

matarlo. Su cara se puso colorada. Se asfixiaba; en ese momento recordó al relojero de la edad media, el que le fabricó el reloj astronómico; y sonrió conmemorando aquel día. Hasta que lo soltó en el sofá. Mario respiraba con dificultad. Se levantó temblando y empezó a masajearse su cuello. El alquimista se dirigió al bar que tenía instalado el psiquiatra en un extremo del salón. Sé hecho una copa de Brandy Muntaner, de treinta años. La olió despacio, movió el coñac sin prisas... observo el líquido dorado levantando su vaso acercándolo a la lámpara de techo que tenía a su lado. Su cabeza rozaba el techo. Se dio la vuelta y Mario todavía estaba allí mirándolo con terror. Apoyando su espalda sobre la pared.

—¿Todavía sigue aquí? No te ibas a una cita importante.

—Sí, me voy. No lo digo más. —Mario se dio la vuelta y sin decir una palabra más, abrió la puerta de la calle y la cerró con prisa tras su paso.

El anciano colocó varios cojines en el sofá de diseño para dejarlo más alto y se sentó sobre todos ellos.

«Vaya mierda de sillón. Nunca he visto algo más feo e incómodo. Nada que ver con los asientos en la Roma renacentista». —El anciano se acomodó entre cojines. Se puso la botella de coñac cerca y le dio al play con el mando a distancia. Empezó a ver el video de la hipnosis por donde iba. Se bebió de un trago la copa, y se echó otra hasta los bordes derramando parte del líquido en la alfombra. De repente miró hacia un lado y vio un bolso de cuero de mujer. En el interior sonaba un móvil. El anciano paro el video, metió la mano en la bolsa y saco el celular que no paraba de vibrar. En la pantalla ponía Raúl Duarte. El gigante con sus enormes dedos descolgó la llamada, pero no dijo nada. Se quedó en silencio escuchando con el móvil en su oído. El aparato parecía de juguete, tan pequeño se veía en esa manaza.

—¡Ana! —Raúl no obtenía respuesta—. ¡Ana! ¿Estás ahí? No te escucho. —Hasta que el teléfono empezó a comunicar.

«Este iluso no sabe ni donde está de pie. Si supiera quién son sus dos alumnos, se volvería loco». —Sonrió sin mover los labios—. *«Siempre dando clases de desarrollo personal, del psicotrading, del control del ego, la avaricia... y tantas paparruchadas. Desconoce la realidad, el mundo, maya lo tiene engañado. El pobre cree que Ana y Alex fueron a él por casualidad».* —pensaba en voz alta el anciano— *«ignora los cientos de hilos que he tenido que mover para que estos dos se volvieran a encontrar».* —El anciano volvió a meter el móvil en el bolso—. *«Pero esta vez será diferente, esta vez despertaremos todo el poder de Ananda».* —conectó el video y lo vio varias veces más antes de marcharse.

37. Campin los Eucaliptos.



Álex había dormido mucho y bien esa noche. Se había despertado alegre y había visto el sol desparramando oro a través de la ventana del bungalow. Era cierto el verano ya había terminado, pero en aquel paraje natural todo se resistía a cambiar de estación.

Desde la puerta de la cocina vio a un estornino, quiso tenerlo en la mano y, solemnemente, darle las gracias por haberlo despertado con su canto. Álex se sentía pletórico. «*Pero... ¿dónde está tu bandada? Os tendréis que marchar a lugares más cálidos*». —Hablaba Álex con el pajarillo. Luego, partió pan en dados, abrió la puerta y el pájaro salió dando saltitos. Escucho fascinado el revoloteo de una bandada que voló hacia los árboles del campin. Salió descalzo, tan silenciosamente como pudo, y esparció el desayuno de bienvenida sobre el césped. Se quedó en el interior, tras la puerta, mirando a los pájaros que se acercaban y se servían de buen grado.

Ana acababa de preparar café cuando sonó el móvil de Álex. «*Qué raro*» —pensó él—. «*¿Quién puede llamar antes de las ocho de la mañana?*». —Álex sin mirar el número colgó.

El mundo se había reducido exclusivamente a Ana y Álex. Un micro universo donde no había nada más que ellos. Como en una fábula, todo se había simplificado. Nada importaba, solo sus vidas, sus recuerdos, sus angustias, sus pasiones, sus cuerpos y obsesiones. Los días pasaban incesantes en el interior de una cabaña de madera. Solamente salían un rato por la noche para comer sardinas asadas en el asador del mismo campamento de los eucaliptos.

—Lo que no entiendo como puede ser que pienses que Filolao de Crotona siga vivo después de casi 2500 años —dijo Álex una semana después de la hipnosis—. Eso es imposible, y lo sabes.

—Llevo casi toda mi vida investigando a ese matemático, astrónomo, arquitecto, político... —Hizo una pausa— y no sé cuántas cosas más es. Lo conozco también que siento como si ya hubiera hablado muchas veces con él en persona. Te aseguro que tengo muchas pruebas de su paso a lo largo de la historia; ha ido dejando huellas, como Pulgarcito en el cuento, que iba dejando miguitas de pan para no perderse; estoy convencida de que lo ha hecho a propósito, como si quisiera que lo encontraran. «*Que yo por lo menos lo encontrara*» —pensó ella—. Desde la antigua Roma, a la España de Isabel la Católica. También tengo pruebas de que estuvo en Francia en la época de la Revolución francesa. Y en Polonia en la Segunda Guerra Mundial. Ayudando a los dos bandos, se reunió con Winston Churchill revelándole información fundamental para poder terminar la guerra, y también en secreto con Adolf Hitler fundando la Sociedad de Thule; para que la guerra fuera lo más violenta posible, —Ana cerró un momento los ojos— con el máximo de muertes y menos mal que los nazis no pudieron hacer la bomba atómica. No lo comprendo, pero los hechos apuntan a eso mismo, su maldad, su odio, y su... ¿y por qué? —Álex la escuchaba atento tendido en la cama. Él estaba sin ropa, desnudo, y sin ninguna vergüenza por estar así delante de ella—. Obviamente nadie sabe de mis investigaciones. Es algo que mantengo en secreto. —Ana sacó de una cajetilla metálica un cigarro abultado liado a mano, se lo acercó a la boca y lo encendió con una larga y profunda calada, un olor fuerte lleno la habitación, era un porro de marihuana.

—Me lo imagino, —dijo Álex acariciando la espalda descubierta de Ana mientras ella saboreaba el humo.

—Nadie me creería. Me encerrarían en el manicomio, con mi amiga Marta, —dijo ella apoyando su cabeza sobre el estómago de Álex. Ana giró la cabeza para mirarlo—. Contigo aquí entiendo mejor lo que ha pasado. Aunque todavía quedan cosas que no concibo. Por ese motivo deberías de volver a someterte a otra hipnosis con Mario. Estoy segura de que ahí están todas las respuestas. En tus hipnosis.

—Yo solo sé que tuve una vida en la antigüedad, en Atenas, y luego por algún motivo emigré a la Magna Grecia —dijo Álex con los ojos perdidos viajando por el relieve del cuerpo de Ana, que también estaba desnuda—. Lo he visto claramente, o ha sido un sueño, algunas veces pienso, o más bien deseo que todo sea un sueño. En aquella vida fui discapacitado. Hijo de ese extraordinario hombre llamado Filolao. Que en algún momento se volvió malvado.

—Mario también me hizo regresar con hipnosis a aquella época. —Dijo Ana interrumpiendo su discurso para dar una nueva calada—. Yo también tuve una vida allí. En Atenas, y en la misma época, es una casualidad incomprensible que tú y yo estemos aquí ahora hablando. —le dio otra calada—. Aunque mi regresión fue mucho más corta que la tuya. —Miró el humo subir hacia el techo— yo a diferencia de ti no sé quién fui.

—¿Y nunca habéis vuelto a intentar más sesiones de hipnosis? —dijo Álex.

—Muchas veces. Creo que más de veinte veces. Pero nunca más volví a viajar a aquel lugar. Nunca conseguí otra vez otra regresión. —Ella le dio otra calada, pero esta vez chupo con suavidad, como si temiera que se fuera a terminar—. Hemos descubierto algo muy grande, —ella le ofreció el porro de hierba a Álex, que él cogió como si agarrara a un escorpión con su aguijón venenoso levantado.

—¿Nos conoceríamos en aquel lugar y aquel tiempo? —dijo Alex subiendo una mano hasta agarrarle un pecho.

—No lo sé. Pero lo que estoy segura de que yo también viví en aquella época. Lo vi. Y dale una calada picha, que el porrito se va a terminar en tu mano. Es hierba de muy buena calidad. —Álex colocó con torpeza el porro entre sus labios y aspiró con fuerza, al instante empezó a toser.

—Joder, ¡qué fuerte esta!

—Estoy segura de que tú y yo nos hemos conocido por algún designio. Hay posibilidades que matemáticamente son imposibles que se den. —Ana se levantó, y desde arriba miró a Álex. Mostró una sonrisa inteligente y segura. De pie, abierta de piernas exhibía su pubis depilado. Y sin decir nada se puso a horcajadas encima de su miembro; que estaba flácido como un chorizo crudo para la comida. Ella le quitó el porro de su mano y de una intensa calada se lo terminó. Algo en él se empezó a despertar.

—Eres la mujer más bella del universo, —Álex apartó el pelo de su cara. ¿Por qué no te habré conocido antes? Tantos años perdiendo el tiempo con cosas tan banales— los ojos de Ana se humedecieron, sus labios se ensancharon en una sonrisa que temblaba levemente.

Él acercó su cara curvando su espalda para colocarse sentado en la cama, la abrazó con fuerza y la besó. Tuvo una erección tan fuerte que le empezó a incomodar, ya que ella estaba sentada encima. La respiración de ambos se aceleró. Álex besó la suave piel de su cuello. No supo por qué, pero se acordó de Paula. Ana suspiró junto a su oído. Álex la agarró en un abrazo por las nalgas buscando una postura adecuada para penetrarla. Pero no lo conseguía. Ana se incorporó un poco, agarro su miembro y lo colocó en su entrada. Después bajo lentamente, cerrando los ojos hasta no dejar ni un milímetro fuera de su cuerpo. Ella comenzó a pasar las uñas por su espalda y él enloquecía. La mirada de ambos iba más allá de lo físico.

—Me fascina tu cuerpo, —dijo Álex en un susurro casi sin fuerzas.

Álex se estremeció al notar la lengua de Ana en el lóbulo de su oreja. Ella le lamió más fuerte y luego mordió con suavidad haciendo que él suspirara. Álex cerró los ojos y soltó el aire entrecortadamente mientras que ella empezó a cabalgar despacio. Ana enredaba los dedos de su mano entre sus cabellos rubios. Álex titubeó en cómo seguir, tenía poca experiencia en posturas más allá de la del misionero.

Ana intensificó el ritmo y Álex noto que las paredes internas de la vagina se contraían apretando su miembro viril. El cuerpo de Ana sudaba por el esfuerzo.

Álex dejó la mente en blanco y se entregó al placer que recibía de la única mujer que había amado de verdad en toda su vida. Ella le tiró de los pelos y aceleró la marcha, el placer se amplificaba en cada empujón. Las puntas de las narices se rozaban. Ana marcaba el ritmo con sus caderas.

—Te quiero.

—Yo también —respondió ella rápidamente.

Las sábanas estaban empapadas de sudor. Y el ritmo siguió aumentando y el placer multiplicándose. Álex sintió un relámpago, un rayo... y después un espasmo de gozo que termino en una explosión con fuegos artificiales.

Se quedaron tirado en la cama hasta que se quedaron dormidos.



Media hora después...

Ana abrió los ojos. Pero Álex seguía dormido. En su reloj de pulsera marcaba las once en punto de la mañana. Ella se quitó la pierna de Álex de encima y se levantó. Se vistió y le escribió una nota que dejó pegada en la puerta del frigorífico.

—*“He ido a casa de Mario, a recoger mi bolso. Ayer lo llamé desde tú móvil, y me dijo que estaría en su casa hasta las dos de la tarde. Me ha recalado que sea puntual, que se tiene que ir a Madrid. Si pensamos viajar me va a hacer falta mi documentación. Ahora vengo”*. —Y le dibujo una carita sonriente.

38. Mi cuerpo no responde.



Dos o tres horas después de que Ana se hubiera marchado a casa de Mario, Álex intentaba mover su cuerpo para levantarse de la cama, pero su organismo no le respondía. Solo podía girar la cabeza, y no mucho, de un lado para otro. Sus extremidades estaban allí tiradas, inmóviles, parecían muertas y sin vida. Álex quiso gritar para pedir auxilio; ya que estaba aterrorizado por la angustiosa situación, pero se tranquilizó y recapacitó; el campin estaba casi vacío, ya que estaban fuera de temporada; *«cualquiera sabe quién podría venir»* —pensó él tirado sobre el colchón—, *«podrían hacerme algo perverso, ¿por qué no? al verme indefenso sin poder moverme. Esas cosas pasan, por lo menos en las películas de terror»*. —Después de muchos intentos decidió desistir y esperar a que llegará Ana. Recordó su enfermedad. La que le habían diagnosticado en el hospital hace casi un mes. Y no comprendió que le estaba pasando. Sus ojos se movían en todas las direcciones, intentando encontrar una solución, una salida a su prisión.

«¡Me dijeron en el Virgen del Rocío que era una enfermedad que iría robándome fuerza con el paso del tiempo! Pero joder, que iría poco a poco». —Álex movió su cabeza para mirar la hora en un reloj de pared. Comprobó con dificultad que eran las 12:10 de la mañana, las gafas graduadas las tenía sobre la mesa—. *«Me indicaron que posiblemente llegaría a la vejez con algunas dificultades físicas, pero que seguramente no tendría que usar sillas de rueda hasta dentro de diez o quince años. Y solo para las distancias largas. ¿Qué me está pasando?»*

Álex cerró los ojos, ya que veía borroso. Una gruesa lágrima se le resbalo por su mejilla. Apretó sus palpados con todas sus fuerzas y deseo no haber nacido. *«¿Por qué a mí? Yo que he tenido una infancia tan asquerosa»* —Recordó su infancia y adolescencia con su madre enferma mental. Aquellos duros años sin la ayuda de nadie—, *«después de todo lo que tuve que luchar para ser eficiente en la bolsa. Y ahora me voy a convertir en un discapacitado»*. —Abrió los ojos, pero todo estaba nuboso, las lágrimas que no se podía secar y encima, al estar sin gafas no lograba distinguir ninguna imagen, solo veía bultos indefinidos. Volvió a cerrar los ojos, y sin comprender como le empezaron a venir imágenes de su otra vida en la antigua Grecia. De pronto se vio cruzando un desierto montado en una vieja mula. Llevaba unas piezas de madera en sus piernas. A su lado vio a una chica que estaba junto a él, con ropas primitivas, ella iba en camello. La imagen le provocó una profunda paz. Dejó de tener angustia, sintió que aquella chica lo protegía de cualquier peligro. Ella era muy poderosa, o así lo sintió él en ese momento tan íntimo. Ella lo miraba sin pestañear con unos enormes ojos color ámbar... así estuvo un tiempo, no sabría decir cuánto. Hasta que paulatinamente su silueta desapareció, se quedó en una oscuridad infinita. Todos los sonidos desaparecieron. No se veía nada, ni se escuchaba ningún ruido. Era una sensación agradable que no le daba miedo. Que aceptaba con una incomprensible naturalidad. Poco a poco empezó a percibir sonidos, llegaban desde lejos; empezó a oír un riachuelo. Agua viva moviéndose cerca de él. Al principio era suave la melodía, pero poco a poco el sonido era cada vez más fuerte y claro. Como si estuviera en una orilla. La brisa movía sus cabellos. Y ahí se quedó suspendido en ninguna parte, escuchando los árboles moviendo sus ramas, rozando las hojas unas con otras, el viento protestar y el río reír chapoteando su agua contra las rocas. Aunque todo seguía a oscuras.

Una sombra enorme con forma humana entró en el bungalow. Con agilidad colocó un pequeño maletín sobre la cama, lo abrió velozmente y luego hizo una pausa; miró el cuerpo de Álex que soñaba moviendo agitado los parpados. La sombra le acarició la cara con ternura.

—Tranquilo, traigo tu cura. No permitiré que nunca más seas un discapacitado. —Sacó una jeringa de metal con una cápsula de cristal. Pincho un pequeño bote con tapón de corcho, introduciendo un líquido dorado fluorescente en la cápsula de la jeringa. La sombra le dio con sumo cuidado la vuelta a Álex, le junto yodo con una gasa en su piel blanca como la leche y con gran pericia le clavo la aguja en la base de la columna vertebral. La aguja de siete centímetros de longitud entró hasta el fondo. Álex gritó como un oso que es atrapado por un cepo de hierro en medio del campo. La sombra se dio la vuelta recogiendo todo a su paso. Álex intentaba incorporarse, pero no podía.

—Hijo con tanto copular has activado tu ADN acelerando tu enfermedad neuromuscular, —dijo la gran mancha negra ya en la puerta de la cabaña—. Dentro de una hora te podrás mover como si nada, estarás curado como si nunca hubieras estado enfermo, todo habrá sido como un mal sueño. —Álex seguía en la cama desplomado y sin conciencia.

A las 13:36 Ana entró en el bungalow, y vio a Álex que seguía durmiendo. Sonrió al verlo mover la boca como si estuviera hablando con alguien... le empezó a hacer cosquillas para despertarlo.

—Despierta perezoso. Que te gusta mucho la cama, —ella le metía los dedos entre las cotillas y él se retorcía— ¿con quién estás hablando? Ya estamos con esa fea manía.

—Estate quieta, —él jadeaba—, por favor, suéltame. Que he tenido un sueño muy raro, —pero ella seguía como si nada haciéndole cosquillas sin dejar un segundo de descanso.

—¿Todavía estás acostado? —Álex le dio un manotazo con fuerza para quitársela de encima. Pero ella siguió haciéndole cosquillas. Él se asfixiaba—. Tienes que cambiar, tienes que ser más avisado. Eres un dormilón insaciable. —Álex la empujó con una fuerza sobre humana en un último intento de quitársela de encima, se asfixiaba; y Ana salió literalmente volando por los aires fuera de la cama dando con la cabeza en la pared.

—¡¡¡Ana!!!, ¿Te ha pasado algo? —Álex pegó un brinco para ver si se había hecho daño. —Ana estaba inmóvil, con los ojos cerrado y sin responder—. ¡Cariño! Por favor, te lo ruego... di algo, ¿estás bien? Lo siento mucho, es que me estabas asfixiando, joder, Ana, algunas veces te pasas tres pueblos. —Él la agarró de la cara con sus dos manos, con sus largos y delicados dedos y la beso con suavidad en la boca. Ella abrió un ojo y empezó a reírse. Los dos empezaron a carcajearse por la situación.

—Picha, que fuerte te has vuelto para tener una enfermedad neuromuscular.

—¿Qué ha pasado? —dijo él con los ojos muy abiertos.

—No lo sé. Pero tío, me has hecho daño. ¿Cómo has podido hacer eso? Te das cuenta de que he volado. Vaya empujón que me has dado. ¿Cómo lo has hecho?

—He tenido un sueño espantoso. —Dijo Álex colocándose las gafas—. Primero no me podía levantar de la cama. Los brazos y las piernas no me respondían. En el sueño miré la hora y el reloj de pared marcaba las 12:10. —Ahora Álex giró el cuello para comprobar que hora era, las 13:48 —. Joder, era espantosamente real. Luego me quede ciego, no podía ver nada. Pero escuchaba un río, un bosque, no sé. Era una sensación extraña. Como si ya hubiera estado en ese lugar. En esas circunstancias. Así estuve un buen rato. Hasta que me dio una punzada dolorosa en la espalda.

—¿Y luego qué paso? —dijo Ana mirándolo asombrada.

—Desaparecí.

—¿Qué desapareciste? No entiendo. —Dijo Ana.

—Ya no me acuerdo de nada hasta que tú me empezaste a hacer cosquillas.

—¿Te has dado cuenta de que tú, en tu otra vida era discapacitado? Y Ahora tienes una enfermedad neuromuscular. ¿Por qué será eso?

—Sí, ya había pensado en eso —dijo Álex levantándose del suelo—. Todo es muy extraño. Y yo que me creía rarito cuando vivía del trading. Esto sobre pasa cualquier fantasía. Ni siquiera en las series de Netflix pasan estas cosas.

—Bueno, dejémonos de tanta cháchara. —Dijo Ana estirando su brazo para que le ayudara a levantarse. —Lo importante es que ya estás bien. Y que yo tengo mi bolso. Ya podemos comprar los billetes para ir a Atenas.

—¿Atenas? ¿Qué vamos a ir a Atenas? —Dijo Álex visiblemente contento.

—Sí, te quiero enseñar algunos lugares. Vas a flipar. Y sobre todo te vas a reencontrar con tu pasado. A ver qué ocurre. Estoy intrigada de poder ver como reaccionaras. La verdad.

—¿Yo que soy tu conejillo de laboratorio?

—No. No digas eso. Por qué no lo eres, y lo sabes —ella le acarició el rostro.

—¡Hay otra cosa! —dijo Álex muy serio.

—No me asustes. Qué pasa.

—En el sueño que he tenido hace un rato... —hizo una pausa— apareció viajando conmigo en camello la chica que aparece en mis pesadillas. La misma que el toro mata a golpes. Aunque estaba más joven. Por lo menos eso me pareció —Álex se apoyó en la mesa—, yo iba en burro. Íbamos por un desierto. Y la chica iba en camello, me miraba y sonreía, me tranquilizo su cara, su rostro, —Ana se dio la vuelta, y se quedó inmóvil—. ¿Qué te pasa Ana... no dices nada? Estás muy sería.

—Cuando yo tenía 18 años Mario me hipnotizo. —Ana seguía de espalda a Álex—. Mario me hizo una regresión, pero no a mi infancia, a otra vida.

—Si eso ya me lo has contado. ¿Y qué?

—En esa leve regresión a mí otra vida, o lo que sea que vi —dijo Ana— me percibí cruzando un desierto, iba montada en camello. Yo iba con un niño, que viajaba en burro. Ahora por fin sé quién era ese niño.

39. Atenas.



Una semana después ya estaban en Atenas. Eran las cinco de la madrugada aproximadamente en el aeropuerto de Atenas, el Eleftherios Venizelos. Llevaba lloviendo toda la madrugada.

—¡Taxi! —gritó ella desde la acera—. ¡Corre aligera! que nos vamos a poner chorreando. — El conductor salió del coche abriendo un paraguas para cubrirles y de camino meter las maletas en el portaequipaje; ellos de mientras se fueron acomodando en el asiento de atrás con los pelos caídos y goteándole agua fría sobre sus rostros marchitos.

—Vamos, quítate la chaqueta, estarás más cómoda —dijo él ya dentro del habitáculo ayudándola.

—¡Cómo nos hemos puesto en un momento! Que coraje me da la lluvia, —dijo ella con la ropa pegada a su piel.

—En un taxi te conocí, —dijo Álex—. Hace más o menos dos meses de aquel día. Joder, y parece que fue hace veinte años. —Ella le apoyó la cabeza en su hombro y le cogió una mano entrelazando los dedos con los suyos.

—όπου πηγαίνουμε —dijo el taxista.

—στο λιμάνι του Πειραιά —dijo Ana sin levantar la cabeza del hombro de Álex.

—¿También sabes griego?

—Llevo casi toda mi vida persiguiendo a un griego. Soy arqueóloga especializada en el periodo clásico, ¿no crees que lo normal es que sepa hablar la lengua de los helenos?

El taxista abrió la guantera y pulsó unos botones.

—¿Dónde vamos? Me gustaría ducharme y cambiarme de ropa.

—Ya estamos con tus baños. Por lo menos te duchas cuatro veces al día como mínimo, te vas a gastar.

—Cada uno tiene sus manías. —El vehículo empezó a moverse en la oscuridad del aeropuerto—. ¿Qué le has dicho al conductor?

—Que nos lleve al puerto marítimo del Pireo. Quiero que lo conozcas. A ver que sientes al estar en ese mágico lugar.

—Me parece bien.

—Hoy día ya no es lo que era. Está plagado de turistas, y son otros los motivos por los que la gente acude allí. Pero en la antigüedad llegó a ser el puerto más importante del mundo. Todas las civilizaciones se juntaban allí para contar historias, hazañas, noticias... y como no, vender sus productos. —Álex sintió cansancio, pero aun así noto su corazón latir con fuerza al escuchar las palabras de la arqueóloga.

Se quedaron en silencio observando el agua caer resbalando por el cristal del vehículo. Las luces de otros coches que se cruzaban en la carretera les cegaban produciendo una sensación sedante.

—Ana. Antes de conocerte siempre he sido un desgraciado. O por lo menos continuamente me he sentido así.

—Pues no debes de pensar eso. Te aseguro que no lo eres. —dijo Ana colocándose erguida en el asiento.

—¿Sabes que me orinaba en la cama hasta casi los dieciocho años? —Ana lo miraba sin decir nada, atenta a sus palabras—. Seis meses antes de hacer el servicio militar deje de mojar el colchón. Fueron unos años horribles.

—Yo tampoco he tenido las cosas fáciles, —dijo Ana—. Los dos hemos sido dos luchadores. Y después de más de 2000 años nos volvemos a encontrar.

—Bueno, eso no lo tengo claro todavía, —dijo Álex.

—Tú siempre tan incrédulo, —ella le acarició la cara como si acariciara a un cervatillo.

—Algunas veces pienso que solo fue un sueño; aquel día con tu amigo el psicólogo.

—Mario es Psiquiatra —dijo Ana—. Y Álex. No es un simple sueño. Además, son dos regresiones, la tuya y la mía. Más mis investigaciones sobre Filolao de Crotona, que según todas las pesquisas apuntan a que en otra vida ese hombre fue tu padre. Lo que yo no entiendo cuál es mi posición en todo este galimatías. Pero tuve que estar muy cerca de ti. Estoy completamente convencida que estuve allí contigo. Me siento como si toda mi vida fuera preparada para lo que estamos haciendo ahora.

—Para eso hemos venido a Atenas. Para averiguarlo. —Ana volvió a apoyar su cabeza sobre su hombro. Estuvieron en silencio un rato. Poco a poco empezó a dejar de llover. El parabrisas del coche bajo la velocidad. Ya apenas caían gotas en el cristal. Iban por una avenida larga. Al principio estaba tranquila, apenas sin coches, pero poco a poco el tráfico fue aumentando, hasta que el vehículo fue parando poco a poco por la aglomeración del puerto.

—*Εχουμε φτάσει* —dijo el taxista.

Ana sacó quince euros de su bolso y se los entregó al chofer. Él le fue a dar la vuelta, pero Ana no quiso aceptar. El taxista le besó la mano. Y le dijo en un castellano incomprensible “Que dios le bendiga”.

—Que barato sale el trayecto en taxi. Hemos hecho varios kilómetros. Yo diría que nueve kilómetros por lo menos —dijo Álex una vez fuera del coche.

—Un poco más de once kilómetros —rectifico Ana— Grecia tiene el euro muy devaluado ¿Eso importa algo? —Ana se colocaba la chaqueta repleta de manchas de humedad.

—No, no importa. Solo era una pregunta... disculpa si te he molestado. —Álex la miró extrañado por su contestación tan áspera.

El puerto del Pireo a las seis de la mañana estaba atestado de gente. Pero lo más increíble era la cantidad de coches que tenía aparcados por todos lados, parecía la feria del automóvil de ocasión. Había varios Ferris de gran tamaño, que se llenaban y vaciaban de vehículos. Se quedaron en medio de la muchedumbre. En silencio observando a la masa que se montaba en los barcos haciendo interminables colas. Miles de personas de aquí para ya. Iban los dos mirando de un lado para otro estudiando la multitud. Ana ya había estado muchas veces en el puerto y lo conocía bien. De repente el puerto estaba vacío de coches y personas, y diez minutos más tardes otra vez lleno. Una y otra vez.

Decidieron andar por el muelle y curiosear un rato antes de irse al hotel que estaba relativamente cerca. Álex miraba las luces como un niño pequeño viajando en una noria de feria gigante.

—Mañana vamos a subir a la Acrópolis. —Dijo Ana sonriente.

—Tiene que ser muy bonita.

—No te la puedes ni imaginar. Yo habré subido más de doscientas veces, y siempre me emociono cada vez que la veo. Sobre todo, cuando estoy delante del Partenón. —A Ana le brillaban los ojos—. ¡Mira que *noray* tan bello! Aquí antes amarrarían las embarcaciones. —Ana

le señaló una gran piedra de mármol.

—Que piedra tan grande. Tiene que ser restos de una columna —dijo Álex mientras se acercaban a ella.

—Sentémonos aquí, que muy pronto va a amanecer. Un buen lugar para ver salir los primeros rayos de sol. —Ana sacó un cigarro de su pitillera y lo encendió—. ¿Te imaginas que ya hemos estado aquí, en esta vieja columna... tú y yo sentados charlando sobre cualquier cosa, pero hace 2400 años? —Él la miró con intensidad, le cogió la mano sin decir nada a su pregunta.

Desentonaban aquellas dos figuras en medio del ajetreo. Silenciosas, paradas y observando el paisaje artificial. Por megafonía se escuchaba hablar en varios idiomas dando instrucciones para embarcas en los Ferris.

Poco a poco se iba despejando el puerto... Hasta que dejó de haber barcos y apenas personas.

—Hay que ver la cantidad abrumadora de cosas que pasan alrededor de nuestras insignificantes vidas; y nosotros sin darnos ni cuenta —dijo Álex interrumpiendo los pensamientos de Ana—. Dejamos de ver las puestas de sol. De mirar con los ojos del alma. De saborear las comidas, de oler el vino, de besar a nuestros seres queridos. De dar mil veces gracias al día por tantas cosas. Vamos de un lado a otro corriendo y pensando obsesionados en lo próximo que queremos hacer, pero nunca vivimos lo que estamos haciendo ahora. Es una pena. Porque lo único que existe es precisamente esto, —Álex mostraba sus manos— el ahora, el momento presente, —Ana lo miró intrigada.

—Álex... ¿Te puedes imaginar cómo vivían aquí hace 2500 años? —pregunto Ana.

—Indiscutiblemente creo que eran más felices, —dijo Álex—, por lo menos más que nosotros en la actualidad. Ahora somos mucho más esclavos que antes.

—La vida en la antigüedad no era fácil. No había agua caliente, no había seguridad social, no había hospitales, ordenadores... ni la bolsa de valores, —dijo Ana con parodia y con curiosidad por escuchar nuevamente a Álex.

—Sí, es verdad. Pero la felicidad, la libertad se consigue por otro lado. No tiene nada que ver con esas comodidades y exigencias impuestas por la sociedad del confort.

—En estos días has cambiado mucho, te voy a tener que pedir ayuda para que me des ánimo.

—¿Te encuentras mal? —Dijo Álex rodeándola con sus brazos.

—Desde ayer no me encuentro bien. —Ella se puso de pie— pero no me eches cuenta. Son cosas de mujeres.

—Tú no eres una mujer normal. Y lo sabes. Si te pasa algo cuéntame, estoy deseando poder ayudarte. —Ella abrió la boca mostrando la punta de su lengua. Él acercó sus labios y la besó con delicadeza.

—¡Vamos al hotel! Pero a la manera tradicional —dijo

Ana con cara divertida— te va a gustar, ya verás.

—¿Especial? —pregunto Álex— no entiendo.

—Sí. En burro.

—¿En burro?

—Sí, vas a disfrutar como un crío. —Ana lo cogió de la mano y tiró hacia ella— sígueme, venga.

—¿Y qué hacemos con las maletas?

—No te preocupes por eso. Contratamos el servicio de mensajería. Desde el Puerto del

Pireo. Que nos la lleven al Athenaeum Intercontinental. De mientras damos una vuelta por la ciudad en burro. Es algo típico. Hoy todo el día de turismo. Te voy a enseñar la gran capital de los filósofos.

—Me parece buena idea. —Dijo Álex sonriendo, mostrando sus dientes.

—Aunque desde tu más tierna infancia lo haya visto en fotos hasta la saciedad, —dijo Ana parando en seco y susurrándole en el oído— aunque te hayan contado que casi nada de lo que queda en pie de esta ciudad es auténtico, esta ciudad sigue siendo el mejor 'lobby' de Grecia. Encontraras a tanta gente en la metrópolis, a tantos indigentes pidiendo limosna que será difícil, yo diría imposible, hacerse un 'selfie' sin una multitud detrás, pero qué más da. Impresiona; acongoja; y te abre el apetito. Así que cuando embarcas en este mágico lugar ya estás entregado: al jónico, el dórico y el corintio, al ouzo -el aguardiente típico-, a bailar 'sirtaki' que, por si no lo sabías, es un falso baile típico que se inventaron en 1964 para que Anthony Quinn pudiera mover su pesado esqueleto sin romperse.

Dejaron las maletas en la agencia de mensajería, alquilaron dos burros, y se dispusieron a visitar la capital del Ática. Empezaron a subir por una pendiente en forma de serpiente que parecía que nunca terminaría. Serían las 08:36. Partían desde el puerto del Pireo hasta la colina de Tarko. Era un camino que los alejaba del puerto y del bullicio. Las bestias escalaban sin dificultad, aunque era un camino de cabras, y la pendiente posiblemente fuera de más del quince por ciento. El cielo estaba despejado, el mar a lo lejos se veía verde y brillaba con luz reflejada del sol. Las casas en su mayoría eran blancas, de una sola planta, salpicando el relieve con formas irregulares, parecían sacadas de un cuento de duendes y hadas; incluso yo diría de pitufos. En alguna había un capirucho coronando el tejado de color azul. Ana explicó el porqué de cada cosa, Y Álex disfrutaba escuchándola. Las puertas y las ventanas con colores llamativos y vivos; rojos, verde pistacho, naranjas... Desde lo alto se veía viñas cultivadas. Pequeñas parcelas cubrían el montañoso paisaje. Y a lo lejos estaba Atenas. La Acrópolis se veía muy pequeña desde la distancia.

—Este lugar se ve muy tranquilo. Un paraíso. Por lo menos esta zona. Es perfecto para vivir. ¿No te parece? —Dijo Álex a casi cinco kilómetros del Pireo y a tres metros de Ana.

—Yo me he planteado muchas veces vivir aquí. —Pero no sé—. No es tan fácil dejar todo para empezar de nuevo.

—A mí no me importaría, y más si fuera con alguien como tú. —Álex sacudió con los talones a la burra para que acelerar, adelante a Ana que se puso colorada—. Aquí podrías seguir trabajando —dijo vociferando—. Sabes griego. A mí no me importaría. Te recuerdo que ya he vivido aquí. —Álex se fue riéndose— que hemos vividos...

Ana no dijo nada. Pero lo miró. Álex estaba tan feliz, tan contento que incluso a ella le llegó a molestar tanto júbilo.

Siguieron accediendo por el caminito serpenteante durante dos horas más. Se cruzaron con otros lugareños que también iban en burro. Todos saludaban con afectividad y les ofrecían agua de botijo, vino tinto en bota de cuero, y queso de oveja.

—Ya queda poco para llegar hasta arriba del todo, —dijo ella—, aquí la gente es muy amable. El carácter griego es muy abierto a los extranjeros. Aunque los hombres son un poco machistas.

—Tengo hambre, ¿cuándo comemos?

—Arriba, donde vamos hay una plaza, allí está el restaurante de mi amigo Leonardo, en el mirador —Ana acarició la crin del burro—, hay unas vistas muy bonitas. —Se secó el sudor de la frente con un pañuelo, ella tenía mala cara— En la plaza hay una iglesia muy hermosa. Y en el

medio de la plaza una fuente. Te quiero enseñar una cosa muy importante para mí. Donde empezó mi búsqueda. Allí podremos comer comida tradicional de la zona.

Nada más llegar amarraron las bestias en una estaca y se sentaron cerca de los animales, en una mesa de madera que tenía un mantel de cuadros rojos agarrado con una pinza de tender ropa para fijarlo a la mesa. Álex miraba a su alrededor con un brillo que lo hacía parecer un muñeco de cera.

—¡Álex! —dijo ella.

—Sí.

—¿Ves aquella fuente? La que está en el medio de la plaza.

—Sí. Muy bonita. ¿Qué pasa con la fuente?

—Debajo de la fuente hay una placa de mármol. Esta muy deteriorada. Pero se ve perfectamente las letras. Está escrito en griego del periodo clásico. 400 años antes de cristo.

—¿Y qué dice?

—Mejor que se lo preguntes a alguien de por aquí. Que lo averigües tú solo. Para que lo escuches de otra persona. Aquí todo el mundo conoce el texto de la fuente, y la mayoría saben castellano. —Álex se puso el gorro de paja que le habían regalado en el alquiler de las bestias y paseando despacio se dirigió a una anciana menuda que había vestida de color negro, como si estuviera de luto, estaba sentada en la puerta de la iglesia. Su cara estaba plagada de surcos. Y Álex se acercó sin ninguna prisa.

—¡Señora! ¿sabe usted español? —La mujer arrugó la frente, se levantó de la silla de hierro donde estaba clavada. Agarro su muleta y se dio la vuelta como si le hubiera molestado la pregunta de Álex. Todo lo hizo despacio y con mucho esfuerzo. La anciana entró en la iglesia sin ni siquiera mirarle ni una sola vez. El cielo ahora dibujaba formas extrañas con nubes que iban apareciendo en el manto celeste; perros, aves, montañas, espadas... estaba precioso las formas y colores que se creaban. Aunque hacía calor. Él miraba a su alrededor para buscar a otra persona para poder preguntar por el significado de la placa. Pero no vio a nadie. Se acercó a la fuente para leer el texto, pero siguió sin entender sus palabras

—¡Hola!, buenas, tardes mi amor. —Sonó una voz en un español arcaico, como de la época de Cervantes por lo menos, justo detrás de él—, ¿qué es lo que quiere saber forastero?

Álex se dio la vuelta al escuchar una voz que parecía por el acento canario. Delante de él había un hombre de sesenta años con pelo blanco y ojos claros, casi transparentes. De estatura media y grueso como un tonel. Sonreía con exageración. Llevaba sotana de color morado. También tenía un gorro, parecía como de cocinero. Pero indudablemente era un sacerdote. Por qué llevaba un crucificado dorado, ostentoso, seguramente de oro colgando de su grueso cuello.

—Buenas, tardes —dijo Álex—, ¿sabe usted español?

—Sí. Hay mucha gente que habla español por esta zona. Familias de emigrantes españoles se quedaron a vivir por aquí. La inmigración española de los años sesenta no fue solo a Alemania. Ahora pasa todo lo contrario, los griegos son los que se van a su país a buscar trabajo.

—Pues no lo sabía —dijo Álex.

—Me ha informado Antelia. La anciana. Que usted quiere saber algo.

—Sí. Disculpe la molestia. Me podría decir que dice la placa de la fuente.

—Sí, como no. Aunque le tengo que informar que los expertos no se ponen de acuerdo en su significado. Ya que es algo incomprensible. —Álex miró para Ana que estaba al final de la plaza hablando con el camarero. Por los gestos parecía que ella ya lo conociera.

—Pero... ¿qué cree usted que dice la placa?

—Por lo que yo creo y entiendo según mis conocimientos, ya que yo solo soy un aficionado, el cura de esta humilde Iglesia, el Santuario de Santa Clara —dijo el sacerdote con retintín terminándose de poner los botones de la sotana— se refiere a un escrito de un matemático. Filolao de Crotona. ¿Lo conoce? —el cura esperó la respuesta que duró en llegar.

—Sí. He oído hablar de él.

—Pues es raro que lo conozca, la verdad. Todo el mundo conoce a Aristóteles, a Platón, a Pitágoras, a Demócrito... pero a Filolao de Crotona lo conocen muy pocos. La historia parece que ha querido borrar su paso por la humanidad. Cuando él es uno de los más grandes pensadores que han existido

—¿Y qué dice el texto?

—Pues en la placa dice literalmente:

Θα σε βρω σε όλη την διάρκεια των αιώνων. Δεν έχει σημασία πόσο καιρό χρειάζεται. Και θα σε βάλω πίσω εκεί που σου αξίζει.

“Os encontraré a lo largo de los siglos. Da igual el tiempo que trascorra. Os volveré a poner donde os merecéis hijos míos”. Firmado Filolao de Crotona.

Desde la distancia, a 500 metros aproximadamente había un lujoso barco velero. Desde allí un hombre, un ser, un monstruo; el *Leviatán* como diría Paul Auster; pero al caso era difícil saber que parte le quedaba de compasión dentro de él. La criatura observaba atentamente con un potente telescopio terrestre la escena.

«*¡Sabía que lo llevarías hasta la placa!*». —Dijo el Leviatán sosteniendo una copa de oro en la mano—. «*Y pensar que en otra vida fuisteis hermanos, y ahora sois amantes*». —olió el contenido de la copa—. «*Las almas se unen como las plazas en el devenir del samsara. El nacimiento y muerte*». —Se reclinó sobre su hamaca y arrimó el vaso a sus labios morados para tragar el espeso líquido.

Ana le hizo señas a Álex para que viniera a su lado. En ese momento el Alquimista (da igual el nombre) dejó su vaso en el suelo del barco, saco un fusil con una mira telescópica. Le enrosco un silenciador a gran velocidad y pericia. Apoyo el cañón sobre la baranda del navío y observo a Álex atravesado por una cruz negra del teleobjetivo. Lo tenía a tiro, apuntando a su cabeza con su enorme objetivo.

«*¡Sería tan fácil eliminarte!*». —Respiró despacio moviendo la mirilla—. «*Pero te necesito*». —Levanto el cañón y tiró la carabina al agua. «*¡Maldita seas! Casi lo estropeo, tengo que controlarme*».

Mientras tanto Álex se sentaba junto a Ana. Permanecieron en la plaza el resto de la tarde entre risas, bromas y arrumacos. Desde allí vieron el atardecer. Desde aquel día sus almas fueron esclavas la una de la otra. Hablaron de muchas cosas, pero sobre todo de amor, la importancia de este sentimiento, la vehemencia de sus ideas y pasiones y todo lo que necesitaban sus corazones para ser felices.

—Yo una noche me case, —dijo Ana mirando a un insecto que estaba apoyado en una esquina de la mesa del restaurante—, me case sin amor con mi marido. Poco tiempo después lo odiaba. Solo Dios sabe lo que he sufrido.

—No me habías dicho nada, —dijo Álex desolado—, ¿por qué? —Alex se levantó, y se puso de espalda mirando hacia la fuente—. *¡Después de todo lo que hemos vivido juntos, de todo lo que nos hemos confesado!*

—Por eso te lo cuento, porque me importas. —Ana se levantó y se puso detrás de él—. Yo comprendo el amor de esta suerte: es gloria o es un infierno. Y para mí hasta ahora, por culpa de mi trabajo, por culpa de mi obsesión con Filolao ¡siempre ha sido un infierno! —Álex se dio la vuelta y la miró con ímpetu a los ojos—. Tienes que entenderlo. Es una parte de mi vida que borre para siempre. Y me duele rescatar aquellos recuerdos... pero ahora... es distinto.

—¿Por eso llevas todo el día tan seria y tan rara?

—Sí. Te lo tenía que decir, y no sabía cuándo ni mucho menos como.

—Los amores vulgares necesitan el miedo para alimentarse, para no decaer. —Dijo Álex con voz firme—. Pero un amor como el nuestro... es imposible de destruir.

—Nunca espere ser amada por un hombre como tú; y después de ti, —Ana hizo una pausa— no veo amor ni dicha posible para mi corazón. Yo también he cambiado mucho en estos días, —dijo Ana.

—Un amor como el tuyo era la necesidad de mi vida. Moriría ya sin él. —Álex agarró a Ana por la cintura y la subió para arriba como si ella no pesará—. Si hoy me dejaras mañana moriría irremediamente.

—Me da mucho miedo lo que está pasando con nosotros. Todo va demasiado rápido. —Dijo Ana—. Además, joder, te veo más cachas. Ya no eres tan enclenque como antes. ¿Qué te ha pasado?

—¡Casémonos! —dijo Álex.

—Pero si tú eres ateo. —Ana se rio con suavidad por su ocurrencia—. Nosotros no necesitamos hacer esas cosas.

—Me da igual. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. ¡Casémonos en Atenas! En aquella iglesia —señaló con el dedo— ¿cómo decías que se llamaba?

—Santa Clara.

—Pues en Santa Clara. No decías en la playa de Conil que *carpe diem!*

—Eres alucinante. —Dijo Ana con la cara excitada.

—¿Por qué no? Dime un solo motivo por no hacerlo y no te lo volveré a preguntar. —Álex se quedó esperando una respuesta, pero durante un rato hubo solo silencio—. Además, sé que eres creyente.

—Vale. Nos casamos. En Atenas, como no —dijo Ana— ¿Hay un lugar en el mundo mejor que aquí?

—No —dijo Álex—. Este lugar es perfecto para nosotros. Se supone que ya hemos vivido aquí, cualquiera sabe si ya hemos estado en esta plaza hace 2500 años. —Álex miró hacia la anciana que volvía a sentarse en la silla de hierro—. Ya entiendo porque te gusta Cádiz, el pueblo de Conil. Es muy parecido a esto.

—Mañana hablo con el cura. Lo conozco. —en ese momento salió el dueño del restaurante con una botella de vino espumoso.

—¡Hay que brindar por la boda de Ana! —dijo el dueño. Álex se quedó mirándolo extrañado—. Mi amiga Ana se va a casar con este flacucho. —Le puso el brazo por encima de su hombro y le apretó con fuerza—. Perdona, pero os he escuchado y no me he podido resistir.

—Es Leonardo. Lo conozco desde hace muchos años. Él fue quien me enseñó la placa de Filolao. —El camarero, que era el dueño lleno las copas de vino y brindaron los tres cruzando los brazos.

—¡¡¡Salud!!! —dijeron a la vez volviendo a chocar las copas.

Se quedaron mucho tiempo en el restaurante. Esa noche no durmieron. Y la vuelta al hotel fue

lenta y apasionada... en lo alto de una sola burra fueron guiados por un manto de estrellas que Álex conocía a la perfección desde antes de nacer.

40. La transformación.



Crotona año 429 a. C.

Filolao venía por el sendero silbando una canción de ritmo alegre. Llegaba a casa antes de la hora habitual. Después de la gran fiesta que se celebró ayer en conmemoración a Milón de Crotona. El héroe de la Magna Grecia; pocos alumnos asistieron a clase; por no decir ninguno, la academia estaba prácticamente vacía, ya que casi toda la ciudad estaba durmiendo después del gran festejo que duro toda la noche. Esa misma mañana el director, Eneas, le había comunicado que a final de curso le iban a dar una placa de oro en reconocimiento a su labor como docente en la escuela pitagórica. Por lo visto lo habían decidido unánimemente todos los profesores. Estaban muy orgullosos de tener una celebridad como él; el matemático y astrónomo de Pericles. Además, él mismo había sido alumno en el centro. Era un ejemplo de superación para todos. Ya que sabían por los profesores más ancianos que de pequeño a Filolao le costó mucho esfuerzo aprender a leer con fluidez, era tartamudo y *disléxico*, aunque eso último no lo supo hasta muchos siglos después; que la ciencia le colocó nombre a esa alteración de la capacidad de leer por la que se confunden o se altera el orden de letras, sílabas o palabras. Pero a pesar de todo nunca se rindió y pudo arreglar esa falta, a base de mucho esfuerzo.

El científico al empujar la puerta del *oikos* se sobrecogió del silencio que había en su interior. Ya era medio día y no se escuchaba a nadie. Entro en la cocina y bebió agua de una jarra de barro. Miró a su alrededor y se alegró profundamente de a ver salido de Atenas. Vivir en Crotona era lo mejor que podían haber hecho tal como se estaban poniendo las cosas en el Ática.

Entro en su habitación para comprobar si Faina había llegado de vender el pan en la ciudad. Pero no había nadie. «*Todavía es temprano para que estén por aquí mi mujer y mi nuera*». — pensó él— «*pero... ¿y los niños? ¿dónde se han metido?*»

Seguidamente se dio la vuelta, algo iba mal. Le dio una punzada en la nuca. Sintió mareo y fatiga. Se sentó un momento. Presintió que algo horrible había pasado. Se puso de pie torpemente agarrándose a la pared; parecía que estuviera en la borda de un barco en altamar, todo se movía; fue a buscar a su hijo, dando manotazos.

—¡¡¡Samuel!!! —dijo emocionado desde el umbral de la puerta al verlo tan pálido tendido sobre la cama, —¿qué te pasa cariño? —Su voz estaba ronca. Filolao se arrodilló junto al lecho — ¿Qué ha sucedido? —Lloraba al comprobar que no respiraba. Le movía la cabeza, pero Samuel no respondía. Se percató que había un bulto debajo de las sabanas. Sospecho que alguien más había con su hijo.

Filolao aterrado agarró la sabana con sus dos manos huesudas, el corazón le latía con fuerza, notaba los golpes de la sangre amontonándose en su cabeza. Aparto lentamente las sabanas y se encogió de dolor al ver a su hija, Indira, que estaba junto a su hermano. Los dos estaban muertos. Filolao cogió en brazos a su hijo y lo colocó en la mesa de la cocina. Su cuerpo estaba frío. Le levanto los parpados y comprobó que irremediamente estaba sin vida. Hizo lo mismo con su hija, pero igualmente estaba muerta. Se incorporó enfurecido ya que estaba echado sobre ellos y

golpeo varias veces la pared con sus manos. Los nudillos le sangraban. Varios trozos salieron sueltos de la pared. Pero él seguía como si nada. De repente escucho a Calisto llorar, posiblemente de los golpes el bebé se tuvo que despertar. Filolao se acercó a la cuna para acurrucarlo, a ver si paraba de llorar. El bebé tenía toda la boca llena de sangre. Era una imagen repugnante. Se estaba mordiendo, y para ser más preciso se estaba comiendo su propio brazo. El científico lo miró con asco, no entendió que estaba pasando.

La criatura con una mirada de hombre adulto giró la cabeza para mirarlo, y en varios segundos transformo la fisonomía de su rostro. Mostrando una cara plagada de surcos.

—¡Ya no están aquí! ¡Se los ha llevado Naska, a ti también te llevará abuelo! —Dijo con una voz áspera. Filolao cogió a Calisto de su cuellecito y empezó a apretar con fuerza. Poco a poco iba aumentando el apriete. El bebé de varios meses se retorció con violencia, el matemático lo miraba aterrado, hasta que de pronto dejó de moverse, cerrando los ojos. Dándose cuenta del terrible acto que había cometido lo dejó caer al suelo, sonó un sonido sordo al chocar su cuerpo rollizo en las baldosas. Fue a buscar una pala y con la mirada turbia y con la cara congelada lo enterró rápidamente en el jardín antes de que viniera alguien.

Mientras se lavaba las manos con pujanza tuvo una idea. Estaba ido de dolor. Desesperado por arreglar lo ocurrido. Bajo al sótano que tenían debajo de la casa. Un cuarto pequeño que habían habilitado para fabricar y almacenar vinos y quesos. Un lugar oscuro y húmedo perfecto para esas labores. Allí tenía un enorme baúl cerrado con llave. Con los manuscritos de cuando él era un poderoso Alquimista; portador del conocimiento oscuro de los egipcios, lo babilónicos y persas. Toda su sabiduría en las ciencias oscuras estaba en ese cofre. El que cerró con llave el mismo día que entregó a su hija al chaman. Pero ahora Filolao no era matemático, ni astrónomo, ni padre, ni esposo; ahora renacía el mejor alumno de la hermandad secreta. El conocimiento de miles de años transmitidos solo a unos pocos alumnos. Él era uno de ellos, el mejor de todos. Cogió los tratados; Y una caja de madera llena de raíces, y polvos de colores. Un día... hace mucho tiempo se prometió no volver a usar ese conocimiento, pero estaba fuera de sí. Todo había sido culpa suya. Mando a Indira, su pequeña hija con un chamán, y había jugueteado con la magia negra. Pactando un destino absurdo para sus hijos. Siempre había creído que Samuel era un ser de luz, ahora que había muerto tenía sus dudas. Se arrepentía de todas las decisiones del pasado.

Filolao con prisas cargó la mula y se dispuso a caminar sin descanso durante toda la tarde. Lloraba con desesperación pensando en su mujer Faina. Cuando volviera a casa. El dolor que pasaría cuando viera a sus dos hijos muertos y al pequeño Calisto desaparecido. Luego leyera la carta donde él le explicaba que se había marchado. Iba a intentar hacer algo imposible de explicar en un pergamino. Le prometió volver pronto, pero él sabía perfectamente que nunca volvería a verla. Que iba a cruzar al otro lado, un viaje sin retorno donde su corazón se estaba oscureciendo, pudriendo en cada paso que daba.

Ya cuando se hizo de noche, en medio del bosque encendió una candela. Allí montó una pequeña chozuela con palos y telas. Se dispuso a leer sus pergaminos. Estaba buscando algo que ayudara a arreglar la situación. Pero no sabía que podía hacer. Hacía muchos años que no consultaba sus libros. Había perdido la costumbre. Sus manos temblaban al recordar al bebé con la boca abierta intentando respirar como un pescado fuera del agua. «*Pero eso no era un niño*» — se dijo él intentando tranquilizar su atormentada alma.

A lo lejos una figura se acercaba. Pero Filolao no se dio ni cuenta, estaba absorto en su lectura. Iba pasando las hojas a gran velocidad guiado por el dedo índice.

—¡Hola! Muy buenas noches —dijo un hombre joven que no tendría más de treinta años. Venía con una bolsa colgada del hombro.

—Hola. —Dijo Filolao levantando la cabeza sin disimular su irritación por la presencia de alguien allí justo en ese mismo momento.

—Hace frío esta noche. —Dijo el hombre quitándose el macuto de encima mostrando unos poderosos brazos.

—Sí que hace frío.

—¿Usted es de aquí? No lo he visto nunca.

—Sí, soy de Crotona. —Dijo Filolao guardando el pergamino que estaba leyendo en una bolsa de tela.

—¿Le importa que me quede con usted a pasar la noche? Yo no ronco, y ya he comido. Incluso le puedo ofrecer algo de fruta.

—No, gracias. No tengo hambre —dijo Filolao.

El hombre se acercó al fuego y puso las manos cerca frotándoselas para calentárselas.

—Se nota que el tiempo va a cambiar, —dijo el desconocido—. Me llamo Aetos. —El hombre estiró la mano para darle un apretón a modo de presentación. Pero Filolao no le devolvió el saludo. Aetos guardó su mano sintiéndose insultado.

—Me llamo Filolao —dijo secamente— Filolao de Crotona.

—¿Qué le trae por aquí? —dijo la visita ahora en un tono hostil.

—Estudio las estrellas. Por eso estoy de noche en el bosque.

—Interesante profesión, astrónomo.

—A mí me hubiera gustado ser médico, pero termine siendo militar. Soy capitán en Caulonia.

—¿Y qué hace usted por aquí?

—De paso, —dejo un silencio—. Estoy buscando a alguien del pasado.

—¿Del pasado? —dijo Filolao ahora curioso.

—Sí. El último alumno directo de Pitágoras.

—Pero si Pitágoras murió hace mucho tiempo. En la Guerra de Sibaris. Si ese hombre está vivo tiene que ser muy mayor. Por lo menos debe de tener más de cien años.

—Es un alquimista. Sí él quisiera podría modificar su cuerpo, puede parar su reloj biológico. —Filolao se puso de pie despacio, acercándose a una bota de cuero donde tenía agua. Y bebió de ella. Luego le ofreció al poderoso soldado.

—Beba usted, está muy rica. Yo la elaboro. Le hecho romero y azúcar al agua. Para aguantar largas jornadas viajando.

—No tengo ganas, gracias. —Dijo desconfiado por esa repentina amabilidad.

—¿Y cómo sabe que está vivo ese hombre?

—Están empezando a pasar cosas extrañas.

—¿Extrañas? —pregunto Filolao.

—Sería muy largo de explicar. Pero para que usted lo entienda, siempre que se empieza a hacer cosas relacionadas con la magia negra, empieza a modificarse el paisaje. El carácter de las personas del lugar empieza a cambiar, la gente se vuelve solitaria, y llueve cuando el día está claro y sin nubes. —En ese momento comenzó a chispear. Era una suave y fina llovizna. Pero no había nubes en el cielo nocturno en ese momento.

—¿Quién le ha contado eso?

—Myia, la hija de Pitágoras —dijo el militar—. Ella me ha llamado para que busque el mal que se ha despertado. Yo la verdad que no la entiendo. Pero yo no seré quien la contradiga.

—¿Myia... la hija del maestro?

—Sí, la misma. —El hombre miró al matemático intrigado— ¿Usted ha sido alumno de la escuela Pitagórica?

—No, ¿por qué?

—Le ha llamado maestro s Pitágoras.

—Todos le dicen maestro en Crotona.

—Si usted lo dice. Pero que yo sepa solo los de su hermandad le llaman así.

—Myia tiene que ser muy mayor —Filolao quiso cambiar de tema.

—96 años ha cumplido hace dos meses. —Los pensamientos de ambos se quedaron en el aire flotando. El ambiente era pesado.

—Beba agua, —un gallo le sonó en la voz al matemático— pruébela por favor, —insistió Filolao—, no se arrepentirá, vera como le gusta. Es un invento que se me ocurrió hace ya muchos años. —Filolao le dio un trago a la bota y se la acerco estirando el brazo.

Aetos no quiso ser desagradecido, agarró la bota de cuero y se la volcó para expulsar el chorrito de agua. Pero él notó nada especial. En ese momento Filolao que estaba de pie detrás de él le paso una cuerda de cáñamo alrededor del cuello y tiro con todas sus fuerzas hacía atrás. Sonó un crujido. El fornido hombre movía sus manazas intentando atrapar al alquimista, pero cada segundo que pasaba las fuerzas iba disminuyendo. Su tráquea estaba hundida. Los ojos los tenía a punto de estallar. Daba patadas, pero no podía hacer nada. Filolao lo hacía con tal seguridad, con tal destreza, con tal control que él mismo se sorprendió de la habilidad que tenía para matar. Sintió una gran satisfacción cuando vio al hombre inmóvil en el suelo y sin vida. De repente le entro hambre. Lo desnudo, y sin pensarlo ni una sola vez le corto un trozo de carne de la pierna, y lo puso en las brasas para que se cociera. Había una parte de él que le decía que se estaba equivocando. Que ese no era el camino. Que volviera a casa. Que allí estaría su mujer, con su nuera, que estarían pasando el peor día de sus vidas. Pero le era imposible ya parar.

Se comió la carne poco hecha saboreándola despacio pensando que podía hacer para recuperar a sus hijos. Sabía que todo había sido por su culpa. Por a ver jugado a ser un dios. Le corto otro trozo de carne del glúteo y lo envolvió en una tela para echarlo en su alforja. Luego enterró el cuerpo deprisa.

Puso más palos y ramas en la choza que había hecho para no mojarse y se metió dentro. Volvió a sacar su libro para investigar que poder o magia podría desarrollar para remendar el daño que había hecho. Odiaba a Manute con todas sus fuerzas. Él fue el que le inicio en las artes de la alquimia. El que le hablo de Naska, del Nous, de Brahama, y de todas esas leyendas. Pero también reconoció años, siglos más tardes que el chamán fue el que lo sacó de maya.

41. La Boda.



Tres días después de llegar a Atenas ella se encontraba delante de un espejo, en la habitación de un hotel. Con un vestido color crema de la colección 2018 de Mary Katrantzou. Con escote palabra de honor y una falda de vuelo que la hacía parecer una princesa. Con aspecto frágil y tembloroso se miraba en el espejo y no se creía lo que estaba a punto de hacer. La cama la tenía llena de cajas que le habían acabado de traer de la tienda de trajes de novia de Mary. Una íntima amiga de Ana que ahora volvía a vivir en Atenas.

—¡Qué guapa estas! —dijo Álex desde la puerta de la habitación del hotel.

—Se supone que no me puedes ver todavía, —ella se colocaba una diadema dorada con formas de hojas de laurel—. Trae mala suerte que el novio vea a la novia antes de la ceremonia.

—Nosotros estamos a prueba de bombas. Ya nada nos puede pasar para separarnos.

—Me hubiese gustado mucho a verme casado con un *peplo*. El típico traje de la mujer griega en la antigüedad. Pero mi amiga Mary no tenía ninguno, como ha sido todo tan urgente.

—No pasa nada, así estás guapísima. —Álex la agarró por la cintura, estaba de espalda a ella—. ¿Por qué no te habré encontrado antes?

—Muchas veces las cosas pasan solo en el momento más adecuado. Quien sabe que hubiera pasado si nos hubiéramos conocido hace diez años. —Él la besó con suavidad en el hombro.

—Te quiero. —Le dijo Álex susurrándole en el oído.

—Y yo. —Ella se giró y se besaron pausadamente.

—¿Va a venir alguien a nuestra boda? —Pregunto Álex.

—Raúl llevará los anillos.

—¿Raúl? Joder, que grata sorpresa.

—Lo llamé el mismo día que me pediste casarnos, —dijo Ana—. Sabía que te haría ilusión. Y por mi parte vendrá Mary. La que ha diseñado a toda velocidad mi traje. Ellos son los testigos y los únicos asistentes. Yo no tengo familia y tú al caso es como si no tuvieras. —Ana miró por la ventana—. Me hubiese gustado mucho que hubiera podido venir mi amiga Marta, pero no va a poder ser —su cara perdió todo el brillo que tenía. Y él la abrazó con fuerza.

—Venga, no te pongas así.

—Recuerda, me tienes que esperar en la puerta de la iglesia. No entres hasta que yo no llegue. Los dos entraremos juntos, cogidos de la mano cuando el cura nos ponga unas coronas blancas. Estas coronas simbolizan que ambos miembros de la pareja se convertirán así en reyes de su propia familia. Unidos por una cinta que representa la unión de la pareja. Estamos en Grecia. Aquí se hace así. —Álex sonreía embobado mirándola—. Yo llegaré en mula como manda la tradición. —Álex le metió un mechón de pelo que caía por su cara por detrás de la oreja—. El último paso es la denominada danza de Isaías, que es cuando el sacerdote nos guía dando tres vueltas alrededor del altar como símbolo de la eternidad del matrimonio y de los primeros pasos como pareja en el camino de la iglesia.

—Lo que tú digas amor mío —dijo Álex.

—Terminados estos pasos y una vez que el sacerdote nos quite las coronas y bendiga la unión, la boda griega llegará a su fin, restando solo el festejo. —Los dos se miraron durante un rato—.

Yo sé que eres agnóstico, que no crees en nada, pero para mí es muy importante. Gracia por haberme dejado preparar la boda como yo quería. Es un sueño hecho realidad.

—¿Está segura de lo que vas a hacer dentro de un rato? —preguntó Álex.

—Nunca he estado más segura de algo en toda mi vida.

—Hace un mes me sentía que no valía para nada. Y hoy soy el hombre más feliz del mundo. Yo sí que estoy viviendo un sueño.

—Pues no es un sueño. Yo estoy aquí, y soy real. —Dijo ella bajándole la cremallera del pantalón.

—Estate quieta. Vamos a llegar tarde. Esta noche podremos jugar todo lo que quieras. —Ella le mordió un labio—. Me voy a tener que marchar, queda una hora para que empiece la ceremonia.

—Sí, mejor vete ya que yo voy en mula, y el santuario no está cerca. Abajo coges un taxi. Y recuerda, la iglesia de Santa Clara, no te vayas a confundir, —ella le metió en el bolsillo de la chaqueta un papel—. Como sé cómo eres te lo dejo apuntado en esta hoja. Allí veras a Raúl y a mi amiga Mary. —Se dieron otro beso.

—Venga. Nos vemos dentro de un rato.

El bajo corriendo por las escaleras. El ascensor estaba parado en la planta sexta y no subía. Iba de tres en tres peldaños. Ana mientras tanto empezó a llorar. No sabía que le pasaba, pero le empezó la llorera sin poderla controlar. Se sentía tan rota, tan pequeña, y tan desprotegida. Había perdido toda su fuerza a cambio de amar como nunca lo había hecho antes. Alex ya estaba montado en el taxi. Y recapacitaba de cómo había bajado las escaleras. Era incomprensible que él hubiera podido bajar de ese modo tan enérgico. Cada día que pasaba se notaba más fuerte. Sentía que más que andar volara, flotara en el aire. Era mucho más ágil y rápido. Su nueva energía le daba otra perspectiva. Esperanzas de que en el hospital se hubieran equivocado con el diagnóstico de su enfermedad.

Una vez que llego a la iglesia...

—Estás muy elegante, —le dijo Raúl poniendo su brazo alrededor de su cuello—. Te veo diferente.

—Soy otra persona —dijo Álex.

—Es verdad lo que dice Raúl, estás muy guapo, Álex, —dijo por detrás una chica delgada, de treinta y pocos años, de baja estatura y con un vestido que le daba una apariencia de hortaliza.

—Tú tienes que ser Mary —intento pronunciar su apellido, pero le fue imposible.

—Sí. Soy amiga de Ana. Seré vuestro testigo, junto a Raúl Duarte, —dijo ella mirando a Raúl cómplice por lo que iban a hacer en la iglesia de Santa Clara.

—Pues Ana creó que va a durar en llegar —dijo Álex—. Viene en burro. —Raúl soltó una risotada.

—En Mula —rectifico Mary— para las bodas mulas.

—Sí, en mula. Bueno es lo mismo.

—No es lo mismo insistió Mary.

—Me alegro de que al final venga como ella siempre ha deseado casarse. —Dijo Mary mirando a Álex—. Ahora la veo feliz. Esta radiante. Nunca ha estado así. No sé lo que le has hecho. Pero te aseguro que está muy contenta de casarse contigo.

—Yo también soy muy feliz de esto que vamos a hacer hoy.

42. El camino sin retorno.



Año 429 a. C.

Filolao cerró los ojos en su más íntima soledad, comprendió lo que había pasado. Las palabras de su nieto Calisto le volvían a la cabeza una y otra vez. «*Naska se los ha llevado*». En ese momento comprendió que Naska era maligno y cruel. O por lo menos así lo entendió en ese instante. «*Me han engañado, han confabulado en mi contra, y en la de mis hijos*». Se decía insistentemente. «*El guardián hará todo lo posible por quedarse como el regente supremo del Nous. Y Manute le ha ayudado. Me han engañado. No quiere dejar su trono. Y hará todo lo posible por seguir así, toda la eternidad. ¿Pero... por qué?* —sopló un aire cálido que movió sus cabellos—. *Esto no tenía que terminar de este modo ¿Qué ha pasado? ¿Qué habrá hecho con mis hijos? Se supone que no los puede matar. Pero... ¿dónde están? ¿Sus cuerpos estaban en aquella cama?*». —Filolao se tiraba de los pelos recordando aquellos organismos pálidos y sin vida. Después de varias horas leyendo el voluminoso libro en forma de pergamino ya estaba clareando, y las formas de la naturaleza volvían a hacerse presentes; los árboles, las piedras, los animales... Todo volvía a renacer delante de sus ojos con intensos colores. En esos momentos dejó de llover. Estaba muy cansado..., pero al pasar una hoja en el voluminoso papiro que le faltaba un trozo en una esquina, allí lo vio claro. Lo que estaba buscando desesperadamente. La solución para volver a ver a sus hijos. Vio la palabra *Samsara*. El ciclo de nacimiento, vida, muerte y encarnación. Intuyó que Naska no los podía aniquilar, ya que eran divinos, eternos, o algo parecido; pero si los había mandado al futuro, a repetir un *Samsara* infinito, sin posibilidad de volver a que fueran dioses. Pero un poco más abajo en el texto vio algo que lo dejó perplejo. Estaba escrito en pali, una lengua asiática que ya no se usaba. Algo que él había olvidado con los años. Algo que ya había nombrado el capitán Aetos y que él no había comprendido ya que el odio lo tenía ciego. Entonces se preguntó quién sería ese hombre que tan solo era un simple militar que sabía de esa fórmula. Una receta que nunca Filolao había practicado sobre el *Icor ἰχόρ*. Un método mágico para no morir. Consiguiendo el mineral presente en la sangre de los dioses, o la propia sangre. En el manuscrito explicaba que era la sustancia mítica, de la que se decía a veces que también estaba presente en la ambrosía o el néctar que los dioses comían en sus banquetes, era lo que los hacía inmortales. En apariencia dorada, cuando un dios era herido y sangraba, el *ikor* era venenoso para los mortales, matando inmediatamente a todos los que entraban en contacto con la sangre de un inmortal. Pero también indicaba como se podía convertir sangre corriente en *iKor*. Sangre divina. En el libro explicaba el ritual, como las pirámides regeneraban con su forma geométrica la energía vital de los objetos. Haciendo que una simple copa de barro se convirtiera en una de oro, en el catalizador del *iKor*. Entonces el científico recordó los planos del interior de la pirámide. Los que tenía su hijo en su dormitorio. Decidió volver a la vivienda para consultar sobre ellos. Sabía que Heródoto había hablado sobre este tema con Samuel. Esperaría a la próxima noche para entrar en su habitación y cogerlos, cuando su mujer durmiera. Pero antes desenterró al militar, Aetos, quería comprobar quien verdaderamente era. Buscar una señal, un tatuaje, un amuleto... algo que lo identificara. Sabía perfectamente que las hermandades marcaban

a todos sus hermanos y maestros y que este forzado no era un soldado. Eso lo tenía claro.

Esa misma mañana Filolao de Crotona dejó para siempre de ser el padre de Samuel. El científico y matemático de Crotona. Ese día planeo viajar a la Pirámide de keos, para crear una copa de *iKor*. Tal y como lo decía el libro de Pitágoras. Desde ese día se convirtió en el Alquimista.

cielo celeste. No había ni una sola nube. Incomprensiblemente le cayeron gotitas de agua sobre su cara. Y poco a poco empezó a chispear aumentando la intensidad gradualmente. El agua le acariciaba el rostro y la dejaba desenfrenada. Ardía por dentro. Se sentía culminada. Feliz y satisfecha.

Se escucharon a lo lejos tocar campanas. Una iglesia anunciaba boda. Se incorporó y recobro la consciencia de donde estaba. No entendía que le había pasado.

De su bolso empezó a sonar una melodía. Abrió la cremallera y era su móvil. No recordaba haberle cambiado la música a su teléfono. Pero era una melodía diferente. Eleanor Rigby de The Beatles. La canción hablaba de una mujer solitaria.

—¡Diga! —dijo Ana con la mirada extraviada.

—¿Ana?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Mario.

—Te escucho fatal —dijo Ana.

—¿Y ahora? —Mario salió de su coche.

—Sí. Ya te escucho mejor.

—Es que estoy en un subterráneo, la tercera planta de un parking.

—Dime. ¿Qué pasa Mario?

—Era para que quedemos en Madrid. La próxima semana tengo un hueco. Para hacerle una sección de hipnosis a tu amigo Álex. Esta vez será diferente.

—¿Diferente?

—Sí. Tendremos todo el día para nosotros. Y estará presente un especialista. Él sabe más que yo sobre hipnosis y regresiones. Será interesante que asista. Te lo aseguro.

—Bueno, si tú crees que vale la pena, sin problemas. —Ana hizo una pausa—. Nunca me has hablado de él. Y se supone que eres el mejor en estos temas.

—Es que hasta ahora no ha hecho falta su intervención.

—Dentro de un rato me caso —dijo Ana fastidiada por hablar en ese momento con Mario.

—Me alegro —dijo sin ningún entusiasmo—. Me podrías a ver invitado. O, aunque sea avisado. ¿No soy tu amigo?

—Claro que lo eres. Pero es que todo ha sido muy rápido. Lo decidimos hace tres días. Y como estás tan ocupado, no quería molestar. —Ana no le quiso decir la verdad. Mario por algún motivo que ella desconocía le empezaba a dar grima. Había algo en él que le daba rechazo.

—¿Quién es el afortunado?

—Álex. —La palabra se quedó como con eco, flotando. Luego, se escuchó la respiración del psiquiatra detrás del auricular—. Te dejo. Me tengo que ir. —Apuntillo Ana.

—¿Nos vemos el 24 de octubre a las 10:00 en mi consulta?

—Vale —dijo Ana muy distante.

—¿Te acuerdas donde es?

—Sí. No te preocupes. Me acuerdo perfectamente. Hace mucho que no voy, pero sé dónde es. Creo que nunca se me olvidará donde está tu oficina. Después de lo que paso allí hace más de veinte años.

—Me alegro mucho por ti. Ana. El amor es lo que mueve el mundo, mucho más que la gravedad, que las armas, y que el dinero. —Pero ella ya había colgado.

El Alquimista curvo sus labios mostrando una sonrisa placida que no tenía nada que ver con su mirada fogosa. Era contradictorio. Él había escuchado la conversación, junto a la cabeza de Mario. El monstruo le quitó el móvil y lo tiró dentro del vehículo que tenía una puerta abierta.

Acaricio el rostro de Mario, que en ese momento derramaba lagrimas a borbotones. Los dos estaban de pie entre dos coches todoterreno, en un aparcamiento solitario y a oscuras.

—No llores Mario. Vas a vivir eternamente como yo. Serás mi *erómeno*. Toda la eternidad, serás inmortal como tu maestro. ¿No te alegras? —El Alquimista apoyó su enorme mano sobre la coronilla de su discípulo y le empujó hacia abajo obligándolo a ponerlo de rodillas. Con la otra mano se quitó una cuerda anudada que amarraba su túnica negra a su cintura dejándola caer al suelo. El anciano con sus más de dos metros y veinte centímetros de estatura se quedó desnudo, mostrando una piel llena de bultos, cicatrices y manchas. Mario cerro los ojos, abrió la boca en un gesto de repugnancia y terror para satisfacer a su amo. Filolao dio un alarido al tenerlo tan sumiso y obediente; le introdujo el falo en su boca y lo mantuvo en esa posición durante diez minutos sacándolo y volviéndolo a meter. Hasta que al final expulso un líquido viscoso que mano de su cuerpo. Mario hizo lo posible para no tragárselo, pero el monstruo le tapó la nariz en un pellizco y Mario se asfixiaba, aspiró aire por la boca tragando sin querer parte del semen o lo que fuera eso. El amargor era insoportable.

44. Esperando.



—Dura mucho en venir, —decía Álex en la puerta de la iglesia de Santa Clara— ¿Le habrá pasado algo? ¿Se habrá arrepentido de casarse conmigo? Joder, no entiendo. ¿qué estará haciendo esta mujer?

—Tranquilo. Seguro que todo va bien —decía Raúl. Pero en su rostro mostraba intranquilidad mirando a Mary que se comía las uñas.

—Joder. Hace cincuenta minutos que debería de haber llegado. Digáis lo que digáis no me vais a convencer. Esto no es normal. Y menos en Ana. Nunca he conocido a nadie más puntual que ella. Es como un reloj atómico.

—Cuando vino a la tienda a elegir el vestido —dijo Mary farfullando— estaba muy rara. No sé. Estaba radiante, feliz. Nunca la he visto tan contenta. Pero... no sé —Mary miró a los ojos de Álex—. Estaba muy distraída. Le hablaba y no me escuchaba. Tenía que repetirle las preguntas.

—Pero eso es normal. Estaba preparando su boda —dijo Raúl para aliviar la tensión—. Estaría nerviosa.

—En Ana no es normal —dijo Mary— y tú Raúl lo sabes mejor que yo. No te hagas el tonto.

—No sé qué decir, —dijo Álex—. En estos días la he visto muy poco. Ella insistió tanto en que yo me fuera a visitar la ciudad. Ella lo quería preparar todo. ¡Maldita sea! No tenía que a ver aceptado. Seguro que esta estresada

—Tranquilo, Álex. Ana no se estresa nunca. Te recuerdo que es la mejor del mundo haciendo trading. La he visto manejar más de cien contratos del mini SP 500 mientras se comía una manzana. Seguro que está bien. ¡Coño! Que viene en burro. Seguro que está a punto de aparecer.

—En mula —dijo Mary— en mula...

45. Año 428 a. C.



El alquimista estaba en Egipto un mes después de los primeros asesinatos cometidos en su ciudad natal de Crotona. Le cogió gusto a eso de quitar vidas, o como él decía “a limpiar la poli”. Era un día sin nubes, pero a pesar de todo caía una suave y fina lluvia que hacía que el ambiente fuera agradable y limpio.

Filolao gracias a los planos de su hijo Samuel pudo conocer que la Esfinge estaba ahí por algún motivo, no era un simple adorno en el complejo de Guiza. «¿Sería la puerta al más allá?». Reflexionaba el Alquimista viendo el plano de Heródoto. «*En ella debe de estar la entrada secreta a la pirámide de Keos. A la auténtica cámara del faraón. Donde se podría fabricar una copa de iKor*». —Mientras pensaba miraba fijamente al sol. Los ojos eran oscuros y delirantes.

Allí estaba él, paralizado, observando delante de aquella mole de más de dos millones de piedras. Como todas estaban colocadas perfectamente. Con sus cuatro caras triangulares presentando una inclinación de cincuenta y un grados en relación con la horizontal. Y como toda la estructura perfectamente orientada con respecto al sentido norte-sur geográfico.

El mago esperó paciente a que se hiciera de noche. Había muy poca gente a esas horas. Pausadamente fue deambulando alrededor de la Esfinge, pasando la mano por la mujer león. Tocando todos sus bordes, piedras, lozas... buscando una piedra que estuviera suelta. Una entrada, algo que le diera una pista de por donde entrar. Pero no encontró nada. Todas las piedras estaban perfectamente colocadas. Se sentó en el suelo y recapacitó. Entonces volvió a revisar los planos de su hijo Samuel. Los que andaban por su cuarto siempre tirados por el suelo. En ese momento se arrepintió de no haberle preguntado qué es lo que estaba buscando. Seguro que era algo relacionado con la pirámide, y con la producción del *Ikor*. «*Con lo cerca que aparentemente estábamos el uno del otro, y lo diferentes que eran nuestros mundos*». —Se decía ahora Filolao con los ojos húmedos observando la palma de su mano que la tenía sucia de sangre humana.

En una de las muchas vueltas que dio... llegando a la pata derecha de la Esfinge noto salir aire de las piedras. Había una suave corriente hacía el exterior. Golpeó con fuerza con el callado que llevaba, sonó hueco. Miró para la pareja de centinelas que custodiaban desde unas gradas, pero ellos seguían hablando de sus cosas como si nada. Sacó un punzón de hierro, se agachó y empezó a picar despacio, golpeando en seco, acompañado de una tos en cada porrazo. Intentaba que pudiera entrar una barra. La punta de una pica. Pero la piedra estaba extremadamente dura. Apenas la arañaba. Sabía que tarde o temprano lo conseguiría, pero que no sería fácil.

Después de dos horas casi sin conseguir nada, paró a descansar. Y se dispuso a preparar una mezcla de disolvente para piedras. Untó la zona con un trapo untado con dicha crema, y empezó su danza golpeando una y otra vez. Ahora avanzaba más rápido. Unos soldados llegaron borracho y se pusieron a cantar junto a los dos centinelas. El Alquimista se entristeció al comprobar como la civilización de Egipto había sucumbido, ya no tenía nada que ver con lo que él había conocido en otros tiempos cuando la estudiaba admirado por su grandeza. Aprovecho el escándalo que tenían formado para golpear más fuerte, pero seguía siendo difícil. Al cabo de cuatro horas por fin ya pudo introducir la punta de una barra de hierro. Hizo palanca y separo lo suficiente la loza de 40 cm Cogió todas sus pertenencias y las fue metiendo por la apertura. Al final entró arrastrándose

con toda su enorme envergadura. Luego, colocó la loza lo mejor que pudo desde dentro para disimular que no había pasado nada. La pata de la Esfinge por donde había entrado tenía un pasillo en su interior con unas escaleras con un techo muy bajo, a un metro del suelo. El brujo tenía que ir a gatas para no dar con la cabeza en el techo. Se fabricó una antorcha con tela y grasa que llevaba en su equipaje. Bajo por las escaleras por lo menos quince metros por debajo del nivel de la superficie de la calle, llegando a una gran galería donde ahora tenía el techo más alto. El mago aliviado se pudo poner de pie. La oscuridad era espesa. El Alquimista estaba tranquilo. En los lugares oscuros y silenciosos estaba muy cómodo. En sus entrenamientos como iniciado tenía que estar en profundas grutas durante varias semanas enteras. Al final de la sala se veía un corredor estrecho con jeroglíficos en las paredes. Él los acarició con la punta de sus dedos. Los iba leyendo, sabía su lengua ya que estudio los jeroglíficos en su juventud. *Le advertían que el alma se oscurecía al probar el Ikor.* Siguió por el único camino posible. Y anduvo cincuenta metros en horizontal. Al final había otra escalera, otra vez con un techo muy bajo. El alquimista de nuevo se puso a gatas y empezó a subir los 150 peldaños que contó uno por uno. Se percató que ya estaba dentro de la pirámide de Keos. Las piedras eran muy grandes, y ahora eran de granito. La temperatura iba bajando a medida que se adentraba en los pasillos; y el olor a incienso aumentada. El Nigromante que seguía leyendo los jeroglíficos que se iba encontrando en las paredes comprendió que estaba muy cerca. Las escrituras le avisaban de que estaba entrando en la morada de los dioses. Que se diera la vuelta si no quería morir. Él estaba muy excitado. Respiraba fatigoso, había hecho un gran esfuerzo para llegar hasta donde estaba. El oxígeno era escaso en aquel lugar. Y todo lo había realizado sin descansar. Llevaba tres o cuatro días sin comer, y prácticamente sin dormir... obsesionado con el *ikor*. Siguió gateando hasta que de repente un fuerte viento apagó la antorcha. Se quedó allí en la negrura parado. Se había dejado muy atrás la chusca con sus pertenencias, no podía encender la antorcha y estaba ansioso. Siguió en silencio durante mucho tiempo a gatas. No sabía qué hacer. Se suponía que ya estaba debajo de la gran pirámide de Keops. En la cámara secreta del faraón. En ese momento tuvo dudas *¿y si se habría equivocado de camino?*, pero decidió subir algunos peldaños más que le faltaban todavía. Hasta que tropezó con una pared. Ya no podía seguir hacia adelante. Se quedó allí taciturno. Notó aire debajo de las piedras. Y fue tocando la pared a todo lo largo que le permitía sus extremidades. No se quiso mover de donde estaba, no quería caer a ningún precipicio. Estaba a oscuras y no sabía qué hacer. Conocía perfectamente lo eficiente que eran los egipcios preparando trampas en sus pirámides. No se pudo mover de allí ya que tampoco encontraba por donde había venido. El habitáculo había cambiado, ya no era el mismo. *«¿Cómo podía a ver pasado?»*. —Pensó. Esperó durante más de dos horas en silencio. Hasta que empezó a iluminarse la habitación. Él pensó que sería el sol que estaría amaneciendo y la luz se filtraba por las piedras. Era una suave luz, pero lo suficiente para ver que estaba debajo de una fuente de agua. Como las que había en Atenas para beber agua en las calles. Comprobó asombrado que todos los objetos que había eran enormes, como para gigantes. Las sillas, la mesa, una cama, la fuente... *«¡Estaba en el cuarto de un cíclope!»*, —se dijo, o para seres de por lo menos cinco o seis metros de estatura. Vio aturdido un tenedor tirado en el suelo. Era casi tan grande como su pierna, y eso que él era un hombre muy alto. Trepo por las piedras de la fuente de agua, y una vez arriba vio el prisma que anunciaba en su libro para convertir una copa normal en la copa de oro de *iKor*. Introdujo su vaso de barro en el agua y al sacarlo lo atravesó con la luz del prisma. El catalizador. Al instante el objeto de barro se convirtió en un vaso de oro. Filolao miraba asombrado la copa dorada que sostenía en la mano. A continuación, tal como explicaba la fórmula mágica metió sangre humana que llevaba en una bota de cuero. Agitó el vaso dorado y trago su contenido con codicia. Sus ojos cambiaron de color al

instante. Se volvieron grises, opacos, como el de una persona que había acabado de morir. Su corazón dejó de latir, sus pulmones dejaron de respirar. Pero allí estaba él de pie. Se dio cuenta de que estaba vivo y muerto a la vez. Seguía pensando. Era algo insólito. Dejó de sentir dolor por el esfuerzo realizado y su piel se ennegreció en pocos segundos ante su mirada atónita; su piel se arrugó como una pasa, y un mal olor le llegó a la nariz. Comprendió que su alma estaba condenada a seguir toda la eternidad con ese mismo cuerpo putrefacto. Vagaría en la tierra hasta el fin de los tiempos. Se alegró profundamente, sabía que de ese modo algún día encontraría a sus hijos, en alguna reencarnación, para poder eliminar a Naska, el Guardian. Aunque también comprendido que su espíritu, su ser se habían vuelto maligno y oscuro como un pozo sin fondo.

46. El encuentro.



El cura salió a la puerta de la iglesia de Santa Clara. Miró el reloj y le dijo a Álex que si no venía la novia en diez minutos la boda se suspendía. Que él tenía otros compromisos, que ya había esperado bastante tiempo, más del que suele esperar, que había hecho una excepción por el aprecio que le tenía a Ana. Álex aceptó sin insistir. Raúl no paraba de llamarla por teléfono, pero comunicaba.

—¡Ves lo que yo veo! —dijo Mary dándole un codazo a Raúl.

—No estoy seguro. Pero creo que hay viene Ana. ¿No?

Álex estaba de espalda. Sentado en los escalones de la iglesia. Mirando a la fuente donde había una placa con un mensaje incomprensible del matemático de Crotona.

—¡Alex, ahí esta tu futura mujer! —dijo Raúl con fuerza.

Álex empezó a correr hacia ella. El cura entró en la iglesia y puso la música. Volvió a salir con unas cintas blancas en sus viejas manos.

—¿Dónde has estado? —dijo Álex—. Joder, me tenías muy preocupado.

Ana tenía el pelo mojado. Con apariencia frágil. Parecía que una leve brisa la pudiera tronchar como una ramita seca.

—Luego te cuento. Pero... nos vamos a Madrid. Ya está todo arreglado.

—¿Cuándo?

—Dentro de una semana. Todavía podemos disfrutar de nuestro viaje de novio. Hay tantas cosas que te voy a enseñar en nuestra querida Atenas.

—Nos iremos donde tú quieras —dijo Álex cogiéndola por la cintura para bajarla de la mula—. Estás guapísima.

—Tú también estás muy guapo —dijo Ana—. Vengo mojada. ¿Aquí no ha llovido?

—¿Llovido? No. —Álex miró el cielo sin nubes. Y el sol potente en lo alto de sus cabezas—. ¡Si está claro! ¡No hay nubes!

—Da igual. Venga, Casémonos. Que el cura tiene cara de estar muy enfadado.

Se acercaron a la puerta de la iglesia, y Raúl les ofreció los anillos. Se lo pusieron. Y el Pope, el cura ortodoxo les colocó una cinta blanca sobre sus cabezas en forma de corona. En ese momento sonó la música y el Pope les pidió que pasaran deprisa. Mary le cogía el vestido por detrás. Casi se cae la novia de lo ligera que iba pisando el vestido. Se casaron enseguida, era todo como una película del cine mudo, de esas películas antiguas que todo iba muy deprisa. Luego lo celebraron en la intimidad de un pequeño restaurante familiar llamado Delfos. Allí estuvieron hasta tarde con algunos amigos de Ana que se sumaron a la fiesta más tarde. Pero Ana no pudo remediar acordarse de su amiga Marta, de su cara siempre sonriente. Le hubiera gustado tanto que estuviera allí ahora con ella.

Una semana después, de madrugada viajaban en avión a Sevilla.

47. Año 422 a. C.



Siete años después de morir sus dos hijos, de desaparecer su marido y su nieto Calisto... Faina estaba moribunda. Tumbada sobre un lecho de piedra. En una casa vieja. Parecía que tuviera noventa años. Estaba agotada de tanto sufrir, y delgada como un esqueleto. Sofía le daba un poco de agua con un platillo de barro. Pero su cuerpo o su mente no aceptaban ni una gota de líquido. Había decidió morir y dejar de luchar. En la misma cama donde dejaron de respirar Indira y Samuel.

Desde hace una semana ya no podía levantarse de la cama. Y Sofía con entereza la cuidaba como si fuera su madre. La noche estaba oscura y, no había luna. Ni tampoco había nubes. Pero empezó a llover con suavidad. Sofía se quedó dormida escuchando el ruido del agua caer sobre el tejado. No lo pudo evitar, llevaba varios días sin dormir. No quería dejar sola a su suegra. Ya que ella hablaba de quitarse la vida. Pero fue imposible sucumbir ante el cansancio.

«*¿Por qué se ha ido mi niño y mi niña? ¿y mi pequeño nieto dónde está, qué ha pasado con él?*» —dijo susurrando Faina en el silencio y la oscuridad de la habitación.

Se escuchaba respirar a Sofía con fuerza.

La temperatura empezó a bajar y a Faina le llegó la sensación de una presencia. Sus dientes tiritaban ahora de frío. Alguien había entrado en la habitación. Pero ella estaba prácticamente ciega. Giró la cabeza de un lado a otro. Pero solo vio oscuridad. A su nariz le llegó un aliento putrefacto.

—Ca-ri-ño. —dijo una voz gutural. Y Faina abrió los ojos todo lo que pudo, pero seguía sin ver. Estiró los brazos torpemente para tocar quien había hablado.

—¿Quién está ahí? —dijo ella.

—Soy Filolao. Tu marido. —Ella no reconoció su voz, era tan diferente a la que ella recordaba—. Estoy aquí para despedirme de ti—. Filolao le tocó la mano. Y ella lo reconoció. Empezó a gimotear sin poder hablar, —Tienes que dejar de sufrir.

—¿Por qué te fuiste? Me has dejado sola. ¿Quién ha matado a nuestros hijos? ¿y Calisto donde esta?

—Voy a cazar y luego matar al que hizo esto.

—¿Y para qué? ¿Eso no nos devolverá a nuestros niños?

—Lo sé. Pero tengo que hacer justicia. No puedo dejar las cosas así. —Faina no paraba de gimotear.

—Eres el último residuo de mí que me hace humano. Cuando te vayas no quedara nada de bondad en mi alma. Solo quedara el deseo de venganza. —Él la besó en su boca. Y ella sintió la maldad en su cuerpo. Lo empujó hacia atrás, pero él la forzó a besarla otra vez.

—Ya no eres Filolao. Eres el... —No pudo seguir. Las lágrimas se les resbalaban a borbotones por las mejillas.

—De Filolao ya no queda nada. Ahora soy el Alquimista. —Hizo una parada en su discurso y miró a Sofía que dormía profundamente—. ¡Encontraré a nuestros hijos! —subió el volumen de su voz, y Sofía cambió de posición mientras seguía dormida—, volverán a nacer en otro cuerpo, en otra época y los encontraré. Sé cómo. Haré que despierten. —El alquimista cogió una almohada y

la colocó en la cara de Faina. Todo lo hizo despacio, como si fuera un ritual, sin ninguna prisa. Al principio apoyó suavemente el cojín. Ella se relajó. Sabía que había llegado su hora. Filolao situó sus manos sobre el esponjoso cojín y fue aumentando hacia abajo el apriete paulatinamente. Ella empezó a tener espasmos en las piernas. La almohada absorbía el sonido de sus gritos. Al poco tiempo Faina dejó de moverse; había muerto. El Alquimista con los ojos idos miró a Sofia. Sintió admiración; por su carácter, su fuerza, sus pechos firmes, su piel blanca como la leche y su carita de diosa; le entró unas tremendas ganas de violarla salvajemente. Pero se levantó con fuerzas renovadas y salió de prisa de la pequeña aldea prometiéndose que nunca más volvería a entrar en la ciudad de Crotona.

48. El AVE.



—¡Qué invento tan extraordinario! —dijo Álex mirando por la ventanilla del tren.

—¿Cuál invento? —dijo Ana distraída.

—Joder, el tren. Lo cómodo que es, te deja en plena ciudad. Sin largas colas de embarque como en los aviones o los barcos. Además, es limpio, rápido y... —hizo una pausa—, y romántico. Sí, es también muy romántico. A lo mejor te parece una cursilada. Pero creo que es la más bella y eficaz forma de viajar.

—Si tú lo dices —dijo ella con desgano—. A mí no me parece romántico. Me imagino que dices eso porque vamos en el Ave de Sevilla Madrid. Un tren de alta velocidad, en primera clase. Estoy segura de que no opinarías igual si hubieras viajado en cualquier tren de los que yo he viajado en la India. Que apestan a perros muertos y hay gente viajando hasta subido al techo.

—No lo sé, a lo mejor tienes razón, pero tampoco hay que exagerar. Yo no me refiero a esos trenes, ni a los que trasladaban a los judíos al campo de exterminio de Auschwitz, simplemente me refería que siempre me ha gustado ir en tren, y que lo veo práctico y cómodo. Solo era eso. —Álex se acercó al cristal de la ventana para ver mejor el paisaje— ¿Qué te pasa Ana? Estás muy rara. Desde que llegamos a Atenas estás muy distante. Como si no estuvieras aquí. —Él abrió un poco el cristal para que entrara el aire fresco—. Ya me has contado lo de tu primera boda. ¿Hay algo más que me quieras contar?

—Hace siete días paso algo muy extraño.

—¿En la boda?

—Sí. Cuando iba en la mula, —Ana sacó un cigarro y se lo puso en la boca sin encenderlo. La mano le temblaba—, me perdí —dijo ella.

—Bueno, eso le puede pasar a cualquiera. Yo me pierdo todos los días. —Álex levantó los hombros dando poca importancia a que alguien se pierda.

—No del modo que a mí me paso. Fue algo sobrenatural. Durante media hora no sabía quién era, donde estaba, y me sentía flotar. Llovía y el cielo estaba claro. Ya te lo dije una vez. En las civilizaciones antiguas cuando llovía y el cielo estaba sin nubes era señal de mal augurio. Que alguien estaba utilizando fuerzas demoniacas.

—¡Qué cosa dice! —Álex volvió a cerrar la ventana, ya que entraba mucho aire— Y... ¿Cómo recobraste la consciencia?

—Cuando me llamó Mario al móvil, recobre la cordura.

—No te castigues tanto. Has estado sometida a mucha presión últimamente. No tuviste que haber preparado la boda tu sola. Era la segunda y estabas muy sensible.

—Pero si casi no teníamos invitados. Era una ceremonia muy sencilla. Eran muy pocos preparativos... Por eso no es te lo aseguro.

—Me da igual. Me tuviste que haber dejado hacer algo.

—Además, hay algo en Mario que me da mala espina.

—¿Pero no era un viejo amigo tuyo? El que te había ayudado tanto cuando eras una adolescente.

—Sí. Es verdad. De eso no tengo la menor duda. Me ayudo, y mucho. De hecho, le debo la

vida. Por lo que siempre le estaré agradecida. Pero cuando fui a su casa a recoger mi bolso todo fue muy raro —ella sacó un espejo para mirarse la cara, se empezó a pintar los labios—. Siento que me miente en algo, pero no logro averiguar el qué. Y no es por su salud, es algo más... no sé. ¡Estaba tan impresionable! Tan nervioso. Como si hubiera alguien con él que no quisiera presentarme. Al despedirse prácticamente me echó de su casa. Joder, picha, su domicilio olía a muerto. Tenía un olor a podrido que no veas.

—A lo mejor le ha molestado que no lo invitase a tu boda.

—No. Eso a él le da igual. No hubiera podido asistir de todos modos. Además, cuando fui a su casa a por el bolso todavía no había ninguna boda en nuestros planes.

—Olvídate del tema. Dentro de un rato lo vamos a ver, y se te quitará todas las dudas y desconfianzas. Pregúntale lo que necesites directamente y deja de darle tantas vueltas.

—Tengo un mal presentimiento —él le hecho un brazo por encima acunándola—. El miedo me está poseyendo.

—Miedo... ¿a qué? La verdad que no te entiendo. Llevas toda la vida detrás de ese hombre, de sus pistas... por su culpa eres arqueóloga. Y nunca has estado tan cerca de averiguar todos sus secretos, y estás desolada. Debería de ser, al contrario. Deberías de estar emocionada, feliz y radiante. Te has casado y estas a punto de resolver la incógnita de Filolao de Crotona.

—Tengo miedo a perderte. A que me despierte algún día y que tú ya no estés aquí. Que todo sea un sueño. —Ella apoyó su cara sobre su pecho—. Es verdad, llevo casi toda mi vida detrás de Filolao. Y lo más sorprendente es que todo apunta de que está vivo.

—¡Calla y no digas eso! —dijo Álex— no me gusta cuando te pones así.

—¿Por qué? Ya te lo he explicado varias veces. Ha ido dejando huellas a lo largo de la historia en diferentes épocas. Tengo pruebas que lo demuestran. —Hizo una pausa—. Es el fundador de la sociedad de Thule. El consorcio que descubrió Julio, mi amigo el informático; justo antes de desaparecer. Seguramente este muerto.

—Tienes razón. Es para volverse loco de remate. Lo que yo no entiendo como yo estoy tan tranquilo. Con lo escéptico que soy para estos temas. Pero la verdad, por más que lo pienso no tengo motivos para sentirme mal, todo lo contrario. Estoy sereno, nunca me he encontrado mejor.

—¿Por dónde iremos ahora? —dijo Ana.

—No estoy seguro, pero creo que saliendo de Andalucía. Muy pronto estaremos en Madrid. —Álex se levantó y sacó un bocadillo de un bolso de mano que tenía en el compartimento de arriba—. Una pregunta Ana. Si estas en lo cierto en eso que dices. ¿Cómo lo ha conseguido? —Dijo Álex quitándole el plástico al bollo de pan.

—¿Conseguido el qué? —dijo Ana sin comprender la pregunta.

—Joder, vivir más de 2000 años. Como comprenderás es algo complicado. Por lo menos en mi mundo.

—No te puedo contestar con seguridad. Pero creo que hubo algo en su pasado que lo volvió malvado.

—Sí, pero eso no justifica que viva tantos años. Malvados hay muchos. Yo tenía un jefe en la fábrica donde trabajaba, el Grillo le decíamos... y era un hijo de puta que no veas. Y el hombre murió a los 55 años.

—Hay un Filolao que es un gran científico, matemático, astrónomo, un buen padre, buen esposo, pero en algún momento él se desvió. Y creo que tiene algo que ver con su inmortalidad.

—No entiendo. ¿Se desvió? ¿Cómo llegas a esa conclusión con tan pocos datos?

—Por mis investigaciones él fue alumno de Pitágoras. Aunque Pitágoras históricamente en los tiempos de Filolao ya había muerto. Pero él escribe en varios documentos que Pitágoras le enseña

a pensar. Que él fue su más valioso maestro en vida. —Álex se echó hacia adelante.

—Me imagino que se refiriere a sus libros, sus predecesores... ¿Y qué es lo que enseñaba Pitágoras?

—Pitágoras tenía varios tipos de alumnos en su academia. Luego, a su muerte se supone que la academia siguió con esas normas. Su hija Myia siguió con la misma administración. —Ella sacó un cuaderno de anillas y empezó a escribir en una hoja una llave para distribuir diferentes cosas—. Estaban los alumnos que solo iban por las mañanas. Esos estudiaban las materias básicas de la Grecia tradicional (matemáticas, astronomía, ética, historia, música y retórica) Luego estaban los que eran internos, los que vivían en la academia, Esos además de las asignaturas ya nombradas por la tarde estudiaban otras civilizaciones, no solo la griega; principalmente la egipcia. Y, por último, había una serie de alumnos internos, que se componía solo de los mejores internos, ellos aprendían la alquimia. Entre esos alumnos estaba Filolao. El mejor de los alumnos de Pitágoras.

—Pero... ¿Pitágoras ya había muerto cuando Filolao era un niño? Eso no lo he entendido.

—No lo sé. Se supone que sí. Pero ya dudo de todo. Incluso que Pitágoras este vivo todavía.

—¡Joder no digas eso nunca más! —él la agarró por los hombros con firmeza— ¿La alquimia que es? Creo que tengo una idea bastante distorsionada por las películas.

—En el griego es donde se encuentra el origen etimológico del término alquimia. En concreto podemos determinar que aquel se halla en el vocablo *chemia*, que puede definirse como “mezcla de líquidos”. De la citada palabra fue de la que se partió para luego crear alquimia como tal que fue establecida por los árabes que fueron los que crearon el término *alkimya*. La alquimia es considerada como una proto ciencia o una disciplina filosófica que incluye nociones de la química, la física, la astrología, la metalurgia, el espiritualismo y el arte. Las escuelas de alquimia fueron muy populares hace unos 2.500 años, en regiones como la Mesopotamia, China, India, la Magna Grecia, el Imperio romano, pero los grandes maestros indiscutibles fueron los egipcios. Y Pitágoras fue enseñado en la alquimia por los grandes maestros egipcios, igual que Filolao de Crotona.

—Sigue, sigue no pares, por favor, —dijo Álex emocionado.

—Los egipcios estaban obsesionados con la vida eterna. Por eso hacían momias. Y por eso también hacían pirámides.

—Joder, se me está poniendo las carnes de gallina.

—Hoy día está demostrado que las pirámides sirven para el tratamiento de las enfermedades reumáticas y los problemas intestinales provocados por infecciones bacterianas. Hay casos de notable corrección y regulación de la presión arterial, sistema inmunitario y endocrino, logrando incluso efectos adelgazantes y anti litiásicos. Como elemento anti-vejez (anti-aging), ha demostrado sus cualidades en insectos, plantas y animales pequeños, prolongando notablemente su tiempo normal de vida, con una excelente calidad sanitaria. Incluso existen los piramidoterapeutas. Sería muy largo de explicar todo este asunto.

—¿Solo hay que entrar en una pirámide para mejorar la salud? —Preguntó Álex desconfiado.

—Así de simple. Te tienes que colocar en un lugar exacto dentro de la pirámide. Pero... poco más.

—¿Y todo eso lo sabían los antiguos egipcios?

—Los antiguos egipcios de las primeras dinastías del 3000 a. C. fueron superiores a todas las demás épocas. Incluso sabían mucho más que nosotros en la actualidad sobre los beneficios de las pirámides.

—Joder, no me imaginaban que fueran tan avanzados.

—Tecnológicamente; Sus herramientas para construir. Sus matemáticas, su astronomía, su medicina, toda su ciencia dio un salto sin igual. Es como si los reyes católicos de un día para otro fueran a la luna. Las civilizaciones anteriores a ellos eran prácticamente primitivas que se defendían con flechas y lanzas.

—¿Y cómo pudo pasar ese salto tan abismal de evolución social?

—No se sabe bien. Hay muchas teorías, y algunas muy rocambolescas.

—¿Y tú que crees?

—Que fueron ayudados por otra civilización superior. No veo nada más razonable.

—¿Otras civilizaciones? Pero... de dónde... ¿de fuera de la tierra? —Ana se quedó en silencio. Como si no hubiera escuchado la pregunta. Álex siguió mordiendo su bocadillo con ansia.

—Hace mucho tiempo —prosiguió Ana con carraspera— descubrí un papiro muy antiguo. En él relataba que el hijo de Filolao tenía previsto ir a visitar las pirámides. Creo que él sabía algo. Si la hipnosis sale bien lo descubriremos.

—Ojalá. ¡Y pensar que ese niño fui yo! ¡Qué cosas! —El tren empezó a coger más velocidad produciendo un silbido mayor. Y por el hilo musical sonaba suavemente *Hallelujah*, de Leonard Cohen.

—¿Cómo estas con lo de la enfermedad que te han diagnosticado? No has vuelto hablar del tema.

—Estoy mejor que nunca. Desde que empezamos este viaje me encuentro fantástico. Y no solo físicamente. Me encuentro pleno. Ágil, fuerte, inteligente, seguro. Y eso es por ti. Me has dado vida. Nunca me he sentido tan feliz y capaz.

—Ana

—Sí. ¿Qué pasa?

—¿Tienes aquí el portátil?

—Sí claro. Esta en el maletín de arriba. En el de cuero marrón.

—¿Qué hora es? —Ana miró su reloj de pulsera.

—Las 15:00 en punto. —Dijo ella. Él la miró con la sonrisa de un niño a punto de hacer una travesura. Se levantó y agarró el maletín, lo abrió y sacó el ordenador.

—Vamos a hacer una cosita que hace tiempo que no hago. A ver como estoy de reflejos. Además, lo voy a hacer contigo, la mejor agente de bolsa del mundo con el más torpe. —Se rio divertido.

—No estarás pensando en..

—Sí. Tengo muchas ganas. Tenemos treinta minutos para abrir Ninja y graficar la pantalla.

—¿Pero tú tienes todo el dinero apalancado en bonos de EE. UU. cómo te dijo Raúl?

—Todo no. Dejé 30.000 dólares en la cuenta del agente de operaciones financieras.

—¿Y para qué has dejado ese dinero ahí?

—No sé. Por si me entraba ganas de tradear algún día. Un año es mucho tiempo sin operar ¿no crees que es un juego muy divertido?

—Tú lo que eres es un ludópata.

—Puede ser. Pero ahora me gustaría operar con ese dinero. Será solo quince minutos no más. —Él buscó en el escritorio de Ana la aplicación de Ninja Trader. Se imaginó que ella lo tendría instalado. Picó dos veces y empezó a abrirse la aplicación para invertir en los futuros del mini SP 500.

—¿Tú como sabías que yo tenía Ninja en el ordenador?

—Una vez me dijo Raúl que quien ha sido operador de bolsa como scalping no puede dejar

de serlo nunca. Y tú has sido la mejor. Solo lo intuí —él sonrió echando chispas por los ojos — ahora ella se levantó y de un bolso saco una table MAC.

—Vale, hagámoslo. Tú lo has querido, dijo Ana con el rostro iluminado. Yo con la tablet y tú con el portátil. Tienes que configurar ninja con tu clave. ¿sabes hacer eso?

—¿Tú qué crees? Tan torpe no soy cariño.

—¿Tenemos internet? —dijo Álex— me comentaste que tenías un módem móvil. —Ella sacó de su bolso de mano una cajita blanca. La coloco en el asiento que ahora había libre entre ellos; pulsó un botón que tenía en el medio. Se encendieron tres luces verdes fijas, y allí comenzó a brillar como un tótem.

—¡Ya tenemos internet y de calidad! trecientos megas de velocidad. —Ella empezó a graficar con rapidez su pantalla. Y Álex hacía lo mismo mirándola con el rabillo del ojo. Al cabo de veinte minutos tenían las dos pantallas llenas de líneas. Soportes, resistencias, canales, fibonacci... Ana ya había consultado si iba a ver noticias fuertes ese día, antes de las 16:00, si había habido gap en el precio, algún pico de volumen especialmente alto...

—¿Tú no usa el indicador de volumen? —pregunto Álex sorprendido al ver tan pocas líneas en el gráfico de Ana.

—Lo use una sola vez y no me decía nada. —Ella lo miró como una madre mirando a su hijo—. Y lo quité.

—Echaba de menos ese fuego en tu mirada —dijo Álex. Él se rio montando un escándalo—, esto va a ser una gozada. El más inútil con la mejor alumna de Raúl Duarte. —Volvio a reír Álex que estaba frenético. Aunque Ana seguía sería. Aunque se le escapo una pequeña sonrisa que delato que ella también estaba disfrutando.

—Quedan dos minutos para la apertura —dijo ella. El corazón se le iba a salir a Álex por la boca. Ella cerró los ojos y empezó a respirar despacito y con profundidad. Dando unos soplidos muy largos.

—¡Queda un minuto! —dijo Álex casi gritando. Y Ana seguía con sus ejercicios de respiración—. ¡Joder! Abre los ojos que las tortas van a empezar. Ella abrió un ojo derecho, puso en su bróker 50 contratos y volvió a cerrarlo. Álex se quedó espantado viendo esa cantidad de contratos. Nunca había visto tantas transacciones en una sola operación, ni a Raúl Duarte, por lo menos para empezar. Álex comenzó a calcular cuánto podría operar con tan solo 30.000 dólares; se dio cuenta de que le permitiría el bróker diez contratos. Aunque sería muy ajustado.

El reloj del portátil marcó la apertura del mini SP 500. Las 15:30 en España. Las 09:30 en Chicago. El indicador de volumen de Álex se disparó en una pendiente picuda; marcaba más de 100.000 contratos en la vela de cinco minutos. Álex esperó inalterable a que el precio llegara a la línea que había marcado. Le sudaban las manos igual que siempre, como cuando operaba en Sevilla. Parecía que el tiempo no hubiera pasado, como si ayer mismo hubiera operado, y estos casi dos meses de estabilidad emocional junto a Ana nunca hubieran existido, como si nunca hubiera dejado la maquina de hacer dinero. De pronto todas sus angustias, sus limitaciones, sus imperfecciones se hicieron presente en un segundo. Como una loza pesada estuviera sobre su cabeza. Repentinamente la alegría que se había instalado a lo largo del viaje a Atenas se fue; en ese momento se dio cuenta de que era un don nadie. No podía controlar sus sentimientos, sus miedos, era el mismo mindunguis de siempre. Miró hacía un lado y vio a Ana que ya había abiertos los ojos y ya había entrado en una posición en corto con cincuenta contratos, tenía un beneficio de un par de puntos. Ella trabajaba en un gráfico de velas de un minuto. El precio se detuvo durante pocos segundos y Ana cerro la posición rápidamente. El precio se dio la vuelta, pero sin fuerza. Ella esperó atenta con el dedo índice en el MAC. Y el mercado sin avisar dio otro

estirón con una vela larga de cinco puntos. Álex entró cuando la vela estaba subiendo, se subió tarde, ya que el recorrido estaba a punto de acabar. Cuando el precio se paró salió con una ventaja de unos +1,75 puntos. Ana seguía mirando la pantalla sin decir nada. Ahora el precio fuera de pronóstico volvió a caer, y Ana volvió a meter otros cincuenta contratos, puso un stop de seguimiento a seis puntos, y apago la tablet.

—¿Por qué haces eso? ¡¡¡Has dejado la operación abierta!!! ¡¡¡Joder, Con cincuenta contratos!!! ¿Te has vuelto loca?

—No pienso llevarme veinte minutos de mi vida pegada a una pantalla quemándome las pestañas. Si sale mal gano como mínimo veinte mil dólares en esta operación. Pero si sale bien puedo ganar más de quinientos mil dólares, y sin estar presente, sin consumirme. —Álex comprendió en ese momento todo lo que le había explicado Raúl sobre Ana. Era toda una experiencia verla operar. *«Pero sin embargo seguía queriendo ser arqueóloga»*. Se dijo él observándola como viendo a un unicornio rosa en medio del bosque.

49. Madrid.



Un taxi les traía a trompicones desde la estación de trenes de Atocha al kilómetro cero. Había bastante tráfico como siempre a esa hora. «*Hubiera sido mucho mejor a ver ido en Metro, por debajo de tierra no hay atascos ni embotellamientos*», pensó Álex; pero llevaban unas maletas muy pesadas, Ana creyó que era mejor en taxi. El auto se movía con destreza entre los carriles, pero a pesar de todo el avance en la autopista era lento. Era poca distancia la que había que recorrer, tan solo 3,5 km, pero se hizo eterno. Ana fue todo el trayecto en silencio, circunspecta, con la mirada perdida posándose por el paisaje urbano; que pasaba delante de ella como una vieja película que hubiera visto muchas veces a lo largo de su vida. Y Álex no paraba de hablar. Estaba excitado, parecía que le hubiera tocado la lotería. Brillaba como un faro en medio de la noche.

Hasta que por fin llegaron al centro de España, donde los kilometrajes de las carreteras nacionales toman este punto como referencia. En plena Puerta del Sol. Ana le pagó al taxista y se bajaron del vehículo. El conductor abrió el portaequipaje con prisa y les dio las maletas casi tirándoselas al suelo. Seguramente estaba deseando llegar a su casa o tendría alguna cita o sería sencillamente un maleducado... cualquiera sabe.

—¡Vayáis con dios! —dijo el hombre volviéndose a meter en su caparazón rápidamente y desapareciendo, dejándolos en medio de la plaza.

—Qué costumbre tiene todo el mundo en España con nombrar a dios en cualquier conversación —dijo Álex. Ana observaba de mientras el cielo. Estaba oscureciendo, pero era claro, sin nubes; un celeste cósmico. Aunque, también hacía fresco. Se abrochó el chaquetón y busco remangándose su reloj de pulsera. Marcaba las 18:48 del jueves. Faltaban pocos días para empezar el mes de noviembre.

—Vamos bien de tiempo —dijo Ana.

—¿Por dónde hay que tirar ahora? —pregunto Álex.

—Está cerca. Hay que coger por la calle Preciados, —señaló con el dedo— hasta la Plaza de Callao. Allí está la consulta de Mario.

—Joder, podríamos a ver pasado antes por el hotel, y dejar las maletas. ¡Qué son dos baúles! Y de camino darnos un bañito.

—¡Ya estamos con los dichosos baños! —dijo Ana fastidiada.

—Sí, ¿pasa algo? ¡Huelo fatal!

—Deja de decir tonterías. Hueles mejor que una señora mayor emperifollada. —Él puso mala cara—. A mí también me hubiera gustado pasar antes por el hotel. Incluso quedar mejor mañana, como quedamos en un principio. Estoy que me caigo de sueño. Te recuerdo que llevó tres días casi sin dormir. —Ana aligeró el paso, caminaba delante de Álex marcando el ritmo con sus tacones—. ¡Y para colmo me duele la cabeza! —dijo sin girarse—, ha sido Mario el que ha insistido en que fuéramos esta tarde a su consulta en vez de mañana. ¡Es importante!

—Perdona, cariño... —Él apresuró sus pasos alcanzándola. Le intentó dar un beso en el lateral izquierdo de su cara, pero ella lo apartó con su mano.

—¡Ahora no es el momento de eso! —dijo Ana—. Nos está esperando Mario —paró en seco

su marcha— y por lo visto también estará un experto en hipnosis.

—¿Un experto?

—Sí, un experto. A mí también me ha sorprendido.

Caminaban ahora en silencio por la avenida de Preciados. Ana había estado en la consulta de Mario en un par de ocasiones, hacía mucho tiempo de ello; Pero se acordaba perfectamente de su ubicación, parecía que ayer mismo hubiera estado allí. De pronto sin previo aviso empezó a llover una delicada y fina lluvia. La gente siguió como si nada; ya que era inapreciable lo que estaba cayendo. Aunque Ana la noto y un escalofrío recorrió su cuerpo. Últimamente pasaba mucho pensó ella. Álex iba moviendo sus labios, pensando en la manera que Ana hacía trading. No se le olvidaba los cien contratos que dejó Ana abiertos en el mini SP 500 «¿Qué habrá pasado con la operación?».

A lo lejos se podía vislumbrar el edificio Carrión, donde estaba la consulta de Mario. Uno de los edificios más conocidos del tercer tramo de la Gran Vía madrileña. Ya que en el año 1995 se rodó en él la película “*El día de la bestia*”. De Álex de la Iglesia. Era un edificio de catorce plantas. Moderno pero sobrio. Con una propaganda enorme del refresco Schweppes. Se encendía y se apagaba como un árbol de Navidad. A Álex le pareció bonito el luminoso, pero Ana lo vio antiestético. Una horterada. Una vez que llegaron a la puerta la lluvia empezó a apretar. La gente corría de un lado a otro buscando donde refugiarse. Nadie llevaba paragua, el día estaba claro y sin ninguna nube, nadie sospechaba que fuera a caer tanta agua en un día soleado.

Las medidas de seguridad demostraban que no era un lugar cualquiera. Ana no recordaba esa garita en la puerta de entrada. Tuvieron que enseñar los DNI al vigilante. El rollizo hombre apuntó los números y nombres de cada uno en una hoja de color rosa. La facilidad con la que accedían al edificio se le hacía fastidiosa a la arqueóloga. No entendía las normas de seguridad en un edificio mayoritariamente de oficinas. La segunda barrera de seguridad era después de pasar por una puerta giratoria que daba al vestíbulo del edificio. Allí tuvieron que explicar detalladamente dónde iban y para qué. Ana cada vez estaba más irritada. El nuevo vigilante, un hombre alto, calvo y desgarrado les indicó que ahora bajaría el doctor Mario. Que esperaran ahí.

—¿Te has dado cuenta de las medidas de seguridad que hay aquí? —dijo Álex. Joder, ¿dónde vamos a entrar... en el Pentágono?

—Te aseguro que antes este lugar no era así. —El vigilante que escuchaba la conversación miró a la pareja con desgan y les llamó la atención; les dijo que hablaran más flojo por favor.

—¿Desde cuándo hay estas medidas de seguridad? —le pregunto Ana al segurata.

—Desde hace un mes. Desde que ocurrieron los terribles asesinatos en el interior del edificio.

—¿Asesinatos? —dijo Álex alarmado.

—Sí. Ha habido varias muertes en el edificio —dijo el vigilante dándose una importancia que no le correspondía—. Nos están ayudando los de la policía internacional. La INTERPOL. —Ana tuvo que hacer un gran esfuerzo por no reírse—. Han aparecido varios cadáveres.

—¡Ya estáis aquí! —dijo una voz conocida por detrás de ellos—, me alegro mucho, de que ya estéis en Madrid. Os esperaba más tarde. ¡Qué alegría teneros por fin en mi consulta! —Ahí estaba Mario, sonriente, de pie; parecía diez o quince años más joven que la última vez que lo vio. Con una bata blanca, y un bolsillo con siete u ocho bolígrafos por lo menos. A Álex le pareció divertido ver tantos rotuladores aplastados en ese bolsillo tan pequeño. El doctor abrazó a Ana intentando disimular su nerviosismo, pero fue inútil. Se notó que era un momento incomodo y forzado. Se percibía la tensión en su rostro.

—Venimos con las maletas —dijo Álex—. Directo desde Atocha.

—Estupendo. Si queréis las podéis dejar en la garita.

—Álex miró a Ana extrañado por la proposición de dejar las maletas en el cuerpo de vigilancia.

—Mejor la subimos si no es mucha molestia —dijo Ana.

—Bueno, como veáis. Sin problema —dijo Mario visiblemente alterado. —Bueno, no le hagamos esperar, seguirme.

—¿A quién no tenemos que hacer esperar? —dijo Ana.

—¡A Fausto! —dijo con ceremonia.

—Joder que nombrecito —dijo Álex. Mario le echó una mirada feroz.

—Fausto, el del mito; que vendió su alma al diablo —dijo Ana. Pero Mario no se enteró de nada. Él ya estaba en el ascensor, se veía que tenía prisa por llegar; El psiquiatra les esperaba con la mano aguantando la puerta para que no se cerrara. Se montaron los tres con las abultadas maletas. El ambiente era tenso y el aire estaba viciado.

—Os tengo que pedir un favor —dijo Mario con la cara acartonada pulsando el piso número catorce— tenéis que hacer todo lo posible por no mirarle a la cara.

—¿A quién? No entiendo... —dijo Ana.

—A mi colega. Fausto. Que no os quedéis embozado mirando su rostro—. Se quedaron en un silencio esperando algún dato más que duro en llegar—. Es difícil de explicar. Pero mi amigo... tiene el rostro quemado, tuvo un accidente hace muchos años; y le fastidia que se le queden observándole descaradamente. Por eso suele ir tapado. Pero os aseguro que es el mejor psiquiatra del mundo. Se puede decir que todo lo que soy se lo debo a él.

—Nunca me has hablado de este tipo —dijo Ana.

—No creí que fuera necesario.

—Creía que éramos buenos amigos. Yo te he contado toda mi vida. Por lo visto tú no has hecho lo mismo.

—Tú tampoco me has invitado a tu boda —el ascensor pegó un salto brusco al llegar a la última planta. Se quedaron paralizado. La puerta duraba mucho en abrirse.

—Este ascensor es muy viejo. Tarda en abrir —después de un minuto que se hizo eterno se abrió la puerta produciendo un chirrido. —Habría que echarle aceite— dijo Mario —a ver si hablo con mantenimiento.

Nada más salir del ascensor vieron que todo el suelo estaba mojado. Había un olor fuerte a lejía. Pero no se veía a ningún operario de la limpieza por ninguna parte. Por el pasillo paso una anciana que por lo menos tenía más de ochenta años, por no decir cien años y no quedar de exagerado; era pequeña y estaba muy consumida..., aunque se la veía ágil. Dio las buenas noches; Ana le respondió desconcertada. Todo era como una pesadilla. Miró para tras y la vieja sorprendentemente no cogió el ascensor, se fue por las escaleras.

Caminaron durante varios minutos por unos pasillos que Ana no recordaba. A pesar de la limpieza del lugar, mantenía un aspecto inquietante. La atmósfera era a hospital, a zona de quirófanos. Incluso Ana llegó a pensar que estaban en una jaula. En una muy grande para pájaros humanos. Por las cristalerías del edificio se veía que ya había anochecido, y que la lluvia ahora había aminorado, pero seguía lloviendo agujas en un cielo tenebroso, pero sin nubes. Ana una vez más se acordó de lo que le paso cuando se perdió con la mula. Le pareció que hubiera pasado hace varios años, y tan solo había pasado unos días.

—Ya casi hemos llegado —dijo el doctor interrumpiendo los pensamientos de ambos.

—¿Has cambiado de planta? ¿tu consulta no estaba en la sexta planta?

—Sí. Pero desde los asesinatos que ha habido en el edificio hemos preferido subir a la última.

—¿Hemos?

—Perdón. Bueno... he decidido subir algunas plantas, aquí se está más tranquilo. Hay menos gente, bueno, en realidad solo nosotros.

—¿Y la anciana? —dijo Ana involuntariamente

—¿Qué anciana? —dijo Mario.

—No he dicho nada, olvídale.

Estaban en medio del pasillo, parados, a tres pasos de una puerta lujosa, marrón oscuro; seguramente brindada. Donde había una placa dorada en el lado derecho... donde ponía: *Mario Alonso de Pernan, Psiquiatra. Trastornos de la personalidad y del comportamiento*. A Álex se le secó la garganta al leer el letrero.

—Recordar lo que os he dicho —Mario miró primero a Ana, y luego a Álex—. No examinar descaradamente su fisonomía, —hizo una pausa— su rostro, por favor no mirarlo.

Ana lo tenía claro. No le gustaba este sitio. Y Mario ya no era el que ella conocía. Se sentía como un ratón antes de caer en una trampa. No habían pasado ni un minuto cuando la luz del pasillo se apagó. Álex dio un respingo. Todo se quedó en penumbra. La luz de la puerta se colaba por debajo dando una imagen de película de terror.

—¡No pasa nada! No moverse, —dijo Mario—, será solo un momento, esto ocurre muy a menudo. Y lo peor es que el interruptor está al principio del pasillo. He avisado a los de mantenimiento para que modifiquen el temporizador de la luz, para que dure más tiempo en apagarse la lámpara, con lo largo que es el pasillo no da tiempo a llegar a la puerta. Pero tranquilos, que yo me las arreglo para abrir a tientas. Ya estoy acostumbrado. —Se escuchaba al médico forcejeando con la cerradura— que raro, no puedo, —Álex agarró con firmeza la mano de Ana en medio de la oscuridad— ¡Por fin! —Se escuchó el clip de la puerta. De pronto la potente luz de la consulta les deslumbró. Pasaron a su interior cegados. No se veía a nadie. Las paredes eran blancas, impolutas, con muy pocos muebles. Algunos adornos antiguos había en una mesa. Ana sospechó que eran de épocas muy antiguas, y originales, le extrañó mucho, ya que Mario nunca había dado muestras de interés por coleccionar piezas antiguas, de todos modos, no quiso tocar nada para comprobar su autenticidad y mucho menos preguntar. Al fondo se veía una extraña silla de madera, de tres patas, cuando se acercó un poco más ella comprobó que estaba forrada en piel de serpiente; Ana recordó una vieja leyenda del Templo de Delfos. Siguieron por el pasillo. El olor era cada vez más fuerte a carne podrida. Ana olió de fondo a varitas de incienso, sería para disimular el mal olor, pero era inútil; la peste seguía ahí, pegado a sus fosas nasales como cuando entró en su casa en la playa; aunque ahora era más intenso el hedor. Dejaron las maletas en un cuarto que parecía un almacén de líquidos, en él había también una gran librería con libros muy viejos y polvoriento. Ana tampoco quiso preguntar, aunque le pareció a ver visto el original, el pergamino de *Fedro*, una de las obras más importantes de Platón. La que habla del amor y de la inmortalidad. Pero eso le pareció imposible. Intento pensar en otra cosa. Ya que era absurdo a la conclusión que estaba llegando.

—Seguir por el pasillo —dijo Mario— Al final está Fausto, os espera. ¡Ahora voy yo!

—¿Es español? —pregunto Ana susurrándole a Mario.

—No. Es griego.

—«¡Qué casualidad!» —pensó Ana.

Cruzaron el pasillo con templanza, hasta llegar a una habitación muy grande. A Ana le llamó la atención ver un crucifijo al revés en medio de la gran pared blanca, con un Jesucristo de color

negro. Parecía que lo hubieran sacado de una candela, estaba quemado. Por sus características tendría que ser de finales del prerrománico, siglo IX; la edad media. No entendía que hacía ahí algo tan valioso, sabía perfectamente que Mario no era creyente y menos conocía su poco interés por la historia. Había varias pantallas de ordenadores. Un diván y muchos cables por el suelo. La habitación estaba alumbrada exclusivamente por incontables velas aromáticas. De espalda había alguien agachado, no se veía con claridad, pero se apreciaba que tenía que ser de gran estatura. Estaba en cuclillas, manipulando unos instrumentos con agujas. Llevaba una túnica negra. Parecía un hábito eclesiástico o de alguna hermandad. Álex nada más entrar no pudo contenerse, el intenso olor a carne putrefacta mezclado con el incienso le hizo vomitar sobre la alfombra. El hombre al escuchar las arcadas se levantó dándose la vuelta con velocidad pasmosa para su tamaño y su avanzada edad. Ana también sintió náuseas al ver su rostro, se puso las manos en la boca para aguantar el caño, pero también le fue imposible.

—¡¡¡SALIR DE AQUÍ!!! —dijo una voz gutural que bloqueo el cerebro de Ana y Álex— ¡Todavía no podéis entrar! —Grito... Pero los dos perdieron el conocimiento cayendo en el suelo como dos muñecos de trapos— ¡Mario, todavía no era el momento! ¡todavía no! Te dije que esperaras veinte minutos por lo menos, ¡mira lo que has hecho! —Mario se puso de rodillas juntando las manos, pidió clemencia como si se le fuera la vida en ello. El gigante le acarició la cabeza. —¡No pasa nada! Lo haremos de otra manera. Querido *erómeno*, tienes que estar más atento. Estamos muy cerca de conseguirlo y no podemos fallar.

—¿He hecho bien golpeándoles?

—Sí, ha estado bien, menos mal que eso por lo menos ha estado perfecto.



Ana al despertar sintió un fuerte dolor de cabeza. Comprobó que estaba tumbada sobre una camilla, parecían las típicas de hospital. En el suelo ya no había restos de haber devuelto. Álex estaba al lado de ella, en otra camilla. Y tenía instalado un catéter en uno de los brazos, una goma que subía hasta una bolsa con un líquido azul le hacía recircular la sangre mezclándose con el contenido de la bolsa que colgaba de un pie. El monstruo la miraba atentamente a través de unas gafas con cristal oscurecido.

—¿Qué ha pasado? —dijo Ana aturdida.

—Os habéis desmallado. Normal, estáis muy cansados. Me hubiese gustado que todo hubiera ocurrido de otra manera, pero creo que ya no puede ser. Ya es tarde para lamentarse. —El Ser acarició el rostro de Ana—. Tranquilízate y deja de temblar. Yo soy médico entre otras cosas. —La criatura miró a Mario—. Pronto estaréis recuperados.

—¿Qué clase de médico eres? —dijo ella— ¿y por qué nos habéis atados?

—Me llamo Fausto —dijo con una voz metálica— Siento mucho haberos asustado. Sé que mi presencia no es agradable. Tengo mi cuerpo quemado. Por eso desprendo este olor. Nunca termina de curarse mi piel, igual que mi voz, la tengo así ya que mis cuerdas vocales están destrozadas, pero no os quiero aburrir con mis problemas. Ahora estamos aquí por otro asunto muchísimo más importante. Vuestro despertar.

—¿Cómo dices? —dijo Ana—. En ese momento aparecieron en su cabeza las fotos del comandante Nazi. El hombre que parecía un cura. El que llamaban como Maestro. Y resonó en su memoria la matanza de Katyn. Su estómago se le retorció con fuertes molestias.

—Ahora lo comprenderéis. El Ser se volvió a agachar, siguió con sus tareas con los cables. Los estaba desenredando.

Ana intentó levantarse, pero no podía. Estaba atada. Giró con mucho esfuerzo la cabeza y vio a Álex, que tenía los ojos cerrados. Mario le estaba afeitando la cabeza. Ana gritó con fuerza para pedir auxilio, pero el gigante le dio un bofetón en la cara que la dejó inconsciente. Le partió el labio superior, y algún diente que por el cual sangraba abundantemente. El corpulento hombre siguió manipulando con sus manazas los cables con gran habilidad. Era una maroma de muchos hilos, y cada uno terminaba en una pequeña chupona. Una especie de electrodo con adhesivo.

Súbitamente la temperatura descendió a cero grados. Fausto encendió todo el equipo, y subió el volumen de los altavoces al máximo. Los cuerpos tumbados empezaron a tiritar. Les castañeaban los dientes.

Después de un tiempo indeterminado Ana recuperó el conocimiento, volvió a abrir los ojos. Un escalofrío recorrió su cuerpo; noto una gota deslizándose por su espalda que la tenía arqueada en la camilla. Sentía que su corazón se aceleraba. Por un momento llegó a pensar que, si guardaba silencio y se concentraba, podría escuchar sus propios latidos. Ahora el gigante estaba sin las gafas, mostrando unos grandes ojos, grises y sin vida. Miró a Álex que estaba desnudo sobre una camilla, tiritando y con la cabeza afeitada y plagada de cables pegados a su cráneo. Su blanca piel daba un aspecto de enfermo terminal. Ana observó a su marido, y sintió un infinito amor por él. Todo había pasado tan rápido que no había podido darse cuenta de cómo todo había ocurrido. Mario Estaba al lado de Fausto. Obedecía al monje o lo que fuera ese Ser con una devoción fuera de toda lógica. Como si fuera su amo.

—¡Ya está todo listo! —dijo Mario mirando a Ana. Ella tenía los labios morados por el frío. Ana temió por la vida de ambos, pero sobre todo por la de Álex, por lo que le iban a hacer, ya que lo que estaba claro que el primero en lo que demonios fueran a hacerles iba a empezar con él. Lo que más le dolía y más le atormentaba que ella le había presentado a ese chalado, ella había tenido la culpa de que le hicieran una hipnosis. De meterlo en todo este asunto. Una vez más sintió que su vida era una falsa. Recordó a Marta y a Julio. Sintió la de gente que por su culpa había terminado dañada.

El Alquimista se agachó y cogió una radial pequeña que tenía en el suelo. Junto a sus pies. Parecía de juguete. La enchufó, y sin hacer ninguna pausa la encendió pulsando el interruptor con su enorme dedo. Era espeluznante el sonido que producía el pequeño disco girando a toda velocidad. Ana comenzó a llorar sin poder controlarse. El monstruo con infinita frialdad acercó la radial a la cabeza de Álex cortando un trozo de hueso de la coronilla. Ana durante un momento tuvo que apartar la vista. Al volver a mirar a Álex se sorprendió al ver que no sangraba. Se veía un trozo de su cerebro. El monstruo inmediatamente pinchó en la masa gris de su cerebro y Álex abrió los ojos en una expresión de dolor. Allí el gigante colocó un último cable que terminaba en una aguja larga y gruesa.

50. El Cerebro.



La materia más compleja del universo.

—¿Alguna vez has sentido miedo? —dijo con voz áspera la enorme cabeza a poca distancia de sus ojos.

—Sí, muchas veces. Soy de naturaleza miedosa —dijo Álex con la cara rígida. Cada vez que movía el cráneo, aunque solo fuera un milímetro sentía un fuerte pinchazo en la nuca. Tenía una aguja gruesa, de ocho centímetros de larga clavada en la masa cefálica.

—¿Y a que le tienes miedo? —le pregunto mientras se sentaba en el suelo— porque a algo en concreto tendrás más miedo—. Con la mirada le indico a Mario que encendiera la cámara de video. Había que grabarlo todo.

—¡A quedarme solo!

—¿Le tienes miedo a la soledad? —se acercó más aún, su cara está casi tocando la suya, mostrándole con pleno detalle su fealdad y su pestilencia. En ese momento se dio cuenta de que la bestia no tenía orejas, tenía un pliegue de piel y carne arrugada, quemada... parecía como la cera de una vela derretida donde debería de haber unas orejas normales.

—Casi siempre he estado solo, y no me gusta. —La boca le temblaba con el esfuerzo que hacía por articular las palabras—. Aunque últimamente ha cambiado mucho mi vida. No quiero volver a estar solo —dijo Álex.

—Yo no permitiré que te pase nada.

—¡Mentira! ¡Suéltanos, hijo de perra! —Grito Ana— ¿por qué estamos amarrados? —Ana miraba la escena desde su camilla asombrada por la serenidad con la que hablaba Álex. Vio a su amor más hermoso que nunca, sin sus gafas, y su mirada de miope. Ella se imaginó que él no era plenamente consciente de que estaba desnudo, con la cabeza afeitada, y que un trozo de su cerebro se le veía. Y lo peor... lo de aquella maléfica aguja, que estaba clavada en sus sesos— ¿Quién eres? ¿Y qué has hecho con Mario? los has anulado. ¡¡¡Desátanos!!! —Ella forcejeaba con las ataduras. Estaba muerta de miedo, pero sacaba fuerzas de donde no tenía para no pensar en el ser que tenía delante, procuraba dar una imagen de dureza, pero en verdad estaba aterrada.

—Tú no lo entiendes todavía. Pero cuando tienes hijos a los que quieres mucho sientes dolor por ellos. Y más si tienes un hijo con discapacidad, nadie sabe lo que es eso, nadie se lo puede ni imaginar... hasta que no te pasa. ¿quién lo cuidará cuando uno muera? Eres capaz de hacer cualquier cosa, —una sonrisa confusa acompañó su mirada— con los años, la experiencia te hace perder el miedo a ciertas cosas, pero siempre aparecen otros nuevos, —dijo el alquimista cambiado de tema.

—Yo no te tengo miedo —dijo Álex.

—Me alegro, cariño —le acaricio el rostro una vez más— sé que en el fondo eres muy valiente— pero deberías de tener miedo.

—¡¡¡Déjalo en paz!!! —bufo Ana. Pero el gigante ni se inmutó.

—Tener miedo es de cobardes —dijo Álex— y yo siempre he sido un cobarde.

—¿Quién te ha enseñado eso? ¿Raúl Duarte? —el tono de su voz subió considerablemente—.

¡El miedo nos mantiene vivos!

—¡Deja de decir locuras y dinos quién eres! —insistió Ana—. ¿Y de qué conoces a Raúl? No pronuncies su nombre, ¡NO TIENES DERECHO!

La bestia se levantó. Desde arriba los observaba. Se quitó la túnica mostrando su grotesco cuerpo. Parte de su organismo no tenía piel; se le veían los músculos y en ciertas zonas hasta huesos. A ambos se les erizo la piel al ver semejante monstruo.

—Conozco a la perfección vuestras vidas. —Ahora se dirigió a Ana pegando su cara contra la suya—. ¿Quién te crees que te metió en el convento con las monjas? ¿De dónde crees que salió el dinero de tu herencia? —El monstruo aplastó con su dedo índice un gusano que le subía por el cuello—. Tus padres estaban arruinados ¿crees que estudiaste arqueología por casualidad? ¿Crees que Mario, tu amigo el psiquiatra te salvo de las tinieblas por accidente? —hizo una pausa— ¿Quién cree que mató a tus padres? fui yo. Siempre he estado cerca de ti, cuidándote. Incluso por las noches entraba en tu habitación, te observaba y te tapaba para que no te pusieras mala. Ana, eres un ser sobre natural igual que Álex. He recorrido el mundo entero, la historia, para que hoy estuvierais aquí.

—Tú no eres Fausto —dijo Ana gimoteando— ¿Quién eres?

—Sabes perfectamente quien soy. Llevas toda tu vida detrás de mí. Y ahora por fin me has encontrado. Bueno, mejor dicho, he sido yo quien te ha encontrado. Y te aseguro que no ha sido fácil. Han pasado muchos años. Veinticinco siglos. Conocí a tu abuelo, y a tu tatarabuelo —se giró ahora para observar a Álex. Que seguía con la cabeza rígida, mirando al techo fijamente—. Cariño, ¿cuántas noches hemos pasado en el patio mirando las estrellas? Qué lástima que ya no te acuerdas —hablaba ahora con Álex.

—Yo no lo conozco de nada —dijo él.

—Sí que me conoces, —de mientras Ana estaba con un ataque de nervios, sin poder articular palabra—. Nos pasábamos las noches observando el cielo. Hace muchos siglos. Cuando tenías otro nombre. ¿Por qué te crees que te atrae tanto el cosmos, la astrofísica? De pequeño querías ser como Galileo, Como Einstein, como Huber... No te acuerdas. Lo llevas en tu ADN. Pudiste a ver sido astrofísico, uno de los mejores; y te convertiste en un inversor bursátil —se rio burlándose de él— me has decepcionado. Igual que Ana.

—¡¡¡ERES FILOLAO DE CROTONA!!! —dijo Ana firmemente. Y el gigante sonrió mostrando un rostro bobalicon. Que daba más miedo todavía.

—Eres muy inteligente —giró la cabeza para mirar ahora a Ana— pues sí, lo reconozco hace muchísimos años fui Filolao de Crotona. Pero ya no lo soy. Os lo aseguro. Ahora soy el Alquimista, Fausto, El Maestro o como queráis llamarme. El fundador de la sociedad de Thule.

—Eres el demonio —dijo Ana.

—Se puede decir que también —soltó una fuerte carcajada—. Pero siempre me has tenido como un gran sabio, uno de los mejores de la historia. ¿Ya no piensas igual de mí?

—Hace algunos años descubrí los hallazgos arqueológicos de Serbia. Encontré los asesinatos de cientos de niños, cometidos por el conde Filolao, en el año 1569. Descubrí que eras maligno. ¿Qué te ha pasado? En Crotona te tienen como un gran científico. Y creo que lo eras. ¿Por qué hiciste lo de Katyn?

—Poco a poco me he ido convirtiendo en eso que llamáis Ángel caído. —El leviatán cogió su copa de oro y le dio un trago mostrando una boca que se curvaba hacia arriba, movía su lengua por la comisura de sus labios como un animal sediento de lujuria— una pregunta. Álex... Tengo curiosidad por lo que me puedas decir —paró en seco su ritual dejando pasar varios segundos donde dejó la copa en la mesa—. Ya que siempre te ha apasionado tanto la ciencia, la astrofísica

—Mario seguía junto a Filolao, quieto, como una estatua, o como un perro fiel. Como esperando que su amo le arroje un juguete, o un hueso—. ¿El gato de Schrödinger está vivo o muerto? Tú que piensas —Ana le escupió a la cara.

—¿Qué pregunta es esa? —dijo ella.

—Se lo pregunto a Álex. Quiero comprobar su conocimiento sobre física cuántica. —Volvió a dar otro trago a la copa—. ¡Qué lástima que hace 2500 años no tuviéramos en Grecia personajes de la talla de Schrödinger, Heisenberg, Born, Planck, Einstein!

¡Demócrito, y muchos de nuestra Hermandad hubieran alucinado!

—¡Es un experimento imaginario! —dijo Álex irritado.

—Te lo repito y contesta rápido, —en ese momento envolvió con su mano a una velocidad sobre humana el cuello de Ana, y empezó a apretar. Ella lo miraba con los ojos saltones, sin apenas respirar. La vena de su frente se hinchó, parecía que estuviera a punto de estallar.

—¡El gato está vivo y muerto! —dijo Álex apresuradamente. No veía a Ana, pero escuchaba los retorcimientos—. Hasta que no hay un observador no se define la realidad. ¡¡¡SUÉLTALA!!! —el gigante abrió la manaza y Ana noto el aire volver a sus pulmones.

—Explica eso mejor. No has dicho nada más que lo que pone los libros de física de primero de carrera.

—Schrödinger intentaba burlarse de la teoría cuántica. Ya que era incomprensible. Ahí radica la paradoja. Que su burla fue el mejor ejemplo de lo que representa la teoría cuántica. Mientras que en la descripción clásica del sistema el gato estará vivo o muerto antes de que abramos la caja y comprobemos su estado, en la mecánica cuántica el sistema se encuentra en una superposición de los estados posibles hasta que interviene el observador, lo que no puede ser posible por el simple uso de la lógica. El paso de una superposición de estados a un estado definido se produce como consecuencia del proceso de medida, y no puede predecirse el estado final del sistema: solo la probabilidad de obtener cada resultado. ¡¡¡Esto es una locura!!! ¿A qué viene todo esto?

—Qué... yo soy ese gato. —Ana se incorporó hasta donde le dejó las ataduras—. Me he llevado más de 2000 años metido en una caja, en una mar de posibilidades. Y ahora, por fin estoy vivo, gracias a ustedes, que descubriéndome habéis dado veracidad a mi existencia.

—¿Qué quieres de nosotros? —pregunto Álex.

—Quiero vuestro despertar. Tenéis que hacer un trabajito que yo no puedo hacer, yo no soy divino, por ahora. —El Alquimista se dirigió a un sofá pequeño, en él se sentó con las piernas cruzadas. En una pose femenina que le daba una apariencia mucho más cruel. Allí cerró los ojos en modo de meditación. El silencio era sobrecogedor. Solo se escuchaba la respiración de Ana que estaba muy agitada. —La complejidad del cerebro requiere un esfuerzo enorme para intentar realizar un mapa de sus estructuras, para comprenderlo —dijo ahora el Alquimista que seguía con los ojos cerrados— y eso es lo que pretende los grandes proyectos actuales en su afán de exploración del órgano más complejo del universo. En Europa se están invirtiendo más de 1000 millones de euros, dentro del proyecto Margot, donde yo soy el mayor accionista.

—¿Y que tenemos que ver nosotros con ese proyecto? —dijo Ana.

—El proyecto Margot es mi plan B. Es posible que no consigáis el trabajito que os tengo reservado. Y una máquina, un cerebro perfecto puede entrar, o mejor me puede ayudar a que yo entre donde ahora no puedo. El Nous, el subconsciente de Dios o del universo... como prefieras.

—¿Y por qué no entras tú? Se supone que eres muy poderoso —dijo Álex.

—No soy tan poderoso como me hubiera gustado ser. Solo soy un simple alquimista, un científico... —Sonrió abriendo los ojos. En ese momento Mario salió de la habitación—. El

cerebro no parece inmutable a lo largo de la vida de una persona —continuó hablando, pero ahora la voz era suave, se le notaba menos la carraspera, incluso tenía otra cadencia en el ritmo, otro acento—. Esta en continua transformación. Esta cualidad se denomina plasticidad, y afecta a distintos niveles del cerebro. Cada día somos otra persona diferente a la de ayer, a la de hace un segundo, cada vez que leemos un libro, cada vez que nos masturbamos, después de ver una película, en cada acto nuestro cerebro se transforma, no solo psicológicamente, física también. Imaginaros lo que yo he podido cambiar en 2500 años. No queda nada de Filolao de Crotona —dijo parándose en cada palabra. En ese momento apareció Mario con un libro en forma de pergamino que parecía que se iba a deshacer en sus manos de lo viejo y deteriorado que estaba. Se lo dejó en una mesa con sumo cuidado, junto a su amo, y se puso otra vez junto a él. —Este libro lo escribiste tú, Álex. Cuando te llamabas Samuel. Era un plan detallado para ir a Giza, a Keos; La Gran Pirámide. Lo tenías siempre por el suelo de tu habitación, en Crotona. Yo lo encontré por casualidad. Gracias a él soy inmortal. Bueno, casi, todavía no he completado mi hechizo. Pero bueno, no nos desviemos del tema, ya hablaremos de todo eso más adelante. —Volvió a dar otro trago a su copa y se levantó. Se acercó a Ana casi arrastrándose y le puso su larga lengua morada por su cara. Ana, se retorció de repugnancia. El monstruo sin decir nada se dio la vuelta y se sentó otra vez en el pequeño sillón—. Tenía ganas de hacer eso. Eres muy atractiva, y lo sabes hijita. Y de hecho te has aprovechado muchas veces de eso. —Ana esta vez no pudo articular palabra. Había sentido como si un animal muerto le hubiera lamido la cara. Sintió una sacudida en su mente que la dejó bloqueada de terror. —Bueno, sigamos... La conmutación del cerebro se produce a través de impulsos iónicos que se transforman en eléctricos y estos en sustancias químicas. Las neuronas se comunican a través de las dendritas. El axón envía información electroquímica a otras neuronas.

—¿A qué viene todo esto? —gritó Ana.

—Os estoy preparando para que entendáis lo que vamos a hacer. —El Alquimista abrió todo lo que pudo sus ojos grises—. Y si sigues interrumpiéndome te tendré que amordazar. —Ana paró de moverse, dejó de forcejear con las ataduras, comprendió que era mejor hacer caso hasta no ver una oportunidad clara de escapar—. Este proceso empieza por un ion que se activa, un átomo del mundo molecular. Un ion con carga eléctrica negativa y que genera señales electromagnéticas. El intercambio de iones entre el interior y el exterior de las células genera un campo electromagnético que se asocian con diferentes estados mentales. El espacio que separa las neuronas en la terminación axonal y las dendritas de otra neurona vecina se llama sinapsis. Que es lo que genera las ideas, los pensamientos. Se asemeja al Big Bang, se desconoce que ocasiono esa gran explosión de la que surgió el universo. Pero en este caso el misterio es doble, ya que no se sabe por qué se produce esta diferencia de potencial, si se sabe cómo se produce, pero ¿qué la induce a que se produzca? ¿y cómo sabe la onda eléctrica que recorre el axón o la dendrita que tiene que mandar tal orden, pensamiento? ¿quién gobierna ese chispazo para pensar, golpear, enamorarse? —Se levantó del pequeño sofá y agarró el libro polvoriento. Lo agarró en las manos y lo hizo añicos estrujándolo con odio—. Parando los pensamientos, el flujo, el ruido... creamos el experimento del gato de Schrödinger. Todas las posibilidades se hacen realidad. Y ese estado mental crea una superposición donde podemos movernos por el espacio y el tiempo. Llegando a donde quiero que lleguéis. Al Nous. —Levantó las manos abiertas hacia arriba.

—Ana recordó esa palabra, El Nous, cuando hipnotizaron a Álex. Él la dijo en varias ocasiones.

—¿Y eso que es? —pregunto Álex.

—Donde tenéis que ir. Para matar a Naska.

—¿Y quién es ese Naska? —Dijo Ana aturdida amontonándosele las preguntas en la puerta de su cerebro.

—Tranquila cariño.

—A mí no me digas cariño, ¡hijo de puta!

—Si quieres llámame Filolao, Indira. —A Ana le volvieron a dar náuseas al recordar su áspera lengua recorriendo su cara, todo le daba vueltas—. Por eso hay que hacer la hipnosis, ustedes no podéis parar los pensamientos, el flujo. No estáis entrenados, podríais durar muchísimos años. Estamos en el siglo XXI. Ya nadie puede hacer eso. De Hecho, yo nunca he podido. Por eso os tengo aquí estos ordenadores ayudaran a que podáis cambiar vuestro estado mental. Vuestra vibración. Con este programa será rápido y fácil.

—Pues ve tú, y te aplicas ese programa informático.

—¿Habéis visto la película Matrix?

—Te lo suplico, suéltanos, si ha sido mi padre alguna vez, algo debe de quedar de amor dentro de ti, te lo ruego, y si no deja libre a Ana, ya me tienes a mí —hipaba Álex con la cabeza inmóvil mirando hacia arriba.

—Matrix es una película de ciencia ficción escrita y dirigida por Lana y Lilly Wachowski, alumnas mías —el monstruo siguió su discurso como si nada— dos hermanas transexuales. Muy divertidas, os lo aseguro. En ella habla de la Matriz, el útero del universo, la ilusión de lo real. — Ahora miró a Ana como experta—. En el hinduismo, *maia* o *maya* es la ilusión, una imagen ilusoria o irreal. El hinduismo suele considerar que la realidad o todo el universo de cosas fenoménicas y que aparecen como existentes son ilusorias, es decir, hacen el tejido de la *maya*, Matrix, y que los seres humanos solemos tener karma al quedar, muchas veces gozosamente, atrapados en la *maya*. —Se dio la vuelta el corpulento anciano— Ustedes vais a salir de Maya, para entrar en el Nous. Primero será Álex, y luego continuaremos con Ana.

El Alquimista le hizo señas a Mario. El cual se apresuró hacia ella y le empezó a arrancar toda su ropa con violencia. La dejó en un momento solo con la ropa interior. Ella no paraba de gritar dando brincos arqueando su espalda hasta donde le dejaban las correas. Ahora Mario se acercó a una mesa de escritorio, abrió un cajoncito pequeño y saco un cuchillito, parecía un abrecartas muy antiguo. Lo atrapo con fuerza, y corto el lateral de las bragas, luego hizo lo mismo con el sujetador de Ana. Se la quitó con mucho cuidado, como si fuera una reliquia, dejándola totalmente desnuda. Mario se acercó al monstruo y le dio las prendas. Sabía que ese detalle le agradaría a su amo. El gigante atrapó con sus manazas de uñas negras la delicada tela. Cerro los ojos y aspiró con fuerza el aroma femenino. Su miembro se puso recto con pujanza. Mario trajo una palangana con agua y empezó a mojar los cabellos de Ana. Ella de tanto tirar pudo sacar una mano de la correa, y empezó a golpear con fuerza a Mario. En ese momento el monstruo se levantó de un salto y sostuvo la mano de ella en el aire. Agarro su cara y la aplasto en la camilla colocándola de lado, empezó a apretar con fuerza, tuvo que hacer un gran esfuerzo por parar. Filolao desde la misma postura le introdujo el dedo índice en su boca, y ella lo mordió con todas sus fuerzas... el monstruo abrió la boca bufando con los ojos idos. Mario le aplicó una inyección en el brazo. Enseguida se quedó dormida.

El psiquiatra con suma tranquilidad le cortaba el pelo con una tijera a Ana. Luego sin ninguna prisa le empezó a afeitar la cabeza con una navaja de barbero.

—¿Qué harías si pudieras elegir si tomar la pastilla roja o azul para despertar de Matrix o seguir en la ilusión, viviendo en la mentira?

—No lo sé. Solo quiero que nos sueltes. ¿Qué le estáis haciendo a Ana? —El no veía que le estaban haciendo a su mujer, pero ya no la escuchaba. Él la llamaba, pero ella no respondía.

Sufría desolado por su vida.

—En el ADN esta toda vuestra memoria. No solo toda vuestra experiencia de esta vida, si no de todas las otras vidas.

—¿Cómo has podido vivir tantos años? —pregunto Álex con lágrimas en los ojos. Intentaba girar la cabeza para ver a Ana. Pero el dolor era insoportable.

—Tú me dejaste el camino escrito. —Carcajeo con violencia—. Pronto estarás con tu toro el de tus pesadillas.

—Eres un jodido loco. La policía te encontrará y terminarás tus días en la cárcel.

—¿Crees de verdad que la policía me puede parar? ¿Qué me pueden hacer algo? Que iluso. —Se dio la vuelta un momento para mirar a Mario que seguía concentrado mientras afeitaba a Ana—. Todos somos locos de alguna enfermedad mental. Unos más que otro, —sonrió— pero podemos decir sin ninguna duda a equivocarnos que tire la primera piedra aquel que tenga una mente perfecta y lucida. Todos padecemos traumas, bloqueos, manías —el demonio se acercó a Álex y le acarició la mejilla— te estuviste orinando en la cama hasta los dieciocho años ¿No te acuerdas? Creo que algún trauma te persigue todavía. ¿La loca de tu madre? ¿la soledad? Cualquiera sabe...

—¡¡¡Estás desequilibrado!!! —grito Álex.

—Tranquilo que todo va a terminar muy pronto. —El demonio giró una llave que hacía de interruptor encendiendo muchas luces. Abrió una caja de madera que estaba en el suelo; se veía muy estropeada y de ella sacó el reloj de Jeremías Metzger. El reloj astronómico del ingeniero de Carlos V. Filolao giró la rueda del tiempo en aquel reloj medieval de 500 años. Álex al instante notó una descarga eléctrica en todo su cuerpo. Se puso tieso y los parpados le temblaban a gran velocidad. —Buen viaje Samuel.

51. Juntos para siempre.



El dolor desapareció por completo. Sin saber cómo, ya no se encontraba en la habitación junto al monstruo. Temió por la vida de Ana. «¿*Qué sería de ella?*» —pensó Álex como si hiciera cuarenta años que no la viera, era todo tan confuso. Ahora se encontraba en medio de un camino de tierra, rodeado de una generosa vegetación.

«¿*Dónde estoy?*». —Álex se colocó una mano sobre la frente a modo de visera, el sol, la luna o lo que fuera esa luz difuminada que había en el cielo le deslumbraba. No se sabía si era de noche o de día. A lo lejos vio una casa de madera con la chimenea encendida. Empezó a caminar por el serpenteante sendero que llevaba hacia ella. Parecía que estuviera dentro de un cuadro de Vincent van Gogh. Concretamente en *La Noche estrellada*.

«¿*Estaré soñando? No creo, si no esta pregunta no me la estaría haciendo, ¿o sí?*». —Álex iba caminando despacio, acariciando con su mano las espigas de trigo que crecían a los márgenes del camino— «¿*quién puede vivir en esa casa? Tiene que haber alguien*», —de la chimenea salía un hilillo de humo gris. Súbitamente empezó a caer copos de nieve. El cielo estaba cada vez más rojo. Parecía que estuviera sangrando.

Álex llamó a la puerta con sus nudillos, en ese momento se dio cuenta de que su mano era pequeña, como la de un niño, pero no le dio importancia; y esperó una respuesta que nunca llegó. Volvió a llamar más fuerte, pero se repitió igual. Nadie respondía, y la puerta seguía cerrada. Entonces decidió rodear la casa, para ver si existía otra entrada, o una ventana abierta.

Dio la vuelta entera a la vivienda y no había ninguna manera de acceder a su interior. Al final llegó al mismo lugar donde había llamado. Pero esta vez la puerta sí estaba abierta. Álex sintió su corazón acelerarse. Entro y cerró tras su paso...

Era un lugar acogedor, estaba cálido y lo agradeció, «*por qué fuera hacía frío*» —pensó. Las pisadas crujían como si el suelo de madera se fuera a partir en cualquier momento. Álex paso delante de un viejo espejo que había en la pared, y miró asombrado el reflejo de su rostro en él. Vio a un niño de catorce años aproximadamente. Con una especie de túnica blanca por encima. Empezó a realizar gestos con la cara, para comprobar si era él el que estaba viendo delante de sus ojos, y efectivamente era su imagen reflejada en el espejo. «*No entiendo nada*». Se miró otra vez las manos, su ropa, y se vio ahora con unos pantalones vaqueros, se quitó sus gafas y las dejó en un aparador muy viejo. Decidió seguir hacia delante sin darle más importancia a lo sucedido, ya que sospechaba que todo era un sueño.

Al final del pasillo, había una habitación grande. Muy sencilla, con pocos muebles, todo de estilo rústico. Con adornos de enseres de cacería en las paredes. Destacando la cabeza de un ciervo con sus enormes cuernos. Junto a la chimenea había un pequeño sofá de color marrón; parecía sucio, o muy viejo; había poca luz entorno a él, solo la que proporcionaba la chimenea, el silencio provocó que se le erizara la piel. Se escuchaba los chispazos que daba el fuego. El asiento estaba de espaldas. Se veía que alguien estaba sentado en él. Ya que se advertía un poco de pelo de la coronilla. Alguien de poca estatura de pelo rubio estaba sentado en él. Álex al colocarse delante del sillón vio algo que lo dejó desconcertado. Había una niña chupando una piruleta. Tendría diez años como mucho.

—¡Hola, Álex! —Retrocedió unos pasos para ganar distancia. No podía negar la belleza de la niña, que lo hacía sentir desvalido. Iba vestida con un jersey de punto fino. Y una falda de cuadro como la que llevan las niñas uniformadas para ir al colegio, con unas medias de lana color blanco.

Ella se levantó y avanzó hacia él despacio. Tenía un pelo largo hasta la cintura. Con apariencia angelical. Álex no podía parar de mirarla, aunque quería apartar su vista de ella. Sintió que esa joven podía controlar su mente a través de su miedo.

Estuvo retrocediendo hasta que su espalda tocó la pared. Ella llegó a su altura y con una sonrisa traviesa le dio una bofetada. Él la miró intrigado.

—¿Quién eres? —dijo él.

—Soy Naska. El Guardian.

—¿Y dónde estoy?

—En el Nous.

—No comprendo.

Ella levantó la cabeza, riéndose cada vez más fuerte, le miró mostrando unos ojos enrojecidos, llenos de fuego y sangre.

De un empujón se la quitó de encima y la vio caer un par de metros alejada de él, riéndose de manera estruendosa e irritante.

—Creo que estás confundido. Te han engañado —dijo la niña poniéndose en pie sin usar las manos.

—¿Quién me ha engañado?

—Filolao. Quiere entrar aquí, en este lugar sagrado, para llevarse algo que no le pertenece. Y aquí solo entran los puros de corazón.

—Él quiere que te elimine —dijo Álex señalándole con el dedo. —Hizo una pausa—. Yo no quería nada de esto, no quería entrar... Él me ha obligado.

—Lo sé. Por eso te ha traído hasta aquí. Has entrado por la puerta de atrás por decirlo de algún modo. Con el suero de la vida, el *ikor*. Él cree que así despertarás; y podrás eliminarme. Pero lo que no te ha contado que todo esto fue idea tuya. Todo esto empezó con Ananda, luego con Samuel... cuando eras un dios.

—¿El qué? Sigo sin entender, —Álex se puso sentado en el suelo, y la niña se sentó junto a él.

—Eres un dios. Nacido en el cuerpo de un mortal. Tú me creaste hace cuatro millones de años, con el primer mono inteligente, cuando apareció la consciencia en la tierra, en el universo... para proteger este lugar. Sí yo desaparezco el Nous se extingue. Y no habrá observador para hacer realidad los actos.

—¿Pero que es el Nous? —dijo cerrando los ojos apoyando su nuca sobre la pared.

—El lugar donde nacen las ideas, los pensamientos, donde se desarrolla la consciencia del universo. Donde comienza todo. Es el subconsciente del cosmos—. La niña acarició el rostro de Álex—. Y en uno de tus retos te excediste. Quisiste nacer en el cuerpo de un mortal llamado Samuel, que además tenía discapacidad.

—¿Y eso cuando fue?

—Hace 2500 años.

—Y yo que tengo que ver con todo eso.

—Tú eres Samuel, que ahora se llama Álex. —La niña le mostró su pequeña manita que la tenía cerrada en un puño—. Sí Filolao no te hubiera dado el suero de la vida, hoy día estarías postrado en una silla de ruedas.

—¿Entonces me he reencarnado?

—Es algo más complejo. —La niña abrió su mano y mostró un anillo de color negro—. Por proteger este lugar te tuve que mandar al *samsara*. Con Saravasti. Para que nacierais en otro cuerpo. Pero como ya te he dicho todo esto fue idea tuya. Sigo solo tus órdenes.

—¿Y cuáles son esas órdenes?

—Que ante cualquier amenaza contra este lugar actuara con todas las consecuencias. Me disteis este poder para ello.

—¿Y un dios puede dejar de ser un dios?

—UN DIOS PUEDE HACER LO QUE QUIERA—dijo con voz grave y masculina.

—Sigo sin entender porque quise hacer eso. Un dios que se vuelve humano.

—El reto más difícil de todos. Yo tampoco lo entiendo. Pero creo que te aburríste de saberlo todo. Un dios sabe todo lo que va a pasar en cualquier momento. Nada le sorprende. Nada aprende, lo sabe todo. Y te pusiste la única prueba que te quedaba por realizar. Ser un hombre... y discapacitado.

—Es muy complicado de entender todo esto.

—Ponte este anillo. Y despertarás. Volverás a ser un dios, y todo volverá a ser fácil. Retornarás a ser el soberano señor del Nous.

—¿Y Ana?

—Ana es Sarasvati. Hizo lo mismo que tú. Para seguirte en tu locura. También se volvió mortal. —La niña se levantó del suelo—. ¡Ponte el anillo! —estiró su manita—. Ana ya no puede volver a ser una diosa, para ella es tarde.

—¿Qué va a pasar?

—Que despertarás y volverás a ser un dios.

—¿Y qué va a pasar con Ana? No me lo has explicado.

—Ella ya ha sido asesinada por el alquimista. Ya no está con nosotros en este presente. Ella viaja en el tiempo y el espacio. Se está preparando para caminar en el *Samsara*. Nacerá otra vez en otro cuerpo. En un futuro lejano, o cercano... cualquiera sabe.

—Yo quiero ir con ella.

—Como tú quieras. Pero recuerda que esto ya nunca volverá a ser como antes, no tiene vuelta atrás. Seguirás siendo humano el resto de la eternidad, —la niña apretó la mano con fuerza destruyendo el anillo, cuando la abrió solo había polvo—. Guárdate este polvo en la boca. Y cuando vuelvas a *maya* se lo echas al Alquimista en un soplo; en su rostro; es bondad pura. Así de simple. Las cosas cuanto más simple mejor. Esa divinidad acabara con su maldad. Morirá para siempre sin remedio, es lo único que puede acabar con él, si no lo hacemos ahora al final de un modo u otro conseguirá lo que se ha propuesto.

—¿Ya nunca más volveré a ser un dios?

—Nunca. Te lo prometo. Yo me haré cargo del Nous, estoy preparado para ello. Tú me preparaste para este momento. Y ahora que lo pienso, creo que sabías perfectamente que esto iba a pasar.

—¡Pues hagámoslo!

—Algunas veces, en algunas vidas Sarasvati será tu madre, en otra tu hermana, incluso tu hija, y en la mayoría de las ocasiones tu mujer, el amor de tu existencia. Ella siempre tendrá dos años más que tú. —hizo una parada que se hizo eterna—: Y siempre nacerás con discapacidad física. —La niña empezó a llorar.

—De acuerdo. Lo acepto. ¿Pero siempre estaré con Ana?

—Sí, siempre estarás con ella. Una y otra vez os encontraréis. —La niña con su lengua lamió la piruleta que tenía en la mano—. Cierra los ojos. —La chiquilla apoyó su manita sobre su

cabeza y Álex desapareció en una milésima de segundo.



Al abrir los ojos tenía al monstruo encima de él. Su rostro estaba a pocos centímetros del suyo. Estaba cubierto de sangre. Y el olor era insoportable. Álex giró la cara con repugnancia y vio a Ana descuartizada en la camilla. El diablo se rio al ver que él se daba cuenta de lo que había ocurrido.

—Todo va a terminar —dijo Álex.

—Efectivamente. Ya queda poco —dijo con voz gutural— ¿Qué ha ocurrido en el Nous? ¿Cómo es aquel lugar?

—Es mágico, digno solo para las personas nobles de corazón. No es para ti.

—Por eso te mande a ti. Para que hicieras lo que yo no puedo. Es lo único a lo que no puedo acceder de momento. —Álex abrió la boca y le sopló todo el polvo del anillo en la cara.

El monstruo empezó a retorcerse en el suelo por un intenso dolor. Le quemaba las entrañas. El rostro se le derretía. Se intentaba levantar, pero no tenía fuerza ni equilibrio. Se cayó varias veces tumbando varias pantallas de ordenador. Iba de un lado para otro tirándolo todo a su paso. Mario se le acercó para ayudarlo. Pero el monstruo lo cogió del cuello y lo lanzó contra la pared, destrozándolo en el acto. Parecía que lo hubiera atropellado un coche a 160 km/hora. Álex temió por su vida. Pero recordó que ya pronto volvería a ver a Ana. En el futuro, en otra existencia... Entonces desapareció el miedo. Aunque también entendió que esta vez no recordaría nada, ni habría nadie para dirigir sus vidas. Serían por fin libres.

Álex emprendió una carcajada. Y luego una risa floja, y otra carcajada, y vuelta a empezar... que le llenaba de felicidad y júbilo. Ahora comprendía todo lo que había ocurrido, como cada gesto, cada cambio lo había impulsado para estar donde se encontraba en ese momento. Desde el Templo de Delfos, Aspasia, Demócrito, Raúl Duarte, la enfermedad de su madre... El monstruo cayó en el suelo y dejó de moverse. Álex se levantó de la camilla con suma facilidad, arranco las correas como si fueran de papel.

—¿Por qué has hecho esto padre? Eras bueno, me querías mucho, que te ha pasado. — Hablaba Samuel de rodillas junto a él—. Mama te adoraba. ¿Por qué? ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?

—Yo solo quería recuperarte. He tenido que pagar un precio muy alto por la eternidad. Ese líquido te da la inmortalidad, pero te pudre el alma.

—La mejor manera de haberme recuperado, de haberme tenido vivo hubiera sido en tu corazón. Sí hubieras aceptado los hechos. Aceptar es la salvación, cuando aceptas ya todo termina.

Pero ya Filolao no hablaba. Ni se movía, ni se escuchaba. Sus músculos, su carne, su piel; empezaron a desmoronarse en pedacitos muy pequeños, y esos cachitos luego en polvo, formando una polvareda. Álex se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas. Y escribió en una hoja «*cualquier niño con discapacidad podría ser un dios poniéndose a prueba*». El pequeño Samuel que comenzó esta historia muchas hojas atrás, incluso en un libro anterior: *En Delfos, En busca del elemento. La primera novela de Quino*. El niño quedó escondido en su interior. Como una moneda tirada al océano, que se va hundiendo hasta llegar al fondo, donde no llega la luz del sol y casi nada. Para que luego el polvo y la arena lo cubran toda la eternidad.

Estuvo allí Álex sentado no sé cuánto tiempo, relajado y en paz. En una quietud igual a la que hay a cien metros debajo del mar. Hasta que sin saber cómo se dio cuenta de que estaba fuera del

edificio. Volando por encima de la gente. Muy alto. Viendo a las personas como hormigas. Todos corrían de un lado para otro con prisa. Miró a su lado izquierdo, y estaba Ana, flotando junto a él. Con la misma ropa elegante que llevaba el día que la conoció en Roma, haciéndose pasar por una mujer taxista. No se escuchaba nada, todo estaba en silencio. Ella le cogió la mano, sonreía con afecto, siguieron volando, la velocidad fue aumento paulatinamente.

«¿Y qué va a pasar ahora?» dijo Álex. Pero la voz no sonó.

«Todo a terminado» —dijo Ana dentro de su cabeza.

«Siempre estaremos juntos» —dijo Álex.

«Nos volveremos a ver infinitas veces, una y otra vez». —Ella sonrió una vez más—. «Pero algunas veces seré tu madre, otra tu hermana, y otras tu amante». Siempre pendiente de ti.

«Te buscaré las veces que hagan falta».

«No seas impaciente, dime una canción» —dijo Ana.

«¿Una canción? ¿ahora? ¿para qué? No entiendo».

«Sí, Álex, una canción, la que más te guste, la que más te agrade, la que te haga gozar». —

Se quedó un rato pensando.

«Across the Universe, de los Beatles». —dijo Álex con intensidad en su mirada.

«Perfecto, pues que suene» —dijo Ana—. «Déjate llevar».

De repente empezó a sonar de fondo en sus cabezas la canción de Lennon y Mc Carney. Flotaban en el aire, iban cogidos de las manos. Hasta que llegaron a Sevilla, Triana. El barrio donde vivió tantos años Álex cuando era pequeño. Vieron desde arriba a él mismo jugando a palma arriba palma abajo. Él gritaba con fuerza. Era un niño de 13 años que miraba para a lo alto, y les saludaba con la mano. Álex empezó a llorar al ver a aquel pequeño comido de suciedad, tan flaco, tan solo, con esos ojos tan vivos... pero a la vez tan feliz. Se miraron durante mucho tiempo. Álex estuvo a punto de bajar, de abrazarlo y de darle consejos para que todo fuera más fácil en su adolescencia, pero Ana se lo impidió. Entonces con la mirada decidieron irse lejos de allí.

Siguieron volando durante mucho tiempo, de vez en cuando se miraban y sonreían. El viento movía sus cabellos. Dejaron atrás la ciudad de Sevilla, España. Ahora solo se veían árboles, montañas y mar. Fueron bajando ya que estaban muy altos. Ana sin hacer ningún ruido le dio un beso a Álex en la cara, luego con mucho cariño ella le señaló con su mano al suelo. Allí había un niño de catorce años. Casi quince. Mirando hacia arriba. Iba vestido con un *himatión*, la típica ropa masculina en la antigua Grecia. Con unas férulas de madera en los pies. El niño empezó a correr detrás de Ana y Álex. Les decía adiós con la mano mirando para arriba. Y junto a él apareció una chica alta y fuerte, con cara serena. Eran Samuel e Indira. Que se estaban despidiendo de Álex y Ana. Se abrazaron con fuerza, no se escuchaba ningún ruido, no hacía frío, ni calor... todo era perfecto. Eran felices, y se sentían repletos de amor. Se separaron un momento y se volvieron a mirar. Siguieron subiendo para arriba, la tierra se veía pequeña. Ahora sí hacía frío, se volvieron a abrazar y permanecieron en esa posición durante mucho tiempo, se besaban y lloraban hasta que desaparecieron en el aire difuminándose como el humo de una candela que se está apagando.

Siete días y siete noches estuvo Álex sentado sin moverse de donde estaba. En el despacho de Mario. Sin beber, sin comer. Casi sin respirar. Hasta que se desmayó y cayó muerto para no recordar nunca más quien fue.

Horas después de su muerte la policía tiró la puerta abajo.
Allí vieron el papel tirado en el suelo, junto al lecho,
el que escribió Álex.

«Cualquier niño con discapacidad podría ser un dios poniéndose a prueba».

52. Año 2227.



Una nave espacial acaba de salir de la órbita terrestre, aproximadamente a 60.000 km/s. Al veinte por ciento de la velocidad de la luz con la ayuda de una 'vela' impulsada por un haz luminoso, la tecnología más avanzada por la humanidad. Destino El Sistema de Alfa Centauro. A 4,3 años luz de la Tierra. En la cápsula viaja un niño con su silla de ruedas, Glou, de siete años. Con su madre y ocho personas más. Todas por algún motivo especial han sido escogidas para el proyecto Prometeo. El objetivo colonizar otros planetas habitables para la raza humana. En la tierra los recursos están agotados. Poco más o menos no hay comida, ni oxígeno, ni agua; no podrán aguantar mucho más tiempo. Es una avanzadilla de urgencias para próximas misiones. El viaje durara veinte años. Esperemos que encuentren un lugar donde poder vivir. El éxodo más importante de los humanos está cerca; y Glou tendrá un papel fundamental en esta misión.

Fin.

Carta del autor al lector:

Este libro es el volumen II de una pentalogía (5 libros) que estoy escribiendo, aunque cada libro se puede leer independientemente; no obstante, aconsejo para una mejor comprensión que se empiece a leer en el siguiente orden:

1. *Volumen I. Delfos. En Busca del Elemento.* (Novela Juvenil)
2. *Volumen II. Naska. El Guardián* (que es el libro que estás leyendo ahora) (Novela para adultos)
3. *Volumen III. Álex. De operario de fábrica a millonario.* (Novela para adultos y jóvenes emprendedores)
4. *Volumen IV. Relatos extraordinarios de Filolao de Crotona.* (Novela para adultos)
5. *Volumen V. El Origen.* (Novela para Adultos)

Aunque como ya he dicho puede ser interesante leer estos libros en el orden que te dé la gana.

Volumen I. Delfos. En Busca del elemento: Es una novela (o cuento para adultos, como prefieras) ambientada en la Grecia Clásica. Año -435 a. C. Un muchacho de casi 15 años (Samuel) con discapacidad física en las manos y en los pies. Que busca incesantemente cuál será su Elemento; su trabajo, su forma de ganarse la vida de adulto. Pero no cualquier actividad, algo que lo apasione y lo complete acorde a su mentalidad, independientemente a sus circunstancias. Un viaje que te hará pensar y reír sobre la discapacidad, sobre el futuro, la existencia, pero, sobre todo por ***tu Elemento*** ¿Lo has encontrado? Aquella actividad que te hace soñar despierto y que te hace espabilar antes de la cama los domingos por la mañana. Es una historia (la de cualquier niño) en busca de aquella actividad que le hace completo: ***El Elemento***. Un viaje que todos deberíamos de hacer (***Para Despertar***) antes de hacernos adultos. Ya que de niños es cuando somos completamente conscientes de quienes verdaderamente somos. Luego, por desgracia, con el paso de los años se nos va olvidando, y es cuando comienzan los problemas.

Volumen II. Naska el Guardián: Es la historia de Samuel, ahora con 21 años. En otra región del mundo (la Magna Grecia -429 a. C.) En otro tiempo y otras circunstancias. Hasta que aparece Álex... muchos siglos después. Ya no puedo contar más... ya que como te he dicho ese libro lo tienes entre las manos (es el que estás leyendo ahora)

Volumen III. Álex. De operario de fábrica a millonario (en tiempo y dinero): La historia de Álex ¿o es Quino el autor del libro? Como él se fue metiendo en el mundo del trading. Sus primeros errores, y sus aciertos hasta empezar a conocerse y dominar el trading en el SP 500. El negocio más difícil del mundo. ¿Qué es y como él lo consiguió?

Volumen IV. Relatos extraordinarios de Filolao de Crotona: Filolao narra en primera persona después de haber vivido más de 2500 años algunas de sus sucesos, vivencias e historias con personas extraordinarias a lo largo de los siglos.

Volumen V. El Origen. Filolao de Crotona: Es la infancia y adolescencia de Filolao de Crotona. El padre de Samuel. Un niño; y luego un hombre extravagante como ninguno. Un tartamudo que se convirtió en uno de los más grandes científicos y místicos de su tiempo. 470 a. C. Novela para entender de donde sale los personajes de ***Delfos I.*** Donde Demócrito, Pericles, Sófocles, Heródoto, Sócrates, Filolao, Faina y otros personajes ilustres son niños; alumnos del sabio Anaxágoras.

He procurado escribir estos relatos como ya he dicho sin indagar en temas filosóficos, políticos, geográficos, históricos... creo que la historia que cuento está por encima de todo esos datos y hechos históricos que los podremos encontrar en libros especializados y como no en el todo poderoso Templo de Google.

Si sueñas pequeñeces tendrás cosas pequeñas. Ridículas, sin valor.

La vida es lo que ambicionemos que sea.

Búscame en YOU YUBE: **Mi Camino como Escritor**

O en Amazon: **Joaquín Pérez Ruiz-Adame**



Biografía de Quino:

Joaquín (Quino) Pérez Ruiz-Adame (Sevilla, 1973), es un simple operario de una fábrica de cerveza, que se mete en la espinosa tarea de escribir y reflexionar sobre la vida, la sociedad, la felicidad, la ciencia, el emprendimiento, la discapacidad y la creatividad. Usando un vocabulario coloquial, comprensible y no especializado; para todos los interesados en ser personas emancipadas intelectualmente. A través de su Proyecto y su Colección de libros ***Ética para Samuel***

www.quinoruiz-adame.com/

Es autor del libro ***El Universo de Samuel*** (2013) donde narra el viaje que tuvieron que dar (él y su mujer) para llegar a aceptar la enfermedad de su hijo Samuel. Por ello, es el creador y administrador del proyecto ***Inventos y Adaptaciones Caseras*** (2014) para personas con movilidad reducida.

<http://inventosyadaptacionescaseras.blogspot.com.es/>

Del ***catálogo*** (en papel) de ***Inventos y Adaptaciones Caseras***. (2015), editado y publicado por la Diputación de Córdoba.

Y desde el 2016 escribiendo otros libros (ensayos y novelas) para preparar el proyecto ***Ética para Samuel***.

Se considera emprendedor, un *scalping*, caradura, amigo de sus amigos, un apasionado de *The Beatles*, un vehemente devorador de libros de todo tipo, un aficionado a la cosmología, astronomía y un practicante fiel al zazen. Pero ante todo se cree un ***niño raro***; enamorado de su mujer e hijo.

Exbajista y ex de muchas otras actividades que lo han formado como un aprendiz de todo y experto en nada.

Despedida:

Si por casualidad te ha gustado este libro te rogaría mucho que dejaras un comentario en AMAZON. Ese simple acto –aunque a lo mejor te parezca trivial– hace que me des mucha visibilidad, que promuevas mi proyecto, mis libros...

Cada cierto tiempo haré rifas (regalos) con los que dejan comentarios en Amazon.

Espero que pronto podamos reunir un grupo de flipados, locos por la lectura, la cultura, la reflexión, el trading, por el desarrollo personal, por la ética, el saber vivir bien acorde a nuestras circunstancias. En definitiva, para los que buscan la eficacia y la felicidad. Para llegar y viajar a otros proyectos, montar una tribu, un programa de radio, otras posibilidades... Pero eso será para otro día, hoy estoy ya muy cansado.

***Cuando se reúnen personas raras, especiales, diferentes, apasionadas, originales... suelen pasar cosas raras, diferentes, apasionadas y originales.
No lo olvides nunca.***

El sentido de la vida no es algo universal. Cada persona tiene uno diferente, original, genuino; y además con el tiempo puede cambiar. Y eso es lo que tenemos que encontrar: **Nuestro elemento.**

Gracias por haber comprado este libro. Para mí ha sido todo un placer escribirlo. En él he puesto (lo he intentado) en orden mi vida. Espero que te haya gustado.